

# MUSGOS EN LA VIEJA RECTORIA

NATHANIEL HAWTHORNE

## LA VIEJA RECTORÍA

### EL AUTOR DA A CONOCER SU MORADA AL LECTOR

Entre dos altos postes de piedra desbastada (la puerta se había caído de sus goznes en alguna época desconocida) contemplamos la fachada gris de la vieja casa del párroco, al final de una avenida de fresnos negros. Habían pasado doce meses desde que cruzó esa puerta en dirección al camposanto de la ciudad la procesión funeraria del venerable clérigo, su último habitante. Las roderas que conducían hasta la puerta, así como la avenida en toda su anchura, estaban casi cubiertas por la hierba, ofreciendo sabrosos bocados a dos o tres vacas vagabundas y a un viejo caballo blanco que vivía por su cuenta al lado de la carretera. Las sombras trémulas, que como si estuvieran medio dormidas se interponían entre la puerta de la casa y el camino público, formaban una especie de ambiente espiritual; y visto a través de éste el edificio no tenía el aspecto de pertenecer al mundo material. Poco tenía en común la casa, ciertamente, con esas moradas ordinarias que sobresalen de manera inminente en el camino de manera que todo viandante podría introducir la cabeza, por así decirlo, en su círculo doméstico. Desde las tranquilas ventanas de este edificio las figuras de los viandantes parecían demasiado remotas y oscuras como para turbar la sensación de intimidad. Por su alejamiento, y al mismo tiempo su accesibilidad, era el lugar adecuado como residencia de un clérigo: un hombre que aun sin verse enajenado de la vida humana, en medio de ésta se envolvía en un velo tejido a medias por el brillo y la oscuridad. La rectoría podía confundirse con una de las clásicas casas parroquiales de Inglaterra en las cuales, a lo largo de muchas generaciones, una sucesión de ocupantes sagrados las habitaban desde la juventud hasta la vejez, dejando cada uno una herencia de santidad que invadía la casa y quedaba suspendida sobre ella, como formando una atmósfera.

La verdad es que hasta que entré en ella convirtiéndola en mi casa, la antigua rectoría no había sido profanada nunca por un ocupante seglar. Un sacerdote la había construido; un sacerdote la había heredado; otros ministros del Señor habían habitado en ella de tiempo en tiempo; y los niños nacidos en sus estancias habían asumido al crecer el carácter sacerdotal. Imponía pensar en todos los sermones que debían haberse escrito allí. Sólo el último de sus habitantes —aquél que al trasladarse al Paraíso había dejado vacía la morada— había escrito casi tres mil discursos, aparte de aquellos, mejores si no mayores en número, que salieron a borbotones de sus labios. ¡Cuántas veces debió pasear sin duda por la avenida, sintonizando sus meditaciones con los suaves murmullos y susurros, y con las profundas y solemnes ráfagas de viento entre las elevadas copas de los árboles! En esa variedad de expresiones naturales pudo encontrar algo que concordara con cada pasaje de su sermón, ya fuera éste de carácter tierno o de miedo reverencial. Las ramas que tenía sobre mi cabeza parecían oscurecidas no sólo por las hojas crujientes, sino también por pensamientos solemnes. Me avergoncé de haber sido durante tanto tiempo escritor de historias insustanciales y

me atreví a esperar que esa sabiduría descendiera sobre mí junto con las hojas que caían sobre la avenida, y que encon trara en la vieja rectoría un tesoro intelectual tan valioso como los montones ocultos de oro que la gente suele buscar en las casas cubiertas por el musgo. Profundos tratados de moralidad; una visión de la religión profana y no profesional, y por tanto sin prejuicios; historias brillantes (como las que Bancroft podría haber escrito aquí de haberse venido a vivir a la rectoría tal como se propuso en una ocasión), que iluminaran con la profundidad de su pensamiento filosófico... éstas eran las obras que deberían fluir de un lugar retirado como éste. Humildemente decidí lograr por lo menos una novela que transmitiera una lección profunda y tuviera suficiente sustancia física como para poder ser considerada como única.

En apoyo de mi designio, no dejándome pretexto para no cumplirlo, había en la parte trasera de la casa un pequeño y delicioso escondrijo a modo de estudio que permitía a un eru dito un retiro de lo más cómodo y caliente. Aquí fue donde Emerson escribió *Nature*; pues en aquel tiempo habitaba en la rectoría, y desde la cumbre de nuestra colina del este solía observar el amanecer asirio y el crepúsculo páfico, y el ascenso de la luna. Cuando vi por primera vez la habitación, sus paredes estaban ennegrecidas por el humo de innumerables años, pero todavía parecían más negras por los retratos ceñudos de los ministros puritanos que colgaban de sus paredes. Extrañamente, esos personajes parecían ángeles malignos, o al menos hombres que habían luchado contra el diablo de manera tan continua y severa que de alguna manera la fiereza negra de aquel se había transmitido a sus rostros. Todos ellos habían desaparecido ya; una alegre capa de pintura y papeles de tono dorado iluminaban el pequeño apartamento, mientras la sombra de un sauce que rozaba los aleros atemperaba la alegría del sol poniente. En lugar de los retratos ceñudos colgaban ahora la cabeza dulce y atractiva de una de las Madonas de Rafael y dos agradables paisajes del Lago de Como. Los únicos elementos decorativos, aparte de los cuadros, eran un jarrón morado que contenía flores siempre frescas y otro de bronce con hermosos helechos. Mis libros (escasos y en absoluto elegidos, pues se trataba principalmente de aquellos que el azar había puesto en mi camino) se encontraban ordenados en la habitación, y raras veces eran molestados.

En el estudio había tres ventanas con cristales pequeños y anticuados, cada uno de ellos con una grieta. Las dos del lado occidental miraban, o mejor sería decir escudriñaban, hacia el huerto entre las ramas del sauce, y a través de los árboles podían obtenerse fugaces visiones del río. La tercera ventana, que daba al norte, permitía una vista más amplia del río en una zona en la que sus aguas, oscuras hasta entonces, brillaron con la luz de la historia\*. Desde esta ventana el clérigo que habitaba entonces la rectoría vio el comienzo de una lucha larga y terrible entre dos naciones; contempló la formación irregular de sus parroquianos en la orilla más lejana del río, y las líneas refulgentes de los británicos en la más cercana. Aguardó en un suspense doloroso la descarga de mosquetería. Se produjo ésta y sólo debió hacer falta una suave brisa para que el humo de la batalla penetrara en esta casa tranquila.

Quizás prefiera el lector —a quien no puedo dejar de considerar como mi huésped en la vieja rectoría, y con derecho a ser tratado con toda cortesía y a enseñarle los puntos más interesantes—, tener una visión más próxima de ese memorable lugar. Nos

encontramos ahora a la orilla del río: es un acierto que se llame el Concord, el río de la paz y la tranquilidad, pues ciertamente se trata de la corriente más perezosa que se haya dirigido nunca imperceptiblemente hacia su eternidad: el mar. Tuve que vivir tres semanas a su lado antes de que mis sentidos perceptivos tuvieran claro en qué sentido fluía la corriente. Jamás tiene un aspecto vivaz, salvo cuando una brisa del noroeste turba su superficie en un día soleado. Por la indolencia incurable de su naturaleza este río, felizmente, no puede convertirse en esclavo del ingenio humano, tal como suele ser el destino de tantos torrentes montañosos impetuosos y salvajes. Mientras todos los demás se ven obligados a servir a algún propósito útil, él vive su vida ociosa en una perezosa libertad, sin hacer girar un solo eje ni dar fuerza hidráulica suficiente siquiera para moler el maíz que crece en sus orillas. La languidez de su movimiento no permite que exista en parte alguna de su curso ni una orilla cubierta de guijarros brillantes y mucho menos una estrecha franja de arena centelleante. Avanza adormecido entre amplias praderas, besando las altas hierbas de los prados y bañando las ramas colgantes de viejos arbustos y sauces, las raíces de olmos y fresnos y los macizos de arces. En sus orillas pantanosas crecen juncos y espadañas; los nenúfares amarillos extienden en los márgenes sus hojas anchas y planas; mientras los fragantes nenúfares blancos abundan, eligiendo generalmente una posición lo suficientemente alejada de la orilla del río como para que no podamos cogerlos sin correr el riesgo de sumergirnos en él.

Resulta maravilloso pensar de dónde obtiene esta flor perfecta su encanto y perfume, puesto que brota del barro negro sobre el que duerme el río, allí donde habitan la viscosa anguila, la rana jaspeada y la tortuga del barro, que no puede limpiarse aunque se esté lavando continuamente. Es el mismo barro negro del que el nenúfar amarillo succiona su vida obscena y su olor fétido. De la misma manera podemos ver en el mundo que algunas personas sólo asimilan lo que es feo y malvado de las mismas circunstancias morales que proporcionan bien y belleza —la fragancia de las flores celestiales— a la vida diaria de otros.

No debería el lector sentir desagrado hacia esa corriente adormecida basándose tan sólo en mi testimonio. A la luz de una puesta de sol tranquila y dorada se vuelve encantador hasta un punto que no es posible expresar; más atractivo todavía en la quietud que tan bien concuerda con la hora, cuando incluso el viento que ha estado fanfarroneando todo el día suele mandarse callar a sí mismo para descansar. Se repite con claridad la imagen de cada árbol, cada piedra y cada hoja de hierba, y aunque no puedan verse en realidad asumen la belleza ideal en el reflejo. Las cosas más diminutas de la tierra y el amplio aspecto del firmamento se representan igualmente sin esfuerzo y con el mismo oportuno éxito. El cielo entero brilla a nuestros pies; las nubes exquisitas flotan por el pecho liso del río como los pensamientos celestiales a través de un corazón pacífico. Por tanto, no trataremos injustamente a nuestro río de grosero e impuro, cuando es capaz de gloriarse con una imagen tan adecuada del cielo que medita las cosas encima de él; y si recordamos su tono tostado y la barrosidad de su lecho suponemos que es un símbolo de que el alma humana más terrenal tiene una infinita capacidad espiritual y puede contener en sus profundidades un mundo mejor. Pero

ciertamente esa misma lección podría extraerse de cualquier guijarro embarrado de las calles de una ciudad; y tal como se nos enseña en todas partes, eso debe ser lo cierto.

En nuestro paseo hemos tomado un camini llo algo sinuoso que nos conduce hasta el campo de batalla. Ya estamos aquí, en el punto en el que el río era cruzado por el viejo puente, cuya posesión se convirtió en el objetivo inmediato del enfrentamiento. En el lado de acá crecen dos o tres olmos que arrojan una sombra circular, pero que debieron ser plantados en los setenta años que han transcurrido desde el día de la batalla. En la otra orilla, sobresaliendo de unos saúcos, discernimos el estribo de piedra del puente. Mirando el río descubrí una vez unos pesados fragmentos de los maderos, verdecidos todos por medio siglo de crecimiento de musgo acuático; pues durante ese tiempo han dejado de oírse en este camino los pasos humanos y las fuertes pisadas de los caballos. La anchura de la corriente en este punto equivale aproximadamente a veinte brazadas de un nadador, espacio no excesivo cuando las balas silbaban por encima. Los ancianos que por aquí viven señalarán los puntos exactos en los que en la orilla occidental cayeron y murieron nuestros compatriotas; y en este lado del río se ha levantado un obelisco de granito sobre el suelo que fue fertilizado con sangre británica. El monumento, cuya altura no sobrepasa los seis metros, resulta más parecido a los que levantan los habitantes de un pueblo como ejemplo de un asunto de interés local, y no resulta conveniente para conmemorar una época de la historia nacional. Sin embargo, este famoso hecho lo llevaron a cabo los padres del pueblo; y sus descendientes pueden reivindicar con toda razón el privilegio de construir un monumento memorial.

Bajo el muro de piedra que separa el campo de batalla del recinto de la casa parroquial puede verse un recuerdo del combate más humilde, pero más interesante, que el obelisco de granito. Es una tumba marcada con un pequeño fragmento de piedra recubierta de musgo en la cabeza y otro en los pies; la tumba de dos soldados británicos que murieron en la escaramuza y desde entonces duermen pacíficamente allí donde los enterraron Zechariah Brown y Thomas Davis. Bien pronto que terminaron sus acciones bélicas: una fatigosa marcha nocturna desde Boston, una sonora descarga de mosquetería por encima del río y luego todos esos años de reposo. Estos dos soldados desconocidos fueron los primeros de la larga procesión de invasores que pasaron a la eternidad desde los campos de batalla de la Revolución.

Cuando me encontraba una vez de pie junto a esta tumba con el poeta Lowell, éste me contó una tradición que hacía referencia a uno de los habitantes del pueblo. La historia tiene algo que deja una impresión profunda aunque sus circunstancias no puedan reconciliarse plenamente con la veracidad. Sucedió que un joven que estaba al servicio del clérigo se hallaba cortando leña esa mañana de abril junto a la puerta trasera de la rectoría, y cuando el ruido de la batalla resonó de un lado a otro del puente se apresuró a cruzar el campo para ver lo que estaba sucediendo. Resulta bastante extraño que aquel muchacho se hallara trabajando con tanta diligencia cuando toda la población de la ciudad y del campo había abandonado sus asuntos habituales por el avance de las tropas británicas. Pero, sea como sea, cuenta la tradición que el muchacho abandonó entonces su tarea y corrió hacia el campo de batalla llevando todavía el hacha en la mano. Para entonces los británicos se retiraban perseguidos por los americanos; el escenario de la batalla había sido abandonado por ambos grupos. En el suelo yacían dos

soldados, uno de ellos cadáver; pero cuando el joven se acercó, el otro británico se alzó dolorosamente sobre las manos y las rodillas lanzándole una mirada fantasmal al rostro. El muchacho —debió de tratarse de un impulso nervioso, sin propósito, sin pensamiento previo, que revelaba más una naturaleza sensible e impresionable que un espíritu endurecido—, levantó el hacha y descargó con ella sobre la cabeza del soldado herido un golpe fuerte y fatal.

Me gustaría que pudiera abrirse la tumba; pues así sabría si alguno de los esqueletos de los soldados tenía en el cráneo la señal de un hachazo. La historia ha llegado hasta mí como si fuera cierta. Algunas veces, a modo de ejercicio intelectual y moral, he tratado de seguir a ese pobre joven en su carrera posterior, observando cómo era torturada su alma por la mancha de sangre, pues se la había hecho antes de que la prolongada costumbre de la guerra hubiera robado su santidad a la vida humana, cuando todavía parecía que matar a un hermano era un asesinato. Esa única circunstancia me ha producido más frutos que todo lo que la historia nos cuenta acerca de la batalla.

Durante el verano vienen muchos desconocidos para contemplar el campo de batalla. En cuanto a mí, nunca ha excitado demasiado mi imaginación este o aquel escenario de la celebridad histórica; tampoco perdería su encanto este plácido margen del río si los hombres nunca hubieran luchado y muerto allí. Hay un interés más raro en ese trozo de tierra, quizás de cien metros de anchura, que se extiende entre el campo de batalla y el lado norte de nuestra vieja rectoría, con su huerto y avenida contiguos. Aquí, en una edad desconocida, antes de que llegara el hombre blanco, había un pueblo indio convenientemente próximo al río, del que sus habitantes debían obtener una gran parte de lo necesario para la subsistencia. Se identifica por las puntas de lanza y flechas, los cinces y otros instrumentos de la guerra, el trabajo y la caza que el arado va dejando al descubierto en el suelo. Contemplas una astilla de piedra medio oculta bajo la hierba; no parece que sea nada que merezca la pena contemplar; ¡pero si tienes la fe suficiente para levantarla, tienes ante ti una reliquia! Thoreau, que tenía una extraña facultad para encontrar lo que los indios habían abandonado, fue el primero que me inició en esa búsqueda. Después me enriquecí con algunos ejemplares muy perfectos, trabajados toscamente que daba casi la impresión de que el azar les hubiera dado forma. Su mayor encanto está en esa tosquedad y en la individualidad de cada artículo, diferente de las producciones de las máquinas de nuestra civilización, que da forma a todo siguiendo un modelo. También hay un placer exquisito en coger una punta de flecha que fue lanzada hace siglos y no ha sido tocada desde entonces, que por tanto es como si la recibiéramos directamente de la mano de un cazador piel roja que la lanzó a su pieza de caza o a un enemigo. Un incidente semejan vuelve a reconstruir el pueblo indio y el bosque circundante, nos recuerda la vida de los guerreros y los jefes pintados, las squaws dedicadas a sus tareas domésticas, los niños jugando entre los wigwams, mientras los bebés cuelgan de la rama de un árbol mecidos por el viento. Tras esa visión momentánea resulta difícil saber si una alegría o un dolor contemplar a nuestro alrededor, bajo la luz diurna de la realidad, las cercas de piedra, las casas blancas, los campos de patatas y los hombres, que tenazmente trabajan con la azada en mangas de

camisa y pantalones tejidos en casa. Pero esto es absurdo. La vieja rectoría es mejor que mil wigwams.

¡La vieja rectoría! Casi la habíamos olvidado, pero regresamos a ella cruzando el huerto. Fue creado por el último clérigo cuando ya declinaba su vida y los vecinos se reían de ese hombre de cabeza cana que plantaba unos árboles cuyos frutos no tendría posibilidad de recoger. Aunque así hubiera sido, habría tenido tanto más excelente motivo de plantarlos con la esperanza pura y carente de egoísmo de beneficiar a sus sucesores, objetivo que raramente se consigue con los esfuerzos, más ambiciosos. Pero el anciano ministro, antes de llegar a la edad patriarcal de los noventa años, comió durante mucho tiempo las manzanas de ese huerto, y añadió plata y oro a su estipendio anual al disponer de lo que le sobraba. Resulta agradable pensar en él caminando entre los árboles en las tranquilas tardes de principios de otoño y recogiendo aquí y allá una fruta que el viento ha hecho caer mientras observa lo cargadas que están las ramas y calcula el número de barriles de harina vacíos que llenará con su carga. Ama cada uno de los árboles, sin duda, como si fuera su propio hijo. Un huerto tiene una relación con la humanidad y se conecta fácilmente con los asuntos del corazón. Los árboles poseen un carácter doméstico; han perdido la naturaleza salvaje de sus semejantes del bosque y han crecido humanizados por el hecho de recibir el cuidado del hombre y también por el de contribuir a sus necesidades. Pero también hay entre los manzanos mucha individualidad de carácter que les da un derecho adicional a ser objeto del interés humano. Uno de ellos es hosco y severo en sus manifestaciones; el otro nos da frutos tan suaves como la caridad. El uno es poco amistoso e intolerante, y da de mala gana las pocas manzanas que tiene; el otro se agota en su benevolencia y liberalidad del corazón. La variedad de formas grotescas en las que se contorsionan los manzanos produce su efecto en aquellos que llegan a conocerlos: extienden hacia el exterior sus ramas ganchudas y prenden de tal manera en la imaginación que los recordamos como humoristas y antiguos compañeros. ¿Y qué hay que resulte más melancólico que los viejos manzanos que persisten allí donde en otro tiempo se levantó una casa, pero ahora sólo queda una chimenea en ruinas surgiendo de un sótano recubierto de hierba? Ofrecen sus frutos a todo viandante: manzanas agridulces por las consecuencias de las vicisitudes del tiempo.

No he conocido en el mundo un problema tan agradable como el de encontrarme, teniendo el privilegio de alimentar sólo dos o tres bocas, como único heredero de la riqueza de frutos del viejo clérigo. Durante todo el verano había cerezas y grosellas; después llegaba el otoño con su carga inmensa de manzanas que caían continuamente de sus hombros sobrecargados mientras él paseaba. En la tarde más tranquila, si prestaba atención, podía escuchar el golpe sordo que producía una manzana grande al caer sin que ni siquiera soplara el viento, por la mera necesidad de su madurez perfecta. Y había además perales que dejaban caer un bushel\* tras otro de gruesas peras; y melocotoneros que en un buen año me atormentaban de melocotones, que no podían ni comerse ni guardarse, ni podían regalarse sin producir esfuerzo y perplejidad. A través de atenciones como éstas podía uno hacerse idea de la generosidad infinita y la bondad inagotable de nuestra Madre Naturaleza. Ese sentimiento sólo pueden disfrutarlo en perfección los nativos de las islas en las que siempre es verano y donde el fruto del pan,

el cacao, la palma y el naranjo crecen espontáneamente y hacen que la comida esté siempre dispuesta; pero esa misma sensación producían en un hombre habituado durante mucho tiempo a la vida de la ciudad que se sumerge en una soledad como la de la vieja rectoría y recoge los frutos de árboles que él no plantó, y que por tanto, para mi gusto heterodoxo, guardan un gran parecido con los que crecían en el Edén. En estos cinco mil años ha sido un apotegma que el trabajo endulza el pan que nos ganamos. Por mi parte (y hablando desde la dura experiencia adquirida cuando aporreaba los surcos accidentados de Brook Farm), disfruto más de los dones generosos de la Providencia.

Y no es que pueda discutirse que el ligero esfuerzo que requiere el cultivo de un huerto de tamaño moderado da a las hortalizas de la cocina un sabor que no se encuentra nunca en los del hortelano del mercado. Los hombres que no tienen hijos y que quieran conocer algo de la bendición de la paternidad deberían plantar una semilla —sea ésta de calabaza, judía, maíz indio o quizás una simple flor o una Poco valiosa hierba—, deberían plantarla con sus propias manos, y alimentarla desde la infancia hasta la madurez cuidándola ellos mismos. Cuando no hay muchas, cada planta individual se convierte en un objeto interesante por sí mismo. Mi huerto, que bordeaba la avenida de la rectoría, era exactamente de la extensión adecuada. Lo único que necesitaba era una o dos horas de trabajo por las mañanas. Pero solía visitarlo hasta una docena de veces al día, y me quedaba en pie, sumido en la contemplación de mis hijos vegetales con un amor que no podría compartir ni concebir quien no hubiera tomado parte en el proceso de su creación. Una de las vistas más encantadoras del mundo era contemplar una ladera de judías abriéndose paso en el suelo, o una hilera de guisantes tempranos que habían brotado lo suficiente para marcar una línea de delicado verdor. Más tarde, en esa misma estación, los colibríes se sentían atraídos por las flores de una variedad peculiar de judía; y para mí eran una alegría aquellos pequeños visitantes espirituales, quienes desde el aire se dignaban a sorber el alimento de mis copas de néctar. Multitud de abejas solían atarearse entre las flores amarillas de las calabazas de verano. También ellas me producían una satisfacción profunda; a pesar de que cuando se habían cargado de dulzor volaban hasta alguna colmena desconocida que no me daría nada a cambio de la contribución de mi jardín. Pero me alegraba ofrecer así un beneficio a la brisa pasajera con la certeza de que alguien se beneficiaría, y de que habría un poco más de miel en el mundo que mitigara la amargura y acidez de laque la humanidad se queja siempre. Sí, ciertamente; mi vida era más dulce gracias a esa miel.

Ya que he hablado de las calabazas de verano o comunes debo decir algunas palabras acerca de sus hermosas y variadas formas. Ofrecen una variedad ilimitada de urnas y vasos, profundos o de escasa superficie, ranurados o lisos, moldeados en diseños que un escultor haría bien en copiar, pues nunca ha inventado el arte nada que sea más gracioso. Cien calabazas en el jardín merecían, al menos a mis ojos, volverse indestructibles en mármol. Si alguna vez la Providencia me asignara una abundancia de oro (aunque sé bien que nunca lo hará), gastaría parte del él en un servicio de plata o de la porcelana más delicada con las formas de calabazas comunes recogidas de parras que plantaría con mis propias manos. Resultarían peculiarmente apropiadas como fuentes para verduras.



Mi trabajo en el huerto no sólo se veía gratificado por el amor a la belleza de las calabazas. También obtenía un placer sincero al observar el crecimiento de las calabazas confiteras de cuello ganchudo desde su primer y pequeño bulbo, con la flor marchita adherida a él, hasta que yacían esparcidas sobre el suelo, grandes y redondeadas, ocultando la cabeza bajo las hojas pero elevando sus grandes y amarillentas rotundidades hacia el sol del mediodía. Al contemplarlas sentía que por mi actividad se había hecho algo que merecía vivir. Una sustancia nueva había nacido en el mundo. Tenían existencias reales y tangibles que la mente podía captar y regocijarse de ellas. También una col —especialmente la col holandesa temprana que se hincha en una circunferencia monstruosa hasta que su corazón ambicioso suele estallar debajo— es algo de lo que estar orgulloso cuando podemos reivindicar haber compartido su producción con la tierra y el cielo. Pero al fin y al cabo el placer mayor de todos se reserva para el momento en que esas hortalizas y verduras, hijas nuestras, humean sobre la mesa, y nos otros, como Saturno, las convertimos en nuestra comida.

Quizás el lector, con el río, el campo de batalla, el huerto y el jardín, empiece a desesperar de encontrar el camino de regreso a la vieja rectoría. Pero si el clima es agradable, la hospitalidad más sincera nos obliga a acompañarle en un paseo al aire libre. No llegaba nunca a conocer del todo mi habitación hasta que un prolongado período de malhumorada lluvia me había confinado bajo su techo. No podía existir un aspecto más sombrío de la naturaleza exterior que el que se veía desde las ventanas de mi estudio. El gran sauce había captado y retenido entre sus hojas toda una catarata de agua que a intervalos sacudían las frecuentes ráfagas de viento. Todo el día, y durante una semana, la lluvia goteaba y goteaba, y salpicaba, splash, desde los aleros, y burbujeando y espumeando hasta caer a las cubas debajo de los canalones. Las viejas tablas sin pintar de la casa y los cobertizos exteriores habían ennegrecido por la humedad; pero los musgos, que crecían desde antiguo sobre las paredes, parecían verdes y frescos, como si fueran las cosas más nuevas, una idea tardía del tiempo. La superficie habitualmente especular del río había perdido nitidez por causa de una infinidad de gotas de lluvia; el paisaje entero tenía un aspecto absolutamente empapado de agua, transmitiendo la impresión de que la tierra estaba humedecida como una esponja; la cumbre de una colina arbolada situada a unos dos kilómetros de distancia se hallaba envuelta en una densa niebla en la que parecía que el demonio de la tempestad tuviera su morada desde la que tramaba inclemencias todavía peores.

Mientras llueve la naturaleza no es amable ni hospitalaria. En el calor de los días soleados retiene una piedad secreta y da la bienvenida al paseante en escondrijos sombreados de los bosques que el sol no puede penetrar; pero no proporciona abrigo alguno contra sus tormentas. Nos estremece pensar en esos escondrijos umbrosos y profundos, en esas orillas sombreadas en las que tanto placer encontramos en las tardes sofocantes. No hay allí ni una sola ramita que no nos enviara al rostro una pequeña lluvia. Mirando con actitud de reproche el cielo impenetrable —si es que existe el cielo por encima de esa lúgubre uniformidad de nubes—, somos capaces de murmurar contra el sistema entero del universo, puesto que significa la extinción de tantos días de verano de corta vida mediante la lluvia siseante y balbuceante. El emparrado de Eva en el Paraíso durante esas rachas de clima —pues es de suponer que tendrían ese clima—

debía ser un abrigo palúdico y sin alegría, en nada comparable a la vieja parroquia con recursos propios para entretenerse durante esa semana de encarcelamiento. ¡Vaya idea la de dormir sobre un colchón de rosas húmedas!

Feliz el hombre que en un día lluvioso puede trasladarse a un enorme desván que, como el de la rectoría, se ha ido amueblando con los trastos viejos que cada generación ha dejado tras ella desde un período anterior a la Revolución. Nuestro desván era un salón con arcos, débilmente iluminado por unas ventanas pequeñas y cubiertas de polvo; en el crepúsculo era cuando mejor parecía, y contenía escondrijos, o más bien cavernas de profunda oscuridad, de cuyos secretos nunca me enteré por la reverencia que sentía hacia su polvo y sus telas de araña. Las vigas del techo, toscamente devastadas y todavía con tiras de corteza, así como la albañilería tosca de las chimeneas, hacían que el desván pareciera salvaje y sin civilizar: un aspecto tan diferente de lo que se veía en otras áreas de la tranquila y decorosa casa. En uno de los lados había un pequeño apartamento encalado que mantenía el título tradicional de Cámara del Santo, pues en su juventud los hombres santos habían dormido, estudiado y rezado allí. Ese elevado retiro con una ventana, un pequeño hogar y un lavabo, tan conveniente para un oratorio, era el lugar exacto que inspiraría a un hombre joven cierto entusiasmo solemne, y le haría acariciar sueños de santidad. En diversas épocas, los ocupantes habían dejado escritas en la pared breves frases y exclamaciones. Estaba también colgado allí un lienzo enrollado, raído y arrugado que cuando lo inspeccioné resultó ser un retrato muy trabajado de un clérigo con peluca, banda y sotana que sostenía una Biblia en la mano. Cuando volví su rostro hacia la luz me miró con un aire de autoridad que los hombres de su profesión raramente asumen en nuestros tiempos. El original había sido pastor de la parroquia hacía ya más de un siglo, amigo de Whitefield, el predicador metodista inglés, y casi su igual por su fervorosa elocuencia. Me incliné ante la efigie del digno teólogo y sentí como si me encontrara entonces frente a frente con el fantasma que, había razones para suponer, ocupaba la rectoría.

Las casas de cierta antigüedad de Nueva Inglaterra estaban poseídas por espíritus de manera tan invariable que apenas si parece que merezca la pena aludir a ello. Nuestro fantasma solía exhalar suspiros profundos desde una determinada esquina del salón, y a veces hacía crujir un papel, como si estuviera pasando la página de un sermón en el largo pasillo de arriba, aunque era invisible a pesar de la brillante luz de la luna que entraba por la ventana del este. No es improbable que él deseara que me encargara yo de la edición y la publicación de una selección de discursos manuscritos que llenaban un arca que estaba en el desván. En una ocasión, cuando Hillard y otros amigos estaban sentados charlando con nosotros en el crepúsculo, se produjo un crujido, como si la sotana de seda del ministro pasara por en medio del grupo, y tan cerca que casi rozó las sillas. Pero nada se hizo visible. Un caso todavía más extraño era el de una criada fantasmal a la que solíamos oír en la cocina en la profundidad de la noche, moliendo café, cocinando, planchando —realizando, en suma, todo tipo de trabajos domésticos—, aunque a la mañana siguiente no podía detectarse rastro alguno de lo que había hecho. Algún deber olvidado de su servidumbre —alguna banda ministerial mal almidonada— inquietaba a la pobre dama en su tumba y le hacía trabajar sin cobrar salario.

Pero abandonemos esa digresión. Se guardaba en el desván una parte de la biblioteca de mi predecesor: un receptáculo nada inadecuado para la aburrida pacotilla que era el mayor número de volúmenes. Los viejos libros no habrían valido nada en una subasta, pero en ese desván venerable poseían un interés, totalmente lejano de su valor literario, como legados de familia, muchos de los cuales habían sido transmitidos a través de una serie de manos consagradas desde los días de los poderosos teólogos puritanos. En algunas de sus solapas podían verse escritos con tinta descolorida autógrafos de nombres famosos; y había también observaciones en los márgenes o páginas interpoladas totalmente recubiertas de una taquigrafía manuscrita ilegible que ocultaba quizás materias de profunda verdad y sabiduría. El mundo no sería nunca mejor por ello. Algunos de los libros eran infolios latinos escritos por autores católicos; otros, en inglés sencillo, se dedicaban a demoler el papado como si lo hicieran con un mazo. Una disertación sobre el libro de Job —que sólo el propio Job habría tenido la paciencia de leer— llenaba al menos una veintena de libros en cuarto, pequeños y gruesos, a una media de dos o tres volúmenes por capítulo. Había luego un vasto cuerpo de infolios acerca de la divinidad: un cuerpo demasiado corpulento, era de temer, para comprender el elemento espiritual de la religión. Volúmenes de este tipo se retrotraían a doscientos años o más, y generalmente estaban encuadernados en cuero negro, mostrando exactamente ese aspecto que atribuiríamos a los libros de encantamientos. Otros, igualmente antiguos, tenían un tamaño adecuado para llevarse en los amplios bolsillos de los chalecos de aquellos tiempos antiguos: diminutos, pero tan negros como sus hermanos más voluminosos, y mezclados con abundancia de citas griegas y latinas. Esos pequeños y viejos volúmenes me daban la impresión de que habían tenido la intención de ser muy grandes, pero que desafortunadamente se habían echado a perder en alguna fase temprana de su crecimiento.

La lluvia golpeteaba en el tejado y el cielo se veía oscuro a través de las polvorientas ventanas del desván mientras yo hurgaba entre esos venerables libros buscando algún pensamiento vivo que ardiera como un carbón en el fuego o brillara como una gema inextinguible bajo esa tremenda inutilidad que durante tanto tiempo la hubiera ocultado. Pero no encontré tales tesoros: todo estaba muerto y no pude hacer otra cosa que meditar profundamente, con curiosidad, acerca del hecho humillante de que las obras del intelecto humano entran en decadencia lo mismo que los frutos de sus manos. El pensamiento se enmohece. Lo que era un alimento bueno y nutritivo para el espíritu de una generación no ofrece sustento a la siguiente. Sin embargo, los libros de religión no pueden considerarse una prueba justa de las propiedades vitales y de resistencia del pensamiento humano, pues esos libros sólo raramente tocan en realidad el tema ostensible, y por tanto tiene muy poco sentido el escribirlo. En tanto en cuanto un alma iletrada pueda alcanzar la gracia salvadora, no parece que sea un error mortal sostener que las bibliotecas teológicas son, en su mayor parte, acumulaciones de asombrosas impertinencias.

Muchos de los libros se habían acumulado en los últimos años de vida del último clérigo. Amenazaban éstos con tener todavía menos interés que las obras más antiguas, de hacía un siglo, para cualquier investigador curioso que revolvieran entre ellos como estaba haciendo yo en ese momento. Volúmenes del «Liberal Preacher» y el «Christian

Examiner», sermones ocasionales, panfletos controvertidos, tratados y otras producciones de naturaleza igualmente fugaz ocupaban el lugar de los volúmenes gruesos y pesados de los tiempos antiguos. Desde un punto de vista físico había la misma diferencia que entre una pluma y un trozo de plomo; pero considerados intelectualmente la gravedad específica de los antiguos y los nuevos era pareja. Ambos eran, asimismo, glaciales. Sin embargo los libros más antiguos parecían haber sido escritos seriamente, y podía pensarse que en algún período anterior poseyeron calidez, aunque con el paso del tiempo las masas calientes se habían enfriado hasta el punto de congelación. Por otra parte, la frigidez de las producciones modernas era característica e inherente; y evidentemente tenía muy poca relación con las cualidades de mente y corazón del autor. En conclusión, de todo el polvoriento montón de literatura puse a un lado la parte sagrada, y no me sentí menos cristiano por rehuirla. No pare cía haber esperanza de ascender a un mundo mejor ni por la escalera gótica de los antiguos infolios ni volando con las alas de un tratado moderno.

Resulta extraño decir que nada retenía savia alguna salvo lo que había sido escrito para el día y el año fugaces sin la más remota pretensión o idea de Permanencia. Había algunos viejos periódicos, y almanaques todavía más antiguos, que reproducían ante mi visión mental la época en la que habían salido de la prensa con una claridad que era totalmente inexplicable. Era como si hubiera encontrado entre los libros pedacitos de un espejo mágico que reflejaba las imágenes de un siglo desaparecido. Elevé la vista hacia el cuadro raído antes mencionado y Pregunté al divino austero cómo era posible que él y sus hermanos, tras las laboriosas exploraciones y búsquedas a tientas de sus mentes, sólo hubieran sido capaces de producir algo que no resultaba ni la mitad de real que lo que los garabateadores de periódicos y redactores de almanaques habían conseguido en la efervescencia de un momento. El retrato no me respondió, por lo que tuve que buscar por mí mismo la respuesta. Es la propia época la que escribe los periódicos y almanaques, que por tanto tienen un significado y un propósito claros en su momento, y una especie de verdad inteligible para todas las épocas; mientras que casi todas las otras obras —escritas por hombres que en el acto mismo de escribir se apartan de su época— probablemente no poseen mucho significado cuando son nuevas, y ninguno en absoluto cuando envejecen. El auténtico genio funde muchas épocas en una, y de esa manera realiza algo permanente, pero el escritor más efímero tiene con aquel una similitud de oficio. Una obra de genio no es sino el periódico de un siglo, o acaso el de cien siglos.

Aunque haya hablado a la ligera de esos libros antiguos persiste en mí una reverencia supersticiosa por todo tipo de literatura. A mis ojos un volumen encuadernado tiene un encanto similar al que poseen para un buen musulmán los fragmentos manuscritos. Imagina éste que esos escritos mecidos por el viento se hallan quizás santificados por algún verso sagrado; y pienso yo que todo libro, nuevo o antiguo, puede contener el «ábrete sésamo»: el hechizo que revela tesoros ocultos en alguna insospechada cueva de la verdad. Por eso me alejé, no sin tristeza, de la biblioteca de la vieja rectoría.

Bendito fue el sol cuando desde el borde del horizonte occidental volvió a brillar al final de otro día tormentoso; aunque el enorme firmamento nuboso arrojaba toda la

tenebrosidad que podía, ésta sólo servía para encender la luz dorada convirtiéndola, gracias a las sombras fuertemente contrastadas, en una luminosidad más brillante. Bajo sus párpados pesados el cielo sonreía a la tierra, a la que hacía tanto tiempo que no había visto. Mañana sería un día para subir a las colinas y recorrer los senderos de los bosques.

O quizás Ellery Channing, el pastor reformista, subiría por la avenida para unirse a mí en una excursión de pesca por el río. Extraños y felices eran aquellos tiempos en los que dejábamos a un lado todos los formalismos tediosos y las costumbres estrictas y nos entregábamos al aire libre, viviendo como los indios o cualquier otra raza menos convencional durante un brillante semicírculo del sol. Remando en el bote contra la corriente, entre amplios prados, nos metíamos en el Assabeth. Nunca sobre la tierra había fluido un río más encantador que éste, una milla por encima de su unión con el Concord; en ninguna parte existía una corriente semejante, salvo la que recorría las regiones interiores de la imaginación de un poeta. Los bosques y la ladera de una colina abrigan al río de la brisa; por eso en cualquier otra parte podía haber un huracán, y allí apenas una ondulación recorrería las sombrías aguas. La corriente es tan suave que la simple fuerza de la voluntad del remero parece bastar para impulsar la barca en contra de ella. Fluye suavemente a través de lo más profundo del corazón de un bosque que le susurra que guarde silencio, y la corriente le responde susurrando también desde los juncales de sus orillas, como si río y bosque se sisearan el uno al otro mandándose dormir. Sí; el río duerme a lo largo de su curso y sueña con el cielo y con el follaje arracimado en medio del cual cae una lluvia de luz solar descompuesta que lo marca con manchas de viva alegría que contrastan con la profundidad tranquila del tono predominante. El río durmiente guarda en su pecho una imagen soñada de esa escena. Y después de todo, ¿qué era más real: la imagen o el original? ¿Los objetos que podemos captar con nuestros sentidos más groseros o su apoteosis en la corriente inferior? Seguramente las imágenes desencarnadas están en estrecha relación con el alma. Pero tanto el original como el reflejo tienen aquí un encanto ideal; si hubiera pensado en ello con mayor fantasía podría haber sospechado que ese río había salido del rico escenario del mundo interior de mi compañero; sólo que entonces la vegetación de sus orillas habría tenido un carácter más oriental.

Aunque el río es suave y discreto, sin embargo los bosques tranquilos no parecen satisfechos de permitirle el paso. Los árboles tienen sus raíces en el borde mismo del agua, y sumergen en ésta sus ramas colgantes. En una zona hay una orilla elevada sobre cuya pen diente crecen algunos abetos del Canadá, que se inclinan hacia la corriente como si estuvieran decididos a zambullirse en ella. En otros lugares las orillas están casi al nivel del agua, por lo que la tranquila congregación de árboles pone sus pies en ella y se rodean de follaje hasta su superficie. Unas flores rojas encienden sus llamas espirales e iluminan los rincones oscuros entre los matorrales. En los márgenes crecen en abundancia los nenúfares: esa flor deliciosa que, como me dijo Thoreau, abre su pecho virginal a la primera luz del sol y perfecciona su ser con la magia de ese beso genial. Dice haber contemplado cómo éstas se despliegan sucesivamente conforme el amanecer penetra gradualmente de flor en flor; aunque es ésta una vista que no cabe esperar a menos que un poeta ajuste su mirada interior con un enfoque adecuado del órgano

visual externo. Aquí y allí los emparrados de uvas se entrelazan alrededor de los matorrales y los árboles, de manera que sus racimos cuelgan sobre el agua, al alcance de la mano del barquero. A menudo dos árboles de distinta raza se entrelazan inextricablemente, como si el bosque uniera contra su voluntad al abeto con el arce, y los enriqueciera con unos descendientes morados de los que ninguno es el padre. Uno de estos parásitos ambiciosos había escalado hasta las ramas más altas de un pino elevado y blanco, y seguía ascendiendo de rama en rama, insatisfecho hasta coronar la aireada copa del árbol con una guirnalda de su amplio follaje y un racimo de sus uvas.

El curso serpenteante de la corriente cerraba en todo momento la escena que teníamos a nuestra espalda, y revelaba por delante otra tranquila y encantadora. Nos deslizábamos de profundidad en profundidad y con cada giro respirábamos un nuevo apartamento. El tímido martín pescador volaba desde una rama mar chita que tenía cerca hasta otra alejada, lanzando un agudo grito de cólera o alarma. Los patos, que habían estado flotando allí desde la víspera, se sobresaltaron con nuestra proximidad y se deslizaron por el vidrioso río, rompiendo su superficie oscura con líneas brillantes. El lucio saltó entre los nenúfares. La tortuga, que estaba solazándose sobre una roca o al pie de un árbol, se sumergió repentinamente en el agua. El indio pintarrajeado que había remado con su canoa por el Assabeth trescientos años atrás difícilmente habría podido ver en sus orillas y reflejada en su fondo una suavidad mayor que la que nosotros contemplamos. Tampoco ese mismo indio habría podido preparar su comida del mediodía con mayor simplicidad. Llevamos nuestro esquife hasta un punto en el que las ramas formaban una arcada natural y allí encendimos un fuego con piñas de pino y ramas secas, que abundaban en los alrededores. Enseguida el humo ascendió entre los árboles impregnado de un aromático incienso que no era pesado y excesivo, como el vapor de las cocinas en el interior, sino alegre y picante. El olor de nuestro festín era semejante a los olores del bosque con los que se mezclaba: con nuestra intromisión allí no se había cometido sacrilegio; la sagrada soledad era hospitalaria y nos concedía permiso para cocinar y comer en aquel lugar apartado que era, al mismo tiempo, nuestra cocina y salón de banquetes. Resulta extraño que los oficios humildes puedan llevarse a cabo en una escena hermosa sin destruir su poesía. Nuestro fuego, de resplandor rojizo entre los árboles, y nosotros a su lado, atareados con ritos culinarios y extendiendo nuestra comida sobre un leño cubierto de musgo, parecía ir al unísono con el río que se deslizaba a nuestro lado y con el follaje que crujía por encima de nosotros. Y lo que resultaba más extraño era que ni siquiera nuestra alegría parecía perturbar el decoro de los bosques solemnes; los duendes de los viejos bosques y los fuegos fatuos que brillaban en los lugares pantanosos hubieran podido venir en tropel a compartir nuestra conversación junto a la mesa, añadiendo sus agudas risas a nuestra alegría. Era uno de esos lugares en los que podía expresarse el absurdo más extremo o la sabiduría más profunda, o bien ese producto etéreo de la mente que comparte ambas cosas y puede convertirse en una o en otra según sea la fe y la percepción del oyente.

Y así, entre la luz del sol y las sombras, entre las hojas que crujían y las aguas que suspiraban, derramamos nuestra conversación como si fuera el murmullo de una fuente. La espuma evanescente era la de Ellery; y suyos fueron también los pensamientos dorados que brillaban en el lecho de la fuente y con su reflejo iluminaban

nuestros rostros. Si él hubiera podido extraer ese oro virginal y marcarlo con la señal de la Casa de la Moneda, que es la que lo convierte en dinero, el mundo habría obtenido los beneficios, y él la fama. Mi mente era más rica sólo por el hecho de saber que estaba allí. Pero el principal beneficio de aquellos días libres, para él y para mí, no estaba en ninguna idea definida, ni en ninguna verdad angular o redonda que extrajáramos de la masa informe de materiales problemáticos, sino en la libertad que de ese modo obteníamos frente a toda costumbre, convencionalismo e influencia encadenante del hombre sobre el hombre. Éramos tan libres en aquel día que resultaba imposible que al siguiente volviéramos a ser esclavos. Cuando cruzáramos el umbral de la casa o camináramos sobre las aceras atestadas de una ciudad, las hojas de los árboles que se hallaban suspendidas sobre el Assabeth seguirían susurrándonos:

«¡Sé libre! ¡Sé libre!» Por eso a la orilla de ese río umbrío hay lugares señalizados con un montón de cenizas y ramas consumidas a medias que en mi recuerdo no son menos sagrados que el hogar de un fuego doméstico. ¡Y qué dulce, sin embargo, cuando regresábamos flotando a casa al anochecer sobre el río dorado, qué dulce era regresar al sistema de la sociedad humana, no como a un calabozo con sus cadenas, sino como a un edificio majestuoso desde el que podríamos pasar a voluntad a una simplicidad todavía más augusta! ¡Y qué amable también la vista de la vieja rectoría, que desde donde mejor se veía era desde el río, a la que daban sombra el sauce y todo el entorno del follaje de su huerto y avenida, qué amable su aspecto gris y hogareño, que rechazaba las extravagancias especulativas del día! Se había vuelto sagrada en relación con la vida artificial a la que dirigíamos nuestras invectivas; a pesar de todo se había convertido en un hogar para muchos años, era también mi hogar, y con aquellos pensamientos me pareció que todo el artificio y el convencionalismo de la vida era de una delgadez impalpable sobre su superficie, y que la profundidad que había debajo no era peor por ello. Una vez, cuando dirigíamos nuestro bote hacia la orilla, había una nube en forma de sabueso gigantesco echado encima de la casa, como si la estuviera guardando. Contemplando ese símbolo recé para que las influencias superiores protegieran mucho tiempo las instituciones que habían surgido del corazón de la humanidad.

Si alguna vez mis lectores deciden abandonar la vida civilizada, las ciudades, las casas y cualquier enormidad moral o material que haya inventado el perverso ingenio de nuestra raza, que lo hagan a principios de otoño. La naturaleza le amará entonces más que en cualquier otra estación, y le conducirá junto a su pecho con una ternura más maternal. En aquellos primeros días otoñales apenas podía soportar encima de mí el techo de la vieja casa. ¡Y qué pronto, además, llega durante el verano la profecía del otoño! Algunos años antes que otros; a veces incluso en las primeras semanas de julio. No hay otro sentimiento como el que produce esta percepción débil, dudosa pero sin embargo real —si es que no se trata de algo más que un presagio— de la decadencia del año, tan maravillosamente dulce y triste al mismo tiempo.

¿Dije que no hay otro sentimiento semejante? Ah, existe una melancolía como ésta, conocida a medias, cuando nos encontramos en el vigor máximo de nuestra vida y sentimos que el tiempo nos ha dado ya todas sus flores, y que el siguiente trabajo de sus dedos, jamás ociosos, será el de robárnoslas una a una.

He olvidado si la canción del grillo no será una señal temprana de la cercanía del otoño: esa canción a la que podríamos describir como una quietud audible; pues aunque la escuchemos muy fuerte y lejana, su existencia individual se funde de una manera tan completa con las características de la estación que lo acompañan que la mente no toma nota de ese canto en cuanto que sonido. ¡Ay del agradable tiempo estival! En agosto, la hierba está todavía verde en las colinas y valles; el follaje de los árboles es tan denso como siempre, y tan verde; las flores brillan en mayor abundancia en los márgenes del río, junto a los muros de piedra y en las profundidades de los bosques; los días son tan ardientes como lo fueron un mes atrás; y sin embargo, en cada aliento del viento y en cada haz de luz del sol escuchamos la despedida susurrada y contemplamos la sonrisa de adiós de un querido amigo. Entre todo ese calor hay una frialdad, una suavidad en el ardiente mediodía. Ni una brisa se agita que no nos emocione con el aliento del otoño. En los lejanos y dorados brillos, entre las sombras de los árboles, se ve una gloria mediatubunda. Las flores —hasta las más brillantes de ellas, y son las más vistosas del año— tienen esa tristeza suave unida a su pompa, y cada una tipifica en su interior el carácter del tiempo delicioso. Las brillantes flores rojas nunca me habían parecido alegres. Conforme avanza la estación, se fortalece la delicadeza de la naturaleza. Es imposible no encariñarse ahora con nuestra madre; ¡pues ella está tan encariñada con nosotros! En otros períodos no me produce esa impresión, o lo hace sólo en raros intervalos; pero en esos días geniales del otoño, cuando ha perfeccionado sus cosechas y logrado todas las cosas necesarias que tenía que hacer, fluye entonces de ella una abundancia de amor. Tiene tiempo ahora para acariciar a sus hijos. En esos momentos es bueno estar vivo. ¡Hay que dar gracias al cielo por el aire —sí, por el simple aire— cuando está formado por esa brisa celestial! Es como un auténtico beso en nuestras mejillas; si pudiera, se quedaría más tiempo, cariñosamente, a nuestro alrededor; pero como debe marcharse nos abraza con todo su amable corazón y sigue adelante para abrazar de esa manera lo siguiente que encuentre. Se ha lanzado una bendición que se ha esparcido a lo largo y lo ancho de la tierra para ser captada por todo el que lo desee. Me reclino sobre la hierba, que todavía no se ha marchitado, y susurro para mí mismo: «¡Oh, día perfecto! ¡Oh, mundo hermoso! ¡Oh, Dios benefactor!», y ésa es la promesa de una bendita eternidad, pues nuestro Creador nunca habría creado esos días tan encantadores y nos habría concedido un corazón profundo para disfrutarlos, por encima y más allá de todo pen samiento, si no fuéramos inmortales. La luz del sol es, por tanto, la prenda dorada. Brilla a través de las puertas del Paraíso y nos permite vislumbrar su interior.

Más tarde, al poco tiempo, el mundo exterior asume una austeridad más seca. En algunas mañanas de octubre hay una escarcha gruesa sobre la hierba en la parte superior de las cercas; y al amanecer las hojas caen desde los árboles de nuestra avenida sin la menor brisa de viento, descendiendo tranquilamente por su propio peso. A lo largo de todo el verano han murmurado como el ruido de las aguas, sus ramas han producido un fuerte estruendo cuando luchaban con las ráfagas tormentosas; han hecho sonar una música al mismo tiempo alegre y solemne; han sintonizado mis pensamientos con su sonido tranquilo mientras yo paseaba de aquí para allá bajo el arco de las ramas entremezcladas. Ahora sólo pueden cru jir bajo mis pies. Desde ahora la



grisácea casa del párroco empieza a asumir una importancia mayor y nos mueve hacia su chimenea —pues la abominación de su estufa hermética se reserva para el clima invernal—, del mismo modo que atrae cada vez más junto a su fuego los impulsos errantes que nos habían hecho deambular durante el verano.

Cuando el verano murió y fue enterrado, la vieja rectoría se volvió tan solitaria como una ermita. Y no es que nunca, al menos mientras yo vivía allí, abundara en compañía; pero en intervalos no raros dábamos la bienvenida a algún amigo que salía del tumulto y el brillo polvoriento del mundo y nos regocijábamos de compartir con él la oscuridad transparente que flotaba sobre nosotros. ¡En un aspecto nuestro contorno era como el campo encantado que cruzaba el peregrino en su camino hacia la Ciudad Celestial! Los invitados, todos ellos, tenían una influencia somnolienta: se quedaban dormidos en su silla, o se echaban, más deliberadamente, una siesta en el sofá, o les veíamos estirarse entre las sombras del huerto, mirando hacia arriba, soñadoramente, a través de las ramas. No podrían haber hecho un mayor cumplido a mi morada, ni a mis cualidades como anfitrión. Lo consideraba una prueba de que habían dejado atrás sus preocupaciones nada más pasar los postes de piedra de la puerta que había en la entrada de la avenida, y de que ese potente opiáceo era la abundancia de paz y de tranquilidad a nuestro alrededor. Otros podrían darles placer, diversión o instrucción —todo ello podía encontrarse en cualquier parte—, pero a mí me correspondía darles descanso: reposo en una vida turbulenta. ¿Qué otra cosa mejor podía hacerse por esos espíritus fatigados por el mundo? ¿Por aquellos cuya carrera de acción perpétua se veía impedida y acosada por el más raro de sus poderes y la más rica de sus adquisiciones? ¿O por aquellos otros que desde su más temprana juventud habían arrojado su corazón ardiente en la refriega de la política, y quizás ahora empezaban a sospechar que una sola vida es demasiado breve para el logro de cualquier objetivo elevado? ¿Por aquella sobre cuya naturaleza femenina se ha impuesto el don pesado de una capacidad intelectual, bajo la cual un hombre fuerte podría tambalearse, y con ese don le llega la necesidad de actuar sobre el mundo? En una palabra, para no multiplicar los ejemplos: ¿qué otra cosa mejor podía hacerse por cualquiera que entrara en nuestro círculo mágico que arrojar sobre él el hechizo de un espíritu tranquilo? Y cuando éste había producido su pleno efecto, le despedíamos entonces con reminiscencia neblinosas, como si hubiera estado soñando con nosotros.

Si tuviera que adoptar una idea favorita, como hacen muchos, y la abrazara cariñosamente con exclusión de todas las demás, sería que la gran necesidad con la que lucha la humanidad en esta época es el sueño. El mundo debería reclinar su enorme cabeza sobre la primera almohada que fuera conveniente y echar un sueño de una era. Se halla distraído por una actividad malsana, y aunque preternaturalmente está bien despierto se ve sin embargo atormentado por visiones que ahora le parecen reales, pero que asumirían su verdadero aspecto y carácter una vez tranquilizado por un intervalo de reposo natural. Éste es el único método de librarse de los viejos engaños y evitar los nuevos, de regenerar nuestra raza, para que a su debido tiempo pueda despertar como un niño de su húmedo sueño, de restaurar en nosotros la percepción simple de lo que es correcto y el deseo sincero y resuelto de lograrlo, pues ambas cosas hace tiempo que se han perdido como consecuencia de esta fatigosa actividad del cerebro y del letargo o la

pasión del corazón que afligen ahora al universo. Los estimulantes, el único tratamiento que se ha intentado hasta ahora, no pueden someter la enfermedad: lo único que hacen es aumentar el delirio.

Que nunca se cite en contra del autor el párrafo anterior; pues aunque teñido con su cantidad mínima de verdad, es la consecuencia y expresión de lo que, cuando escribía, sabía que sólo era una visión distorsionada del estado y las perspectivas de la humanidad. Había a mi alrededor circunstancias que dificultaban que viera el mundo exactamente tal como existe; pues, por severa y sobria que fuera la vieja rectoría, bastaba con alejarse un poco más allá de su umbral para encontrarse formas morales humanas más extrañas de las que podría hallarse en otro lugar en mil millas a la redonda.

Esos duendes de carne y hueso se veían atraídos allí por la extendida influencia de un gran y original pensador que tenía su morada terrenal al otro extremo de nuestro pueblo. Su mente actuaba sobre otras de determinada constitución con maravilloso magnetismo, atrayendo a muchos hombres que realizaban un largo peregrinaje para hablar con él cara a cara. Visionarios jóvenes —a quienes se les había impartido tanta percepción que a su alrededor la vida se había convertido en un laberinto— venían a buscar la pista que les guiara fuera del aturdimiento que ellos mismos habían provocado. Teóricos de cabellos grises —cuyos sistemas, ariosos al principio, habían acabado por aprisionarlos en una estructura de hierro— viajaban dolorosamente hasta su puerta no para pedir la liberación, sino para invitar al espíritu libre a que penetrara en su propia esclavitud. Personas que habían alumbrado un pensa miento nuevo, o un pensamiento que ellos consideraban como tal, acudían junto a Emerson de la misma manera cine el que encuentra una gema brillante se apresura a acudir junto a un lapidario para averiguar su calidad y valor." Hombres que erraban inseguros, turbados y ansiosos a través de la medianoche del .F mundo moral contemplaban su fuego intelectual como un faro encendido en la cumbre de una colina, y al realizar la difícil ascensión miraban la oscuridad circundante con mayor esperanza que antes. La luz revelaba objetos que antes no habían visto: montañas, lagos relucientes, vislumbres de una creación entre el caos; pero también, era inevitable, atraía murciélagos, búhos y toda hueste de aves nocturnas que agitaban sus alas polvorientas frente a los ojos de quienes los contemplaban, y a veces los tomaban equivocadamente como aves de plumaje angélico. Esos engaños se han encontrado siempre suspendidos cerca de todo faro de verdad que se haya encendido.

En cuanto a mí, había habido en mi vida épocas en las que también yo habría pedido a ese profeta la palabra clave que me solucionara el acertijo del universo; pero ahora, siendo feliz, comprendía que no había pregunta que plantear, y admiraba por tanto a Emerson como a un poeta de belleza profunda y ternura austera, pero nada buscaba en él como filósofo. Era agradable sin embargo encontrarle en los senderos de los bosques, o a veces en nuestra avenida, con ese brillo intelectual puro que difundía su presencia a modo de prenda de un ser brillante; y él, que era tan tranquilo, tan simple, tan carente de pretensiones, se enfrentaba a cada hombre como si esperara recibir más de lo que podía impartir. Y en verdad el corazón de muchos hombres ordinarios tenía quizás inscripciones que él no sabría leer. Pero era impo sible habitar

en su vecindad sin inhalar en mayor o menor medida la atmósfera montañosa de su pensamiento elevado, que en los cerebros de algunas personas producía un vértigo singular: pues la verdad nueva es tan embriagadora como el nuevo vino. Nunca un pueblo rural tan pequeño y pobre se vio tan plagado de tal variedad de mortales extraños, raramente vestidos y de comportamiento excéntrico, la mayoría de los cuales se consideraban un agente importante del destino del mundo, cuando eran simples agujeros rellenos de un agua muy intensa. Tal es, imagino, el carácter invariable de las personas que se amontonan junto a un pensador original para captar su aliento impronunciable e imbuirse así de una falsa originalidad. Esta vulgaridad de lo novedoso basta para que cualquier hombre con sentido común reniegue de toda idea que tenga menos de un siglo, y reza para que el mundo pueda petrificarse y volverse inmóvil aunque sea en el peor estado moral y físico que haya alcanzado, antes que beneficiarse de los planes de tales filósofos.

Y empiezo a darme cuenta ahora — aunque quizás debería haberlo percibido antes — de que hemos hablado ya suficiente de la vieja rectoría. Posiblemente, mi honrado lector vilipendiará al pobre autor llamándole egoísta por parlotear tantas páginas acerca de una casa parroquial rural cubierta de musgo y sobre su vida dentro de esas paredes, en el río y en los bosques, y las influencias que todo ello produjo en él. Mi conciencia no me reprocha, sin embargo, el que un espíritu humano haya revelado a su espíritu fraterno algo sagradamente individual. ¡Qué estrecha, y también qué superficial y escasa, es la corriente de pensamiento que ha fluido desde mi pluma en comparación con la amplia marea de profundas emociones, ideas y asociaciones que se arremolinan a mi alrededor desde esa parte de mi existencia! ¡Qué poco es lo que he contado! ¡Y casi nada, de ese poco, se ha visto teñido por alguna cualidad que lo haga exclusivamente mío! ¿Ha deambulado el lector, su mano en la mía, por los conductos interiores de mi ser? ¿Hemos recorrido juntos y a tientas sus cámaras, examinando sus tesoros o su basura? No es así. Hemos estado de pie sobre el césped, en el borde interior de la boca de la caverna, en donde puede penetrar libremente la luz del sol común y donde puede entrar todo paso. No he apelado a ningún sentimiento o sensibilidad, salvo los que se hallan difundidos entre todos nosotros. En aquello que soy un hombre de atributos realmente individuales velo mi rostro; no soy ni he sido nunca de esas personas supremamente hospitalarias que sirven su corazón, delicadamente frito con salsa de cerebro, ofreciéndolo como golosina a su amado público.

Al releer lo que he escrito, me parece que son sólo reminiscencias dispersas de un único verano. En la tierra de las hadas no existe la medición del tiempo; y en un lugar que tan al abrigo está del torbellino del océano de la vida, tres años pasan presurosos como un vuelo callado, lo mismo que la luz del sol llevada por la brisa capta las sombras de las nubes en las profundidades de un valle tranquilo. Se fortalece ahora cada vez más la sugerencia de que el propietario de la vieja casa suspiraba por su aire nativo. Después aparecieron los carpinteros haciendo un gran jaleo entre los cobertizos, cubriendo la hierba verde de astillas de pino y trocitos de vigas de castaño, echando a perder la antigüedad del lugar con sus discordantes renovaciones. Además, despojaron enseguida nuestro hogar del velo de madreselva que había cubierto una gran parte de la fachada meridional. Quitaron todo el viejo musgo; y murmura ron horriblemente

acerca de dar una capa de pintura a los muros exteriores, propósito que era tan poco de mi gusto como podría serlo el hecho de poner colorete en las mejillas venerables de una abuela. Pero la mano que renueva es siempre más sacrílega que la que destruye. En resumen, recogimos nuestras cosas, tomamos un té de despedida en el agradable saloncito del desayuno —un té delicadamente fragante, un lujo que no puede comprarse, uno de los numerosos dones angélicos que han caído como rocío sobre nosotros— y pasamos por entre los altos postes de piedra tan inseguros como los árabes errantes pensando dónde pondríamos después nuestra tienda. La providencia me llevó de la mano y —con un designio tan extraño que confío no será irreverente si me sonrío— me ha conducido, tal como anuncian los periódicos mientras escribo, desde la vieja rectoría a una aduana. Como autor de historias a menudo he inventado vicisitudes extrañas para mis personajes imaginarios, pero ninguna como ésta.

El tesoro intelectual que esperaba encontrar en nuestra apartada morada nunca apareció. Ningún tratado profundo sobre ética, ninguna historia filosófica, ni siquiera una novela que se pudiera sostener en pie. Lo único que podía enseñar como hombre de letras eran estos pocos relatos y ensayos que habían brotado como flores en el verano tranquilo de mi corazón y mi mente. Salvo editar (tarea sencilla) el diario de mi amigo de muchos años, el *Crucero Africano*, no había hecho otra cosa. Con esas ociosas hierbas y flores marchitas había entremezclado algunas producidas mucho antes —cosas viejas y descoloridas que me recordaban esas flores apretadas entre las hojas de un libro—, y ahora ofrezco el ramo, tal como está, a cualquiera que pueda complacerse en él. Estos esbozos irregulares, con tan poca vida externa en ellos, aunque no reivindicaban una profundidad de propósito —tan reservados, aunque a veces parezcan francos—, a menudo poco serios, y que no expresan nunca satisfactoriamente, ni siquiera cuando más lo parece, los pensamientos que afirman imaginar... estas bagatelas creo sinceramente que no son una base sólida para la fama literaria. Sin embargo, el público —si mi limitado número de lectores, a quienes me atrevo a considerar más bien como un círculo de amigos, puede describirse como público— recibirá los relatos amablemente como la última ofrenda, la última colección de esta naturaleza que me propongo entregar. A menos que pudiera hacerlo mejor, no he hecho nada semejante. Pero para mí el libro mantendrá siempre un encanto: pues me recuerda el río, con sus deliciosas soledades, y la avenida, el jardín, el huerto, y especialmente la querida y vieja rectoría con el pequeño estudio en su lado occidental, y la luz que brilla por entre las ramas del sauce mientras escribo.

El lector, si quiere hacerme ese honor, puede imaginarse como mi invitado, y habiendo visto lo que haya de notable dentro y en los alrededores de la vieja rectoría, puede entrar por fin en mi estudio. Allí, tras sentarle en un sillón antiguo, una herencia de la casa, despliego un manuscrito y llamo su atención acerca de los siguientes relatos... aunque ello sería un acto de falta de hospitalidad del que nunca he sido culpable, y nunca lo seré, ni siquiera con mi peor enemigo.

## LA MARCA DE NACIMIENTO

A finales del siglo pasado vivió allí un hombre de ciencia, eminente y competente en todas las ramas de la filosofía natural, quien no mucho antes de que se inicie nuestra historia había experimentado una afinidad espiritual más atractiva que cualquier otra química. Había dejado el laboratorio al cuidado de un ayudante, limpiado su hermoso semblante del humo del horno, lavado de sus dedos las manchas de ácidos y persuadido a una hermosa mujer para que se convirtiera en su esposa. En aquellos días, cuando el descubrimiento comparativamente reciente de la electricidad y otros misterios semejantes de la Naturaleza parecía abrir caminos hacia la región del milagro, no era inusual que el amor a la ciencia rivalizara con el amor a la mujer en su energía profunda y absorbente. El intelecto superior, la imaginación, el espíritu e incluso el corazón pueden encontrar todos su alimento compatible en ocupaciones que, tal como creen algunos de sus ardientes partidarios, irán ascendiendo de un paso de la inteligencia poderosa a otro, hasta que el filósofo pueda poner su mano sobre el secreto de la fuerza creativa y crear quizás mundos nuevos para sí mismo. No sabemos si Aylmer poseía ese grado de fe en el control último del hombre sobre la Naturaleza. Sin embargo, se había dedicado sin reservas a los estudios científicos como para no apartarse de ellos por una segunda pasión. El amor hacia su joven esposa demostraría ser el más fuerte de los dos: pero sólo podía existir entremezclándose con su amor a la ciencia, y uniendo la fuerza de este último al primero.

Esa unión se produjo, y tuvo unas consecuencias verdaderamente notables que causaron una impresión profunda. Un día, muy poco después de la boda, Aylmer estaba sentado mirando a su esposa con una turbación en el semblante que fue creciendo hasta que habló.

—Georgiana —dijo él—. ¿No se te ha ocurrido nunca que podría eliminarse la marca que tienes en la mejilla?

—La verdad, no —contestó ella sonriendo; pero al darse cuenta de la seriedad de la actitud de Aylmer se sonrojó—. Tantas veces me han dicho que resultaba atractivo que en mi simpleza imaginé que lo era.

—Ah, quizás lo fuera en otro rostro —respondió el marido—, pero nunca en el tuyo. No, mi queridísima Georgiana, saliste casi tan perfecta de la mano de la Naturaleza que este ligerísimo defecto, que dudamos si llamar defecto o belleza, me sorprende, por ser la señal visible de la imperfección terrena.

—¿Te sorprende, esposo mío? —añadió Georgiana levantando la voz y sintiéndose profundamente herida; al principio enrojeció por la cólera momentánea, pero luego estalló en llantos—. ¿Por qué me apartaste entonces del lado de mi madre? ¡No puedes amar lo que te sorprende!

Para explicar esta conversación debe mencionarse que en el centro de la mejilla izquierda de Georgiana había una marca singular profundamente entrelazada, por así decirlo, con la textura y sustancia de su rostro. En el estado habitual de su tez —una lozanía saludable aunque delicada— la marca tenía un tono carmesí profundo que

definía imperfectamente su forma entre el rosáceo circundante. Cuando se sonrojaba perdía gradualmente definición hasta que desaparecía en el torrente triunfante de sangre que bañaba con brillo la mejilla entera. Pero si alguna emoción cambiante la hacía palidecer, allí estaba de nuevo la marca, una mancha carmesí sobre la nieve, con una claridad que a Aylmer le parecía a veces casi temible. Su forma guardaba no poca similitud con una mano humana, aunque del tamaño más diminuto. Los enamorados de Georgiana acostumbraban a decir que en el momento de su nacimiento algún hada había puesto su mano diminuta sobre la mejilla de la recién nacida, dejando allí esa huella en señal de los dones mágicos que le daban ese dominio sobre todos los corazones. Muchos pretendientes desesperados habrían puesto en riesgo su vida por el privilegio de presionar con sus labios la mano misteriosa. No debe ocultarse, sin embargo, que la impresión producida por ese signo manual de las hadas variaba mucho de acuerdo con la diferencia de temperamento de quien la contemplaba. Algunas personas fastidiosas —que eran exclusivamente de su propio sexo— afirmaban que la mano sangrienta, tal como la llamaban, destruía totalmente el efecto de la belleza de Georgiana y volvía su semblante incluso horrible. Pero eso sería tan poco razonable como decir que una de las pequeñas manchas azuladas que se encuentran a veces en las estatuas de mármol más puro convertirían en un monstruo la Eva de Hiram Powers. Los observadores masculinos, cuando la marca de nacimiento no servía para aumentar su admiración, se contentaban con desear que no estuviera para que el mundo pudiera poseer un ejemplar vivo del ideal amoroso sin fallo alguno. Tras su matrimonio —pues antes había pensando poco o nada en el asunto—, Aylmer descubrió que eso era lo que le sucedía a él.

Si hubiera sido menos hermosa —si la envidia hubiera encontrado alguna otra cosa de la que burlarse—, él podría haber sentido que su afecto aumentaba por lo hermoso de aquella mano que a veces se rebelaba vagamente, otras veces se perdía, y otras volvía a aparecer brillando con cada pulso de la emoción que latía en el corazón de Georgiana. Pero al verla tan perfecta en lo demás, descubrió que ese único defecto se le iba haciendo más y más intolerable a cada momento que pasaba en sus vidas unidas. Era la imperfección fatal de la humanidad que la Naturaleza, en una u otra forma, estampa imborrablemente en todas sus creaciones, bien para dar a entender que son temporales y finitas, o para que su perfección se logre mediante el esfuerzo y el dolor. La mano carmesí expresaba el abrazo ineludible con que la mortalidad aferra los moldes terrenales más elevados y puros degradándolos hasta hacerlos semejantes a los más bajos, incluso los más brutales, como cuando sus cuerpos visibles regresan al polvo. Por ello, al elegir la marca como el símbolo de la capacidad de su esposa de pecar, penar, corromperse y morir, la imaginación sombría de Aylmer convirtió en poco tiempo la marca de nacimiento en un objeto terrible que le producía más turbación y horror que el placer que le había dado nunca, al alma o los sentidos, la belleza de Georgiana.

En todas aquellas estaciones que deberían haber sido las más felices, invariablemente, y sin pretenderlo, o mejor dicho a pesar de pretender lo contrario, volvía a ese tema desastroso. Por insignificante que pudiera parecer al principio, estaba tan relacionado con innumerables modos del pensamiento y del sentimiento que se

convirtió en el punto central de todo. Con la luz del amanecer Aylmer abría sus ojos sobre el rostro de la esposa y reconocía el símbolo de la imperfección; y cuando por la noche se encontraban sentados juntos frente al hogar, sus ojos se posaban invariablemente en las mejillas de ella, y contemplaban, brillando apagadamente con las llamas del fuego de leña, la mano espectral que escribía la mortalidad allí donde de buena gana habría preferido encontrar veneración. Georgiana aprendió pronto a estremecerse ante su mirada. Sólo hacía falta que él la contemplara con la expresión peculiar que adoptaba a menudo su rostro para transformar las rosas de sus mejillas en una palidez mortal en medio de la cual la mano carmesí resaltaba como un bajorrelieve de rubí sobre el mármol más blanco.

Una noche, a última hora, cuando la luz estaba desapareciendo, por lo que era difícil que traicionara la mancha en la mejilla de la pobre esposa, ella misma sacó el tema voluntariamente por primera vez.

—¿Te acuerdas, mi querido Aylmer —preguntó con un débil intento de sonrisa—, tienes algún recuerdo de un sueño de la última noche acerca de esta mano odiosa?

—¡Ninguno! ¡Ninguno en absoluto! —contestó Aylmer sorprendido; pero luego, con uno tono frío y seco, tratando de ocultar la profundidad real de su emoción, añadió —: Podría haber soñado con ella, pero antes de quedarme dormido sujeté con firmeza mi fantasía.

—¿Y soñaste con ella? —añadió Georgiana precipitadamente; pues temía que un torrente de lágrimas interrumpiera lo que iba a decir—. ¡Un sueño terrible! Me sorprende que hayas podido olvidarlo. ¿Es posible olvidar esa expresión? «Ahora está en su corazón; ¡tenemos que extirparlo!» Reflexiona, esposo mío; pues sea como sea deberías recordarlo.

La mente se encuentra en un triste estado cuando el sueño, que lo implica todo, no puede confinar sus espectros dentro de la oscura región de sus dominios, y permite que salgan al exterior, produciendo miedo en la vida real con secretos que quizás pertenezcan a otra vida más profunda. Aylmer recordó entonces su sueño. Había soñado que él y su criado Aminadab intentaban una operación para eliminar la marca de nacimiento; pero cuanto más profundizaba el cuchillo, más se hundía la mano, hasta que finalmente la mano diminuta parecía sujetarse en el corazón de Georgiana; pero su marido estaba inexorablemente decidido a cortarla o arrancarlo.

Cuando el sueño tomó perfectamente forma en su recuerdo, Aylmer, sentado en presencia de su esposa, se sintió culpable. A menudo la verdad se abre camino hasta la mente bien envuelta en los ropajes del sueño, y habla entonces con una claridad sin compromiso de asuntos respecto a los cuales nos engañamos inconscientemente a nosotros mismos cuando estamos despiertos. Hasta entonces no había tomado conciencia de la influencia tiránica que había adquirido una idea en su mente, y de hasta qué punto estaría dispuesto a ir con tal de pacificarse.

—Aylmer —volvió a hablar Georgiana con solemnidad—. No sé cuánto nos podrá costar ambos liberarme de esa marca fatal. Quizás su eliminación provoque una deformidad incurable, o quizás la mancha sea tan profunda como la propia vida. ¿Pero sabemos si existe una posibilidad, cueste lo que cueste, de liberarme del firme apretón de esta pequeña mano que se posó sobre mí antes de que yo viniera al mundo?

—Mi queridísima Georgiana —le interrumpió precipitadamente Aylmer—, he pensado mucho en ese tema. Estoy convencido de que es absolutamente posible su eliminación.

—Si existe la más remota posibilidad de ello, debemos intentarlo a cualquier precio —respondió Georgiana—. El peligro nada significa para mí; pues la vida, cuando esta odiosa marca me convierte en blanco de tu horror y desagrado... la vida es una carga de la que me desprendería con alegría. Elimina esa mano horrible o quítame mi desgraciada vida! Tu ciencia es profunda. El mundo es testigo de ello. Has hecho cosas grandes y maravillosas. ¿No vas a ser capaz de eliminar esa pequeñísima marca que no es más grande que las yemas de los dos dedos meñiques? ¿Está eso más allá de tu poder, por tu propia paz, y para salvar a tu pobre esposa de la locura?

—Mi noble, querida y tierna esposa —respondió Aylmer embelesado—: no dudes de mi poder. Ya he meditado profundamente este asunto; con pensamientos que casi podrían haberme ilustrado para crear un ser menos perfecto que tú. Georgiana, tú me has llevado a una gran profundidad en el corazón de la ciencia. Me siento absolutamente competente para volver esta querida mejilla tan perfecta como su hermana; y entonces, queridísima mía, ¡qué triunfo cuando haya corregido lo que la Naturaleza dejó imperfecto en su obra más hermosa! Ni siquiera Pigmalión, cuando su mujer esculpida asumió la vida, sintió un éxtasis mayor del que yo mismo sentiré.

—Entonces está decidido —contesto Georgiana sonriendo débilmente—. Y Aylmer, no abandones ni aunque la marca de nacimiento se refugie finalmente en mi corazón.

El esposo la besó tiernamente en la mejilla, en la mejilla derecha, no en la que tenía impresa la mano carmesí.

Al día siguiente Aylmer puso en conocimiento de su esposa un plan que había preparado y que le daría la oportunidad de mantener los intensos pensamientos y la vigilancia constante que exigiría la operación; y asimismo, Georgiana disfrutaría del reposo absoluto que era esencial para el éxito. Iban a encerrarse en los amplios apartamentos que ocupaban el laboratorio de Aylmer, y en los que durante su laboriosa juventud había hecho descubrimientos acerca de los poderes elementales de la Naturaleza que habían provocado la admiración de todas las sociedades ilustradas de Europa. Tranquilamente sentado en ese laboratorio, el pálido filósofo había investigado los secretos de las más elevadas regiones nubosas y de las minas i' más profundas; había conocido las causas que encendían y mantenían vivos los fuegos del volcán; y había explicado el misterio de las fuentes, y cómo es que algunas brotan tan vivas y puras, y hay otras que tienen virtudes medicinales, desde el oscuro fondo de la tierra. También allí, en un período anterior, había estudiado las maravillas de la estructura humana y había intentado sondear los procesos mismos por los cuales la Naturaleza asimila todas sus influencias preciosas de la tierra y el aire, y del mundo espiritual, para crear y criar al hombre, su obra maestra. Sin embargo hacía mucho tiempo que Aylmer había dejado a un lado ese último intento al reconocer a desgana la verdad —contra la que tropiezan antes o después todos los que buscan— de que nuestra gran madre creadora, aunque nos distrae trabajando aparentemente a la luz del día, sin embargo cuida severamente de sus secretos, y, a pesar de que pretende ser abierta, sólo nos



enseña sus resultados. Nos permite, ciertamente, estropear sus obras, pero raras veces enmendarlas, y bajo ninguna circunstancia, como un celoso concesionario de una patente, nos permite crearlas. Sin embargo Aylmer había reanudado ahora esas investigaciones medio olvidadas; desde luego no con las esperanzas o deseos con las que las había iniciado, pero sí porque significaban una gran verdad fisiológica y eran necesarias para el plan que se había propuesto para el tratamiento de Georgiana.

Cuando la permitió traspasar el umbral del laboratorio Georgiana se quedó fría y trémula. Aylmer la miró alegremente, con la intención de tranquilizarla, pero se quedó tan sorprendido por el brillo intenso de la marca de nacimiento sobre la blancura de su mejilla que no pudo evitar un potente y convulsivo estremecimiento. La esposa se desvaneció.

—¡Aminadab! ¡Aminadab! —gritó Aylmer al tiempo que pateaba violentamente el suelo.

De una habitación interior salió enseguida un hombre de baja estatura pero voluminosa estructura, al que le colgaba sobre el rostro un pelo abundante ensuciado por los vapores del horno. Ese personaje había sido el trabajador de Aylmer, por poca paga, durante toda su carrera científica, y resultaba admirablemente adecuado para ese oficio por su gran disposición mecánica y por la habilidad con que, aun siendo incapaz de entender un solo principio, realizaba todos los detalles de los experimentos de su amo. Con su enorme fuerza, el pelo lanudo, el aspecto ahumado y la terrosidad indescriptible que llevaba incrustada, parecía una representación de la naturaleza física del hombre; mientras que la figura esbelta de Aylmer, y su rostro pálido e intelectual, eran una representación no menos adecuada del elemento espiritual.

—Aminadab, abre la puerta del tocador y quema una pastilla —dijo Aylmer.

—Sí, amo —respondió Aminadab mirando con intensidad la forma inerte de Georgiana; y después murmuró para sí mismo—: si fuera ella mi esposa, jamás le quitaría esa marca de nacimiento.

Cuando Georgiana recuperó la conciencia respiraba una atmósfera de penetrante fragancia, cuya potencia suave le recordaba su desvanecimiento casi mortal. También el escenario que la rodeaba le parecía encantador. Aylmer había convertido esas habitaciones sombrías, oscuras y cubiertas de humo, en las que había pasado sus años más brillantes dedicado a buscar lo escondido, en una serie de hermosos apartamentos convenientes para que viviera retirada una mujer encantadora. De las paredes colgaban magníficas cortinas que producían esa combinación de grandeza y gracia que ningún otro adorno puede producir; y al caer desde el techo hasta el suelo, sus pliegues ricos y pesados, que ocultaban todos los ángulos y líneas rectas, parecían separar ese escenario del espacio infinito. Pues, por lo que Georgiana sabía, podía tratarse de un pabellón entre las nubes. Y Aylmer, al cerrar el paso a la luz del sol, que habría interferido en sus procesos químicos, había puesto en el lugar lámparas perfumadas que emitían llamas de tonos diversos, pero todas soltaban una radiación suave y morada. Se arrodilló Aylmer entonces al lado de su esposa y la contempló seriamente pero sin alarma; pues confiaba en su ciencia y sabía que podría trazar a su alrededor un círculo mágico que ningún mal podría penetrar.

—¿Dónde estoy? Ah, ya recuerdo —dijo Georgiana débilmente, al tiempo que se llevaba una mano a la mejilla para ocultar de los ojos de su marido la terrible marca.

—¡Nada temas, querida mía! —exclamó él—. ¡No te apartes de mí! Créeme, Georgiana, que incluso me regocijo de que tengas esa única imperfección, por el embeleso que me producirá eliminarla.

—¡Ay, perdóname! —replicó tristemente la esposa—. Te ruego que no vuelvas a mirarla. Nunca podré olvidar aquel estremecimiento convulso.

Para tranquilizar a Georgiana, y para liberar su mente, por así decirlo, de la carga de las cosas reales, Aylmer puso en práctica algunos de los secretos ligeros y lúdicos que la ciencia le había enseñado entre conocimientos más profundos. Figuras aéreas, ideas absolutamente incorpóreas y formas de belleza insustancial aparecieron y bailaron ante ella, imprimiendo sus huellas momentáneas en los haces de luz. Aunque ella tenía alguna vaga idea del método de esos fenómenos ópticos, la ilusión era casi tan perfecta como para hacerle creer que su marido tenía dominio e influencia sobre el mundo espiritual. Y entonces, cuando sintió el deseo de mirar hacia afuera desde su encierro, inmediatamente, como en respuesta a sus pensamientos, pasó por una pantalla la procesión de la existencia exterior. El escenario y las figuras de la vida real estaban perfectamente representados, pero con esa diferencia encantadora, aunque indescriptible, que hace siempre que un cuadro, una imagen o una sombra sean mucho más atractivos que el original. Cuando se cansó de aquello, Aylmer le ordenó que fijara la vista en un recipiente que contenía cierta cantidad de tierra. Así lo hizo ella, con poco interés al principio, pero se sorprendió enseguida al ver que el germen de una planta brotaba desde el suelo. Apareció luego el delgado tallo, se desplegaron gradualmente las hojas y en medio de ellas apareció una flor perfecta y encantadora.

—¡Es mágica! —gritó Georgiana—. No me atrevo a tocarla.

—Mejor todavía, arráncala —respondió Aylmer—. Arráncala e inhala mientras puedas su breve perfume. La flor se marchitará en unos momentos y no dejará más que las vainas oscuras de las semillas; así podrá perpetuarse una raza tan efímera como ésa.

Apenas había tocado Georgiana la flor cuando la planta entera se destruyó y sus hojas se volvieron negras como el carbón, como si se hubieran quemado.

—El estímulo fue demasiado potente —comentó pensativo Aylmer.

Para compensar ese experimento abortado le propuso hacer su retrato mediante un proceso científico de su invención. Lo haría dejando caer los rayos de luz sobre una placa de metal pulido. Georgiana aceptó, mas al mirar el resultado se asustó al ver que los rasgos del retrato eran borrosos e indefinibles; pero la figura diminuta de una mano aparecía donde debía estar la mejilla. Aylmer cogió la placa metálica y la introdujo en un recipiente de ácido corrosivo.

Olvidó pronto, sin embargo, esos fracasos mortificantes. En los descansos del estudio y la experimentación química acudía junto a ella agotado y enrojecido, pero la presencia de Georgiana parecía darle vigor, y entonces hablaba con brillante lenguaje de los recursos de su arte. Le hizo una historia de la larga dinastía de alquimistas que pasaron muchos años buscando el disolvente universal mediante el cual podría extraerse el principio dorado de todas las cosas viles y bajas. Aylmer parecía creer que

mediante la lógica científica más sencilla, estaba totalmente dentro de los límites de lo posible descubrir ese medio que durante tanto tiempo se había buscado.

—Pero un filósofo que profundizara lo suficiente para adquirir ese poder, alcanzaría también una sabiduría tan elevada que le impulsaría a no ejercerlo —añadió.

No menos singulares eran sus opiniones respecto al elixir de la vida. Dio a entender con bastante seguridad que estaba en su mano conseguir un líquido que prolongaría la vida durante años, quizás interminablemente; pero que ello produciría en la Naturaleza una discordancia que todo el mundo, pero especialmente aquél que bebiera la panacea de la inmortalidad, tendría motivos para condenar.

—Aylmer, ¿lo dices en serio? —preguntó Georgiana mirándole con asombro y miedo—. Es terrible poseer ese poder, incluso soñar con poseerlo.

—Oh, no tiembles, amor mío —contestó el esposo—. Ni a ti ni a mí nos haría daño produciendo efectos tan poco armoniosos en nuestras vidas; pero querría que consideraras lo insignificante que es, en comparación, la habilidad necesaria para eliminar esa pequeña mano.

Como de costumbre, a la mención de la marca de nacimiento Georgiana retrocedió como si un hierro al rojo hubiera tocado su mejilla.

Aylmer regresó a su trabajo. Ella podía escuchar su voz en la distante habitación del horno dando órdenes a Aminadab, escuchando como respuesta los tonos duros y deformes de aquél, más semejantes al gruñido de un animal que al lenguaje humano. Tras horas de ausencia, Aylmer reapareció y propuso que examinara ella ahora su gabinete de productos químicos y de tesoros naturales de la tierra. De entre los primeros le enseñó un pequeño vial en el que comentó se contenía una fragancia suave, pero de lo más potente, capaz de impregnar todas las brisas que cruzaran un reino. Los contenidos del pequeño vial tenían un valor inestimable; y mientras se lo decía, arrojó un poco del perfume al aire llenando la habitación de una fragancia penetrante y vigorizante.

—¿Y qué es eso? —preguntó Georgiana señalando una pequeña esfera de cristal que contenía un líquido de color dorado—. Es tan hermoso a la vista que podría pensar que es el elixir de la vida.

—Y lo es en un sentido —contestó Aylmer—. O más bien el elixir de la inmortalidad. Es el veneno más precioso que se ha confeccionado nunca en este mundo. Con su ayuda podría acortar la vida de cualquier mortal a quien tú señalaras con el dedo. La potencia de la dosis determinaría si éste iba a vivir años o caer muerto en mitad de una respiración. Ningún rey, en su defendido trono, podría mantener la vida si yo, en mis aposentos privados, considerara que el bienestar de millones de personas justificaba el que yo le quitara la vida.

—¿Y por qué guardas una droga tan terrible? —preguntó Georgiana horrorizada.

—No debes desconfiar de mí, querida mía —contestó el esposo sonriendo—. Su potencia virtuosa es todavía mayor que la nociva. ¡Pero fíjate! Aquí tienes un potente cosmético. Añadiendo unas gotas a un jarro de agua pueden eliminarse las pecas con la misma facilidad con la que nos lavamos las manos. Una infusión más fuerte sacaría la sangre de las mejillas y dejaría a la belleza más sonrosada como si fuera un fantasma pálido.

—¿Con ésta loción intentas bañar mi mejilla? —preguntó Georgiana con ansiedad.

—Oh, no —replicó inmediatamente el esposo—. Esta es simplemente superficial. Tu caso exige un remedio que profundice más.

En sus conversaciones con Georgiana, generalmente Aylmer la interrogaba minuciosamente acerca de sus sensaciones y sobre si el confinamiento en sus habitaciones y la temperatura de la atmósfera le agradaban. Esas preguntas tenían una intención tan particular que Georgiana empezó a pensar que estaba siendo ya sometida a determinadas influencias físicas, que bien respiraba con el aire fragante o ingería con la comida. También se figuraba, aunque podía ser algo totalmente imaginario, que había una agitación en su sistema: una sensación extraña e indefinida que se deslizaba por sus venas y le cosquilleaba, mitad dolorosamente y mitad placenteramente en el corazón. Pero siempre que se atrevía a mirarse en el espejo se contemplaba pálida como una rosa blanca y con la marca de nacimiento carmesí impresa en su mejilla. Ahora ni siquiera Aylmer la odiaba tanto como ella.

Para disipar el tedio de las horas que su esposo consideraba necesario dedicar a los procesos de combinación y análisis, Georgiana revolvía entre los volúmenes de su biblioteca científica. En muchos tomos oscuros y antiguos encontró capítulos llenos de romanticismo y poesía. Eran las obras de los filósofos de la Edad Media, como Alberto Magno, Cornelio Agripa, Paracelso y el famoso fraile que creó el profético Brazen Head. Todos esos antiguos naturalistas estaban avanzados con respecto a su siglo, pero se hallaban imbuidos de la credulidad de aquellos tiempos y se creía, quizás ellos mismos lo imaginaban, que habían adquirido en su investigación de la Naturaleza un poder sobre ésta, y del estudio de la física una influencia sobre el mundo espiritual. Menos curiosos e imaginativos eran los primeros volúmenes de las Actas de la Royal Society, en las que los miembros, conociendo poco los límites de la posibilidad natural, registraban continua mente maravillas o proponían métodos por los que podrían conseguirse dichas maravillas.

Pero para Georgiana el volumen más absorbente era un gran infolio escrito de la mano de su marido en el que éste había registrado todos los experimentos de su trayectoria científica, su objetivo original, los métodos adoptados para su desarrollo y el fracaso o éxito últimos, con las circunstancias a los que atribuía cada uno. En verdad el libro era al mismo tiempo la historia y el emblema de su ardiente, ambiciosa, imaginativa y sin embargo práctica vida de trabajo. Manejaba los detalles físicos como si no existiera nada más allá de ellos; y sin embargo los espiritualizaba todos y se redimía a sí mismo del materialismo por su poderosa y ansiosa aspiración hacia el infinito. Ante él, el más humilde terrón asumía un alma. Mientras leía, Georgiana reverenciaba a Aylmer y le amaba más profundamente que nunca, pero con una dependencia de su juicio menos total que hasta entonces. Por mucho que él hubiera conseguido, ella no podía dejar de comprender que sus éxitos más espléndidos eran casi invariablemente fracasos si se comparaban con el ideal al que él apuntaba. Sus diamantes más brillantes eran simples guijarros, y así los percibía él mismo, en comparación con las gemas inestimables que yacían ocultas y fuera de su alcance. El volumen, enriquecido por los logros que habían dado fama a su autor, al mismo tiempo era el registro más melancólico que hubiera escrito nunca una mano mortal. Era la

confesión triste y la ejemplificación continua de las deficiencias del hombre compuesto, con el espíritu cargado de arcilla y trabajando en la materia, y de la desesperanza que asalta a la naturaleza superior al descubrirse tan miserablemente reducida por su parte terrena. Quizás todo hombre de genio en cualquier esfera pueda reconocer la imagen de su propia experiencia en el diario de Aylmer.

Tan profundamente afectaron a Georgiana estas reflexiones que encontró su esposo.

—Es peligroso leer los libros de un brujo —le dijo éste sonriendo, aunque su semblante revelaba inquietud y desagrado—. Georgiana, en ese volumen hay páginas que yo apenas soy capaz de ver y mantener el sentido. Ten cuidado no te vaya a resultar dañino.

—Me ha hecho venerarte más que nunca —contestó ella.

—Ah, pues aguarda a este único éxito, y entonces podrás venerarme —replicó él—. Con él difícilmente podré considerarme indigno. Pero ven, te he buscado por el placer de tu voz. Canta para mí, querida.

Ella vertió entonces la música líquida de su voz para apagar la sed del espíritu de su esposo. Después él se despidió con exuberante alegría juvenil asegurándole que su reclusión sólo duraría un poco más, y que el resultado era ya seguro. Apenas se había marchado él cuando Georgiana se sintió irresistiblemente impulsada a seguirle. Se había olvidado de informar a Aylmer acerca de un síntoma que en las dos o tres últimas horas había empezado a llamar su atención. Era una sensación en la marca de nacimiento fatal, nada dolorosa, pero que inducía una inquietud en todo su sistema. Corriendo tras su esposo, entró por primera vez en el laboratorio.

Lo primero que sorprendió su mirada fue el horno, ese instrumento de trabajo ardiente y enfebrecido, con el brillo intenso del fuego, que por la cantidad de hollín que se había amontonado encima parecía llevar ardiendo varios siglos. Había un aparato de destilación en pleno funcionamiento. Por la habitación había retortas, tubos, cilindros, crisoles y otros aparatos para la investigación química. Una máquina eléctrica estaba dispuesta a ser utilizada inmediatamente. La atmósfera resultaba oprimiente y estaba teñida por olores gaseosos que habían sido atormentados con los procesos de la ciencia. La simplicidad severa y sencilla de la estancia, con las paredes y el pavimento de ladrillo desnudos, resultaba extraña porque Georgiana se había habituado a la elegancia fantástica de su salón. Pero lo que atrajo principalmente su atención, casi exclusivamente, fue la apariencia del propio Aylmer.

Estaba pálido como la muerte, ansioso y absorbido, agachado sobre el horno, como si de su vigilancia máxima dependiera que el líquido que estaba destilando fuera la bebida de la desgracia o la felicidad inmortal. ¡Qué distinto del aire optimista y gozoso que había asumido para estimular a Georgiana!

—Con cuidado ahora, Aminadab; con cuidado, máquina humana... ¡con cuidado, hombre de arcilla! —murmuró Aylmer, aunque más para sí mismo que para su ayudante—. Si ahora nos pasamos o nos quedamos cortos un poco, todo está perdido.

—¡Ja, ja! —murmuró Aminadab—. ¡Mire ahora, amo! ¡Mire!

Aylmer levantó rápidamente los ojos y enrojeciendo al principio, para quedar luego más pálido que nunca, contempló a Georgiana. Corrió hacia ella y la sujetó del brazo con una fuerza que hizo que sus dedos dejaran una marca en él.

—¿Por qué has venido hasta aquí? ¿Es que no confías en tu esposo? —gritó él impetuosamente—. ¿Es que no dejas a mi esfuerzo el infortunio de esa marca fatal? Eso no está bien. ¡Vete, mujer entrometida, vete!

—No, Aylmer, no eres tú quien tiene derecho a quejarse —exclamó Georgiana con una firmeza para la que estaba muy dotada—. Tú desconfías de tu esposa; tú has ocultado la ansiedad con la que observas el desarrollo de este experimento. No me consideres tan indigna, esposo mío. Dime todo el riesgo que corremos y no temas que vaya a echarme atrás; pues mi parte en ello no es menor que la tuya.

—¡No, no, Georgiana! —exclamó Aylmer con impaciencia—. No debe ser así.

—Me someto —contestó ella con tranquilidad—. Y me beberé cualquier cosa que me ofrezcas; pero lo haré por lo mismo que me induciría a aceptar una dosis de veneno si tu mano me la ofreciera.

—Mi noble esposa —añadió Aylmer profundamente conmovido—. Hasta ahora no había conocido la altura y profundidad de tu naturaleza. Nada te ocultaré. Has de saber, entonces, que esa mano carmesí, aunque parece superficial, se ha aferrado en tu ser con una fuerza de la que anteriormente yo no tenía idea. Ya te he administrado agentes lo bastante poderosos como para hacerlo todo salvo cambiar tu sistema físico entero. Sólo una cosa cabe por intentar. Si falla, hemos fracasado.

—¿Y por qué vacilas en decírmelo? —preguntó ella.

—Porque es peligroso, Georgiana —contestó Aylmer en voz baja.

—¿Peligroso? Sólo hay un peligro: ¡que este horrible estigma permanezca en mi mejilla! ¡Quítalo, quítalo sea cual sea el precio, o ambos enloqueceremos!

—El cielo sabe que tus palabras son ciertas —exclamó Aylmer con tristeza—. Y ahora, querida mía, vuelve a tu salón. Dentro de muy poco haremos la prueba.

La acompañó y se despidió de ella con ternura solemne que indicaba mucho más que sus palabras todo lo que estaba en juego. Tras la despedida, Georgiana se sumió en sus pensamientos. Consideró el carácter de Aylmer haciéndole más justicia que nunca antes. Su corazón se alegraba, aunque temblando, por lo honorable del amor de su esposo: tan puro y elevado que no aceptaría nada que no fuera la perfección, ni se contentaría miserablemente con una naturaleza más terrenal que la que él había soñado. Comprendió que ese sentimiento era mucho más precioso que aquel otro, más mediocre, que habría sido indulgente con la imperfección a cambio de su seguridad, y habría resultado culpable de traición al amor sagrado si hubiera degradado su idea de perfección al nivel de lo real. Y entonces ella rezó con todo su espíritu para que por un solo momento pudiera satisfacer la concepción más elevada y profunda de esposo. Sabía que no podría lograrlo más que por un momento, pues el espíritu de Aylmer estaba siempre en movimiento, siempre ascendiendo, y cada instante exigía algo que estaba más allá del alcance del instante anterior.

El sonido de los pasos de su esposo la sobresaltó. Llevaba una esfera de cristal que contenía un licor tan incoloro como el agua, pero tan brillante que podría ser la bebida

de la inmortalidad. Aylmer estaba pálido, pero más que por miedo o duda parecía la consecuencia de la tensión del espíritu y de un estado mental muy agitado.

—La elaboración de la bebida ha sido perfecta —dijo él como respuesta a la mirada de Georgiana—. A menos que toda mi ciencia me haya engañado, no podrá fallar.

—De no ser por ti, mi queridísimo Aylmer, desearía eliminar esta marca de la mortalidad abandonando la propia mortalidad —observó ella—. La vida es una triste posesión para quienes han alcanzado el grado de progreso moral en el que yo me encuentro. Si yo fuera más débil y ciega, podría ser feliz. Si fuera más fuerte, podría soportarlo con esperanza. Pero siendo lo que he descubierto ser, me parece que de todos los mortales yo soy la más apta para morir.

—¡Eres apta para el cielo sin probar la muerte! —contestó el esposo—. Pero ¿por qué hablamos de morir? El licor no puede fallar. Contempla su efecto en esta planta.

En la repisa de la ventana había un geranio enfermo con manchas amarillas que se habían extendido por todas sus hojas. Aylmer derramó una pequeña cantidad de líquido sobre la tierra en la que crecía. Poco después, cuando las raíces de la planta hubieron absorbido la humedad, las manchas repugnantes empezaron a desaparecer en medio de un verdor vivo.

—No era necesaria prueba alguna —dijo Georgiana calmadamente—. Dame la copa. Gozosamente lo apuesto todo a tu palabra.

—¡Bebe entonces, elevada criatura! —exclamó Aylmer con ferviente admiración—. No hay mancha alguna de imperfección en tu espíritu. Y también tu sensible estructura pronto será perfecta.

Ella bebió el líquido y le devolvió la copa.

—Es agradable —dijo con sonrisa plácida—. Me parece que es como agua de una fuente celestial; pues contiene no sé qué deliciosa y discreta fragancia. Me ha apagado la sed enfebrecida que desde hacía varios días me reseca. Pero ahora, querido, déjame dormir. Mis sentidos terrenales se están cerrando sobre mi espíritu como las hojas alrededor del corazón de una rosa al anochecer.

Pronunció estas últimas palabras con suave desgana, como si necesitara más energía de la que podía reunir para pronunciar lenta y débilmente las sílabas. Apenas habían salido de sus labios cuando se perdió en el sueño. Aylmer se sentó a su lado, observando su aspecto con las emociones adecuadas para un hombre que se jugaba toda la existencia en el proceso que ahora iba a comprobar. Sin embargo, combinado con ese estado de ánimo se daba la característica de la investigación filosófica del hombre de ciencia. Ni el más diminuto síntoma se le escapó. Un aumento del rubor de la mejilla, una ligera irregularidad de la respiración, un estremecimiento del párpado, un temblor apenas perceptible de la estructura: ésos fueron los detalles que conforme fueron transcurriendo los momentos escribió en su volumen de infolio. Intensos pensamientos habían impreso su huella en todas las páginas anteriores del volumen, pero los pensamientos de todos los años se concentraron en la última página.

Mientras lo hacía no dejó de contemplar a menudo la mano fatal, siempre con un estremecimiento. Y en una ocasión, por un impulso extraño e inexplicable, la rozó con sus labios. Sin embargo su espíritu retrocedió en ese mismo acto; y Georgiana, saliendo

a medias de su sueño profundo, se movió con inquietud y murmuró una protesta. Aylmer reanudó su vigilancia. No careció de resultados: mano carmesí que al principio se veía poderosamente en la palidez marmórea la mejilla de Georgiana, empezó a perfilarse con mayor debilidad. Ella permaneció tan pálida como siempre; pero la marca de nacimiento perdía algo de su claridad anterior con cada respiración. Horrible había sido su presencia; pero más horrible todavía resultaba su desaparición. Para saber cómo desaparecía ese símbolo misterioso tendrá que observar cómo lo hace el arco iris en el cielo.

—¡Cielos! ¡Casi ha desaparecido! —dijo Aylmer para sí mismo en un éxtasis casi irreprimible—. Apenas sí puedo verla ahora. ¡Éxito! ¡Éxito! Ahora tiene el color rosado más débil que pueda existir. Él más ligero arrebolamiento de la sangre' en sus mejillas la ocultaría. ¡Pero qué pálida está ella!

Descorrió la cortina de la ventana permitiendo que la luz natural del día entrara en la habitación y cayera en su mejilla. En ese mismo instante escuchó una risa brutal y ronca que reconocía desde hace tiempo como la expresión de placer de su criado Aminadab.

—¡Ah, pedazo de tierra! ¡Ah, masa terrosa! —gritó Aylmer riéndose con una especie de frenesí—. ¡Bien me has servido! ¡Materia y espíritu, tierra y cielo, han hecho ambos su parte en esto! ¡Ríe, objeto de los sentidos! Te has ganado el derecho a reír.

Ésas exclamaciones despertaron a Georgiana de su sueño. Lentamente abrió los ojos y miró en el espejo que su esposo le había dispuesto para ello. Una débil sonrisa aleteó en sus labios cuando reconoció que ahora apenas era perceptible esa mano carmesí que en otro tiempo brillaba tan desastrosamente como para alejar toda su felicidad. Pero enseguida sus ojos buscaron el rostro de Aylmer con una inquietud y ansiedad que él no pudo menos que percibir.

—¡Mi pobre Aylmer! —murmuró ella.

—¿Pobre? ¡No, el más rico, feliz y favorecido! —exclamó él—. ¡Mi novia sin igual, hemos tenido éxito! ¡Eres perfecta!

—Mi pobre Aylmer —repitió ella con una ternura más que humana—. Has apuntado a lo alto y lo has hecho noblemente. No te arrepientas de que con tan elevado y puro sentimiento hayas rechazado lo mejor que la tierra podía ofrecer. ¡Aylmer, mi queridísimo Aylmer, me muero!

¡Ay, era cierto! La mano fatal había luchado con el misterio de la vida y era el eslabón por el que un espíritu angélico se mantenía unido a un cuerpo mortal. Cuando el último tono carmesí de la marca de nacimiento —la única prueba de la imperfección humana— desapareció de su mejilla, el aliento de la mujer ahora perfecta se trasladó a la atmósfera, y su alma, deteniéndose un momento cerca del esposo, emprendió su vuelo hacia el cielo. ¡Entonces volvió a escucharse la risa ronca! Así se complace siempre la fatalidad grosera de la tierra en su triunfo invariable sobre la esencia inmortal que, en esta oscura esfera del desarrollo a medias, exige completarse en un estado superior. Si Aylmer hubiera logrado una sabiduría más profunda no habría tenido que desprenderse de la felicidad que habría entretejido su vida de textura mortal con lo celestial. Pero la circunstancia del momento fue demasiado potente para él; no



miró más allá del alcance sombrío del tiempo, y viviendo de una vez por siempre en la eternidad, no logró encontrar en el presente el futuro perfecto.

## UNA FIESTA SELECTA

Un Hombre con Fantasía celebró una fiesta en uno de sus castillos imaginarios e invitó a un número selecto de distinguidos personajes para que le honraran con su presencia. La mansión, aunque no tan espléndida como muchas de las que habían sido situadas en esa misma región, era sin embargo de una magnificencia que raramente conocen los que sólo ven la arquitectura terrenal. Sus fuertes cimientos y muros macizos habían sido extraídos de una repisa de nubes pesadas y oscuras que se hallaban suspendidas y meditabundas sobre la tierra, con la apariencia de ser tan densas y pesadas como el granito, durante todo un día otoñal. Al darse cuenta de que el efecto general era triste —pues el castillo imaginario se parecía a una fortaleza feudal, o un monasterio de la Edad Media o a una prisión estatal de nuestra época, en lugar de a la casa de placer y reposo que él pretendía—, el propietario decidió, sin prestar atención a los gastos, recubrir el exterior de oro de arriba abajo. Afortunadamente en ese momento recorría el aire abundante luz solar del atardecer. Tras recogerla y derramarla en abundancia sobre tejado y muros, les imbuyó una especie de alegría solemne; entonces las cúpulas y pináculos brillaron con el oro más puro, y las cien ventanas destellaron con una luz alegre, como si el propio edificio se regocijara en su corazón. Si entonces las gentes del mundo inferior acertaran a mirar hacia arriba desde el torbellino de su insignificante confusión, probablemente confundirían el castillo imaginario con un amontonamiento de nubes del atardecer a las que la magia de la luz y de la sombra había impartido el aspecto de una mansión de construcción fantástica. Para esos espectadores sería irreal porque carecían de fe imaginativa. Si hubieran sido dignos de traspasar sus puertas, habrían reconocido la verdad: que los dominios que el espíritu conquista para sí mismo entre lo irreal llegan a ser mil veces más reales que la tierra que pisan, y dirían: «Esto es sólido y fuerte; a esto lo podríamos considerar un hecho».

A la hora designada el anfitrión se situó en pie en su gran salón para recibir a los invitados. Era una sala amplia y noble, cuyo techo abovedado se sujetaba por una doble fila de columnas gigantescas que habían sido cortadas de una pieza de masas de nubes jaspeadas. Habían, sido pulidas con tanto brillo, y trabajadas tan exquisitamente por la habilidad del escultor, que asemejaban a los más hermosos ejemplares de esmeralda, pórfido, ópalo y crisolita, produciendo con ello una delicada riqueza de efecto que su tamaño inmenso no hacía incompatible con la grandeza. Sobre cada una de estas columnas se hallaba suspendido un meteorito. Cruzan continuamente el firmamento miles de estos brillos etéreos, ardiendo hasta gastarse, pero capaces de impartir una radiación útil a cualquier persona que tenga el arte de convertirlos en fines propios. Utilizados en el salón, resultan mucho más económicos que las lámparas ordinarias. Sin embargo, era tal la intensidad de su brillo que había sido conveniente cubrir cada meteorito con una esfera de niebla de atardecer, amortiguando así la incandescencia demasiado potente, que queda convertida en un esplendor suave y confortable. Era como la brillantez de u imaginación poderosa pero sumisa: una luz que parecía ocultar todo lo que fue.' indignó de ser observado y dar relieve á todo atributo hermoso y

noble. Por tant cuándo los invitados avanzaron hacia el centro del salón tenían mejor aspecto q nunca antes su vida.

El primero que entró, con una puntualidad pasada de moda, era una figura venerable vestida como en tiempos pasados, con los cabellos blancos flotan sobre sus hombros y una barba reverente sobre el pecho. Se apoyaba en un baste cuyo trémulo golpeteo cuando lo dejaba caer cuidadosamente en el suelo se repetía en un eco por el salón a cada paso. Reconociendo de inmediato á ese farro personaje, que tantos problemas y averiguaciones le había costado descubrir, anfitrión avanzó casi tres cuartas partes de la distancia entre las columnas para recibirle y darle la bienvenida.

—Venerable señor —dijo el Hombre de la Fantasía inclinándose hacia suelo—. El honor de está visita no lo olvidaré nunca aunque el término de existencia se prolongue felizmente tanto como la suya.

El anciano caballero recibió el cumplido con graciosa condescendencia. Se puso entonces las gafas sobre la frente y pareció examinar críticamente el salón.

—Nunca, que yo recuerde, había entrado en un salón más espacioso y noble observó—. ¿Se ha asegurado de que está construido con materiales sólidos y que la estructura será permanente?

—Oh, no tema, mi venerable amigo —contestó el anfitrión—. En comparación con una vida como la suya, es cierto que podría decirse que mi castillo es edificio temporal. Pero se mantendrá lo suficiente como para satisfacer todos los propósitos con los que se levantó.

Hemos olvidado que el lector no conoce todavía al invitado. No es otro que personaje universalmente acreditado al que nos referimos constantemente en to las estaciones de frío o calor intenso: el que recuerda los domingos calurosos y viernes fríos; el testigo de una era pasada, cuyas reminiscencias negativas se abre camino en todos los periódicos, pero que cuya antigua y oscura morada está ensombrecida por los años acumulados y por los amontonados edificios modern' que sólo el Hombre de la Fantasía podría haberlo descubierto: era, en suma, el hermano gemelo del Tiempo, el mayor antepasado de la humanidad, uña y cara y compañero de todas las cosas y los hombres olvidados: el Habitante Más Antiguo El anfitrión habría entrado en conversación de buena gana, pero sólo consigo: provocar algunos comentarios acerca de la atmósfera oprimiente de esa tarde verano en comparación con la que el invitado había experimentado unos ochenta años atrás. En realidad el anciano estaba rendido por el viaje entre las nubes, q para un cuerpo tan incrustado de tierra por su larga permanencia en una regló,, inferior era inevitablemente más fatigoso que para los espíritus más jóvenes. Por tanto le condujo hacia un sillón, bien mullido y con buenos cojines de suavidad vaporosa, y le dejó que reposara un poco.

El Hombre de la Fantasía discernió entonces otro invitado que estaba en p con tanta tranquilidad á la sombra de una de las columnas que fácilmente podría no haberlo visto.

—Mi querido señor —exclamó el anfitrión tomándole calurosamente de la mano— permítame que le salude como al héroe de la tarde. Y le ruego no tome esto como un cumplido vacío, pues aunque no hubiera otro invitado en mi castillo, se hallaría totalmente invadido por su presencia.

—Se lo agradezco —respondió el otro modestamente—. Pero aunque usted no me había visto, no acabo de llegar. Vine muy temprano; y con su permiso me quedaré hasta que se haya ido el resto del grupo.

¿Y quién imagina el lector que era ese invitado tan modesto? Era el famoso ejecutante de las imposibilidades reconocidas: un personaje de virtud y capacidad sobrehumanas; y, de creer á sus enemigos, de defectos y debilidades no menos notables. Con una generosidad de la que él solo es ejemplo, examinaremos de pasada sus atributos más nobles. Es el que prefiere el interés de los demás al suyo propio, y una posición humilde á otra elevada. Despreocupado de la moda, la costumbre, las opiniones de los hombres y la influencia de la prensa, asimila su vida al nivel de la rectitud ideal, mostrándose así como el único ciudadano independiente de nuestro país libre. En cuanto á la habilidad, muchas personas declaran que él es el único matemático capaz de cuadrar el círculo; el único mecánico que conoce el principio del movimiento perpetuo; el único filósofo científico que puede obligar al agua á ascender colina arriba; el único escritor cuyo genio es igual a la producción de un poema épico; y finalmente, tan variados son sus logros, el único profesor de gimnasia que ha conseguido saltar hasta el nivel de su propia garganta. Sin embargo, a pesar de todos esos talentos, tan lejos está de ser considerado miembro de la buena sociedad que en cualquier reunión de moda se censuraría gravemente afirmar que está presente este notable individuo. Evitan particularmente su compañía los oradores públicos, conferenciantes y actores de teatro. Por razones especiales no tenemos la libertad de revelar su nombre, y sólo mencionáremos otro rasgo de él —un fenómeno de lo más singular en la filosofía natural—, que cuando mira un espejo, contempla a Nadie reflejado en él.

En ese momento hicieron su aparición algunos otros invitados, y entre ellos, conversando con enorme volubilidad, un caballero pequeño y vivo que se encuentra siempre de moda en toda buena sociedad, y que no es desconocido de los diarios públicos con el título de Monsieur On-Dit. El nombre parece indicar que es francés, pero con independencia de cuál sea su país está totalmente versado en todas las lenguas de la época, y puede expresarse con la misma fluidez en inglés que en cualquier otro idioma. Apenas habían terminado los saludos ceremoniales cuando esa charlatana personilla acercó la boca al oído del anfitrión y murmuró tres secretos de estado, un importante secreto comercial y un ingrediente sustancial de un escándalo de moda. Aseguró entonces al hombre de la fantasía que no se le olvidaría poner en circulación en la sociedad del mundo inferior una detallada descripción del magnífico castillo imaginario y de las fiestas á las que había tenido el honor de ser invitado. Y tras decir eso, Monsieur On-Dit hizo una reverencia y se acercó presuroso á otro miembro del grupo, pues parecía conocerlos a todos y poseer algún tema interesante o divertido para cada uno de ellos. Al llegar finalmente al Habitante Más Antiguo, que dormitaba cómodamente en el sillón, acercó la boca á su venerable oído.

—¿Y llevándose dice usted? —gritó el anciano despertando sobresaltado de la siesta, llevándose una mano á la oreja para que le sirviera de trompetilla.

Monsieur On-Dit volvió a inclinarse y repitió el mensaje.

—Que yo recuerde, nunca había oído hablar de un incidente tan notable' exclamó el Habitante Más Antiguo levantando las manos de asombro.

Entró entonces el Secretario del Clima, invitado como deferencia a su posición oficial, aunque el anfitrión era bien consciente de que era poco probable que su conversación contribuyera a la diversión general. Enseguida se situó en una esquina con su conocido de toda la vida, el Habitante Más Antiguo, y empezó a comparar notas con él que hacían referencia a grandes tormentas, vendavales y otros hechos atmosféricos que se habían producido durante el siglo anterior. Regocijó mucho al Hombre de la Fantasía el que su venerable y muy respetado huésped hubiera encontrado un amigo con el que congeniara tanto. Tras rogarles a ambos que se consideraran en su casa, se dio la vuelta para recibir al Judío Errante. Sin embargo, últimamente este personaje se había vuelto tan común, por mezclarse con todo tipo de sociedad y hallarse a la disposición de todo artista que difícilmente podía considerársele un invitado adecuado para un círculo tan exclusivo. Además, como estaba recubierto de polvo por sus vagabundeos continuos por las carreteras del mundo, realmente parecía fuera de sitio en una fiesta de etiqueta; por eso el anfitrión se sintió aliviado cuando el inquieto individuo en cuestión, tras una breve estancia, se despidió para partir rumbo a Oregón.

La enorme puerta estaba atestada ahora por una multitud de gentes sombrías a las que el Hombre de la Fantasía había conocido en su juventud visionaria. Les había invitado para observar si podían compararse ventajosa mente o no con los personajes reales a quienes había conocido en su vida madura. Eran seres de imaginación tosca, como los que se deslizan ante la vista de un hombre joven pretendiendo ser habitantes reales de la tierra; los sabios e ingeniosos con los que después mantendría relaciones; los amigos generosos y heroicos cuya devoción se vería pagada con la del anfitrión; la hermosa mujer de los sueños que se convertiría en la compañera de sus penas y fatigas humanas, e inmediatamente en la fuente y la participante de su felicidad. ¡Ay! No es bueno que el hombre adulto examine detenidamente a esos viejos conocidos, sino que es mejor reverenciarlos más bien desde lejos, a través de los años que polvorientemente se han levantado entre medias. Había algo falso y risible en su andar pomposo y sentimientos exagerados; ni eran humanos ni se asemejaban tolerablemente a la humanidad, sino más bien máscaras fantásticas que volvían ridículos la naturaleza y el heroísmo con el grave absurdo de su pretensión de tener tales atributos; y en cuanto a la dama sin igual de los sueños, ¡contéplala! Allí avanzaba por el salón con el movimiento de una muñeca articulada, una especie de figura de ángel hecha en cera, una criatura tan fría como la luz de la luna, un artificio en falda de can-can, con un intelecto hecho de frases hermosas y sólo algo que se parecía a un corazón, aunque en todos estos particulares fuera verdaderamente el tipo de amante imaginaria de un hombre joven. Sólo con dificultad pudo la cortesía puntillosa del anfitrión evitar una sonrisa cuando presentó sus respetos a esa irrealidad y se enfrentó a la mirada sentimental con la que el Sueño trataba de recordarle sus anteriores historias amorosas.

—No, no, bella dama —murmuró él en medio de un suspiro y una sonrisa—. Mi gusto ha cambiado. He aprendido a amar lo que hace la Naturaleza más que mis propias creaciones disfrazadas de mujer.

—Ah, falso, tu inconstancia me ha aniquilado —gritó la dama del sueño pretendiendo desmayarse, aunque en realidad se disolvió en el delgado aire del que salía el murmullo deplorable de su voz.

—Así sea —contestó el cruel Hombre de la Fantasía para sí mismo—. Váyase en horamala.

Junto con estas sombras, y procedente de la misma región, entró una multitud de formas que no habían sido invitadas y que en algún momento de su vida habían atormentado al Hombre de la Fantasía con sus estados de ánimo de morbosa melancolía o le habían acosado con el delirio de la fiebre. Los muros de su castillo imaginario no eran lo bastante densos como para mantenerlos fuera, y tampoco la más fuerte arquitectura terrenal habría servido para excluirlos. Allí estaban esas formas de terror oscuro que le habían acosado al principio de la vida, librando combate con sus esperanzas; allí los horribles desconocidos del principio, como los que acosan a los niños por la noche. Particularmente le sorprendió la visión de una anciana negra y deforme que él imaginaba que habitaba en el desván de su casa y que de niño había acudido una vez junto a su cama, y le había sonreído, durante la crisis de una escarlatina. Esa misma sombra negra, junto con otras casi igual de horribles, se deslizaba ahora entre las columnas del magnífico salón, sonriendo al reconocerse, hasta que el hombre volvió a estremecerse con los terrores olvidados de su infancia. Le divirtió, sin embargo, observar que la mujer negra, con el capricho malévolo peculiar de esos seres, se acercó al sillón del Habitante Más Antiguo y escudriñó las ensoñaciones de su mente.

—Jamás, que yo recuerde, vi un rostro semejante —murmuró horrorizado el venerable personaje.

Casi inmediatamente después de las irrealidades que acabamos de describir llegó un grupo de invitados a quienes el incrédulo lector se verá inclinado a catalogar igualmente entre las criaturas de la imaginación. Los que más dignos resultaban de mención eran un Patriota incorruptible; un Erudito sin pedantería; un Sacerdote sin ambición mundana; una Mujer Hermosa sin orgullo ni coquetería; una Pareja Casada cuya vida no se había visto nunca turbada por incongruencias del sentimiento; un Reformista que no se veía trabado por sus teorías; y un Poeta que no sentía envidia de los demás devotos de la lírica. En realidad el anfitrión no era uno de esos cínicos que consideran que esos modelos de excelencia, sin defecto fatal, son rarezas en el mundo; y les había invitado a su fiesta selecta principalmente por deferencia humilde al juicio de la sociedad, que les considera casi imposibles de encontrar.

—En mi juventud —observó el Habitante Más Antiguo— podían verse esos personajes en las esquinas de cada calle.

Sea como sea, esas muestras de la perfección demostraron no ser como compañeros ni la mitad de entretenidos que las personas con defectos ordinarios.

Apareció entonces un extraño al que nada más reconocerlo el anfitrión, con un exceso de cortesía que no había empleado en ningún otro, se apresuró a cruzar todo el salón para rendirle enfáticos honores. Y sin embargo era un hombre joven mal vestido, sin ninguna insignia de rango ni eminencia reconocida, ni nada que le distinguiera de la multitud salvo una frente alta y blanca bajo la cual brillaban con luz cálida unos ojos

profundos. Emitía una luz que nunca ilumina la tierra salvo cuando un gran corazón arde con el fuego de un gran intelecto. ¿Y quién era él?

¿Quién sino el Genio Maestro que nuestro país busca ansiosamente entre la niebla del Tiempo y está destinado a realizar la gran misión de crear una literatura; americana tallándola, por así decirlo, del granito sin trabajar de nuestra cantera intelectual? Bien moldeada en la forma de un poema épico o asumiendo un disfraz, totalmente nuevo, tal como el mismo espíritu pueda determinar, de él recibiremos., nuestra primera gran obra original que hará todo lo que falta por hacer para, conseguir nuestra gloria entre las naciones. Poca importancia tiene mencionar cómo fue descubierto por el Hombre de la Fantasía ese hijo de un poderoso destino. Baste decir que habita, todavía sin honrar, entre los hombres, sin ser reconocido por aquellos que desde la cuna le conocen; el noble semblante que debería distinguirse por un halo difundido a su alrededor pasa diariamente entre la multitud de gentes que se afanan e inquietan por las insignificancias de un momento, y ninguno presta reverencia al trabajador de la inmortalidad. Y tampoco le importa mucho a él, en su triunfo sobre los tiempos, el que una o dos generaciones de su época cometan el error de no tenerle en cuenta.

Para entonces Monsieur On-Dit se había enterado del nombre y el destino del desconocido y lo susurraba entre los otros invitados.

—¡Bah! —exclamó uno—. Nunca existirá un genio americano.

—¡Uf! —gritó otro—. Ya tenemos buenos poetas, como cualquier nación del mundo. Por mi parte, no deseo ver ninguno mejor.

Y el Habitante Más Antiguo, cuando propusieron presentarle al Genio Maestro, suplicó que le excusaran, observando que un hombre que había sido honrado con el conocimiento de Dwight, Freneau y Joel Barlow, podía permitirse un poco de austeridad en el gusto.

El salón se estaba llenando ahora rápidamente con la llegada de otros personajes notables, entre los que destacaban Davy Jones, el distinguido personaje náutico, y un hombre mayor rudo, descuidadamente vestido, atolondrado, conocido por el apodo de El Viejo Harry. Sin embargo este último, cuando le indicaron un vestidor, reapareció con los cabellos grises bien peinados, las ropas cepilladas y una pechera limpia sobre el cuello, y tan cambiado de aspecto como para merecer el apelativo más respetuoso de Venerable Henry. Joel Doe y Richard Roe aparecieron cogidos del brazo acompañados por un Hombre de Paja, un endosador ficticio, y varias personas que no tenían existencia salvo como votantes en las elecciones muy enfrentadas. El famoso Seatsfield, que entró entonces, al principio se consideró que pertenecía a la misma hermandad, hasta que fue evidente que era un hombre real de carne y hueso y tenía su domicilio terrenal en Alemania. Entre los que llegaron al final, como cabía razonablemente esperar, había un invitado del futuro lejano.

—¿Le conoce? ¿Le conoce? —susurraba Monsieur On-Dit, que por lo visto conocía a todo el mundo—. Es el representante de la Posteridad, el hombre de una época que ha de venir.

—¿Y cómo se ha presentado aquí? —preguntó una figura que evidentemente era el prototipo de una foto de moda de una revista, y podía pensarse que representaba las

vanidades del momento pasajero—. Ha infringido nuestros derechos al llegar antes de su tiempo.

—Pero os olvidáis de dónde estamos —respondió el Hombre de la Fantasía, que había oído el comentario—. Es cierto que la tierra inferior será un terreno prohibido para él durante muchos años todavía; pero un castillo imaginario es una especie de tierra de nadie, donde la Posteridad puede moverse entre nosotros en términos de igualdad.

En cuanto su identidad fue conocida una multitud de invitados se reunió alrededor de la Posteridad, expresando todos el interés más generoso acerca de su bienestar, y jactándose muchos de los sacrificios que tendrían que hacer, o pensaban hacer, en su nombre. Algunos, de la manera más secreta posible, deseaban conocer su juicio acerca de ciertos versos o grandes manuscritos de prosa; otros le acosaban con la familiaridad de los viejos amigos, dando por supuesto que él conocía muy bien sus nombres y personajes. Al final, viéndose acosado de ese modo, el representante de la Posteridad perdió la paciencia.

—Caballeros y buenos amigos —gritó soltándose de un poeta neblinoso que se esforzaba por sujetarle de los botones—. ¡Les ruego que atiendan sus propios asuntos y me dejen a mí cuidar de los míos! Espero no deberles nada, a menos que haya ciertas deudas nacionales, y otras molestias e impedimentos, físicos y morales, que me resultarán lo bastante turbadores como para apartarlos de mi camino. En cuanto a sus versos, les ruego que los lean a sus contemporáneos. Sus nombres son para mí tan desconocidos como sus rostros; y aunque fuera de otra manera —permítanme decírselo en secreto—, el recuerdo frío y glacial que pueda tener una generación de otra sólo es una pobre recompensa para pagar por ella toda una vida. Pero si verdaderamente desean que yo les conozca, el modo más seguro, el único, consiste en vivir auténtica y sabiamente para su propia época, pues si hallan ustedes una fuerza original podrán vivir para la posteridad.

—Es absurdo —murmuró el Habitante Más Antiguo, que como hombre del pasado se sentía celoso de que toda la atención que a él le quitaban se empleara en el futuro—. Es un verdadero absurdo desperdiciar tantos pensamientos en lo que sólo habrá de ser.

Para distraer las mentes de sus invitados, que con este pequeño incidente se habían sentido considerablemente confusos, el Hombre de la Fantasía les condujo a través de diversos salones del castillo, recibiendo sus cumplidos por el gusto y la variada magnificencia que cada uno de ellos mostraba. Una de esas salas se hallaba llena por la luz de la luna, que no entraba por la ventana, sino que era la suma de toda la luz lunar esparcida por la tierra en una noche de verano cuando no había ojos despiertos que disfrutaran de su belleza. Los espíritus del aire la habían recogido allí donde la encontraron brillando sobre el fondo amplio de un lago, o de color de plata en los meandros de un torrente, o reluciendo entre las ramas de un bosque agitadas por el viento, y la habían acumulado en ese espacioso salón. Iluminadas por la intensidad suave de la luz de la luna a lo largo de las paredes había múltiples estatuas ideales, las concepciones originales de las grandes obras del arte antiguo o moderno, que los escultores sólo lograron poner en mármol imperfectamente; pues no debe suponerse



que la idea pura de una creación inmortal deja de existir: sólo es necesario saber dónde están depositadas para poseerlas. En los huecos de otra amplia estancia se había dispuesto una biblioteca espléndida cuyos volúmenes eran inestimables porque no eran las realizaciones reales, sino las obras que los autores sólo habían planeado sin encontrar nunca el momento feliz de escribirlas. Para dar sólo algunos ejemplos conocidos, estaban allí los relatos nunca escritos de los Peregrinos de Canterbury de Chaucer; los cantos jamás escritos de la Reina de las Hadas; la conclusión del Christabel de Coleridge; y toda la épica que había proyectado Dryden sobre el tema del Rey Arturo. Los estantes se hallaban atestados, pues no sería excesivo afirmar que todo autor ha imaginado y dado forma en su pensamiento a más y mejores obras que las que salieron realmente de su pluma. Y allí estaban, también, las concepciones no realizadas de los poetas jóvenes que murieron por la fuerza misma de su genio antes de que el mundo hubiera captado un murmullo inspirado de sus labios.

Cuando las peculiaridades de la biblioteca y la galería de estatuas le fueron explicadas al Habitante Más Antiguo, éste pareció infinitamente perplejo y exclamó, con más energía de la habitual, que nunca que él recordara había oído tal cosa, y que además no entendía en absoluto cómo resultaba posible.

—Aunque creo que mi cerebro no es tan claro como solía —dijo el buen anciano—. Ustedes, jóvenes, supongo que pueden abrirse camino entre esos asuntos extraños. Pero yo, abandono.

—También yo —murmuró el Viejo Harry—. Esto basta para asombrarme el... ¡Ejem!

Dando la menor respuesta posible a esas observaciones, el Hombre de la Fantasía condujo al grupo a otro salón noble cuyas columnas estaban hechas de rayos solares dorados sólidos extraídos del cielo a primera hora de la mañana. Por ello, como retenían todo su lustre vivo, la habitación estaba llena de la irradiación más alegre que quepa imaginar, aunque no era excesivamente deslumbrante, por lo que podía soportarse con comodidad y placer. Las ventanas estaban hermosamente adornadas con cortinas hechas de nubes de amanecer de múltiples colores, todas empapadas de luz virginal, y colgando en festones magníficos desde el techo hasta el suelo. Había además fragmentos de arcoiris esparcidos por la habitación, por lo que los invitados, asombrados, veían recíprocamente sus cabezas glorificadas por los siete colores primarios; o si lo preferían —¿y quién no lo harta?—, podían coger un arcoiris en el aire y convertirlo en su atavío y adorno. Pero la luz de la mañana y el arcoiris esparcido sólo eran un tipo y un símbolo de las verdaderas maravillas de la estancia. Por una influencia afín a la magia, aunque absolutamente natural, todos los medios y oportunidades de la alegría que se olvidan en el mundo inferior habían sido cuidadosamente recogidos y depositados en el salón del sol de la mañana. Se entiende pues que había material suficiente para proporcionar no sólo una tarde gozosa, sino una vida feliz, y para más personas que las que esa espaciosa estancia podía contener. El grupo pareció renovar su juventud; durante todo el tiempo ese modelo y nivel proverbial de la inocencia, el Niño Nonato, correteaba de aquí para allá entre ellos, comunicando su alegría sin gastar a todos los que tenían la buena fortuna de presenciar sus retozos.

—Mis honrados amigos —dijo el Hombre de la Fantasía después de que hubieran disfrutado un rato—. Voy a requerir ahora su presencia en el salón de banquetes, donde les aguarda una ligera colación.

—¡Ah, bien dicho! —exclamó una figura cadavérica que había sido invitada no por otra razón que la de que tenía el hábito constante de cenar con el Duque Humphrey—. Estaba empezando a preguntarme si un castillo imaginario estaría provisto de cocina.

Resultó verdaderamente curioso ver lo instantáneamente que los invitados se apartaron de los elevados placeres morales, que habían estado degustando con tan evidente entusiasmo, ante la sugerencia de los placeres más sólidos y líquidos de una mesa festiva. Se amontonaron tras el anfitrión, que les condujo entonces a un elevado y amplio salón, en el que de un extremo a otro se hallaba dispuesta una mesa que relucía por los innumerables platos y copas de oro. Resulta inseguro si aquellos ricos artículos se habían hecho para la ocasión con haces solares fundidos o recubriéndolos con los restos del naufragio de galeones españoles que yacían durante siglos en el fondo del mar. Al extremo más elevado de la mesa le daba sombra un dosel, bajo el cual había una silla de elaborada magnificencia que el anfitrión declinó ocupar, pidiendo a sus invitados que lo asignaran al más digno de entre ellos. Como adecuado homenaje a su incalculable antigüedad y eminente distinción, en principio se ofreció el puesto de honor al Habitante Más Antiguo. Sin embargo éste lo rechazó requiriendo el favor de un cuenco de gachas en una mesa auxiliar en la que pudiera recuperarse con una tranquila siesta. Vacilaron un poco con respecto al siguiente candidato, hasta que Posteridad tomó de la mano al Genio Maestro de nuestro país y le condujo hasta la silla presidencial bajo el dosel principesco. Una vez que le contemplaron en el lugar que le era apropiado, el grupo reconoció la justicia de la elección con una larga y estruendosa salva de vehementes aplausos.

Se sirvió entonces un banquete que combinaba, si no todas las delicadezas de la estación, al menos sí todas las rarezas que unos cuidadosos proveedores habían encontrado en forma de carne, pescado y verduras procedentes de los mercados de la tierra de Ninguna Parte. La factura desgraciadamente se había perdido, por lo que sólo podemos mencionar un fénix asado en sus propias llamas, aves del paraíso conservadas en frío, helados de la Vía Láctea y compendios, batidos y extractos de jalea de avena del Paraíso de los Locos, donde se consumían en gran cantidad. En cuanto a las bebidas, los temperados se contentaron con agua, como de costumbre, pero era agua de la Fuente de la Juventud; las damas sorbieron nependa; a los heridos por el amor, los agobiados por las preocupaciones y los acosados por las penas les ofrecieron copas desbordantes de leto y sagazmente se conjeturó que una cierta jarra dorada que sólo los invitados más distinguidos fueron invitados a compartir contenía néctar que llevaba madurando desde los días de la mitología clásica. Se quitó el mantel y el grupo, como de costumbre, cobró elocuencia con el licor y se entregó a una sucesión de brillantes discursos, recayendo la tarea de informar de ellos sobre la adecuada habilidad del Consejero Gill, cuya indispensable cooperación el Hombre de la Fantasía había tenido la precaución de asegurarse.

Cuando el banquete se hallaba en su punto más etéreo, el Secretario del Clima fue visto levantarse de la mesa y meter la cabeza entre las cortinas moradas y doradas de una de las ventanas.

—Mis queridos comensales —comentó en voz alta tras observar cuidadosamente los signos de la noche—, aconsejo a los que vivan lejos que se mar chen lo antes posible; pues ciertamente se avecina una tormenta eléctrica.

—¡Que Dios se apiade de mí! —gritó Madre Carey, que había dejado su nidada de pollos para acudir allí vestida con gasas y medias de seda rosa—. ¿Cómo podré regresar a casa?

Entonces todo fue confusión y marcharse presurosamente, con escasas y superfluas despedidas. Sin embargo el Habitante Más Antiguo, fiel a la norma de los días lejanos en los que había estudiado su cortesía, se detuvo en el umbral del salón iluminado por meteoritos para expresar su enorme satisfacción por el entretenimiento.

—Nunca, que yo recuerde, había tenido la buena fortuna de pasar una tarde más agradable ni en compañía más selecta —comentó el gracioso anciano.

En ese momento el viento se llevó su aliento, se llevó también en un remolino su sombrero de tres picos hacia el espacio infinito y ahogó cualquier cumplido que tuviera el propósito de pronunciar. Muchos de los invitados tenían previamente concertados fuegos fatuos para que les llevaran a casa; y el anfitrión, en su general cuidado benefactor, había contratado al Hombre de la Luna para que con una inmensa linterna en forma de cuerno guiara a las desoladas solteronas que no podían valerse por sí mismas. Pero una ráfaga de la naciente tempestad apagó todas sus luces en un instante. Si en la oscuridad que siguió los invitados lograron regresar a la tierra, o si la mayor parte de ellos no lo consiguió y siguen deambulando entre nubes, nieblas y ráfagas de viento tempestuoso, magullados por las vigas del derribado castillo imaginario, y engañados por todo tipo de irrealidades, son cuestiones que les conciernen mucho más a ellos que al autor o al público. La gente debería pensar en esas cosas antes de lanzarse a una agradable fiesta en el reino de Ninguna Parte.

## EL JOVEN GOODMAN BROWN

Al anochecer, el joven Goodman Brown salió a la calle del pueblo de Salem; tras cruzar el umbral, echó la cabeza hacia atrás para dar un beso de despedida a su joven esposa. Y Faith, nombre que le resultaba muy adecuado, asomó su hermosa cabeza a la calle dejando que el viento jugueteara con las cintas rosas de su gorra mientras hablaba con Goodman Brown.

—Querido —susurró con suavidad y bastante tristeza acercando los labios a su oído—: te ruego que dejes tu viaje para la mañana y duermas esta noche en tu cama. Una mujer sola es acosada por unos sueños y pensamientos que a veces le dan miedo. De todas las noches del año, esposo mío, te ruego que te quedes conmigo precisamente ésta.

—Mi amor y mi Faith —contestó el joven Goodman Brown—. De todas las noches del año, ésta es la que debo pasar lejos de ti. Mi viaje, tal como lo llamas una y otra vez, debe hacerse entre este momento y el amanecer. Pero mi dulce y bella esposa, ¿es que dudas ya de mí, cuando sólo llevamos tres meses casados?

—¡Que Dios te bendiga entonces! —dijo Faith moviendo las cintas rosas—. Y que lo encuentres todo bien cuando regreses.

—¡Así sea! —gritó Goodman Brown—. Reza tus oraciones, querida Faith, y acuéstate al anochecer, y así ningún daño te sucederá.

Se despidieron, y el joven siguió su camino hasta que, cuando estaba a punto de girar la esquina junto al templo, miró hacia atrás y vio la cabeza de Faith que seguía observándole con un aire melancólico, a pesar de sus cintas rosadas.

—¡Mi pobre y pequeña Faith! —susurró para sí mismo, pues tenía el corazón afligido—. ¡Soy un perverso al dejarla en esta situación! Y hablaba de sueños. Me parece que cuando lo hacía su rostro estaba turbado, como si un sueño le hubiera advertido del trabajo que hay que hacer esta noche. Pero no, no: pensar en ello la mataría. Es un ángel bendito sobre la tierra, y tras esta única noche me mantendré aferrado a sus faldas y la seguiré hasta el cielo.

Con tan excelente resolución para el futuro, Goodman Brown se sintió justificado para apresurar su propósito maligno. Había tomado un camino monótono que oscurecían los árboles más tristes del bosque, y que inmediatamente de apartarse de la carretera principal se convertía en un estrecho sendero por el que deslizarse que se cerraba inmediatamente detrás. Todo era realmente solitario; y en tal soledad es peculiar que el viajero no sepa quién puede ocultarse en los innumerables troncos o las gruesas ramas que hay sobre la cabeza, de manera que con sus pasos solitarios puede estar pasando entre una multitud invisible.

—Podría haber un indio diabólico detrás de cada árbol —dijo Goodman Brown para sí mismo, y miró con temor hacia atrás al tiempo que añadía—: ¡el propio diablo podría estar a un codo de mí!

Con la cabeza vuelta hacia atrás, recorrió una curva del camino, y al volver a mirar hacia adelante vio la figura de un hombre con atuendo grave y decente sentado al pie

de un viejo árbol. Se levantó al acercarse Goodman Brown y empezó a caminar al lado de éste.

—Llegas tarde, Goodman Brown —le dijo—. El reloj del Old South estaba sonando cuando llegué desde Boston, y de eso hace ya más de quince minutos.

—Faith me entretuvo un rato —contestó el joven con un temblor en la voz producido por la aparición repentina de su compañero, aunque no fuese inesperada.

En el bosque había ya una oscuridad profunda, que era todavía mayor por la zona que ambos estaban recorriendo. Por lo que podía discernirse, el segundo viajero tendría unos cincuenta años, aparentemente de la misma posición en la vida que Goodman Brown, y se le asemejaba considerablemente, aunque quizás más en la expresión que en los rasgos. Aun así, podrían haberlos tomado por padre e hijo. Y sin embargo, aunque el mayor iba vestido tan simplemente como el joven, y era de maneras igualmente simples, tenía ese aire indescriptible de alguien que conoce el mundo, y que no se sentiría avergonzado en la mesa del gobernador ni en la corte del rey Guillermo, si hubiera posibilidad de que sus asuntos le condujeran hasta allí. Pero lo único que en él podía considerarse notable era su bastón, semejante a una gran serpiente negra y tan curiosamente trabajado que casi se le veía dar vueltas y retorcerse como una serpiente viva. Evidentemente aquello era una ilusión ocular ayudada por la luz incierta.

—Venga, Goodman Brown —le gritó el compañero de viaje—. Llevamos un paso muy apagado para el principio de un viaje. Si tan pronto te has cansado, toma mi bastón.

—Amigo, si he convenido encontrarme contigo aquí, ahora prefiero regresar por donde vine —contestó el otro cambiando su paso lento por otro más vivo—. Tengo escrúpulos de tocar el asunto que tú sabes.

—¿Eso opinas? —contestó el de la serpiente sonriendo—. Sigamos caminando, sin embargo, y razonemos mientras tanto; y si yo te convengo no te darás la vuelta. Ya sólo nos queda un poco de camino por el bosque.

—¡Es demasiado lejos! ¡Demasiado! —exclamó el buen hombre reanudando inconscientemente la caminata—. Mi padre nunca habría entrado en el bosque con tal recado, ni su padre antes de él. Hemos sido una raza de hombres honestos y buenos cristianos desde los tiempos de los mártires; y seré el primero con el nombre de Brown que tomó nunca este camino y siguió...

—En tal compañía, dirías —observó el de más edad interpretando su pausa—. ¡Bien dicho, Goodman Brown! He conocido a tu familia como una más entre los puritanos; y eso no es decir poco. Ayudé a tu abuelo el guarda cuando tan duramente azotó a la mujer cuáquera por las calles de Salem; y fui yo el que durante la guerra del rey Felipe llevé a tu padre un nudo de pino de tea, cocido de mi propio hogar, para que prendiera fuego a un pueblo indio. Ambos fueron buenos amigos míos; y hemos dado muchos paseos agradables por este camino, regresando alegremente tras la medianoche, y sólo por ellos de buena gana sería amigo tuyo.

—Si es como tú dices, me maravilla que nunca hablaran de esos asuntos —contestó Goodman Brown—. O en realidad no me maravilla, sabiendo que el menor rumor de este tipo les habría expulsado de Nueva Inglaterra. Somos gente de oración, y de buenas obras además, y no permitimos esas maldades.

—Sean o no maldades, tengo aquí en Nueva Inglaterra muchos conocidos —contestó el viajero del bastón retorcido—. Los diáconos de muchas iglesias han bebido conmigo el vino de la comunión; hombres selectos de diversas ciudades me nombraron su presidente; y una gran mayoría del Gran Tribunal y del Tribunal General apoyan firmemente mis intereses. Además, el Gobernador y yo... aunque eso son secretos de Estado.

—¿Es posible que sea así? —gritó Goodman Brown mirando con asombro a su impasible compañero—. Sin embargo, nada tengo yo que ver con el Gobernador y el Consejo; ellos tienen sus modos, que no son normales para un simple esposo como yo. Y si siguiera adelante contigo, ¿cómo iba a aguantar la mirada de ese buen anciano, nuestro ministro, en el pueblo de Salem? Ay, su voz me haría temblar tanto en el día del Sabbat como en el del sermón.

Hasta ese momento el viajero de más edad le había escuchado con la debida gravedad; pero entonces tuvo un ataque de risa irreprimible que le hizo agitarse con tanta violencia que su bastón, semejante a una serpiente, realmente parecía sacudirse con simpatía.

—¡Ja, ja, ja! —reía una y otra vez, hasta que recobró la compostura—. Bueno, sigamos, Goodman Brown, sigamos; pero te ruego que no me mates de risa.

—Pues bien, terminemos el asunto de una vez —contestó Goodman Brown sintiéndose considerablemente molesto—. Piensa en mi esposa, Faith. Rompería su corazón, tan querido para mí; y entonces estaría rompiendo el mío.

—No, si ése fuera el caso, deberías seguir tu camino Goodman Brown —respondió el otro—. Pero no creo que veinte ancianas como la que va cojeando delante de nosotros hicieran a Faith daño alguno.

Mientras hablaba señaló con el bastón a una figura femenina que estaba en el camino y en la que Goodman Brown reconoció a una dama muy piadosa y ejemplar que de joven le había enseñado el Catecismo, y seguía siendo su consejera moral y espiritual junto con el ministro y el diácono Gookin.

—Realmente me maravilla que Goody Cloyse esté en este bosque profundo a la caída de la noche —respondió—. Pero con tu permiso, amigo mío, tomaré un atajo por el bosque hasta que dejemos atrás a esa cristiana. Como no te conoce, puede preguntarse a quién acompañaba y adónde iba.

—Sea así —respondió el compañero de viaje—. Acorta por el bosque que yo seguiré por el camino.

El joven se desvió entonces, pero observó atentamente a su compañero que avanzaba tranquilamente por el camino hasta que estuvo a la distancia de un bastón de la vieja dama. Entretanto ella avanzaba lo mejor que podía, con una velocidad singular para una dama de tanta edad, y murmurando entretanto unas palabras que no le llegaban con claridad, sin duda una oración. El viajero extendió el bastón y tocó el cuello arrugado de ella con lo que parecía ser la cola de la serpiente.

—¡El diablo! —gritó la piadosa anciana.

—¿Es que Goody Cloyse no conoce a su viejo amigo? —preguntó el viajero poniéndose delante de ella e inclinándose sobre su agitado bastón.

—Ah, ¿verdaderamente es su señoría? —exclamó la buena dama—. Sí, por, cierto que lo es, y con la misma imagen del viejo chismoso de Goodman Brown, el abuelo de ese estúpido. Pero, ¿podrá creerlo su señoría?, mi escoba ha desaparecido extrañamente; sospecho que robada por esa bruja a la que todavía no han ahorcado, Goody Cory, y eso que la tenía ya toda untada con jugo de apio silvestre, cincoenrama y acónito.

—Mezclado con buen trigo y la grasa de un niño recién nacido —añadió la forma del viejo Goodman Brown.

—Ah, su señoría conoce la receta —exclamó la anciana con un fuerte crujido—. Si es lo que yo estaba diciendo, todo dispuesto para la reunión, y sin ningún caballo que montar, decidí venir a pie; pues me han dicho que esta noche toma la comunión una agradable joven. Pero ahora su señoría me prestará el brazo y llegaremos allí en un momento.

—Difícilmente podrá ser eso —respondió su amigo—. No puedo prestarle mi brazo, Goody Cloyse; pero si quiere, aquí está mi bastón.

Nada más decir eso, lo arrojó a los pies de ella, donde quizás asumió vida porque era uno de los bastones que su propietario había dado anteriormente a los magos de Egipto. Aunque Goodman Brown no podía tener conocimiento alguno de ese hecho. Alzó la mirada asombrado, y al volver a bajarla ya no vio ni a Goody Cloyse ni al bastón en forma de serpiente, sino sólo a su compañero de viaje que le aguardaba con tanta tranquilidad como si no hubiera sucedido nada.

—Esa anciana me enseñó el Catecismo —dijo el joven; y ese comentario simple estaba repleto de significado.

Siguieron caminando mientras el viajero mayor exhortaba a su compañero a que mantuviera una buena velocidad y perseverara en el camino, hablando tan adecuadamente que sus argumentos más parecían brotar en el pecho de quien le oía que ser sugeridos por él mismo. Mientras avanzaban cogió una rama de arce, que le sirviera de bastón de paseo y empezó a quitarle las hojas y ramitas, que estaban humedecidas por el rocío de la noche. En el momento en que sus dedos las tocaban, se marchitaban y secaban extrañamente, como si llevaran una semana al sol. Así fue avanzando la pareja, a muy buen paso, hasta que de pronto, en un oscuro ensanche del camino, Goodman Brown se sentó sobre el tocón de un árbol negándose a ir más lejos.

—Amigo mío, estoy decidido —dijo tenazmente—. Ni un paso más daré por este motivo. ¿Qué me importa si una perversa anciana prefiere ir hacia el diablo cuando yo pensaba que se dirigía al cielo? ¿Es eso un motivo por el que debiera, abandonar a mi querida Faith y seguir a la otra?

—Más tarde pensarás mejor en eso —dijo con toda tranquilidad su compañero—. Siéntate aquí y descansa un rato; y cuando creas que puedes ponerte otra vez en movimiento, mi bastón te ayudará a seguir.

Sin decir nada más, arrojó a su compañero el bastón de arce y rápidamente desapareció de su vista como si se hubiera desvanecido en la profunda oscuridad. El joven permaneció sentado unos momentos al lado del camino, animándose a sí mismo y pensando con qué conciencia tan clara se encontraría con el ministro en su paseo matinal, y que no habría de apartarse de la vista del buen diácono Gookin. Y qué

tranquilo sería su sueño esa misma noche, pues no habría de pasarla de forma perversa, sino pura y dulcemente en los brazos de Faith! Entre esas meditaciones agradables y dignas de alabanza, Goodman Brown oyó cascos de caballos por el camino, y le pareció aconsejable ocultarse en la linde del bosque consciente del propósito culpable que le había conducido hasta allí, y del que ahora, felizmente, se había apartado.

Le llegaron entonces con claridad el ruido de los cascos y las voces de los jinetes, dos voces ancianas y graves que conversaban discretamente mientras se aproximaban. Esos sonidos entremezclados pasaron por el camino a pocos metros de donde se hallaba escondido el joven; pero debido sin duda a la profundidad de la oscuridad en ese lugar particular, no pudo ver ni a los viajeros ni sus corceles. Aunque las figuras rozaban las ramas pequeñas que había al borde del camino, no pudo verse que ni por un momento interceptaran el débil resplandor de la franja de cielo brillante en el momento en que debieron pasar por allí. Goodman Brown a veces se agachaba y otras se ponía de puntillas, apartando las ramas y metiendo la cabeza tanto como se atrevía sin discernir más que una sombra. Lo que más le irritó de aquello es que habría jurado, de ser posible tal cosa, que había reconocido las voces del ministro y del diácono Gookin, trotando tranquilamente tal como solían hacer cuando acudían a alguna ordenación o un consejo eclesiástico. Y cuando estaban todavía a una distancia desde la que podía oírlos, uno de los jinetes se detuvo para coger una vara.

—De entre las dos cosas, reverendo señor, preferiría perderme una cena de ordenación que la reunión de esta noche —dijo la voz que se asemejaba a la del diácono—. Me han dicho que va a estar aquí parte de nuestra comunidad, desde Falmouth y más allá, y vendrán otros de Connecticut y Rhode Island, además de varios curanderos indios, quienes a su manera saben de lo diablesco casi tanto como el mejor de nosotros. Además va a recibir la comunión una buena y joven mujer.

—¡Por las Potestades, diácono Gookin! —contestó el otro con el tono solemne del ministro—. Apresurémonos o llegaremos tarde, y ya sabe que nada puede hacerse hasta que yo esté allí.

Volvió a escuchar los cascos; y las voces, que de manera tan extraña hablaban en el aire vacío, se perdieron en un bosque en el que nunca había habido iglesia alguna ni había rezado un cristiano solitario. ¿Adónde, entonces, podían acudir esos hombres santos en la profundidad del bosque pagano? El joven Goodman Brown tuvo que apoyarse en un árbol, pues estaba a punto de caer al suelo desmayado y cargado con la pesadez de su corazón. Miró hacia arriba, al cielo, dudando de que realmente existiera un cielo encima de él. Pero allí estaba el arco azul en el que brillaban las estrellas.

—¡Con el cielo arriba, y Faith debajo, me mantendré firme contra el diablo! —gritó Goodman Brown.

Mientras seguía mirando hacia arriba, al arco profundo del firmamento, y elevando las manos para rezar, una nube cruzó presurosamente el cenit, aunque no había ningún viento que la moviera, y ocultó las estrellas brillantes. El cielo azul seguía siendo visible, salvo directamente encima de su cabeza, donde aquella masa de nubes negras se dirigía velozmente hacia el norte. Y arriba, en el aire, como si surgiera de la profundidad de la nube, brotó un sonido de voces confuso y dudoso.



Hubo un momento en el que le pareció que podía distinguir el acento de conciudadanos suyos, hombres y mujeres, tanto de seres piadosos como faltos de religión, con muchos de los cuales se había encontrado en la mesa de la comunión, y a los otros los había visto alborotando en la taberna. Pero al momento siguiente, tan inciertos eran los sonidos, dudó de si no habría oído más que el murmullo del viejo bosque que susurraba sin que hubiera viento. Volvió entonces a escuchar con más fuerza esos tonos familiares, que a diario escuchaba en Salem bajo la luz del sol, pero que hasta entonces no había oído nunca saliendo de una nube durante la noche. Luego escuchó la voz de una mujer joven que se lamentaba, y que con una vaga pena pedía un favor que quizás le afligiera obtener; y toda la multitud invisible, juntos los santos y los pecadores, parecía estimularla a que siguiera adelante.

—¡Faith! —gritó Goodman Brown con dolor y desesperación; y los ecos del bosque se burlaron de él gritando «¡Faith! ¡Faith!», como si unos seres infelices y confusos la buscaran por el bosque.

Todavía estaba traspasando la noche el grito de pena, rabia y terror cuando el infeliz esposo retenía el aliento esperando una respuesta. Hubo un grito que fue ahogado inmediatamente por un murmullo de voces más altas que acabaron convirtiéndose en una risa lejana mientras desaparecía la nube oscura dejando el cielo claro y silencioso por encima de Goodman Brown. Pero algo aleteaba ligeramente por el aire y se posó en la rama de un árbol. El joven lo cogió y contempló una cinta rosa.

—¡Mi Faith ha desaparecido! —gritó él tras un momento de estupefacción—. Nada bueno queda en la tierra; y el pecado no es sino un nombre. Ven, diablo; pues a ti se te ha dado este mundo.

Enloquecido por la desesperación, de la que tanto y con tanta fuerza se había reído, Goodman Brown cogió el bastón y se puso en marcha de nuevo a tanta velocidad que más parecía volar por el bosque que caminar o correr por él. El camino fue haciéndose más seco y salvaje, con menos huellas, y al final desapareció dejándole en el corazón de una oscura espesura, mientras avanzaba todavía con el mismo instinto que guía a los mortales hacia el mal. El bosque entero se pobló de sonidos atemorizadores: el crujido de los árboles, el aullido de los animales y el grito de los indios; a veces el viento sonaba como la campana de una iglesia distante, y a veces producía un estruendo mayor alrededor del viajero, como si la Naturaleza entera se estuviera riendo y burlando de él. Pero él mismo era el horror principal de la escena y no se acobardó ante los otros horrores.

—¡Ja, ja, ja! —rió con fuerza Goodman Brown cuando el viento se rió de él—. Veamos quién ríe más fuerte. No creas que vas a asustarme con tus diabluras. Ven, bruja, ven, brujo, ven, curandero indio, ven el propio diablo, aquí tenéis a Goodman Brown. Podéis tenerle tanto miedo como él a vosotros.

En realidad en todo aquel bosque hechizado no había nada más temible que la figura de Goodman Brown. Seguía volando por entre los pinos negros, blandiendo su bastón con gestos frenéticos, lanzando a veces una blasfemia inspirada y horrible, y otras veces riendo con tal fuerza que los ecos del bosque le devolvían la risa como si estuviera rodeado de demonios. En su propia forma, el diablo resulta menos espantoso que cuando brama en el pecho de un hombre. Así prosiguió el demoníaco su veloz

carrera hasta que vio delante de él, estremeciéndose entre los árboles, una luz roja, como si se hubieran prendido fuego los troncos caídos y las ramas en un claro, y justo en la medianoche levantaba hacia el cielo su misterioso resplandor. Se detuvo, en una calma de la tempestad que le había impulsado hacia adelante, y escuchó el crescendo de lo que le parecía un himno que se elevaba solemnemente desde la distancia con el peso de muchas voces. Conocía la melodía; era habitual en el coro del templo del pueblo. Los versos se apagaron y se alargaron con un coro que no era de voces humanas, sino que estaba formado por todos los sonidos de la oscura soledad, que sonaban juntos en una horrible armonía. Goodman Brown gritó, pero su grito se perdió en sus propios oídos por sonar al unísono con el grito de lo deshabitado.

En un intervalo de silencio, avanzó hasta que la luz brilló plenamente ante sus ojos. En un extremo de un espacio abierto, cercada por la oscura muralla del bosque, se levantaba una piedra que tenía una semejanza tosca y natural con un altar o un púlpito, y estaba rodeada por cuatro pinos encendidos, con las copas ardiendo y los troncos sin tocar, como velas en un servicio nocturno. El follaje que había crecido en la parte superior de la roca estaba ardiendo, lanzando sus llamas hacia la noche e iluminando bien toda la zona. Ardía cada rama colgante, cada guirnalda de hojas. Conforme la luz roja crecía y menguaba, una numerosa congregación alternativamente brillaba para desaparecer luego en la sombra, y volver a surgir, por así decirlo, de la oscuridad, poblando enseguida el corazón de los bosques solitarios.

—Una compañía grave y vestida de oscuridad —citó Goodman Brown.

Y en verdad así era. Entre ellos, estremeciéndose entre las tinieblas y el esplendor, surgían rostros que al día siguiente se verían en la mesa del consejo provincial, y otros que un sábado tras otro miraban devotamente hacia los cielos, inclinándose benignos sobre los bancos atestados, desde los púlpitos más sagrados de la zona. Algunos afirman que estaba allí la señora del Gobernador. Al menos había damas de elevada posición que la conocían bien, y esposas de maridos honrados, y viudas, una gran multitud de ellas, y doncellas ancianas, todas de excelente reputación, y hermosas jóvenes que temblaban pensando que sus madres las espíaran. O bien el brillo repentino de los destellos de luz sobre el campo oscuro confundieron a Goodman Brown o reconoció a una veintena de miembros de la iglesia de Salem famosos por su especial santidad. El buen diácono Gookin había llegado, y aguardaba junto a la sotana de ese santo venerable, su reverenciado pastor. Pero acompañando irreverentemente a esas personas solemnes, de buena reputación y piadosas, esos ancianos de la iglesia, esas castas damas de ingenuas vírgenes, había hombres de vida disoluta y mujeres de fama manchada, infelices entregados a todo tipo de vicio malo e inmundo, incluso sospechosos de crímenes horribles. Era extraño ver que los buenos no se apartaran de los perversos, ni los pecadores se avergonzaran junto a los santos. Desperdigados entre sus enemigos de pálidos rostros estaban los sacerdotes indios, o brujos, que a menudo habían hecho temblar el bosque nativo con encantamientos más horribles que cualquiera de los conocidos por la brujería inglesa.

«Pero ¿dónde está Faith?», pensó Goodman Brown; y cuando la esperanza entraba en su corazón, se echó a temblar.

Brotó otro verso del himno, una melodía lenta y triste, como de amor piadoso, pero unida a palabras que expresaban todo lo que nuestra naturaleza es capaz de concebir acerca del pecado, y sugerían oscuramente mucho más. La ciencia diabólica es insondable para los simples mortales. Cantaron un verso tras otro, y todavía el coro del bosque desértico se dejaba oír como el tono más profundo un potente órgano; y con las notas finales de ese terrible motete brotó un sonido como del viento cuando ruge, los torrentes precipitados, las bestias que aúllan, todas las demás voces del inarmónico bosque se mezclaron y acordaron con la voz del hombre culpable en homenaje al principal de todos. Los cuatro pinos ardientes arrojaron llamas más elevadas y descubrieron oscuramente formas y visajes de horror en las columnas de humo que había sobre la impía asamblea. En el mis momento el fuego que había sobre las rocas se lanzó hacia arriba formando sobre su base un arco ardiente en el que apareció una figura. Dicho sea con reverencial la figura no guardaba la menor similitud ni en el ropaje ni en las maneras corte ninguna divinidad solemne de las iglesias de Nueva Inglaterra.

—¡Que se adelanten los conversos! —gritó una voz que se repitió en ecos por' los campos y rodó por los bosques.

Ante esa palabra Goodman Brown se adelantó desde la sombra de los árboles y se acercó a la congregación, hacia la que sentía una detestable hermandad por la simpatía de todo lo que de perverso había en su corazón. Casi habría podido jurar que la forma de su propio padre muerto le pedía que se adelantara, mirándole desde una columna de humo, mientras que una mujer con los rasgos oscuros de la desesperación adelantaba la mano advirtiéndole que retrocediera. ¿Era su madre? Pero no tenía poder para retirarse ni un paso, ni para resistirse ni siquiera en pensamiento, desde el momento en el que el ministro y el bueno del viejo diácono Gookin le tomaron por los brazos y le condujeron hasta la roca ardiente. Hasta allí llegó también la esbelta forma de una mujer cubierta por velos conducida entre Goody Cloyse, esa piadosa maestra del Catecismo, y Martha Carrier, que había recibido del diablo la promesa de ser reina del infierno. Una bruja furiosa es lo que era. Y allí estaban los prosélitos, bajo el dosel de fuego.

—Bienvenidos, hijos míos, a la comunión de vuestra raza —dijo la figura oscura—. Así habéis encontrado pronto vuestra naturaleza y vuestro destino. ¡Hijos míos, mirad detrás de vosotros!

Se dieron la vuelta y destelleando en una llama, por así decirlo, fueron vistos los veneradores del maligno; la sonrisa de bienvenida brilló oscuramente en cada rostro.

—Allí están aquellos a los que todos habéis reverenciado desde la juventud —siguió diciendo la forma negruzca—. Les considerabais más santos que vosotros, y os apartabais de vuestros pecados, comparándolos con sus vidas de rectitud y sus devotas aspiraciones al cielo. Pero aquí están todos en la asamblea que me venera. Esta noche os será concedido conocer sus actos secretos: cómo los ancianos de barbas canas de la iglesia han susurrado palabras lascivas a las doncellas jóvenes de sus casas; cómo muchas mujeres, deseosas de llevar ropa de luto, han dado a su marido al acostarse una bebida y le han dejado entrar en el último sueño apoyado en su pecho; cómo jóvenes imberbes se han apresurado a heredar la riqueza de los padres; y cómo hermosas damiselas —no sonrojaos queridas mías— han cavado pequeñas tumbas en el jardín y

me han invitado solamente a mí al funeral de un recién nacido. Por la simpatía que produce el pecado en vuestros corazones humanos, olfatearéis todos los lugares —ya sea la iglesia, el dormitorio, la calle, el campo o el bosque— en donde se haya cometido un crimen, y os alegraréis al contemplar que la tierra entera es una mancha de culpa, una enorme mancha de sangre. Mucho más que eso. Os será dado conocer en cada pecho el misterio profundo del pecado, la fuente de todas las artes perversas que proporciona inagotablemente más impulsos malignos que los que el poder humano —que mi poder en su grado máximo— puede manifestar en hechos. Y ahora, hijos míos, miraos unos a otros.

Así lo hicieron; y con el resplandor de antorchas encendidas en el infierno el hombre infeliz contempló a su Faith, y la esposa al esposo, temblando delante de ese altar sin santificar.

—Ahí estáis pues, hijos míos —dijo la figura en tono profundo y solemne, casi triste en su horror desesperado, como si su naturaleza en otro tiempo angélica pudiera lamentarse todavía por nuestra raza miserable—. Dependiendo de los corazones de los otros teníais todavía la esperanza de que la virtud no fuera sólo un sueño. Pero ahora ya no os engañáis. El mal es la naturaleza de la humanidad. El mal debe ser vuestra única felicidad. Bienvenidos otra vez, hijos míos, a la comunión de vuestra raza.

—Bienvenidos —repitieron los veneradores del diablo en un grito de desesperación y triunfo.

Y allí estaban ellos en pie, la única pareja que parecía vacilar todavía al borde de la perversión en este mundo oscuro. En la roca se había abierto de manera natural un hueco. ¿Contenía agua enrojecida por la luz fantástica? ¿O era sangre? ¿O quizás una llama líquida? Allí sumergió la mano la forma del mal, preparándose para poner la señal del bautismo en sus frentes, para que pudieran compartir el misterio del pecado, ser más conscientes de la culpa secreta de los demás, tanto de hecho como de pensamiento, de lo que podían serlo ahora de la suya propia. El esposo miró a su pálida esposa y Faith le miró a él. ¡Qué sucias desdichas les revelaría la siguiente mirada, temblando juntos ante lo que revelaban y lo que veían!

—¡Faith! ¡Faith! Mira hacia el cielo y resístete al perverso —gritó el esposo.

No pudo saber si Faith le obedeció. Apenas había dicho aquello cuando se encontró en medio de la soledad y una noche tranquila, escuchando el rugir del viento, que se apagaba en el bosque. Caminó hasta la roca y al tocarla la notó fría y húmeda; y una rama colgante, de las que habían estado encendidas, salpicó su mejilla con el rocío más frío.

A la mañana siguiente el joven Goodman Brown entró lentamente en la calle del pueblo de Salem mirando a su alrededor como un hombre confuso. El buen ministro estaba dando un paseo por el cementerio para fortalecer el apetito para el desayuno y meditar su sermón, y lanzó una bendición a Goodman Brown cuando pasó junto a él. Éste se apartó del santo venerable como para evitar un anatema. El viejo diácono Gookin se dedicaba a la oración en su casa, y las palabras santas de su rezo podían escucharse a través de la ventana abierta.

—¿A qué dios reza el brujo? —citó Goodman Brown.

Goody Cloyse, esa excelente cristiana, estaba en pie desde primeras horas de la mañana junto a su reja, catequizando a una niña pequeña que le había llevado medio litro de leche matinal. Goodman Brown se apartó de la niña como si lo hiciera del propio diablo. Dando la vuelta a la esquina del templo, espió la cabeza de Faith, con las cintas rosas, que miraba ansiosamente la calle y se alegró tanto al verle que resbaló por la calle y casi besó a su esposo ante el pueblo entero. Pero Goodman Brown la miró dura y tristemente al rostro y pasó a su lado sin saludarla. ¿Se había quedado dormido Goodman Brown en el bosque y sólo había tenido un sueño desbocado de un aquelarre?

Así sea si usted lo prefiere. ¡Pero, ay, ese sueño fue un mal presagio para el joven Goodman Brown! De aquella noche del sueño temible surgió un hombre severo, triste, oscuramente meditativo, desconfiado cuando no desesperado. El día del sábado, cuando la congregación cantaba un salmo santo, no podía escuchar porque un himno de pecado entraba potente en sus oídos y ahogaba la melodía santa. Cuando el ministro hablaba desde el púlpito con poder y elocuencia fervorosa, y con la mano sobre la Biblia abierta, acerca de las verdades sagradas de nuestra religión, de las vidas santas y muertes triunfales, y de la bendición o la desgracia futuras que no podían expresarse, entonces Goodman Brown palidecía, temiendo que el techo cayera sobre el blasfemo cano y sus oyentes. A menudo, despertando de pronto en mitad de la noche, se apartaba del pecho de Faith; y por la mañana o al atardecer, cuando la familia se arrodillaba para rezar, fruncía el ceño y murmuraba algo para sí mismo, miraba severamente a su esposa y se marchaba. Y cuando hubo vivido mucho tiempo, y llevaron hasta su tumba un cadáver blanquecino, seguido por Faith, que era ya una mujer anciana, y por los hijos y los nietos, formando una procesión numerosa, pues los vecinos además no fueron pocos, no tallaron ningún verso de esperanza en su lápida, pues triste fue la hora de su muerte.

## LA HIJA DE RAPPACCINI (DE LOS ESCRITOS DE AUBÉPINE)

No recordamos haber visto ningún ejemplar traducido de las obras de M. de l'Aubépine: un hecho del que no hay que sorprenderse, pues hasta su nombre es desconocido para muchos de sus compatriotas, lo mismo que para el estudioso de la literatura extranjera. Como autor parece ocupar una desafortunada posición entre los trascendentalistas (que bajo un nombre u otro tienen su parte en la literatura actual del mundo) y el gran cuerpo de hombres de pluma y tinta que se dirigen a los intelectuales y a las simpatías de la multitud. Si no era demasiado refinado, en todo caso era demasiado remoto, demasiado sombrío e insustancial en sus modos de desarrollo para convenir al gusto de los últimos, y al mismo tiempo era demasiado popular para satisfacer los requisitos espirituales o metafísicos de los primeros, por lo que necesariamente tenía que encontrarse sin público, salvo aquí y allá un individuo o posiblemente una camarilla aislada. Para hacerles justicia, digamos que sus escritos no carecen totalmente de fantasía y originalidad; podrían haberle merecido mayor fama de no ser por un inveterado amor a la alegoría que puede investir sus tramas y personajes con el aspecto de las escenas y gentes de las nubes, privando de calidez humana a sus concepciones. Sus ficciones son a veces históricas, a veces del día de hoy, y a veces, por lo que hemos podido descubrir, hacen poca o ninguna referencia al tiempo o el espacio. En cualquier caso, en general se contenta con un ligerísimo bordado de maneras externas —la falsificación más débil posible de la vida real— y se esfuerza por crear interés mediante alguna peculiaridad menos obvia del tema. Ocasionalmente un aliento de la Naturaleza, una gota de lluvia de lo patético y lo tierno, o un brillo de humor se abren camino en medio de su imaginación fantástica y nos hacen sentir como si después de todo estuviéramos todavía dentro de los límites de nuestra tierra nativa. Añadiremos sólo a esta breve noticia que las producciones de M. de l'Aubépine, si el lector acierta a tomarlas exactamente desde el punto de vista apropiado, pueden hacer pasar una hora de ocio tan divertidamente como las de un hombre más brillante; de no ser por ello, difícilmente dejarían de parecer excesivamente absurdas.

Nuestro autor es voluminoso: sigue escribiendo y publicando con una prolijidad infatigable y digna de alabanza, como si sus esfuerzos se vieran coronados por el éxito brillante que con tanta justicia acompaña a las obras de Eugene Sue. Su primera aparición fue una colección de historias en una larga serie de volúmenes titulada «Contes deux fois racontés». Los títulos de algunas de sus obras más recientes (citamos de memoria) son los siguientes: «Le voyage céleste à chemin, de fer» tres tomos, 1838; «Le nouveau père Adam y la nouvelle mère Eve», dos tomos, 1839; «Roderic; ou le serpent à l'estomac», dos tomos, 1840; «Le culte du feu», un volumen en folio de investigación laboriosa de la religión y el ritual de los antiguos gabaros persas, publicado en 1841; «La soirée du châteaux en Espagne», un tomo, ocho volúmenes, 1842; y «La artiste du beau; ou le papillon mécanique», cinco tomos, en cuarto, 1843.

Nuestra búsqueda algo fatigosa de este notable catálogo de volúmenes ha dejado atrás cierta simpatía y afecto personales, aunque en absoluto admiración, hacia M. de l' Aubépine; y de buena gana haríamos lo poco que nos es posible para introducirle favorablemente al público americano. El siguiente relato es una traducción de su «Beatrice; ou la belle empoisonneuse», recientemente publicado en «la Revue anti-aristocratique». Esta publicación, editada por el Conde de Bearhaven, durante algunos años ha dirigido la defensa de los principios liberales y derechos populares con una fidelidad y capacidad dignas de toda alabanza.

Hace mucho tiempo un hombre joven llamado Giovanni Guasconti vino de la región más meridional de Italia para proseguir sus estudios en la Universidad de Padua. Giovanni, que sólo tenía una escasa provisión de ducados de oro en su bolsa, se alojó en una cámara alta y oscura de un viejo edificio que no parecía indigno de haber sido la residencia de un noble de Padua, y que de hecho exhibía sobre su entrada el escudo de armas de una familia desaparecida hacía mucho tiempo. El joven extranjero, que no carecía de estudios sobre el gran poema de su país, recordó que uno de los antepasados de esa familia, quizás un ocupante de esa misma mansión, había sido descrito por Dante como participante en las agonías inmortales de su *Inferno*. Esos recuerdos y asociaciones, junto con la tendencia a la congoja natural en un joven que por primera vez salía de su esfera natal, hicieron que Giovanni suspirara profundamente al contemplar a su alrededor la estancia desolada y mal amueblada.

—¡Por la Santa Virgen, señor! —exclamó la anciana dama Lisabetta, quien ganada por la notable belleza del joven se esforzaba amablemente por dar a la cámara un aire habitable—. ¿Qué suspiro es ése que se ha escapado del corazón de un hombre joven? ¿Le parece triste esta antigua mansión? Entonces, por amor al cielo, saque la cabeza por la ventana y verá un sol tan brillante como el que dejó en Nápoles.

Guasconti hizo mecánicamente lo que le aconsejó la anciana, pero no pudo estar totalmente de acuerdo con ella en que el sol de Padua fuera tan alegre como el de la Italia meridional. Sin embargo, el caso era que daba sobre un jardín que había bajo la ventana y empleaba sus influencias favorecedoras sobre una variedad de plantas que parecían haber sido cultivadas con enorme cuidado.

—¿Pertenece a la casa este jardín? —preguntó Giovanni.

—Que el cielo lo impida, señor, a menos que fructificara en hierbas de cocina mejores que las que ahí crecen ahora —respondió la anciana Lisabetta—. No, ese jardín lo cultiva con sus propias manos el señor Giacomo Rappaccini, el famoso doctor, del que le aseguro han oído hablar de él hasta en Nápoles. Se dice que destila estas plantas en medicinas tan potentes como un encantamiento. Con frecuencia verá trabajando al señor doctor, y quizás también a la señorita, su hija, recogiendo las extrañas flores que crecen en el jardín.

La anciana había hecho ya todo lo que podía por el aspecto de la cámara; y encomendando al joven a la protección de los santos, se despidió.

Giovanni no encontró mejor ocupación que la de contemplar el jardín que había bajo su ventana. Juzgó, por su apariencia, que era uno de esos jardines botánicos que existieron en Padua mucho antes que en cualquier otro lugar de Italia o del mundo. Ahora bien, no era improbable que hubiera sido en otro tiempo el lugar placentero de

una familia opulenta; pues en el centro estaban las ruinas de una fuente de mármol, esculpida con raro arte, pero tan tristemente destrozada que entre el caos de fragmentos restantes era imposible encontrar el diseño original. Sin embargo el agua seguía brotando y centelleando bajo los rayos del sol tan alegremente como siempre. Un ligero sonido de gorgoteo ascendía hasta la ventana del joven y le hacía sentir como si la fuente fuera un espíritu inmortal que cantara su canción incesantemente y sin preocuparse por las vicisitudes que la rodeaban, encarnándose un siglo en el mármol y esparciendo otro los adornos perecederos sobre el suelo. En el estanque al que iban a dar las aguas crecían diversas plantas que parecían necesitar abundante humedad para nutrir sus gigantescas hojas, y en algunos casos flores magníficas y vistosas. En particular había un matorral que brotaba en un jarrón de mármol situado en mitad del estanque que daba abundantes flores moradas, cada una de las cuales tenía el brillo y la riqueza de una gema; y el conjunto mostraba tal esplendor que parecía suficiente para iluminar el jardín aunque no hubiera habido sol. Cada porción del suelo estaba poblada de plantas y hierbas que, aunque menos hermosas, seguían mostrando señales de un cuidado asiduo, como si todas tuvieran sus virtudes propias, conocidas por la mente científica que las criaba. Algunas estaban colocadas en urnas, ricas por las tallas antiguas, y otras en macetas comunes; algunas reptaban serpenteantes por el suelo o se subían hacia lo alto, utilizando cualquier medio de ascenso que se les ofreciera. Una planta se había enroscado alrededor de una estatua de Vertumnus, que por ello había quedado totalmente oculta y envuelta en una pañería de follaje colgante, tan felizmente dispuesto que habría servido como estudio a un escultor.

Mientras Giovanni permanecía en la ventana escuchó un crujido tras una pantalla de hojas y con ello se dio cuenta de que había una persona trabajando en el jardín. Ésta se dio pronto a ver, mostrando que no era un trabajador común, sino un hombre alto, demacrado, cetrino y de aspecto enfermizo, vestido con la túnica negra de un estudioso. Había traspasado la edad media de la vida, tenía el cabello cano, una barba rala y gris y un rostro singularmente marcado por el intelecto y el cultivo, pero que nunca, ni siquiera en sus días más juveniles, debió expresar excesiva calidez del corazón.

Nada podía superar la intensidad con la que este jardinero científico examinaba cada mata que crecía en su camino: parecía como si estuviera contemplando su naturaleza más interior, haciendo observaciones respecto a su esencia creativa y descubriendo el motivo de que una hoja creciera de esta forma y otra de aquella, y por qué aquellas flores diferían entre sí mismas en cuanto al tono y el perfume. Sin embargo, a pesar de esa comprensión profunda, no parecía existir intimidad entre él y aquellos seres vegetales. Por el contrario, evitaba tocar las plantas realmente, o inhalar directamente sus olores, con una precaución que impresionó desagradablemente a Giovanni; pues la conducta del hombre era la de aquél que camina entre influencias malignas, como animales salvajes, serpientes mortales o espíritus malvados, que si les concediera un solo momento de permiso descargarían sobre él alguna fatalidad terrible. Provocaba en la imaginación del joven un miedo extraño ver ese aire de inseguridad en una persona que cultivaba un jardín, el más simple e inocente de los trabajos humanos, y que había sido al mismo tiempo la alegría y el trabajo de los padres de la raza que no



habían caído. ¿Era entonces ese jardín el Edén del mundo presente? ¿Y este hombre, con esa percepción del daño de lo que sus propias manos hacían crecer, era él Adán?

El desconfiado jardinero, mientras apartaba las hojas muertas o podaba el crecimiento excesivo de los matorrales, protegía sus manos con un par de gruesos guantes. No eran éstos su única armadura. Cuando paseando por el jardín llegó junto a una planta magnífica que dejaba colgar sus gemas moradas al lado de la fuente de mármol, se colocó una especie de máscara sobre la boca y la nariz, como si aquella hermosura ocultara una malicia mortal; pero considerando aun así que su tarea era demasiado peligrosa, retrocedió, se quitó la máscara y con la voz fuerte, pero de una persona enferma y afectada de un mal interior, gritó:

—¡Beatrice! ¡Beatrice!

—Aquí estoy, padre mío, ¿qué deseas? —gritó una voz rica y juvenil desde la ventana de la casa de enfrente; una voz tan rica como el anochecer tropical, y que hizo que Giovanni, aunque no sabía por qué, pensara en los tonos profundos del morado o el carmesí, y en perfumes muy deleitosos—. ¿Estás en el jardín?

—Sí, Beatrice, y necesito tu ayuda —respondió el jardinero.

Enseguida salió por una puerta esculpida una joven ataviada con tanta riqueza del gusto como la más espléndida de las flores, hermosa como el día, y con una lozanía tan profunda y viva que un poco más de tono hubiera resultado excesivo. Parecía abundar en ella la vida, la salud y la energía; pero todos estos atributos estaban por así decirlo atados y comprimidos, y tensamente ceñidos en su abundancia, por su zona virginal. Pero la imaginación de Giovanni debió entristecerse mientras contemplaba el jardín, pues la impresión que la hermosa desconocida causó en él fue como si hubiera allí otra flor, la hermana humana de las vegetales, tan hermosa como ellas, más hermosa que la más rica de ellas, pero que sólo podía tocársela con un guante, que no podía acercarse uno a ella sin una máscara. Cuando Beatrice recorrió el sendero del jardín resultó visible que tocaba e inhalaba el aroma de varias plantas que su padre había evitado diligentemente.

—Ven aquí, Beatrice —dijo este último—. Fíjate cuántas necesarias tareas exige nuestro principal tesoro. Pero como estoy tan agotado podría pagar con la vida el castigo de acercarme tanto como las circunstancias lo exigen. Temo por tanto que esta planta deba quedar exclusivamente a tu cargo.

—Y alegremente me encargaré de ello —respondió la joven de nuevo con su rico tono, tras lo cual se inclinó hacia la magnífica planta abriendo los brazos como si fuera a abrazarla—. Sí, hermana mía, esplendor mío, será tarea de Beatrice alimentarte y servirte; y tú la recompensarás con tus besos y tu aliento perfumado, que para ella es como el aliento de la vida.

Entonces, con toda la ternura de actitud que de manera tan notable había expresado en sus palabras, prodigó a la planta todas las atenciones que parecía necesitar; y Giovanni, desde su alta ventana, se frotó los ojos dudando casi de si era una joven que atendía a su flor favorita o una hermana que afectuosamente cumplía sus deberes con otra. La escena acabó pronto. Bien porque el doctor Rappaccini había terminado sus trabajos en el jardín, o porque su mirada vigilante había captado el rostro del desconocido, cogió del brazo a su hija y se retiraron. Ya se estaba acercando la

noche; oprimentes exhalaciones parecían brotar de las plantas y subir hasta la ventana abierta; y Giovanni, cerrando la reja, fue hasta su cama y soñó con una rica flor y una hermosa joven. Flor y doncella eran distintas, y sin embargo iguales, y cada una de las formas parecía cargada con un extraño peligro.

Pero hay una influencia en la luz de la mañana que tiende a rectificar cualquier error de la fantasía, o incluso del juicio, en el que hayamos incurrido durante la puesta de sol, entre las sombras de la noche, o con el brillo menos saludable de la luna. El primer movimiento de Giovanni al despertar del sueño fue abrir la ventana y contemplar el jardín que tan fértil de misterios había vuelto sus sueños. Se sintió sorprendido, y hasta un poco avergonzado, al descubrir que era algo real y factual bajo los primeros rayos del sol que doraban las gotas de rocío que colgaban de las hojas y las flores, y que aunque daba un brillo mayor a cada flor rara lo situaba todo dentro de los límites de la experiencia ordinaria. El joven se regocijó de que en el corazón de la desértica ciudad hubiera tenido el privilegio de poder dominar aquella zona de vegetación encantadora y abundante. Se dijo a sí mismo que le serviría de lenguaje simbólico para mantenerse en comunión con la Naturaleza. Ciertamente que en esos momentos no podía ver ni al enfermizo y agotado doctor Giacomo Rappaccini ni a su brillante hija; por tanto Giovanni no podía determinar hasta qué punto la singularidad que atribuía a ambos se debía a las propias cualidades de éstos o al trabajo excesivo de su propia fantasía; pero se sentía inclinado a examinar todo el asunto desde una perspectiva más racional.

En el curso del día presentó sus respetos al señor Pietro Baglioni, profesor de medicina en la Universidad, médico de fama eminente, para quien Giovanni llevaba una carta de presentación. El profesor era un perpodríamos considerar joviales. Invitó a cenar al joven y se mostró muy agradable por la libertad y viveza de su conversación, sobre todo tras calentarse con uno o dos frascos de vino de la Toscana. Giovanni, comprendiendo que los hombres de ciencia que habitan la misma ciudad por necesidad deben mantenerse en términos de familiaridad, aprovechó una oportunidad para mencionar el nombre del doctor Rappaccini. Pero el profesor no respondió con tanta cordialidad como el joven había previsto.

—A un maestro en el arte divino de la medicina le correspondería conceder las debidas y merecidas alabanzas a un médico de tan eminente habilidad como Rappaccini —dijo el profesor Pietro Baglioni como respuesta a la pregunta de Giovanni—. Pero por otra parte respondería escasamente a mi conciencia si permitiera que un joven digno como usted, señor Giovanni, hijo de un antiguo amigo, recibiera ideas erróneas respecto a un hombre que en el futuro podría llegar a tener vuestra vida y muerte en sus manos. La verdad es que nuestro venerado doctor Rappaccini tiene tanta ciencia como cualquier miembro de la facultad —quizás con una sola excepción— en Padua o en toda Italia; pero existen ciertas objeciones graves a su carácter profesional.

—¿Y cuáles son esas? —preguntó el joven.

—¿Es que mi amigo Giovanni tiene alguna enfermedad del cuerpo o el corazón, que tan inquisitivo se muestra acerca de los médicos? —preguntó el profesor con una sonrisa—. Pues en cuanto a Rappaccini, se dice de él —y yo, que conozco bien al hombre, puedo responder que es cierto— que se preocupa infinitamente más por la

ciencia que por la humanidad. Sus pacientes sólo le interesan como sujetos de nuevos experimentos. Sacrificaría la vida humana, la suya entre todas las demás, o cualquiera que le fuera más querida, para añadir un solo grano de mostaza al gran montón de su conocimiento acumulado.

—Me temo entonces que es un hombre realmente horrible —observó Guasconti recordando mentalmente el aspecto frío y puramente intelectual de Rappaccini—. Y sin embargo, venerable profesor, ¿no es un espíritu noble? ¿Hay muchos hombres capaces de un amor tan espiritual por la ciencia?

—Que Dios no lo permita —respondió el profesor con cierto enojo—. Al menos si no adoptan visiones más sensatas del arte curativo que las de Rappaccini. Es su teoría que todas las virtudes medicinales están comprimidas dentro de esas sustancias que denominamos venenos vegetales. Las cultiva con sus propias manos, y se dice incluso que ha producido nuevas variedades de veneno más horriblemente nocivos que con los que la Naturaleza, sin la ayuda de esa ilustrada persona, habría assolado nunca al mundo. Es innegable que con esas peligrosas sustancias el señor doctor hace menos daño del que cabría esperar. Debe reconocerse que de vez en cuando ha efectuado, o ha parecido efectuar, una curación maravillosa; pero para que sepa mi opinión personal, señor Giovanni, debería recibir menor fama por esos casos de éxito —que probablemente han sido obra del azar—, y debería pedírsele estrictamente cuentas por sus fracasos, que deberían ser considerados justamente como obra suya.

El joven habría recibido con mayor tolerancia las opiniones de Baglioni de haber sabido que desde hacía tiempo existía un enfrentamiento profesional entre éste y el doctor Rappaccini, y que generalmente se pensaba que el último le llevaba ventaja. Si el lector se siente inclinado a juzgar por sí mismo, le remitimos a ciertos tratados de letra negra escritos por ambas partes y que se conservan en el departamento de medicina de la Universidad de Padua.

—No sé, mi sapientísimo profesor —replicó Giovanni tras meditar sobre lo que se había dicho acerca del interés exclusivo de Rappaccini por la ciencia—. No sé hasta qué punto ese médico puede amar su arte; pero seguramente hay algo que le es más querido. Tiene una hija.

—¡Vaya! —exclamó el profesor echándose a reír—. Así que ahora queda al descubierto el secreto de nuestro amigo Giovanni. Ha oído hablar usted de esa hija por la que están locos todos los hombres jóvenes de Padua, aunque ni media docena de ellos han tenido nunca el afortunado lance de ver su rostro. Poco sé de la señora Beatrice salvo que se cuenta que Rappaccini la ha instruido profundamente en su ciencia, y que joven y bella como la fama cuenta que es, está cualificada ya para ocupar la silla de un profesor. ¡Quizás su padre la destine a la mía! Otros rumores absurdos hay que no merecen que se hable de ellos ni se los escuche. Así que ahora, señor Giovanni, bébase su copa de lágrima.

Guasconti regresó a su alojamiento algo excitado por el vino que había bebido y que hacía que su cerebro se sumergiera en fantasías extrañas relacionadas con el doctor Rappaccini y la hermosa Beatrice. En el camino, acertando a pasar junto a una floristería, compró un ramo de flores frescas.

Tras subir a su estancia se sentó cerca de la ventana, pero en la zona de sombra que producía el muro, por lo que podía contemplar el jardín con poco riesgo de ser descubierto. Todo lo que había bajo su vista era soledad. Las extrañas plantas se solazaban al sol, y de vez en cuando asentían suavemente unas a otras, como reconociendo la simpatía y afinidad mutuas. En medio, junto a la fuente derruida, crecía el matorral magnífico en el que se arracimaban las gemas moradas; brillaban en el aire y volvían a relucir en las profundidades del estanque, que parecía así abundar en la radiación coloreada de los ricos reflejos que se sumergían en él. Como hemos dicho, al principio el jardín estaba en soledad. Sin embargo, enseguida —tal como Giovanni había a medias esperado y a medias temido que sucediera— apareció una figura bajo la antigua puerta esculpida que descendió entre las filas de plantas inhalando sus diversos perfumes como si ella misma fuera uno de esos seres de la antigua fábula clásica que vivían de las dulces fragancias. Al contemplar de nuevo a Beatrice, el joven se sobresaltó incluso al darse cuenta de que la belleza de ésta excedía con mucho la que él recordaba. Tan brillante y vivo era su carácter que relucía en medio de la luz del sol, y como Giovanni susurró para sí mismo, iluminaba los intervalos más sombríos del sendero del jardín. El rostro de la joven quedaba ahora más al descubierto que en la ocasión anterior, sorprendiendo a Giovanni su expresión de simplicidad y dulzura: cualidades que no habían entrado en la idea que se había hecho del carácter de la joven, y que hicieron que volviera a preguntarse qué tipo de mortal sería ella. No dejó tampoco de observar, o imaginar, una analogía entre la hermosa joven y el exuberante matorral que dejaba colgar sus flores, como gemas, sobre la fuente: un parecido que Beatrice parecía haberse permitido potenciar con un humor fantástico, tanto en la disposición de su vestido como en la selección de sus tonos.

Al acercarse al matorral abrió los brazos como movidos por un ardor apasionado y abarcó las ramas en un abrazo íntimo, tan íntimo que los rasgos de la joven quedaron ocultos por las hojas y sus bucles dorados se entremezclaron con las flores.

—Dame tu aliento, hermana mía —exclamó Beatrice—, pues con el aire común pierdo el conocimiento. Y dame esta flor tuya que separo con suaves dedos del tallo y coloco junto a mi corazón.

Al decir esas palabras, la hermosa hija de Rappaccini cogió una de las flores más ricas del matorral y fue a prendérsela en su pecho. Y entonces sucedió un incidente singular a no ser que los sentidos de Giovanni se hallaran confundidos por el vino que había ingerido. Un pequeño reptil de color anaranjado, de la especie del lagarto o el camaleón, acertó a deslizarse por el camino a los pies de Beatrice. A Giovanni le pareció —aunque dada la distancia desde la que estaba mirando difícilmente podía haber visto algo tan pequeño— que una gota o dos de humedad del tallo partido de la flor cayeron sobre la cabeza del lagarto. Por un instante el reptil se contorsionó violentamente y luego quedó inmóvil bajo el sol. Beatrice observó el notable fenómeno y se santiguó, tristemente, pero sin sorpresa; no vaciló por ello en colocarse sobre el pecho la flor fatal. Allí se sonrojó, brillando casi con el efecto resplandeciente de una piedra preciosa, añadiendo a su vestido y aspecto el encantamiento apropiado que ninguna otra cosa en el mundo le habría podido proporcionar. Giovanni, saliendo de la sombra de su ventana, se inclinó hacia adelante y retrocedió, murmuró y tembló.

—¿Estoy despierto? ¿Tengo mis sentidos? —dijo para sí mismo—. ¿Qué es a este ser? ¿Debo decir que es hermosa o inexpresablemente terrible?

Beatrice paseaba descuidadamente por el jardín, y se fue acercando cada vez más hacia la ventana de Giovanni, por lo que éste se vio obligado a sacar la cabeza de donde la ocultaba para gratificar la curiosidad intensa y dolorosa que ella le producía. En ese momento entró por encima del muro del jardín un hermoso insecto; posiblemente había vagado por la ciudad, y no había encontrado flores ni verdor entre las antiguas moradas de los hombres hasta que los potentes perfumes de los matorrales del doctor Rappaccini le atrajeron desde lejos. Sin posarse en las flores, aquella luminosidad alada dio la impresión de ser atraída por Beatrice, por lo que se quedó en el aire aleteando por encima de su cabeza. Lo que sucedió entonces no pudo ser sino la consecuencia de que a Giovanni Guasconti le engañaban sus ojos. Pero en todo caso imaginó que mientras Beatrice miraba el insecto con placer infantil, éste se desvaneció y cayó a sus pies; sus alas brillantes se estremecieron; estaba muerto: sin ninguna causa que Giovanni pudiera discernir, a no ser que fuera la atmósfera del aliento de la joven. Beatrice volvió a santiguarse y suspiró con fuerza mientras se inclinaba sobre el insecto muerto.

Un movimiento impulsivo de Giovanni atrajo la mirada de Beatrice hacia la ventana. Contempló en ella la hermosa cabeza del joven —más una cabeza griega que italiana, de rasgos hermosos y regulares, y de rizos de color oro brillante— que la miraba como un ser suspendido en mitad del aire. Sin darse cuenta apenas de lo que hacía, Giovanni le arrojó el ramo de flores que hasta entonces había tenido en la mano.

—Señora, son flores puras y saludables —dijo él—. Llévelas en nombre de Giovanni Guasconti.

—Gracias, señor —contestó Beatrice con su voz sonora, que parecía brotar como notas musicales, y con una alegre expresión mitad infantil y mitad femenina—. Acepto su regalo, y lo recompensaría con esta preciosa flor morada; pero si se la arrojo en el aire, no llegará hasta usted. Así que el señor Guasconti deberá contentarse con mi agradecimiento.

Levantó ella el ramo desde el suelo y entonces, como avergonzada interiormente por haberse apartado de la reserva propia de una doncella para responder al saludo de un desconocido, cruzó el jardín velozmente en dirección a su casa. Aunque fueron breves los momentos hasta que ella estuvo a punto de desaparecer por la puerta esculpida, le pareció a Giovanni que su hermoso ramo empezaba ya a marchitarse en las manos de Beatrice. Fue un pensamiento absurdo; a tan gran distancia no había ninguna posibilidad de distinguir entre una flor fresca y otra marchita.

Durante muchos días, desde aquel incidente, el joven evitó la ventana que daba al jardín del doctor Rappaccini, como si su vista hubiera podido ser atacada por algo feo y monstruoso de haberse atrevido a mirar. Se daba cuenta de que, en cierta medida, se había colocado bajo la influencia de un poder incomprensible por la comunicación que había abierto con Beatrice. De haber estado su corazón en un verdadero peligro lo más prudente hubiera sido abandonar enseguida sus alojamientos, e incluso Padua; en orden de prudencia lo siguiente habría sido acostumbrarse, lo más posible, a la visión familiar de Beatrice a la luz del día: ello la colocaría rígida y sistemáticamente dentro de los límites de la experiencia ordinaria. Y lo menos prudente de todo, aun evitando

verla, sería que Giovanni permaneciera tan cerca de aquel ser extraordinario que la proximidad, incluso la posibilidad de una relación, dieran una especie de sustancia y realidad a las ensoñaciones desbocadas que su imaginación liberada producía continuamente. Guasconti no tenía un corazón profundo; o en todo caso su profundidad no había sido sondeada todavía; pero tenía una fantasía rápida y un ardiente temperamento meridional que a cada instante se levantaba hasta alcanzar una altura elevada y enfebrecida. Poseyera o no Beatrice esos atributos terribles, el aliento fatal, la afinidad con esas flores tan hermosas y mortales que indicaba lo que Giovanni había presenciado, al menos había instilado en su sistema un veneno cruel y sutil. No era amor, aunque la gran belleza de la joven le enloquecía; no era horror, aunque imaginara él que el espíritu de Beatrice estuviera imbuido de la misma esencia fatal que parecía invadir su cuerpo físico; sino que era un resultado salvaje al mismo tiempo del amor y el horror en él instalados, y que el uno quemaba y el otro estremecía. No sabía Giovanni qué era lo que debía temer; menos todavía sabía qué podía esperar; pero esperanza y temor libraban una lucha continua en su pecho, alternativamente venciendo el uno al otro para empezar de nuevo y renovar la contienda. ¡Benditas sean todas las emociones simples, sean éstas oscuras o brillantes! Es la mezcla misteriosa de ambas lo que produce el brillo que ilumina las regiones infernales.

A veces intentaba mitigar la fiebre de su espíritu dando un rápido paseo por las calles de Padua, o incluso más allá de sus puertas: acordaba sus pasos con las palpitaciones de su cerebro, por lo que el paseo podía acelerarse convirtiéndose en una carrera. Un día le detuvieron; le cogió del brazo un personaje corpulento que se había dado la vuelta al reconocer al joven y que se había quedado casi sin aliento al perseguirle.

—¡Señor Giovanni! ¡Un momento, mi joven amigo! —gritó—. ¿Es que se ha olvidado de mí? Podría ser si hubiera cambiado yo tanto como usted.

Era Baglioni, a quien Giovanni había evitado desde su primer encuentro, pues temía que la sagacidad del profesor escudriñara profundamente en sus secretos. Esforzándose por recuperarse, se quedó mirando desde su mundo interior hacia el exterior, y habló como un hombre que lo hace desde un sueño.

—Sí, soy Giovanni Guasconti. Usted es el profesor Pietro Baglioni. ¡Por favor, déjeme pasar!

—Aún no, aún no, señor Giovanni Guasconti —contestó sonriendo el profesor, al tiempo que escrutaba con una mirada seria al joven—. ¿Cómo? ¿Yo que crecí al lado de su padre voy a dejar que el hijo pase junto a mí como un desconocido por estas calles de Padua? Un momento, señor Giovanni, pues tenemos que cambiar una o dos palabras antes de despedimos.

—Hágalo velozmente entonces, mi venerado profesor, velozmente —replicó Giovanni con impaciencia febril—. ¿No se da cuenta su señoría de que voy apresurado?

Mientras hablaba apareció en la calle un hombre vestido de negro, inclinado y que se movía débilmente, como una persona con escasa salud.

Su rostro era de un color amarillento y enfermizo, pero estaba tan invadido por una expresión de comprensión activa y penetrante que un observador podría fácilmente no haber tenido en cuenta los simples atributos físicos para ver tan sólo esa energía

maravillosa. Al pasar esa persona intercambió un saludo frío y distante con Baglioni, aunque fijó la mirada en Giovanni con una intensidad que pareció extraer de él todo lo que mereciera la pena ser notado. Había sin embargo una quietud peculiar en la mirada, como si tuviera un simple interés especulativo, no humano, por el joven.

—¡Es el doctor Rappaccini! —susurró el profesor cuando el otro hubo pasado—. ¿Habías visto su rostro antes?

—No que yo sepa —contestó Giovanni sobresaltándose con aquel nombre.

—¡Pues él le ha visto! ¡Tiene que haberle visto! —contestó presuroso Baglioni—. Con algún fin, este hombre de ciencia le está estudiando. ¡Conozco esa mirada! Es la misma que ilumina fríamente su rostro cuando se inclina sobre un pájaro, un ratón o una mariposa que ha matado con el perfume de una flor al realizar algún experimento; una mirada tan profunda como la propia Naturaleza, pero sin el amor cálido de ésta. ¡Señor Giovanni, apuesto mi vida en ello, es usted el sujeto de uno de los experimentos de Rappaccini!

—¿Es que quiere burlarse de mí? —preguntó apasionadamente Giovanni—. Ése sería un experimento funesto, señor profesor.

—¡Paciencia, paciencia! —contestó imperturbable el profesor—. Le diré, mi pobre Giovanni, que Rappaccini tiene un interés científico por usted. ¡Ha caído usted en sus temibles manos! Y la señora Beatrice, ¿qué papel representa en este misterio?

Pero Guasconti se despidió allí mismo, pues le resultaba intolerable la pertinacia de Baglioni, y se marchó antes de que el profesor pudiera volver a retenerle por el brazo. Éste se quedó mirando con intensidad al joven, y sacudió la cabeza.

—No puedo permitirlo —dijo Baglioni para sí mismo—. El joven es hijo de mi viejo amigo y no sufrirá ningún daño del que puedan protegerle los secretos de la ciencia médica. Además, qué insufrible la impertinencia de Rappaccini al quitarme al muchacho de mis propias manos, podría decirlo así, y utilizarlo para sus experimentos infernales. ¡Esa hija suya! Habrá que vigilarla. ¡A lo mejor, mi sapientísimo Rappaccini, puedo frustrar sus intenciones donde menos lo espera!

Giovanni había proseguido entretanto su paseo circular, que finalmente le llevó ante la puerta de su casa. Al cruzar el umbral se encontró con la anciana Lisabetta, que sonreía afectadamente, y evidentemente deseaba atraer la atención del joven; en vano, sin embargo, pues la ebullición de los sentimientos de éste se había convertido momentáneamente en una vacuidad fría y apagada. Volvió sus ojos directamente al rostro marchito que se arrugaba tratando de convertirse en una sonrisa. Pero no pareció contemplarlo. Por ello la anciana dejó de sujetarle el abrigo.

—¡Señor, señor! —le susurró todavía con una amplia sonrisa en el rostro, que no parecía distinto de una grotesca talla de madera oscurecida por los siglos—. ¡Escuche, señor! ¡Hay una entrada privada al jardín!

—¿Cómo dice? —exclamó Giovanni dándose la vuelta rápidamente, como si algo inanimado hubiera empezado a tener una vida febril—. ¿Una entrada privada al jardín del doctor Rappaccini?

—¡Calle, calle! ¡No tan alto! —susurró Lisabetta llevando una mano a la boca del joven—. Sí, al jardín del excelentísimo doctor, donde podrá ver todas sus hermosas plantas. Muchos jóvenes de Padua darían oro para ser admitidos entre esas flores.

Giovanni puso una moneda de oro en su mano.

—Muéstreme el camino —dijo.

Cruzó su mente la sospecha, provocada probablemente por la conversación con Baglioni, de que esa mediación de Lisabetta quizás estuviera relacionada con la intriga, fuera ésta de la naturaleza que fuera, en la que el profesor parecía suponer que el doctor Rappaccini le estaba comprometiendo. Pero aunque esa sospecha inquietara a Giovanni, no bastó para detenerle. En el momento en que se dio cuenta de la posibilidad de acercarse a Beatrice, le pareció que hacerlo era una necesidad absoluta de su existencia. No importaba que fuera ella ángel o demonio; él estaba irrevocablemente dentro de la esfera de ella, y debía obedecer la ley que le impulsaba hacia adelante en círculos, cada vez menores, hacia un resultado que no intentaba presagiar. Y sin embargo, aunque sea extraño decirlo, dudó de pronto si ese intenso interés por su parte no sería engañoso; como si fuera realmente de una naturaleza tan profunda y positiva que justificara el que él mismo se arrojara hasta colocarle en una posición cuyas consecuencias no podía calcular; si no sería simplemente la fantasía de un cerebro joven, sólo ligeramente conectada con su corazón.

Se detuvo, vaciló, casi se dio la vuelta, pero después siguió avanzando. Su anciana guía le condujo a lo largo de varios oscuros pasillos y finalmente abrió una puerta por la que entró la vista y el sonido de las hojas crujientes, con la luz del sol descompuesta brillando entre ellas. Giovanni entró, y abriéndose paso entre la maraña de un matorral que dejaba caer los zarcillos encima de la entrada oculta, se situó bajo su ventana, al aire libre en el jardín del doctor Rappaccini.

¡Con cuánta frecuencia sucede que cuando lo imposible pasa y los sueños han condensado su sustancia neblinosa en realidades tangibles, nos descubrimos tranquilos, incluso con un frío control de nosotros mismos, en circunstancias que de haberlas anticipado habrían provocado un delirio de gozo o agonía! Al destino le gusta frustrarnos de ese modo. La pasión elegirá su propio momento para entrar presurosa en escena, y permanece perezosamente atrás cuando la adecuada reunión de acontecimientos parecería invocar su aparición. Así le sucedía entonces a Giovanni. Un día tras otro le había latido el pulso con sangre enfebrecida ante la idea improbable de una entrevista con Beatrice, y de estar con ella, cara a cara, en ese mismo jardín, solazándose ante la luz solar oriental de su belleza, y extrayendo de la mirada de ella el misterio que él consideraba era el enigma de su existencia. Pero ahora había en su pecho una ecuanimidad singular e inoportuna. Miró a su alrededor, en el jardín, para descubrir si estaban allí Beatrice o su padre, y al darse cuenta de que estaba solo comenzó a observar críticamente las plantas.

Le desagradó el aspecto de todas y cada una de ellas; su vistosidad parecía salvaje, apasionada, incluso innatural. Apenas sí había una planta que un paseante al cruzar un bosque no se habría sorprendido de encontrar creciendo por sí misma, como si desde la espesura le hubiera mirado un rostro sobrenatural. Varias de ellas habrían desagradado a un instinto delicado por su apariencia de artificiosidad, indicativa de que había habido tal mezcla, y por así decirlo adulterio, de diversas especies vegetales que el producto ya no era obra de Dios, sino el descendiente monstruoso de la fantasía depravada del hombre, que sólo brillaba con una burla maligna de la belleza.



Probablemente eran resultado del experimento, que en uno o dos casos había logrado combinar plantas que individualmente eran atractivas en un compuesto que poseía el carácter cuestionable y ominoso que distinguía a todo lo que crecía en el jardín. En resumen, Giovanni sólo reconoció dos o tres plantas de la colección, y éstas eran de un tipo que él sabía bien que era venenoso. Mientras se hallaba atareado en esa contemplación escuchó el crujido de una prenda de seda, y al darse la vuelta contempló a Beatrice, que salía por la puerta esculpida.

Giovanni no había meditado acerca de cuál debía ser su conducta; si debía excusarse por haberse entrometido en el jardín, o suponer que estaba allí al menos con el permiso del doctor Rappaccini o su hija, o por deseo de uno de ellos; pero la actitud de Beatrice le hizo tranquilizarse, aunque fortaleció sus dudas acerca de los medios por los que había sido admitido. Ella se acercó por el camino y se encontró con él cerca de la fuente rota. Había sorpresa en su rostro, pero animada por una expresión simple y amable de placer.

—Es usted un aficionado a las flores, señor —dijo Beatrice con una sonrisa, aludiendo al ramo que le había lanzado desde la ventana—. No es sorprendente por tanto que la vista de la rara colección de mi padre le haya tentado a verla más de cerca. Si estuviera él aquí podría contarle muchos hechos extraños e interesantes acerca de la naturaleza y los hábitos de estas plantas; pues ha empleado una vida entera en esos estudios, y este jardín es su mundo.

—Y usted, señora —comentó Giovanni—, si la fama es cierta... también usted tiene una gran habilidad en las virtudes indicadas por estas ricas flores y perfumes especiados. Si se dignara a ser mi maestra demostraría ser un alumno más aplicado que si me enseñara el propio señor Rappaccini.

—¿Esos ociosos rumores corren? —preguntó Beatrice con la música de una agradable risa—. ¿Dice la gente que soy habilidosa en la ciencia de las plantas de mi padre? ¡Qué gran broma! No, aunque he crecido entre esas flores no conozco de ellas más que sus colores y perfumes; y creo que a veces me liberaría de buena gana incluso de ese pequeño conocimiento. Hay muchas flores aquí, y las hay que, no siendo las menos brillantes, me desagradan y ofenden cuando las veo. Pero señor, le ruego que no crea en esas historias sobre mi ciencia. No crea nada de mí que no vea con sus propios ojos.

—¿Y debo creer todo lo que he visto con mis ojos? —preguntó Giovanni enfáticamente mientras retrocedía al recordar antiguas escenas—. No, señora, exige muy poco de mí. Ordéneme que no crea otra cosa que lo que sale de sus labios.

Dio la impresión de que Beatrice le había entendido. Un rubor profundo cubrió sus mejillas, pero miró directamente a Giovanni a los ojos y respondió a la mirada de inquieta sospecha de éste con una altivez de reina.

—Entonces así se lo ordeno, señor —contestó ella—. Olvide todo lo que pueda haber imaginado respecto a mí. Aunque sea cierto para los sentidos exteriores, seguirá siendo falso en su esencia; pero las palabras que salen de los labios de Beatrice Rappaccini son ciertas desde la profundidad del corazón hacia afuera. Ésas, puede creerlas.

Un fervor brilló en todo su aspecto e iluminó la conciencia de Giovanni como la propia luz de la verdad. Mientras ella hablaba había una fragancia en la atmósfera que la rodeaba, rica y deliciosa aunque evanescente, pero que el joven, por una desgana indefinible, apenas se atrevía a introducir en sus pulmones. Podía ser el olor de las flores. ¿Podía ser que el aliento de Beatrice embalsamaba sus palabras con una riqueza extraña, como si las hubiera empapado en su corazón?

Un desfallecimiento pasó como una sombra sobre Giovanni y se alejó; le pareció mirar a través de los ojos de la hermosa joven hasta su alma transparente, y ya no hubo más dudas ni miedos.

Desapareció el matiz de cólera que había dado color a la actitud de Beatrice; se volvió alegre y dio la impresión de extraer un placer puro de su comunión con el joven, no diferente al que habría sentido la doncella de una isla solitaria al conversar con un viajero procedente del mundo civilizado. Era evidente que su experiencia de la vida se había confinado a los límites de ese jardín. Habló entonces de asuntos tan simples como la luz del día o las nubes del verano, le hizo preguntas acerca de la ciudad, o la distante casa de Giovanni, sus amigos, su madre y sus hermanas; preguntas que indicaban tal apartamiento y tal falta de familiaridad con los modos y las formas que Giovanni le respondió como si lo hiciera con un niño. El espíritu de ella se vertió ante él como un fresco arroyo que estuviera viendo por primera vez la luz del sol y preguntándose por los reflejos de la tierra y el cielo que se precipitaban en su fondo. Había también pensamientos de una fuente profunda, y fantasías de un brillo semejante al de las gemas, como si entre las burbujas de la fuente centellearan hacia arriba diamantes y rubíes. Con frecuencia cruzaba la mente del joven una sensación de maravilla de que estuviera caminando al lado de ese ser que tanto había afectado a su imaginación, al que había idealizado con esos tonos de terror, en el que había presenciado claramente tales manifestaciones de terribles atributos... se maravillaba de que estuviera conversando con Beatrice como un hermano, y de encontrarla tan humana y virginal. Pero tales reflexiones eran sólo momentáneas; el efecto del carácter de ella era demasiado real como para no familiarizarse enseguida con él.

Habían estado paseando por el jardín en esa libre relación, y tras muchas vueltas por sus avenidas llegaron hasta la fuente en ruinas junto a la que crecía la magnífica planta con su tesoro de flores relucientes. Se difundía desde ella una fragancia que Giovanni reconoció idéntica a la que había atribuido al aliento de Beatrice, aunque incomparablemente más poderosa. Giovanni vio que en cuanto los ojos de Beatrice se posaron en la planta se apretó el pecho con la mano, como si de pronto el corazón le latiera dolorosamente.

—Por primera vez en mi vida te había olvidado —murmuró Beatrice dirigiéndose a la planta.

—Señora, le recuerdo que una vez me prometió recompensarme con una de esas gemas vivas por el ramo que tuve la feliz audacia de lanzar a sus pies —dijo Giovanni—. Permítame arrancarla ahora como recuerdo de esta entrevista.

Dio un paso hacia la planta con la mano extendida, pero Beatrice se abalanzó hacia él lanzando un grito que traspasó el corazón del joven como si fuera una daga.

Cogió la mano de Giovanni y la apartó con toda la fuerza de su esbelta figura. El contacto emocionó a Giovanni a través de todas sus fibras.

—¡No la toque! —exclamó ella con voz agónica—. ¡Por su vida, no lo haga, es funesta!

Entonces, escondiendo el rostro, huyó de él y desapareció bajo la puerta esculpida. Mientras Giovanni la seguía con los ojos contempló la figura demacrada y la inteligencia pálida del doctor Rappaccini, que había estado observando la escena, aunque Giovanni no sabía desde hacía cuánto, desde las sombras de la entrada.

En cuanto Guasconti estuvo a solas en su cama, la imagen de Beatrice regresó a sus apasionadas meditaciones investida con toda la magia de la que se había ido rodeando desde la primera vez que la vio, e imbuida también ahora con la calidez tierna de su feminidad juvenil. Era humana, su naturaleza estaba dotada con todas las cualidades amables y femeninas; era la más digna de ser venerada; y seguramente, por su parte, era capaz de las alturas y el heroísmo del amor. Aquellas prendas que hasta ahora él había considerado como prueba de una temible peculiaridad en su sistema moral y físico, o bien habían sido olvidadas o, por el sutil engaño de la pasión transmitido a una corona dorada de encantamiento, volvían a Beatrice más admirable por cuanto que era más única. Todo lo que hubiera considerado feo, ahora era hermoso; y si se sentía incapaz de tal cambio, desaparecía y se ocultaba entre aquellas informes ideas que pueblan la región oscura más allá de la luz diurna de nuestra conciencia perfecta. Así pasó la noche, sin dormirse hasta que el amanecer había empezado a despertar las flores dormidas del jardín del doctor Rappaccini, donde sin duda condujeron a Giovanni sus sueños. Se elevó el sol a su debido tiempo y, lanzando sus rayos sobre los párpados del joven, le despertó con una sensación dolorosa. Cuando estuvo bien despierto se dio cuenta de un dolor ardiente y cosquilleante en su mano, la mano derecha, la misma mano que había tocado Beatrice con la suya cuando estuvo a punto de arrancar una de las flores. En el dorso de esa mano tenía ahora una huella morada, como la de cuatro pequeños dedos, y la semejanza de un pulgar delgado en la muñeca.

Ay, qué tenaz es el amor; o incluso ese astuto parecido al amor que florece en la imaginación, sin que tenga raíces profundas en el corazón; ¡qué tenazmente mantiene la fe hasta que llega el momento en que se ve condenada a desaparecer en la delgada niebla! Giovanni envolvió la mano con un pañuelo y se preguntó qué le habría picado, olvidándose pronto del dolor en medio de una ensoñación con Beatrice.

Tras la primera entrevista, una segunda era el resultado inevitable de lo que llamamos destino. Una tercera; una cuarta; y una reunión con Beatrice en el jardín no era ya un incidente en la vida diaria de Giovanni, sino el único espacio en el que podía decir que estaba vivo; pues la anticipación y el recuerdo de esa horade éxtasis constituían el resto del tiempo. No otra cosa le sucedía a la hija de Rappaccini. Ella aguardaba la aparición del joven y corría a su lado con una confianza tan carente de reservas como si hubieran sido compañeros de juego desde la primera infancia... y como si siguieran siéndolo todavía. Si por una casualidad inusitada dejaba él de presentarse en el momento designado, ella se quedaba bajo la ventana y enviaba hacia arriba la rica dulzura de sus tonos, que flotaban alrededor de Giovanni en su cámara y

reverberaban y formaban ecos en su corazón: «¡Giovanni, Giovanni! ¿Por qué te retrasas? ¡Baja!» Y él bajaba presurosamente a ese edén de flores venenosas.

Pero, a pesar de toda esa familiaridad íntima, seguía habiendo una reserva en la conducta de Beatrice, sostenida con tanta rigidez e invariabilidad que la idea de infringirla apenas si cruzaba por la imaginación de Giovanni. Por todos los signos apreciables, se amaban; habían visto en los ojos del otro ese amor que transmite el secreto sagrado desde las profundidades de un alma hasta las profundidades de la otra, como si fuera demasiado sagrado para ser siquiera susurrado; incluso habían hablado de amor en esos arranques de pasión, cuando sus espíritus se lanzaban en un aliento articulado como lenguas de una llama largo tiempo oculta; y sin embargo no lo habían sellado con los labios, no se habían cogido de las manos, no se habían hecho ni la más ligera de esas caricias que el amor reclama y santifica. Él no había tocado nunca ni uno solo de los bucles relucientes de sus cabellos; el vestido de Beatrice jamás le había rozado a él movido por la brisa, tan notable era la barrera física existente entre los dos. En las raras ocasiones en las que Giovanni pareció intentar traspasar el límite, Beatrice se puso tan triste, tan severa, y expresó además una mirada de tan desolada separación, estremeciéndose, que no hizo falta pronunciar ninguna palabra para apartarle. En esos momentos él se sobrecogía por las horribles sospechas que surgían, como monstruos, de las cavernas de su corazón, y le miraban al rostro; su amor menguaba y se deshacía como la niebla de la mañana, sólo sus dudas tenían sustancia. Pero cuando volvía a brillar el rostro de Beatrice tras la sombra momentánea, se transformaba de inmediato de ese ser misterioso y cuestionable al que él había contemplado con tanto temor y horror, volvía a ser la joven hermosa y sin sofisticación a la que el espíritu de Giovanni creía conocer con una certeza que estaba más allá de todo otro conocimiento.

Había pasado mucho tiempo desde el último encuentro de Giovanni con Baglioni. Pero una mañana aquél se vio desagradablemente sorprendido por una visita del profesor, en quien apenas había pensado durante varias semanas, y a quien de buena gana habría seguido olvidando mucho más. Entregado como había estado a una excitación que todo lo invadía, no podía tolerar compañía salvo a condición de que mostrara una simpatía absoluta con sus sentimientos presentes. Y no cabía esperar dicha simpatía del profesor Baglioni.

El visitante charló descuidadamente durante unos momentos acerca de los rumores de la ciudad y de la Universidad, y después abordó otro tema.

—Últimamente he estado leyendo a un viejo autor clásico —dijo el profesor—, y he encontrado una historia que me ha interesado extrañamente. Es posible que la recuerde. Es la de un príncipe indio que envió una hermosa mujer como regalo a Alejandro Magno. Era tan encantadora como el amanecer, y tan exuberante como la puesta de sol; pero lo que la distinguía especialmente era un rico perfume en su aliento: más rico que el de un jardín de rosas persas. Alejandro, como era natural en un conquistador juvenil, se enamoró de esa magnífica extranjera nada más verla; pero acertando a estar presente un médico sabio descubrió en ella un secreto terrible.

—¿Y cuál era? —preguntó Giovanni bajando la mirada para evitar la del profesor.

—Que esa encantadora mujer había sido alimentada con venenos desde su nacimiento —siguió contando enfáticamente Baglioni—, hasta que su naturaleza entera

se vio tan imbuida por ellos que ella misma se había convertido en el veneno más mortal que existía. El veneno era el elemento de su vida. Con ese rico perfume de su aliento, marchitaba el aire mismo. El amor a la joven habría sido venenoso' abrazarla, mortal. ¿No es una historia maravillosa?

—Una fábula infantil —respondió Giovanni mirándole nervioso desde su silla—. Me maravilla que su excelencia encuentre tiempo para leer esas tonterías entre sus estudios más serios.

—A propósito —añadió el profesor mirando con inquietud hacia el joven—. ¿Qué fragancia singular hay en su apartamento? ¿Es el perfume de sus guantes?' Es débil, pero deliciosa; y sin embargo, en absoluto agradable. Temo que si la respirara mucho tiempo enfermaría. Es como el perfume de una flor, aunque no, veo flores en la cámara.

—No hay ninguna —contestó Giovanni, que había ido palideciendo conforme: hablaba el profesor—. Y tampoco creo que haya fragancia alguna salvo en la imaginación de su excelencia. Los olores, por ser una especie de elemento combinado de lo sensual y lo espiritual, pueden engañarnos de ese modo. El recuerdo de, un perfume, simplemente la idea de él, puede tomarse erróneamente por una realidad.

—Cierto, pero mi imaginación sobria no suele hacerme esos trucos —contestó Baglioni—. Y si fuera a fantasear yo con algún olor, sería el de alguna vil droga:' de boticario, de la que probablemente estarían imbuidos mis dedos. Nuestro amigo Rappaccini, tal como he oído, tinte sus medicamentos con olores más ricos que los de Arabia. Asimismo, sin duda, la hermosa e ilustrada señora Beatrice debe administrar a sus pacientes dosis tan dulces como el aliento de una doncella. ¡Pero' desdichado aquél que las tome!

El rostro de Giovanni evidenciaba muchas emociones enfrentadas. El tono con el que el profesor aludía a la pura y encantadora hija de Rappaccini era una tortura para su alma; sin embargo, la insinuación de una opinión sobre el carácter de la joven opuesta a la que él tenía daba claridad instantánea a mil sospechas oscuras que ahora se reían de él como múltiples demonios. De modo que se esforzó duramente por acallarlas y responder a Baglioni con la fe absoluta de un verdadero amante.

—Señor profesor —le dijo—. Fue usted amigo de mi padre, y quizás sea también su propósito representar un papel amigable para con su hijo. No puedo' sentir hacia usted nada que no sea respeto y deferencia; pero le ruego que observe, señor, que hay un tema sobre el que no debemos hablar. No conoce usted a la señora Beatrice. No puede calcular por tanto el error, me atrevo incluso a decir la blasfemia, que se le hace a su carácter con una palabra ligera o injuriosa.

—¡Giovanni! ¡Mi pobre Giovanni! —respondió el profesor con una tranquila expresión de piedad—. Conozco a esa pobre joven mucho mejor que usted. Oirá la verdad respecto al envenenador Rappaccini y su venenosa hija; sí, tan venenosa como bella. Escuche, pues aunque hiciera violencia a mis cabellos grises, ello no me haría callar. Esa vieja fábula de la mujer india se ha hecho verdad merced a una' ciencia profunda y mortal de Rappaccini en la persona de la encantadora Beatrice.

Giovanni gimió y escondió el rostro.

—Su padre —siguió diciendo Baglioni—, no se vio reprimido por el afecto natural de ofrecer a su hija, de esa manera horrible, como víctima de su loco amor por la

ciencia; pues hagámosle justicia, es un hombre de ciencia tan auténtico como el que destiló nunca su propio corazón en un alambique. ¿Cuál, entonces, será su destino? Más allá de toda duda ha sido seleccionado usted como el material de un experimento nuevo. Quizás el resultado sea la muerte; quizás un destino más horrible todavía. Rappaccini, teniendo ante su vista lo que él llama el interés por la ciencia, no vacilará ante nada.

—Es un sueño —murmuró Giovanni para sí—. Seguramente es un sueño.

—Pero alégrese, hijo de mi amigo —siguió diciendo el profesor—. Todavía no es demasiado tarde para ser rescatado. Posiblemente incluso consigamos todavía colocar a esa desgraciada hija dentro de los límites de la naturaleza ordinaria, de la que la ha apartado la locura del padre. ¡Contemple este pequeño frasco plateado! Fue forjado por las manos del famoso Benvenuto Cellini, y es digno de ser un regalo de amor para la dama más hermosa de Italia. Pero su contenido es más valioso. Un pequeño sorbo de este antídoto volvería inofensivo el veneno más virulento de los Borgia. No dude de que será eficaz contra los de Rappaccini. Entregue el jarro, y el precioso líquido que contiene, a su Beatrice, y aguardemos esperanzados el resultado.

Baglioni puso sobre la mesa un pequeño frasco de plata exquisitamente forjado y se retiró, dejando que lo que había dicho produjera su efecto en la mente del joven.

«Todavía venceremos a Rappaccini», pensó, sonriendo para sí, mientras descendía las escaleras. «Pero confesemos la verdad acerca de él, es un hombre maravilloso: un hombre verdaderamente maravilloso. Un vil empírico, sin embargo, en su práctica, que por tanto no debe ser tolerado por quienes respetan las buenas y viejas normas de la profesión médica».

Tal como ya dijimos, a lo largo de toda su relación con Beatrice, Giovanni se había visto acosado ocasionalmente por oscuras conjeturas acerca del carácter de aquélla; sin embargo la había sentido tan plenamente como una criatura simple, natural, afectiva y sin culpa, que la imagen que le había presentado el profesor Baglioni le parecía tan increíble y extraña como si no estuviera de acuerdo con su propia idea original. Ciertamente que había recuerdos horribles relacionados con las primeras veces que vislumbró a la hermosa joven; no se podía olvidar totalmente del ramo que se marchitó en sus manos, ni del insecto que pereció en el aire soleado, sin que hubiera ninguna causa visible salvo la fragancia del aliento de Beatrice. Sin embargo esos incidentes se disolvían en la luz pura del carácter de la joven, no tenían ya la eficacia de los hechos, sino que eran reconocidos como fantasías equívocas aunque parecieran poder ser substanciadas por el testimonio de los sentidos. Hay algo más cierto y real que lo que podemos ver con los ojos y tocar con los dedos. En esa evidencia mejor había fundamentado Giovanni su confianza en Beatrice, aunque más por la necesaria fuerza de los elevados atributos de ésta que por una fe profunda y generosa por parte de Giovanni. Pero ahora el espíritu de éste era incapaz de mantenerse a la altura a la que lo había elevado el primer entusiasmo de la pasión; cayó humillado entre las dudas terrenales, y manchó así el blanco puro de la imagen de Beatrice. No es que renunciara a ella; sólo que desconfiaba. Decidió planear alguna prueba decisiva que le dejara satisfecho, de una vez por todas, acerca de si había esas peculiaridades terribles en la naturaleza física de Beatrice que suponía no podían existir sin alguna correspondiente monstruosidad del alma. Al mirar

desde lejos, sus ojos podían haberle engañado respecto al lagarto, el insecto y las flores; pero si a la distancia de unos pasos pod contemplar que se marchitaba repentinamente una flor fresca y saludable en 1 manos de Beatrice, ya no habría lugar a más investigaciones. Con esa idea apresuró a la floristería y compró un ramo en el que brillaban todavía como gotas de rocío de la mañana.

Era la hora habitual de su conversación diaria con Beatrice. Antes de bajar jardín Giovanni no dejó de contemplarse en el espejo, una vanidad que era de esperar en un joven guapo, pero que al producirse en ese momento enfebrecido inquietud, era señal de cierta superficialidad del sentimiento y falta de sinceridad del carácter. Se contempló, sin embargo, y se dijo a sí mismo que sus rasgos nun habían tenido tanta gracia, ni sus ojos tanta vivacidad, ni había habido en su mejillas un tono tan cálido de abundancia de vida.

«Al menos su veneno no se ha insinuado todavía en mi sistema», pensó. «Ni soy una flor que perezca con su contacto.»

Con ese pensamiento volvió la vista hacia el ramo, que no había soltado. Un estremecimiento de indefinible horror cruzó su cuerpo al darse cuenta de que esas flores frescas empezaban ya a inclinarse; tenían el aspecto de las flores que sólo, ayer habían sido frescas y atractivas. Giovanni quedó tan blanco como el mármol y permaneció en pie e inmóvil ante el espejo, mirando su propio reflejo como la semejanza de algo temible. Se acordó del comentario de Baglioni acerca de la: fragancia que parecía invadir la estancia. ¡Debía ser el veneno de su propio aliento!, Y entonces se estremeció, se estremeció de sí mismo. Recuperándose del estupor, empezó a observar con curiosidad una araña que se atareaba en tejer su red desde la cornisa de la estancia, cruzando y volviendo a cruzar el ingenioso sistema de líneas entretejidas, con el vigor y la actividad de una araña colgada desde un antiguo techo. Giovanni se inclinó hacia el insecto y lanzó sobre él un suspiro profundo y largo. La araña dejó su tarea inmediatamente; la red vibró con un temblor que se, originaba en el cuerpo del pequeño artesano. De nuevo Giovanni envió su aliento, más profundo y más largo, imbuido con un sentimiento venenoso que surgía de su corazón: no sabía si lo hacía por perversidad, o sólo por desesperación. La araña, movió convulsamente sus patas y colgó muerta junto a la ventana.

—¡Desventurado de mí! —murmuró Giovanni dirigiéndose a sí mismo—. ¿Tan venenoso me he vuelto que este insecto ha perecido por mi aliento?

En ese momento ascendió flotando desde el jardín una voz dulce.

—¡Giovanni, Giovanni! ¡Ya ha pasado la hora! ¿Qué te retrasa? ¡Baja!

—Sí —volvió a murmurar Giovanni—. ¡Ella es el único ser a quien mi aliento no matará! ¡Ojalá fuera así!

Bajó corriendo y un instante después estaba ante los brillantes y amorosos ojos de Beatrice. Un momento antes su cólera y desesperación habían sido tan poderosas; que habría deseado marchitarla a ella con una mirada; pero con la presencia real,, de la joven venían influencias que tenían una existencia demasiado real para desprenderse de ellas: recuerdos del poder delicado y benigno de su naturaleza femenina, que tantas veces le había envuelto en una religiosa calma; recuerdos de sagradas y apasionadas efusiones del corazón de Beatrice, cuando la fuente pura" había sido abierta en sus

profundidades y se había vuelto visible, en su transparencia, para los ojos de la mente de Giovanni; recuerdos que si Giovanni hubiera sabido cómo apreciar, habrían hecho que se tranquilizara pensando que aquel horrible misterio no era más que una ilusión terrenal, y que con independencia de cuál fuera la niebla maligna que parecía reunirse alrededor de ella, la auténtica Beatrice era un ángel celestial. Pero aunque era incapaz de mantener una fe tan elevada, todavía la presencia de ella no había perdido totalmente la magia. La rabia de Giovanni se mitigó, convirtiéndose en una apagada insensibilidad. Beatrice, con un sentido espiritual rápido, comprendió inmediatamente que había un vacío de negrura entre ellos, que ni ella ni él podían traspasar. Pasearon juntos, tristes y silenciosos, y llegaron así a la fuente de mármol y al estanque de agua, en medio del cual crecía la planta que daba las flores parecidas a gemas. Giovanni se asustó del placer apremiante, podríamos decir del apetito, con el que se dio cuenta de que estaba inhalando la fragancia de las flores.

—Beatrice —preguntó abruptamente—. ¿De dónde procede esta planta?

—La creó mi padre —contestó ella con simplicidad.

—¿La creó? ¿Cómo que la creó? —repitió Giovanni—. ¿Qué quieres decir, Beatrice?

—Es un hombre que tiene un conocimiento terrible de los secretos de la Naturaleza —contestó Beatrice—. Y en el momento que yo respiré por primera vez, esta planta brotó del suelo, la hija de su ciencia y de su intelecto, mientras yo era su hija terrenal. ¡No te acerques a ella! —añadió viendo con terror que Giovanni estaba cada vez más cerca de la planta—. Tiene cualidades que ni tú podrías soñar. Pero yo, mi queridísimo Giovanni, crecí y florecí con la planta, y me alimenté de su aroma. Era mi hermana y la amaba con afecto humano. ¡Pero ay! ¿No lo habías sospechado? Existe un destino terrible.

En ese momento Giovanni la miró con el ceño fruncido y tan oscuramente que ella se detuvo y tembló. Pero la fe que tenía en la ternura del joven la tranquilizó, y se sonrojó por haber dudado un solo instante.

—Hay un destino terrible —siguió diciendo Beatrice—. El efecto del amor fatal de mi padre por la ciencia, que me apartó del contacto con todos los de mi especie. ¡Hasta que el cielo te envió a ti, mi querido Giovanni, qué sola estaba tu pobre Beatrice!

—¿Era un destino grave? —preguntó Giovanni fijando en ella los ojos.

—Sólo últimamente me di cuenta de lo grave que era —contestó ella con ternura—. Ay, sí, pero mi corazón era torpe, y por tanto estaba tranquilo.

La rabia de Giovanni rompió desde su oscuridad como un relámpago sale de una nube oscura.

—¡Maldición! —gritó él con cólera y desprecio venenosos—. ¡Y como la soledad te resultaba fatigosa, me has separado también de toda la calidez de la vida, llevándome a tu región de horror inexpressable!

—¡Giovanni! —exclamó Beatrice apartando sus grandes ojos brillantes del rostro del joven. La fuerza de las palabras de éste no se había abierto camino en la mente de Beatrice; estaba simplemente sobrecogida.

—¡Sí, ser venenoso! —repitió Giovanni para sí mismo con pasión—. ¡Tú lo has hecho! ¡Tú me has condenado! ¡Tú has llenado mis venas de veneno! ¡Tú me has hecho



tan odioso, tan horrible, tan repugnante y mortal como tú misma, una horrible monstruosidad del mundo! ¡Pero si nuestro aliento, por fortuna, es tan fatal Para nosotros como para los demás, unamos los labios en un beso de odio inexpresable y muramos!

—¿Qué me ha sucedido? —murmuró Beatrice con un gemido bajo que le salía del corazón—. ¡Santa Virgen, ten piedad de mí, de una pobre niña con el corazón roto!

—Tú, ¿rezas tú? —gritó Giovanni, todavía con el mismo malvado desprecio—. Tus oraciones incluso, al salir de tus labios, tiñen de muerte la atmósfera. ¡Sí, sí, recemos! ¡Vayamos a la iglesia y sumerjamos los dedos en el agua bendita que hay junto a la puerta! ¡Los que vengan detrás de nosotros perecerán como por una peste! ¡Hagamos el signo de la cruz en el aire! ¡Estaremos esparciendo maldiciones con la semejanza de los símbolos sagrados!

—Giovanni —dijo Beatrice tranquilamente, pues su pena superaba a la pasión—. ¿Por qué te unes a mí de esa manera con esas palabras terribles? Yo, es cierto, soy ese ser horrible que tú dices. Pero tú... ¿qué puedes hacer tú, salvo estremecerte ante mi horrible desgracia, salir del jardín y mezclarte con los de tu raza, olvidándote de que alguna vez se arrastró por la tierra un monstruo como la pobre Beatrice?

—¿Pretendes ignorancia? —preguntó Giovanni mirándola ceñudo—. ¡Fíjate! Este poder me lo ha traspasado la hija pura de Rappaccini.

Había un enjambre de insectos de verano aleteando por el aire en busca de la comida que prometían las olorosas flores del jardín fatal. Daban vueltas alrededor de la cabeza de Giovanni, evidentemente atraídos hacia él por la misma influencia que por un instante les había conducido a la esfera de otras plantas. Lanzó un suspiro entre ellos y sonrió amargamente a Beatrice mientras por lo menos veinte de los insectos caían muertos al suelo.

—¡Entiendo, entiendo! —gritó Beatrice—. ¡Es la ciencia fatal de mi padre! No, no, Giovanni. ¡No fui yo! ¡Nunca, nunca! Yo sólo soñaba con amarte y estar contigo algún tiempo, dejando luego que te marcharas y quedándome sólo con tu imagen en el corazón; pues créeme, Giovanni, aunque mi cuerpo haya sido alimentado con veneno, mi espíritu es una criatura de Dios, y sólo desea amor como alimento diario. Pero mi padre... él nos ha unido en esta simpatía fatal. Sí. ¡Recházame, pisotéame, mátame! ¿Ay, qué es la muerte después de esas palabras que me has dicho? Pero no fui yo. Por nada del mundo te lo habría hecho yo.

La pasión de Giovanni se había agotado mientras salía de sus labios. Le invadió entonces un sentimiento triste, no carente de ternura, acerca de la relación íntima y peculiar que existía entre Beatrice y él. Por así decirlo, estaban en una soledad profunda que no se volvería menos solitaria por hallarse entre una vida humana densa. ¿Entonces este desierto de humanidad que les rodeaba no debería aunar todavía más a esa pareja aislada? Si eran crueles el uno con el otro, ¿quién podría ser amable con ellos? Además, pensaba Giovanni, ¿no había todavía una esperanza de que regresara a los límites de la naturaleza ordinaria llevando a Beatrice, la Beatrice redimida de la mano? ¡Ay, débil, egoísta e indigno espíritu que podía soñar con una unión terrenal, y con la mayor felicidad terrenal posible, después de que un amor tan profundo se haya visto amargamente contradicho, tal como había pasado con el amor de Beatrice por las

infortunadas palabras de Giovanni! No, no; no podía existir tal esperanza. Ella debía cruzar pesadamente, con el corazón roto, las fronteras del Tiempo: ella debía bañar sus heridas en alguna fuente del paraíso, y olvidar su pena bajo la luz de la inmortalidad, y allí estaría todo bien.

Pero Giovanni no lo sabía.

—Querida Beatrice —dijo él acercándose mientras ella retrocedía, como hacía siempre ante el avance de él, aunque ahora con un impulso distinto—. Mi querida Beatrice, nuestro destino no es todavía tan desesperado. ¡Mira! Aquí hay una medicina potente, como me ha asegurado un médico sabio, y de eficacia casi divina. Está hecha con ingredientes que son lo más opuesto a aquellos con los que tu terrible padre ha producido esa calamidad en ti y en mí. Se ha destilado con hierbas benditas. ¿La bebemos juntos para vernos así purificados del mal?

—¡Dámela! —dijo Beatrice extendiendo la mano para recibir el pequeño frasco de plata que Giovanni sacó de su pecho, y con un énfasis peculiar añadió— la beberé; y tú aguardarás el resultado.

Se llevó a los labios el antídoto de Baglioni. En ese mismo instante apareció en la puerta la figura de Rappaccini, que se acercó lentamente a la fuente de mármol. Al estar más cerca, el pálido hombre de ciencia pareció contemplar con expresión triunfante al hermoso joven y la doncella, como lo haría un artista que ha pasado su vida en lograr un cuadro o un grupo de estatuas, y finalmente está satisfecho con el éxito. Se detuvo; su forma inclinada se alzó consciente de su poder; extendió las manos hacia ellos en la actitud de un padre que implora una bendición sobre sus hijos: pero eran las mismas manos que habían introducido veneno en la corriente de sus vidas. Giovanni tembló. Beatrice se estremeció nerviosamente y presionó su corazón con la mano.

—Hija mía, ya no estarás sola en el mundo —dijo Rappaccini—. Arranca una de esas preciosas gemas de tu planta hermana y pídele a tu novio que se la lleve al pecho. Ya no le hará daño. Mi ciencia, y la simpatía existente entre tú y él, se han introducido en su sistema, de manera que ahora se aparta de los hombres comunes, como tú, hija de mi orgullo y mi triunfo, lo haces de las mujeres ordinarias. ¡Pasad pues por este mundo queriéndoos el uno al otro y siendo terribles para todos los demás!

—Padre mío —dijo Beatrice débilmente, y manteniendo la mano en el corazón mientras hablaba—. ¿Por qué infligiste este destino miserable a tu hija?

—¿Miserable? —exclamó Rappaccini—. ¿Qué quieres decir, joven estúpida? ¿Te parece una desgracia estar dotada con dones maravillosos contra los que ningún poder ni fuerza podrá ejercer enemigo alguno, una desgracia ser capaz de acabar con el más poderoso con un aliento, una desgracia ser tan terrible como eres hermosa? ¿Habrías preferido entonces la condición de una mujer débil, expuesta a todo mal y capaz de ninguno?

—Habría preferido con mucho ser amada, y no temida —murmuró Beatrice dejándose caer al suelo—. Pero ahora no importa. Padre, me voy donde el mal que tú te has esforzado por combinar con mi ser pasará como un sueño, como la fragancia de estas flores venenosas, que ya no teñirán mi aliento entre las flores del edén. ¡Adiós, Giovanni! Tus palabras de odio son como plomo en mi corazón; pero también ellas

pasarán conforme yo ascienda. Ay, ¿no había desde el principio más veneno en tu naturaleza que en la mía?

Tan radicalmente había actuado la parte terrenal de Beatrice sobre la habilidad de Rappaccini que, del mismo modo que la vida había sido un veneno, igual de potente como antídoto fue la muerte; y así, la pobre víctima del ingenio y la naturaleza rebajada del hombre, y de la fatalidad que asiste a todos los esfuerzos de la sabiduría pervertida, pereció allí, a los pies de su padre y de Giovanni. En ese preciso instante apareció en la ventana el profesor Pietro Baglioni y gritó con fuerza, en un tono de triunfo con el que se mezclaba el horror, al hombre de ciencia sobrecoigido:

—¡Rappaccini! ¡Rappaccini! ¡Este es el resultado de tu experimento!

## EL FERROCARRIL CELESTIAL

No hace mucho tiempo, al traspasar la puerta de los sueños visité esa región de la tierra en la que está la famosa Ciudad de la Destrucción. Me interesó mucho enterarme de que, gracias al espíritu cívico de algunos de sus habitantes, recientemente se había trazado una línea de ferrocarril entre esta populosa y floreciente urbe y la Ciudad Celestial. Como tenía un poco de tiempo, decidí satisfacer mi curiosidad realizando un viaje hasta allí. Por ello una hermosa mañana, tras pagar la cuenta del hotel y ordenar al conserje que pusiera mi equipaje en la parte trasera de un coche, tomé asiento en el vehículo y partí para la estación de ferrocarril. Mi buena fortuna me hizo disfrutar de la compañía de un caballero, un tal señor Smooth-it-away, que, aunque no había llegado a visitar la Ciudad Celestial, parecía conocer muy bien, sin embargo, sus leyes, costumbres, política y estadísticas, lo mismo que las de la Ciudad de la Destrucción, en la que había nacido. Como además era director de la empresa del ferrocarril, y uno de sus más importantes accionistas, podía darme toda la información que yo deseara con respecto a esa loable empresa.

Traqueteamos en el coche hasta salir de la ciudad, y a escasa distancia de ésta cruzamos un puente de construcción elegante, aunque me pareció demasiado ligero para sostener un peso considerable. A ambos lados había un extenso cenagal que no habría resultado más desagradable a la vista o el olfato de haberse vaciado allí la suciedad de todas las perreras de la tierra.

—Es el famoso Cenagal del Abatimiento —comentó el señor Smooth-itaway—. Una desgracia para toda la vecindad; y tanto mayor por cuanto que podría convertirse fácilmente en tierra firme.

—Había oído que se han hecho esfuerzos en ese sentido desde tiempo inmemorial —contesté yo—. El predicador Bunyan menciona que se han arrojado aquí en vano más de veinte mil carretas cargadas de sanas enseñanzas.

—¡Es muy probable! ¿Y qué podía esperarse de ese material tan insustancial? —preguntó el señor Smooth-itaway—. Fíjese en este adecuado puente. Conseguimos unos cimientos suficientes para él arrojando al cenagal algunas ediciones de libros de moralidad; volúmenes de filosofía francesa y racionalismo alemán; tratados, sermones y ensayos de clérigos modernos; extractos de Platón y Confucio y varias sagas hindúes, junto con algunos ingeniosos comentarios sobre los textos de las Escrituras; todo ello, mediante un proceso científico, se convirtió en una masa semejante al granito. El fangal entero podría llenarse con materias similares.

Sin embargo a mí me pareció que el puente vibraba y subía y bajaba de una manera formidable; y a pesar del testimonio del señor Smooth-it-away acerca de la solidez de sus cimientos, no me gustaría cruzarlo en un ómnibus atestado, sobre todo si cada uno de los pasajeros llevaba tanto equipaje como el caballero y yo mismo. Lo pasamos, no obstante, sin accidente, llegando muy pronto a la estación. Ese edificio, muy pulcro y espacioso, se levantaba sobre la sede del pequeño portillo que antiguamente, como recordarán todos los viejos peregrinos, estaba directamente encima

del camino, y por su inadecuada estrechez representaba una gran obstrucción para el viajero de mente liberal y estómago expansivo. El lector de John Bunyan se alegrará de saber que el amigable evangelista del cristiano, que acostumbraba a dar a cada peregrino un pergamino místico, preside ahora el despacho de billetes. Es cierto que algunas personas maliciosas niegan que este famoso personaje sea idéntico al Evangelista de la antigüedad, e incluso pretenden poder aportar pruebas coherentes de la impostura. Sin comprometerme en una disputa, observaré simplemente que, por lo que me dicta mi experiencia, las piezas cuadradas de cartón que se entregan ahora a los pasajeros resultan mucho más convenientes y útiles para el camino que el antiguo rollo de pergamino. Pero declino opinar acerca de si se aceptan con igual facilidad en la puerta de la Ciudad Celestial.

En la estación se hallaban ya un gran número de pasajeros esperando la partida del tren. Por el aspecto y el porte de estas personas era fácil juzgar que los sentimientos de la comunidad habían sufrido un cambio muy favorable en relación al peregrinaje celestial. Al corazón de Bunyan le habría agradado verlo. En lugar de un hombre solitario y andrajoso, con una enorme carga a la espalda, caminando despacio y penosamente mientras la ciudad entera le abucheaba, había aquí grupos formados por los principales nobles y las personas más respetables de la vecindad, que partían hacia la Ciudad Celestial tan alegremente como si el peregrinaje fuera simplemente un viaje de verano. Entre los caballeros había personajes de merecida eminencia: magistrados, políticos y hombres ricos cuyo ejemplo religioso sería muy recomendable para sus hermanos menores. Me alegró descubrir también en la parte de las damas a algunas de esas flores de la sociedad de moda que pueden resultar un adorno bien adecuado para los círculos más elevados de la Ciudad Celestial. Había muchas conversaciones agradables acerca de las noticias del día, temas de negocios y política, o asuntos divertidos más ligeros; mientras que la religión aunque indudablemente era el objetivo principal en el corazón, quedaba por elegancia en un segundo plano. Incluso un ateo habría escuchado muy poco, o nada, que atacara a su sensibilidad.

No debo olvidar mencionar una gran conveniencia del nuevo método de peregrinaje. Nuestras enormes cargas, en lugar de llevarlas sobre nuestros hombros tal como se acostumbraba en la antigüedad, iban todas cómodamente depositadas en el coche de equipajes, y se me aseguró que serían entregadas a sus propietarios respectivos al final del viaje. Al benevolente lector le complacerá asimismo saber otra cosa. Debe recordarse que existía una antigua enemistad entre el Príncipe Belcebú y el guardador del portillo, y que los seguidores del primer y distinguido personaje acostumbraban a lanzar flechas mortales a los peregrinos honestos que llamaban a la puerta. Para honor tanto del ilustre potentado antes mencionado como de los dignos y sabios directores del ferrocarril, esa disputa se había arreglado pacíficamente por el principio del compromiso mutuo. Los súbditos del príncipe son empleados ahora en gran número en la estación, ocupándose algunos del equipaje, otros de recoger el combustible, alimentar los motores u otras tareas afines; y puedo afirmar con conocimiento que en ningún otro ferrocarril se encontrarán personas más atentas a su tarea, más deseosas de acomodar o más agradables en general a los pasajeros. Todo

buen corazón seguramente se sentirá jubiloso de que se haya encontrado un arreglo tan satisfactorio a una dificultad inmemorial.

—¿Dónde está el señor Greatheart? —pregunté—. Sin duda los directores habrán contratado a ese famoso y antiguo campeón para que sea el revisor principal del ferrocarril.

—Bueno, no —contestó el señor Smooth-it-away con una tos seca—. Se le ofreció el empleo de encargado de los frenos; pero si quiere que le diga la verdad, nuestro amigo Greatheart se ha vuelto absolutamente rígido y estrecho en su vejez. Tantas veces ha guiado a los peregrinos a pie por los caminos que considera un pecado viajar de cualquier otro modo. Además, el pobre viejo guarda una enemistad tan enérgica hacia el Príncipe Belcebú que siempre se está peleando o cruzando insultos con alguno de los súbditos del príncipe, haciendo que nos indispongamos de nuevo con ellos. Por eso en general no nos apenó que, en una rabieta, el honesto Greatheart se fuera a la Ciudad Celestial dejándonos en libertad de elegir un hombre más adecuado y acomodaticio. Allí viene el maquinista del tren. Probablemente le reconocerá enseguida.

En ese momento la máquina se colocaba delante de los coches, y debo confesar que se asemejaba mucho más a un demonio mecánico que nos conduciría a las regiones infernales que a un artilugio laudable para llevarnos a la Ciudad Celestial. En la parte superior se sentó un personaje casi envuelto en humo y llamas que, no se asuste el lector, parecían brotar de su boca y su estómago, tanto como del abdomen soldado de la máquina.

—¿Me engañan mis ojos? —pregunté—. ¿Qué demonios es eso? ¿Un ser vivo? ¡Si es así, es el hermano de la máquina sobre la que cabalga!

—¡Bah, bah, qué obtuso es usted! —contestó el señor Smooth-it-away con una risa cordial—. ¿Es que no conoce a Apolón, el viejo enemigo de los cristianos, con los que libró tan fiera batalla en el Valle de la Humillación? Fue él quien hizo la máquina; y le hemos reconciliado con la costumbre de ir de peregrinaje, contratándole como maquinista jefe.

—¡Bravo, bravo! —exclamé con irreprimible entusiasmo—. Esto muestra la liberalidad de la época; esto prueba, más que cualquier otra cosa, que todos los prejuicios rancios están en el camino justo para ser eliminados. ¡Y cómo se regocija el cristiano al enterarse de esa feliz transformación de su antiguo antagonista! Me será muy placentero informar sobre él cuando lleguemos a la Ciudad Celestial.

Sentados cómodamente todos los pasajeros, empezamos a traquetear alegremente consiguiendo en diez minutos una distancia probablemente mayor de la que un cristiano recorría a pie penosamente en un día entero. Era de risa cuando miramos, por así decirlo, a la cola de un rayo, observar a dos polvorientos caminantes con el antiguo traje de peregrino, con la concha y el cayado, los rollos místicos de pergamino en las manos y la carga intolerable sobre la espalda. La obstinación con la que esos honestos hermanos persistían en gemir y dar traspiés por un camino difícil en lugar de aprovecharse de las mejoras modernas, provocó gran alegría entre nuestros hermanos más sabios. Saludamos a los dos peregrinos con muchas agradables pullas y un estruendo de risas; y ellos nos miraron con semblantes tan tristes y absurdamente compasivos que nuestra alegría se hizo diez veces más estrepitosa. Apollon participó

también cordialmente en la broma, y se esforzó por lanzar el humo y las llamas de la máquina, o de su propia respiración, hacia sus rostros, envolviéndoles en una atmósfera de vapor ardiente. Estas pequeñas bromas nos divertían enormemente, y sin duda dieron a los peregrinos la gratificación de que pudieran considerarse mártires.

A cierta distancia del ferrocarril el señor Smooth-it-away señaló hacia un edificio grande y antiguo que dijo era una taberna que antiguamente había sido un famoso lugar de reposo para peregrinos. En el libro del camino de Bunyan se menciona como la Casa del Intérprete.

—Hacía tiempo que tenía curiosidad por visitar esa casa —comenté yo.

—No es una de nuestras paradas, tal como advertirá —contestó mi compañero—. El tabernero se opuso violentamente al ferrocarril; y es normal que lo hiciera, pues la vía dejó a un lado su negocio privándole con seguridad de todos sus clientes famosos. Pero el sendero sigue pasando junto a su puerta, y el anciano caballero recibe de vez en cuando la llamada de algún viajero simple al que entretiene con comidas tan anticuadas como él mismo.

Antes de que nuestra conversación sobre ese tema llegara a una conclusión, pasamos junto al lugar en el que la carga del cristiano cayó de sus hombros ante la vista de la Cruz. Ello sirvió como tema para que el señor Smooth-it-away, el señor Live-for-the-world, el señor Hide-sin-in-the-heart, el señor Scaly-conscience y un grupo de caballeros procedentes de la ciudad de Shun-repentance, disertaran largamente sobre las inestimables ventajas resultantes de la seguridad de nuestro equipaje. Yo mismo, y en realidad todos los pasajeros, nos mostramos totalmente unánimes con esa opinión acerca del asunto; pues nuestras cargas eran ricas en muchas cosas que se consideraban preciosas en todo el mundo; y especialmente cada uno de nosotros poseía una gran variedad de Hábitos favoritos, que confiábamos no estarían de moda ni siquiera en los círculos más elevados de la Ciudad Celestial. Habría sido un triste espectáculo ver toda esa serie de valiosos artículos cayendo en el sepulcro. Y así, conversando acerca de las circunstancias favorables de nuestra posición, en comparación con las de los peregrinos del pasado y los de mente estrecha del día de hoy, nos encontramos pronto al pie de la Colina de la Dificultad. A través del corazón mismo de esta montaña rocosa se había abierto un túnel de admirable arquitectura, con un elevado arco y una espaciosa doble vía; por tanto, a menos que la tierra y las rocas se desmoronaran, sería un monumento eterno a la habilidad y capacidad emprendedora del constructor. Es una gran ventaja, aunque no resulte esencial, el que los materiales del corazón de la Colina de la Dificultad se hayan empleado para rellenar el Valle de la Humillación, evitando así la necesidad de descender a ese desagradable e insano agujero.

—Es una mejora ciertamente maravillosa —comenté yo—. Pero me habría alegrado tener la oportunidad de visitar el Palacio Hermoso, y ser presentado a las encantadores y jóvenes damas —la señorita Prudencia, la señorita Piedad y la señorita Caridad, y todas las demás—, que tienen la amabilidad de entretener allí a los peregrinos.

—¡Jóvenes damas! —exclamó el señor Smooth-it-away en cuanto la risa le dejó hablar—. ¡Y encantadoras! Vaya, mi querido amigo, son doncellas viejas todas y cada una de ellas: estiradas, almidonadas, secas y angulosas; y me atrevería a decir que

ninguna de ellas ha cambiado tanto como la moda de sus vestidos desde la época del peregrinaje cristiano.

—Ah, bien, entonces podemos pasar muy bien de conocerlas —contesté muy reconfortado.

El respetable Apollon estaba soltando ahora vapor a una velocidad prodigiosa, deseoso quizás de liberarse de los recuerdos desagradables relacionados con la zona en la que había tenido el desastroso encuentro con el cristiano. Consultando el libro de viajes del señor Bunyan, comprendí que debíamos estar ahora a pocos kilómetros del Valle de la Sombra de la Muerte, a cuya triste región llegaríamos, a la velocidad que llevábamos, mucho antes de lo que parecía deseable. En realidad no esperaba nada mejor que encontrarme con el arroyo por un lado y el cenagal por el otro; pero al comunicar mis aprensiones al señor Smooth-it-away, me aseguró éste que las dificultades de ese paso, incluso en sus peores condiciones, se habían exagerado mucho, y que dado el actual estado de mejoras podía considerarme tan seguro como en cualquier otro ferrocarril de la cristiandad.

Mientras así hablábamos, el tren penetró en ese temible valle. Aunque me confieso culpable de algunas absurdas palpitaciones del corazón mientras recorríamos presurosamente la calzada allí construida, sería sin embargo injusto no mencionar encomiásticamente la audacia de su concepción original y el ingenio de quienes la ejecutaron. Asimismo era gratificante observar cuánto cuidado se había puesto en deshacer la oscuridad permanente compensando la falta de la alegre luz del sol, pues ni un solo rayo de ésta penetraba nunca entre aquellas terribles sombras. Para ello, el gas inflamable que sale en abundancia del suelo se recogía por medio de tuberías que comunicaban con una cuádruple fila de lámparas a lo largo del todo el conducto. Por tanto, se había obtenido resplandor incluso de la maldición sulfurosa que hay permanentemente en el valle: aunque era un brillo dañino para los ojos, y que producía cierta confusión, tal como descubrí por los cambios que producía en el rostro de mis compañeros. A este respecto, y en comparación con la luz diurna natural, se da la misma diferencia que entre la verdad y la falsedad; pero si el lector ha recorrido alguna vez ese Valle Oscuro, habrá aprendido a agradecer cualquier luz que pudiera conseguir; y si no la lograba del cielo que hay arriba, era mejor obtenerla del condenado suelo que tenía debajo. Tan rojo era el brillo de esas lámparas que parecían construir paredes de fuego a ambos lados del camino, entre las cuales avanzábamos a la velocidad del rayo al tiempo que un trueno reverberante llenaba con sus ecos el valle. De haberse salido la máquina de la vía —una catástrofe, se susurraba, que no carecía de precedentes—, sin duda nos habría recibido el pozo sin fondo, si es que existía tal lugar.

Precisamente cuando algunas tonterías tenebrosas de esta naturaleza habían hecho estremecer mi corazón, escuché un grito tremendo que recorrió a toda velocidad el valle como si mil diablos hubieran reventado sus pulmones para lanzarlo, pero que simplemente resultó ser el silbido de la máquina al llegar a una parada.

El lugar en el que acabábamos de detenemos es el mismo que nuestro amigo Bunyan —un hombre sincero, pero infectado de muchas ideas fantásticas— había designado, en términos más claros de lo que a mí me gustaría repetir, como la boca de la región infernal. Debía tratarse sin embargo de un error, por cuanto que el señor



Smooth-it-away, mientras permanecíamos en la caverna misteriosa y cubierta de humo, aprovechó la ocasión para demostrar que Tophet no tenía ni siquiera una existencia metafórica. Nos aseguró que ese lugar no es otro que el cráter de un volcán casi extinguido en el que los directores habían establecido forjas para la fabricación del hierro de las vías. Por tanto se obtiene allí abundante suministro de combustible para el uso de las máquinas. Quienquiera que hubiera contemplado la tenebrosa oscuridad de la ancha boca de la caverna, por la que de vez en cuando brotaban enormes lenguas de llamas oscuras, y hubiera visto los monstruos, extraños y formados a medias, y hubiera tenido visiones de los rostros horriblemente grotescos que parecía formar el humo, y hubiera escuchado los murmullos terribles, y los gritos, y los susurros profundos y estremecedores de las explosiones, que a veces tomaban la forma de palabras casi articuladas, habría aceptado tan de buena gana como nosotros la consoladora explicación del señor Smooth-it-away. Además, los habitantes de la caverna eran personajes desagradables, oscuros, tiznados por el humo, generalmente deformes, con pies desfigurados, y un brillo rojizo oscuro en los ojos, como si sus corazones hubieran apresado el fuego y lo estuvieran lanzando por las ventanas superiores. Me sorprendió, considerándolo una peculiaridad, el que los trabajadores de la forja y los que llevaban el combustible a la máquina cuando empezaron a respirar soltaran claramente humo por la boca y la nariz.

Entre los ociosos que deambulaban por el tren, casi todos dando bocanadas a cigarros que habían encendido en la llama del cráter, me sorprendió encontrar a varios que estaba yo seguro de que ya antes habían ido por ferrocarril a la Ciudad Celestial. Parecían oscuros, salvajes y cubiertos de humo, y se asemejaban singularmente a los habitantes nativos que, también ellos, tenían una desagradable inclinación a las pullas y muecas maliciosas, por cuya costumbre se les había quedado una contorsión del rostro. Como había hablado ya con una de esas personas —un tipo indolente que no servía para nada y respondía al nombre de Take-it-easy—, le llamé y le pregunté que a qué se dedicaba allí.

—¿No partió usted hacia la Ciudad Celestial? —pregunté.

—Eso es un hecho —contestó el señor Take-it-easy lanzando descuidadamente una bocanada de humo a mis ojos—. Pero escuché unos relatos tan malos acerca del lugar que jamás me esforcé por subir la colina sobre la que se levanta la ciudad. Allí no hay negocios, no hay diversión, no hay nada que beber y no dejan fumar, y suena música de iglesia desde la mañana hasta la noche. No me quedaría en un lugar así ni aunque me ofrecieran gratis casa y comida.

—Pero mi buen señor Take-it-easy —dije yo—. ¿Por qué ha fijado aquí su residencia, de entre todos los lugares del mundo?

—Ah —respondió el gandul sonriendo—. Es un lugar muy caluroso, me he encontrado con muchísimos viejos amigos, y en general el lugar me conviene. Espero verle regresar pronto. Y le deseo un viaje agradable.

Mientras así me hablaba, sonó la campana de la máquina y partimos velozmente dejando algunos pasajeros y sin coger a ninguno nuevo. Traqueteando valle adelante, nos deslumbró como antes el fuerte resplandor de las lámparas de gas. Pero a veces, en la oscuridad del brillo intenso, unos rostros ceñudos que tenían el aspecto y la

expresión de los pecados individuales, o las pasiones malignas, parecían traspasar el velo de luz, nos contemplaban y extendían una mano grande y oscura, como si pretendieran retrasar nuestro avance. Casi llegué a pensar que se trataba de mis propios pecados que me atraían hacia allí. En realidad se trataba sólo de caprichos de la imaginación, simples engaños de los que sinceramente debía avergonzarme; pero a lo largo de todo el Valle Oscuro fui atormentado, acosado y tristemente confundido por el mismo tipo de ensoñaciones. Los gases mefíticos de esa región intoxicaban el cerebro. Sin embargo, cuando la luz del día natural empezó a luchar con el brillo de los faroles, esas imágenes vanas perdieron su viveza y acabaron por desaparecer con el primer rayo de sol que nos iluminó en cuanto salimos del Valle de la Sombra de la Muerte. Y cuando habían recorrido ya dos kilómetros casi habría podido jurar que todo aquel recorrido tenebroso no era más que un sueño.

Tal como dice John Bunyan, al final del valle hay una caverna en la que habitaban en su tiempo dos gigantes crueles, Pope y Pagan, quienes habían cubierto el suelo de su residencia con los huesos de los peregrinos masacrados. Ya no están allí esos viles y viejos trogloditas; pero en su cueva abandonada hay otro gigante terrible que se dedica a lanzarse sobre los viajeros honestos y engordarlos, para servirlos luego en su mesa, con abundantes comidas de humo, niebla, luz de luna, patatas crudas y serrín. Es alemán de nacimiento, y recibe el nombre de Gigante Trascendentalista; pero en cuanto a su forma, rasgos, sustancia y naturaleza general, la principal peculiaridad de este bellaco enorme es que ni él mismo ha sabido describirse ni nadie ha conseguido hacerlo por él. Mientras cruzamos la boca de la caverna, pudimos vislumbrarlo velozmente y tenía un aspecto semejante a una figura mal proporcionada, aunque todavía se parecía mucho más a un montón de niebla y oscuridad. Nos gritó, pero con una fraseología tan extraña que no sabíamos lo que quería decir, ni siquiera si se sentía animado o asustado.

Al final del día el tren penetró estruendosamente en la antigua ciudad de Vanidad, donde la Feria de las Vanidades sigue siendo muy próspera y muestra un resumen de todo lo que hay de brillante, alegre y fascinante bajo el sol. Como me proponía quedarme allí un tiempo considerable, me gratificó saber que no existe ya la falta de armonía entre los habitantes de la ciudad y los peregrinos, que impulsaba a los primeros a medidas tan lamentablemente erróneas como la persecución de los cristianos y el martirio de los fieles. Por el contrario, como el nuevo ferrocarril ha traído con él un importante comercio y una entrada constante de extranjeros, el señor de la Feria de las Vanidades es su primer patrón, y los capitalistas de la ciudad se encuentran entre los accionistas más importantes. Muchos pasajeros se detienen por motivos de placer o negocios en la feria, en lugar de seguir avanzando hacia la Ciudad Celestial. Y lo cierto es que son tales los encantos del lugar que la gente suele afirmar que es el verdadero y único cielo; resueltamente afirman que no hay otro, que los que buscan más allá no son más que soñadores, y que aunque el fabuloso brillo de la Ciudad Celestial estuviera un kilómetro más allá de las puertas de Vanidad, ni siquiera entonces serían tan estúpidos como para ir allí. Sin suscribir esos encomios quizás exagerados, puedo afirmar sinceramente que mi estancia en la ciudad fue muy agradable, y mi relación con sus habitantes me produjo gran diversión e instrucción.

Siendo por naturaleza de disposición seria, dirigí mi atención hacia las ventajas sólidas que se derivarían de residir allí, en lugar de a los placeres efervescentes que son el objetivo principal de muchos visitantes. El lector cristiano que no tenga ningún relato de la ciudad posterior a la época de Bunyan se sorprenderá de oír que casi todas las calles tienen su iglesia, y que en ningún lugar se respeta más a los reverendos clérigos que en la Feria de las Vanidades. Y bien que merecen tan honorable estima, pues las máximas de sabiduría y virtud que salen de sus labios proceden de una profunda fuente espiritual y tienden a un objetivo religioso tan elevado como el de los más sabios filósofos de la antigüedad. Como justificación de esta gran alabanza sólo necesito mencionar los nombres del reverendo señor Shallow-deep, el reverendo señor Stumble-at-truth, ese hermoso personaje clerical que es el reverendo señor This-to-day, que espera traspasar pronto su público al reverendo señor That-tomorrow; junto con el reverendo señor Bewilderment, y reverendo señor Clog-the-spirit, y por último el más grande, el reverendo doctor Wind-of-doctrine. Los trabajos de estos teólogos eminentes son impulsados por los de innumerables conferenciantes que difunden una profundidad tan diversa en todos los temas de la ciencia humana o celestial que cualquier hombre puede conseguir una erudición total sin ni siquiera tomarse el trabajo de aprender a leer. De esta manera la literatura se vuelve etérea asumiendo como medio la voz humana; y el conocimiento, al depositar todas sus partículas más pesadas, salvo sin duda el oro, se exhala en un sonido que penetra después en los oídos siempre abiertos de la comunidad. Estos métodos ingeniosos forman una especie de maquinaria mediante al cual el pensamiento y el estudio pasan a cada persona sin que ésta oponga el más ligero inconveniente. Existe otra especie de máquina para la manufactura sana de la moralidad individual. La sociedad obtiene estos resultados excelentes en todo tipo de propósitos virtuosos, para lo que un hombre simplemente tiene que conectarse con los demás arrojando por así decirlo su cuota de virtud a la cantidad común, y el presidente y los directores se ocuparán de que se aplique bien la suma total. Éstas y otras muchas mejoras maravillosas en la ética, la religión y la literatura las entendí claramente gracias al ingenio del señor Smooth-it-away, lo que me inspiró una gran admiración por la Feria de las Vanidades.

En una época de panfletos llenaría un volumen si me dedicara a registrar todas las observaciones que hice en esa gran capital del placer y los negocios humanos. Había una gama ilimitada de la sociedad —el poderoso, el sabio, el ingenioso y el famoso en todas las posiciones de la vida; príncipes, presidentes, poetas, generales, artistas, actores y filántropos—, todos los cuales ponían su propio mercado en la feria, y no consideraban que esos bienes que atraían su fantasía tuvieran un precio exorbitante. Aunque uno no pensara en comprar o vender, era una buena idea pasear despacio por los bazares y observar los diversos movimientos que se producían.

Pensé que algunos de los compradores hacían tratos realmente estúpidos. Por ejemplo, un joven que había heredado una fortuna espléndida gastó una parte considerable de ésta en la compra de enfermedades, y empleó finalmente el resto de su dinero en un gran lote de arrepentimiento y un traje de andrajos. Una joven muy hermosa cambió un corazón tan claro como el cristal, que le parecía su posesión más valiosa, por otra joya del mismo tipo, pero tan gastada y con tan poco brillo que no

parecía en absoluto valiosa. En una tienda había muchas grandes coronas de laurel y mirto que deseaban comprar con urgencia soldados, autores, estadistas y otras personas diversas; algunos pagaban esas guirnaldas insignificantes con su vida, otros con una laboriosa servidumbre de muchos años, y muchos sacrificaban lo que les era más valioso y sin embargo al final se quedaban sin la corona. Había una especie de acción o vale, llamado Conciencia, del que existía una gran demanda y servía para comprar casi cualquier cosa. Ciertamente muy pocos bienes de alto precio podían obtenerse sin pagar una fuerte suma con esa moneda particular, y los negocios de un hombre raras veces resultaban muy lucrativos a menos que supiera con exactitud cuándo y cómo meter en el mercado su provisión de conciencia. Sin embargo, como esta acción era lo único que tenía un valor permanente, quien se separara de ella podía estar seguro de perder a la larga. Algunas de las especulaciones tenían un carácter cuestionable. Ocasionalmente, un miembro del Congreso restablecía su bolsa con la venta de sus electores; y se aseguraba que funcionarios públicos habían vendido con frecuencia el país a precios muy moderados. Eran miles los que vendían su felicidad por un capricho. Las cadenas de oro tenían gran demanda, y se compraban a costa casi de cualquier sacrificio. Y en verdad los que de acuerdo con el viejo refrán deseaban vender cualquier cosa valiosa por una canción encontraban compradores en toda la Feria; y había innumerables platos de lentejas bien calientes para los que querían vender su derecho de primogenitura. Sin embargo había algunos artículos que no podían encontrarse en estado auténtico en la Feria de las Vanidades. Si un cliente deseaba renovar su porción de juventud, los tratantes le ofrecían unos dientes postizos y una peluca de color castaño rojizo; y si quería paz mental, le recomendaban opio o una botella de brandy.

Terrenos y mansiones doradas situados en la Ciudad Celestial se cambiaban a menudo, muy desventajosamente, por unos años de alquiler de pequeños e inadecuados apartamentos en la Feria de las Vanidades. El propio Príncipe Belcebú estaba muy interesado por este tipo de tráfico, y a veces condescendía a entrometerse en asuntos menores. En una ocasión tuve el placer de verle negociar el alma a un avaro, y tras muchas e ingeniosas escaramuzas por ambos lados su alteza consiguió obtenerla por el valor de seis peniques. Con una sonrisa, el príncipe comentó que había perdido en la transacción.

Día tras día, mientras caminaba por las calles de Vanidad, mis maneras y porte se fueron asemejando más y más a los de los habitantes. El lugar empezó a parecerme mi hogar; casi llegó a borrarse de mi mente la idea de proseguir mi viaje hacia la Ciudad Celestial. Sin embargo, me lo recordó el ver a la misma pareja de peregrinos simples de quienes tanto nos habíamos reído cuando Apollon lanzó humo y vapor a sus rostros al comienzo de nuestro viaje. Allí estaban ellos, en medio del denso bullicio de Vanidad; los tratantes les ofrecían su púrpura y sus más finas telas y joyas, los hombres de ingenio y humor se burlaban de ellos, un par de rollizas damas se los comían con los ojos, y el benevolente señor Smoothit-away les susurraba parte de su sabiduría, señalándoles un templo recién levantado; pero allí estaban esos hombres dignos y simples que hacían que todo pareciera salvaje y monstruoso simplemente porque con tenacidad se negaban a tomar parte en sus negocios o placeres.

Uno de ellos —su nombre era *Stick-to-the-right-* supongo que percibió en mi rostro una especie de simpatía, casi de admiración, que con gran sorpresa por mi parte no podía dejar de sentir por esta pragmática pareja. Ello le impulsó a dirigirse a mí.

—Señor, ¿se considera usted un peregrino? —preguntó con una voz triste, pero al mismo tiempo suave y amable.

—Así es, mi derecho a esa apelación es indudable —contesté—. Simplemente paso una temporada aquí, en la Feria de las Vanidades, pero me dirijo a la Ciudad Celestial en el nuevo ferrocarril.

—Ay, amigo, le aseguro, y le suplico que reciba la verdad que hay en mis palabras, que todo el asunto no es más que una burbuja. Podría viajar en él toda la vida, y vivir mil años, y nunca llegaría más allá de los límites de la Feria de las Vanidades. Sí, aunque creyera estar entrando por las puertas de la ciudad bendita, no sería otra cosa que un engaño miserable.

—El Señor de la Ciudad Celestial se ha negado y se negará siempre a conceder un acta de incorporación a este ferrocarril —empezó a decir el otro peregrino, cuyo nombre era señor *Foot-it-to-heaven-*. Y a menos que se obtenga ese acta, ningún pasajero tendrá nunca la esperanza de entrar en sus dominios. Y por ello todo hombre que compre un billete debe poner en sus cuentas que ha perdido el dinero, que es el valor de su propia alma.

—¡Bah, tonterías! —exclamó el señor *Smooth-it-away* cogiéndome del brazo y alejándome de ellos—. Esos hombres deberían ser acusados de calumnias. Si la ley siguiera siendo lo que fue en la Feria de las Vanidades, los veríamos gesticular a través de los barrotes de hierro de las ventanas de la prisión.

Ese incidente produjo una considerable impresión en mi mente, y con otras circunstancias contribuyó a indisponerme hacia una residencia permanente en la ciudad de Vanidad; aunque desde luego no era lo bastante simple como para abandonar mi plan original de deslizarme cómoda y fácilmente por el ferrocarril. Aun así, cada vez estaba más ansioso por irme. Había algo extraño que me turbaba. Entre las ocupaciones o diversiones de la Feria, nada había más común que el que una persona que podía estar en una fiesta, teatro o iglesia, o traficando en busca de riqueza y honores, o haciendo cualquier otra cosa, y por muy inoportuna que fuera la interrupción —desapareciera repentinamente como una burbuja de jabón y nunca lo volvieran a ver sus amigos—; y tan acostumbrados estaban éstos a esos pequeños accidentes que seguían con sus asuntos tan tranquilamente como si no hubiera pasado nada. Pero a mí me parecía de otro modo.

Finalmente, tras residir bastante tiempo en la Feria, reanudé mi viaje hacia la Ciudad Celestial, llevando todavía a mi lado al señor *Smooth-it-away*. A escasa distancia de los barrios residenciales de Vanidad, pasamos junto a la antigua mina de plata, que Demas fue el primero en descubrir y que ahora se trabaja con grandes beneficios, pues proporciona casi todas las monedas acuñadas en el mundo. Un poco más lejos estaba el lugar en el que la esposa de Lot se quedó para siempre con el semblante de una columna de sal. Desde entonces los viajeros curiosos se han ido llevando pequeños trozos. Si todos los pesares fueran castigados tan rigurosamente como lo fueron los de esta pobre dama, mi deseo de los placeres abandonados en la

Feria de las Vanidades podría haber producido un cambio similar en mi sustancia corporal, dejándome como advertencia para peregrinos futuros.

El siguiente objeto notable era un edificio grande construido con piedra cubierta de musgo, pero con un estilo arquitectónico moderno y aéreo. La máquina se detuvo cerca de él emitiendo el habitual y tremendo grito.

—Éste era antiguamente el castillo del temido gigante Desesperación —comentó el señor Smooth-it-away—. Pero desde su muerte el señor Flimsy-faith lo ha reparado, y dirige allí una excelente casa de entretenimientos. Es una de nuestras paradas.

—Parece unido de manera muy ligera —comenté yo observando los muros gruesos pero frágiles—. No envidio su morada al señor Flimsy-faith. Algún día se caerá sobre las cabezas de sus ocupantes.

—En todo caso nosotros escaparemos —comento el señor Smooth-it-away—, pues Apolión está lanzando vapor otra vez.

El camino se sumergía ahora en una garganta de los Montes Delectables, y atravesaba el campo en el que en épocas anteriores vagaban los cielos tropezando con las tumbas. Una de esas lápidas antiguas había sido lanzada en mitad del camino por una persona maliciosa, haciendo que el tren diera un salto terrible. Arriba, en el lado escabroso de una montaña, vi una puerta de hierro oxidado, cubierta a medias por arbustos y plantas trepadoras, por cuyas grietas salía humo.

—¿Es ésa la puerta de la ladera que aseguran los pastores cristianos era un atajo al infierno? —pregunté.

—Ésa era una broma de los pastores —contestó sonriendo el señor Smoothit-away—. No es ni más ni menos que la puerta de una caverna que utilizan para preparar jamones ahumados.

Mi recuerdo del viaje se vuelve durante un trecho oscuro y confuso porque me sobrecogió una somnolencia singular debida al hecho de que estábamos pasando por un terreno encantado cuyo aire estimula la disposición al sueño. Desperté sin embargo en cuanto cruzamos las fronteras de la agradable tierra Beulah. Todos los pasajeros se frotaban los ojos, comparaban la horade sus relojes y se felicitaban unos a otros por la perspectiva de llegar tan a tiempo al final del viaje. Las dulces brisas de este clima feliz eran refrescantes en nuestra nariz; contemplábamos los chorros brillantes de las fuentes plateadas, teniendo por encima árboles de hermoso follaje y frutos deliciosos, que se habían propagado mediante injertos de los jardines celestiales. En una ocasión, mientras avanzábamos como un huracán hubo un aleteo y vimos la brillante aparición de un ángel en el aire que velozmente acudía a realizar alguna misión celestial. La máquina anunció ahora la proximidad de la estación término con un último y horrible grito, en el cual parecía poder distinguirse todo tipo de lamentación y dolor, y la acerva fiereza de la cólera, mezclado todo con la risa salvaje de un diablo o un loco. A lo largo de todo el viaje, en cada parada, Apollon había ejercitado su ingenio lanzando los sonidos más abominables por el silbato de la máquina de vapor; pero en este esfuerzo final se superó a sí mismo y creó un estruendo infernal que, además de turbar a los pacíficos habitantes de Beulah, debió enviar sus discordancias incluso más allá de las puertas celestiales.

Mientras el horrible clamor seguía resonando en nuestros oídos, escuchamos una melodía jubilosa, como si mil instrumentos de música, con altura, profundidad y

dulzura en sus tonos, al mismo tiempo tierna y triunfal, sonara al unísono para saludar a algún héroe ilustre que llegaba, que había combatido por el bien y obtenido una victoria gloriosa, e iba a dejar a un lado para siempre sus armas magulladas. Mirando para saber cuál sería el motivo de esa alegre armonía, al bajar del coche vi que una multitud de seres brillantes se había reunido al otro lado del río para dar la bienvenida a los dos peregrinos pobres, que emergían ahora de las profundidades. Eran los mismos a quienes Apollon y nosotros habíamos perseguido con mofas, pullas y vapor ardiente al comienzo del viaje; los mismos cuyo aspecto nada terrenal y palabras impresionantes habían agitado mi conciencia en medio de las ensoñaciones desbocadas de la Feria de las Vanidades.

—Es sorprendente lo bien que han llegado esos hombres —grité al señor Smooth-it-away—. Me gustaría que estuviéramos seguros de ser recibidos igualmente.

—¡No tema, no tema! —respondió mi amigo—. Vamos, apresurémonos; la barca nos llevará directamente y en tres minutos estará al otro lado del río. Sin duda encontrará algún coche que le suba hasta las puertas de la ciudad.

Un barco de vapor, la última mejora en esta importante ruta, estaba a la orilla del río lanzando humo, piafando y emitiendo todo tipo de sonidos desagradables que indicaban que iba a partir de inmediato. Subí rápidamente a bordo con el resto de los pasajeros, la mayoría de los cuales estaban muy perturbados: algunos se desgañitaban preguntando por su equipaje; algunos se arrancaban los cabellos exclamando que el barco explotaría o se hundiría; otros estaban ya pálidos por el movimiento de la corriente; algunos contemplaban asustados el mal aspecto del timonel; y otros seguían adormilados por la influencia de la Tierra Encantada. Al mirar hacia la orilla, me sorprendió ver al señor Smooth-it-away agitando la mano en señal de despedida.

—¿No va a la Ciudad Celestial? —le pregunté.

—¡Oh, no! —respondió con una sonrisa extraña y esa misma desagradable contorsión del rostro que había observado en los habitantes del Valle Oscuro—. ¡Oh, no! He llegado hasta aquí sólo por lo agradable de su compañía. ¡Adiós! Volveremos a encontrarnos.

Y entonces mi excelente amigo el señor Smooth-it-away lanzó una carcajada en medio de la cual salió de su boca y nariz una corona de humo, mientras un centelleo de llamas horripilantes salía de cada uno de sus ojos demostrando, de manera indudable, que su corazón era una llama rojiza. ¡Qué demonio tan insolente! Negar la existencia de Tophet cuando sentía sus crueles torturas rabiando dentro de su pecho. Corrí al lado del barco intentando arrojarme a la orilla; pero las ruedas, al empezar a girar, arrojaron sobre mí una espuma tan fría —tan mortalmente fría, con ese frío que no abandonará nunca esas aguas hasta que la Muerte se ahogue en su propio río—, que con un estremecimiento y un temblor del corazón desperté. ¡Gracias al cielo sólo había sido un sueño!

## FEATHERTOP

—¡Dickon! —gritó la Madre Rigby—. ¡Un tizón para mi pipa!

La pipa estaba en la boca de la anciana cuando pronunció estas palabras. La había insertado allí después de cargarla con tabaco, pero sin agacharse para encenderla en la lumbre de la chimenea, donde en verdad no había señas de que hubieran atizado el fuego esa mañana. Sin embargo, apenas hubo dado la orden, la cazoleta de la pipa emitió un intenso fulgor rojo y una bocanada de humo brotó de los labios de la Madre Rigby. Jamás he logrado descubrir de dónde salió el tizón y cómo llegó hasta allí transportado por una mano invisible.

—¡Bien! —dijo la Madre Rigby, sacudiendo la cabeza—. ¡Gracias, Dickon! Y ahora a fabricar el espantapájaros. Quédate cerca, Dickon, por si volviera a necesitarte.

La buena mujer se había levantado temprano (pues aún no había terminado de salir el sol) con la intención de fabricar un espantapájaros que se proponía instalar en el centro de su maizal. Corría la última semana de mayo y los cuervos y mirlos habían descubierto ya las hojas pequeñas, verdes, enrolladas del maíz, que empezaban a asomar de la tierra. Ella estaba decidida, por consiguiente, a confeccionar el espantapájaros con el aspecto más humano que se hubiera conocido, y a terminarlo de inmediato, de los pies a la cabeza, para que iniciara su tarea de vigilancia esa misma mañana.

Ahora bien, resulta que la Madre Rigby (como todos deben saber) era una de las brujas más astutas y poderosas de Nueva Inglaterra, y podría haber fabricado con poco trabajo un espantapájaros lo bastante feo como para asustar al mismo pastor de la iglesia local. Pero en esta oportunidad, puesto que se había despertado con un humor desacostumbradamente bueno, dulcificado aún más por el tabaco de su pipa, decidió producir algo que fuera delicado, bello y espléndido, y no espantoso y horrible.

—No quiero instalar un duende en mi propio maizal y casi en mi propio umbral —dijo la Madre Rigby para sus adentros, mientras lanzaba una bocanada de humo—. Podría hacerlo si quisiera, pero estoy cansada de fabricar cosas maravillosas, de modo que para variar me mantendré dentro de los límites de los asuntos cotidianos. Además, no tengo por qué asustar a los chiquillos de una milla a la redonda, aunque es cierto que soy una bruja.

Por lo tanto, decidió interiormente que el espantapájaros representaría a un aristocrático caballero de la época, en la medida en que lo permitieran los materiales con que contaba. Quizá sea oportuno mencionar los elementos principales que entraron en la composición de esta figura.

Probablemente el artículo más importante, aunque el menos visible, fue una cierta escoba sobre la cual la Madre Rigby había hecho muchas cabalgatas a medianoche y que ahora sirvió al espantapájaros de columna vertebral o, para emplear la expresión más vulgar, como espinazo. Uno de los brazos era un mayal inutilizado que Goodman Rigby acostumbraba a blandir antes de que su esposa lo matara a disgustos; el otro, si no me equivoco, estaba compuesto por el cucharón de la budinera y por el travesaño



roto de una silla, flojamente atados a la altura del codo. En cuanto a las piernas, la derecha era el mango de una azada, y la izquierda, una estaca común e indistinta tomada de la leñera. Los pulmones, el estómago y otros órganos no consistían en nada mejor que un morral relleno de paja. Ya conocemos, pues, el esqueleto y la totalidad del organismo del espantapájaros, con excepción de su cabeza. Y ésta fue admirablemente conformada por una calabaza l un poco reseca y rugosa, en la que la Madre Rigby practicó dos agujeros a modo de ojos y un tajo para que hiciera las veces de boca, dejando que una protuberancia azulada que aparecía en el medio pasara por ser la nariz. Era, en verdad, una cara muy respetable.

—De todos modos he visto peores sobre hombros humanos —dijo la Madre Rigby—. Y muchos refinados caballeros tienen cabeza de calabaza, lo mismo que mi espantapájaros.

Pero en este caso las ropas debían hacer al hombre. De modo que la buena anciana descolgó de una percha una vieja casaca de factura londinense, de color ciruela con restos de bordados sobre las costuras, puños, tapas de los bolsillos y ojales, pero lamentablemente gastada y desteñida, zurcida en los codos, con los faldones harapientos y totalmente deshilachada. Sobre la pechera izquierda ostentaba un agujero redondo, ya fuera porque habían arrancado una estrella de nobleza o porque el corazón ardiente de un antiguo propietario había quemado la tela de lado a lado. Los vecinos afirmaban que esta lujosa prenda pertenecía al vestuario del Demonio, y que la guardaba en la cabaña de la Madre Rigby para poder ponérsela cómodamente cada vez que quería hacer una majestuosa aparición en la mesa del Gobernador. Con la casaca hacía juego un holgado chaleco de terciopelo, otrora recamado con hojas que habían sido tan luminosamente doradas como las hojas de arce en octubre, pero que ya se habían desvanecido casi por completo del fondo de terciopelo. Luego venían unas calzas de color escarlata, usadas antaño por el gobernador francés de Louisbourg, y cuyas rodillas habían tocado el peldaño inferior del trono de Luis el Grande. El francés había regalado esta prenda a un hechicero indio, quien se la había cambiado, a su vez, a la vieja bruja por un frasco de aguardiente durante uno de los bailes celebrados en el bosque. Además, la Madre Rigby sacó a relucir un par de medias de seda y enfundó en ellas las piernas de la figura, con lo que demostraron ser tan tenues como un sueño, con la realidad de la madera que se transparentaba tristemente a través de los agujeros. Finalmente, encasquetó la peluca de su difunto esposo sobre el cráneo desnudo de la calabaza y remató el conjunto con un polvoriento sombrero de tres picos, en el cual estaba insertada la pluma caudal más larga de un gallo.

Luego, la anciana apoyó el muñeco contra un rincón de su cabaña y rió por lo bajo al observar el amarillo simulacro de cara, con su pequeña nariz protuberante y respingada. Tenía un aspecto extrañamente satisfecho de sí mismo y parecía decir: «¡Vengan a mirarme!»

—¡Y por cierto que eres verdaderamente digno de ser mirado! —comentó la Madre Rigby, admirando su propia obra—. He confeccionado muchos muñecos en mi vida de bruja, pero creo que éste es el más hermoso de todos. Es casi demasiado bello para que desempeñe la tarea de espantapájaros. Y, ya que estamos, cargaré mi pipa con otra pizca de tabaco fresco y luego lo llevaré al maizal.

Mientras llenaba la pipa la anciana continuó contemplando, con afecto casi maternal, la figura apoyada en el rincón de la cabaña. Para ser sinceros diremos que ya fuera por casualidad, o por pericia, o por auténtica brujería, había algo maravillosamente humano en esa ridícula figura, ataviada con sus andrajosas prendas; y en cuanto al rostro, parecía contraer su amarilla superficie con una sonrisa, curiosa expresión que oscilaba entre el sarcasmo y la alegría, como si entendiese que sus propias formas eran una burla a la humanidad. Cuanto más lo miraba, tanto más satisfecha se sentía la Madre Rigby.

—¡Dickon! —gritó con voz estridente—. ¡Otro tizón para mi pipa!

Apenas terminó de hablar cuando, como en la oportunidad anterior, un carbón al rojo apareció sobre el tabaco. La bruja aspiró una larga bocanada y volvió a exhalarla hacia el rayo de sol matutino que pugnaba por filtrarse a través del único y polvoriento vidrio de la ventana. A la madre Rigby siempre le gustaba condimentar su pipa con un tizón encendido de la chimenea particular de donde había sido traído éste. Pero no puedo precisar dónde se encontraba esa chimenea ni quién había traído la brasa de ella; sólo puedo decir que el mensajero invisible parecía responder al nombre de Dickon.

«Este muñeco —pensó la Madre Rigby, con los ojos todavía fijos en el espantapájaros— está demasiado bien hecho para pasar todo el verano en el maizal, espantando cuervos y mirlos. Es capaz de prestar mejores servicios. ¡Vaya, si yo he bailado con otros más feos cuando los compañeros escaseaban en nuestros aquelarres del bosque! ¿Qué sucedería si lo dejara probar suerte entre los otros hombres de paja que circulan afanosamente por el mundo sin nada dentro?»

La vieja bruja dio otras tres o cuatro chupadas a la pipa y sonrió.

«¡Encontrará muchos hermanos suyos en todas las esquinas! —continuó reflexionando—. Bien; hoy no me proponía ocuparme de brujerías, como no fuera para encender mi pipa, pero bruja es lo que soy y lo que probablemente continuaré siendo, de modo que sería inútil disimularlo. ¡Convertiré a mi espantapájaros en hombre, aunque sólo sea para divertirme!»

Mientras mascullaba estas palabras, la Madre Rigby sacó la pipa de su boca y la insertó en el tajo que representaba el mismo rasgo en la cara de calabaza del espantapájaros.

—¡Fuma, querido, fuma! —dijo—. ¡Fuma con fuerza, mi querido personaje! ¡En ello te va la vida!

Era ésta una extraña exhortación, ciertamente, puesto que tenía por destinatario a un simple objeto confeccionado con palos, paja y ropas viejas, sin nada mejor que una calabaza arrugada por cabeza... como sabemos que era el caso del espantapájaros. Sin embargo, debemos recordar con mucha atención que la Madre Rigby era una bruja dotada de singulares poderes y habilidades; y si nos atenemos escrupulosamente a esta circunstancia, no encontraremos nada de increíble en los notables episodios de nuestra historia. En verdad, habremos vencido de una vez la mayor dificultad si conseguimos convencernos de que, apenas la anciana le hubo ordenado al muñeco que fumara, una bocanada de humo brotó de la boca del espantapájaros. Por cierto, fue la más débil de las bocanadas; pero la siguieron otra, y otra, cada una de ellas más enérgica que la anterior.

—¡Fuma, mi cachorro! ¡Fuma, mi encanto! —no cesaba de repetir la Madre Rigby, con la más plácida de sus sonrisas—. Puedes creerme cuando te digo que éste es tu hábito de vida.

Sin duda alguna, la pipa estaba embrujada. El hechizo debía residir en el tabaco o en la brasa intensamente roja que ardía de forma tan misteriosa sobre él, o en el humo de aroma penetrante que emanaba de las hojas encendidas. Después de algunas tentativas inciertas, la figura terminó por exhalar un chorro de humo que se proyectó desde el oscuro rincón hasta el rayo de sol, y allí flotó y se desvaneció después entre las motas de polvo. El esfuerzo pareció convulsivo, porque las dos o tres bocanadas siguientes fueron más débiles, aunque la brasa continuó ardiendo y esparciendo su resplandor sobre el rostro del espantapájaros. La vieja bruja aplaudió con sus manos huesudas y miró su obra con una sonrisa alentadora. Comprobó que el hechizo funcionaba correctamente. La cara arrugada, amarilla, que hasta ese momento no había sido siquiera una cara, ya ostentaba sobre sí una bruma fina, fantástica, por así decirlo, de semejanza humana, que bailoteaba de aquí para allá; desvaneciéndose a ratos por completo, pero haciéndose más nítida que nunca con la siguiente bocanada de la pipa. Toda la figura asumió análogamente un aspecto de vida, como la que impartimos alas vagas figuras que aparecen entre las nubes, engañándonos a medias con los caprichos de nuestra propia fantasía.

Si nos viéramos obligados a analizar escrupulosamente lo sucedido, podríamos poner en tela de juicio que se hubiera producido, al fin y al cabo, algún cambio verdadero en la sustancia sórdida raída inservible y desarticulada del espantapájaros; y sacar en conclusión que todo se reducía a una quimera espectral y un artero juego de luz y sombra coloreado y montado en la forma apropiada para engañar los ojos de la mayoría de los hombres. Los milagros de la brujería siempre parecen tener una sutileza muy superficial y, por lo menos, si la explicación precedente no desentraña la verdadera naturaleza del proceso, yo no puedo sugerir otra mejor.

—¡Bien soplado, mi lindo muchacho! —continuaba gritando la vieja Madre Rigby—. Vamos, otra buena bocanada, con todas tus fuerzas. ¡Te digo que soples por tu vida! ¡Sopla desde el fondo mismo de tu corazón, si es que tienes corazón y si es que éste tiene fondo! ¡Muy bien, otra vez! Aspiraste esa bocanada como si lo hicieras con verdadero gusto.

Y entonces la bruja le hizo señas al espantapájaros, poniendo tanta fuerza magnética en cada uno de sus pases que al parecer debían ser obedecidos inevitablemente, como sucede con la llamada mística del imán sobre el hierro.

—¿Porqué te escondes en el rincón, perezoso? —preguntó ella—. ¡Adelante! ¡Tienes el mundo frente a ti!

Juro que si no hubiera escuchado la leyenda sobre la rodilla de mi abuela, y no hubiera conquistado un lugar entre las historias verosímiles antes de que mi juicio infantil pudiese analizar su credibilidad, probablemente ahora no tendría coraje para repetirla.

Obedeciendo la orden de la Madre Rigby, y extendiendo su brazo como si quisiera tocar la mano estirada de la anciana, el muñeco dio un paso, aunque su movimiento fue una especie de brinco y contracción, más que un paso, y luego osciló y casi perdió el

equilibrio. ¿Qué podía esperar la bruja? Al fin y al cabo, sólo se trataba de un espantapájaros sostenido sobre dos estacas. Pero la vieja terca frunció el ceño, y agitó los brazos, y proyectó la energía de su voluntad con tanta violencia contra ese pobre conjunto de madera podrida, y paja húmeda, y prendas andrajosas, que el engendro sintió la necesidad de demostrar que era un hombre pese a que la realidad era muy distinta, y así caminó hasta colocarse bajo el rayo de sol. Allí se quedó ese infeliz aparejo, rodeado por el barniz más transparente de apariencia humana, a través del cual se veía el rígido, endeble, incongruente, desvaído, harapiento, inútil amasijo de su sustancia, pronto a desplomarse sobre el piso, como si tuviera conciencia de su propia falta de méritos para mantenerse erguido. ¿Debo confesar la verdad? En ese estado de vivificación, el espantapájaros me recuerda a algunos de esos personajes tibios y abortados, compuestos por materiales heterogéneos, utilizados por milésima vez y siempre indignos de ser empleados, con que los novelistas (y sin duda yo mismo, entre ellos) han superpoblado en tan gran medida el mundo de la ficción.

Pero la feroz vieja bruja empezó a enojarse y a exhibir un atisbo de su naturaleza diabólica (como la cabeza de una serpiente que asomara de su pecho, silbando) ante el comportamiento pusilánime del engendro que ella se había molestado en confeccionar.

—¡Chupa, infeliz! —chilló, enfurecida—. ¡Chupa, chupa, chupa, criatura de paja y vacuidad! ¡Tú, montón de trapos! ¡Morrall de avena! ¡Tú, cabeza de calabaza! ¡Tú que no eres nada! ¿Dónde encontraré un nombre suficientemente vil para llamarte? ¡Chupa, te digo, y absorbe tu fantástica vida junto con el humo! ¡De lo contrario te arrancaré la pipa de la boca y te arrojaré al lugar de donde salió ese tizón!

Así amenazado, al pobre espantapájaros no le quedó más recurso que fumar en beneficio de su anhelada vida. Por consiguiente, tal como debía suceder, se aplicó violentamente a chupar la pipa y despidió nubes tan abundantes de humo de tabaco que la pequeña cocina de la cabaña se inundó de niebla. El único rayo de luz luchó por infiltrarse a través de la espesa atmósfera y sólo consiguió marcar imperfectamente en la pared opuesta la imagen del vidrio trizado y polvoriento. Mientras tanto, la Madre Rigby acechaba torvamente en medio de la penumbra, con un oscuro brazo en jarras y el otro estirado hacia la figura, y su porte y expresión eran los mismos que adoptaba cuando quería afligir a sus víctimas con una espantosa pesadilla y disfrutar de su tormento sentada junto al lecho. El desgraciado espantapájaros fumaba asustado y trémulo. Pero hay que reconocer que sus esfuerzos daban un excelente resultado, porque con cada bocanada sucesiva la figura perdía más y más su vertiginosa y desconcertante inmaterialidad y adquiría más consistencia. Incluso sus atavíos participaban en el cambio mágico, y resplandecían con el fulgor de la novedad y brillaban con los alamares de oro diestramente bordados que habían sido arrancados mucho tiempo atrás. Y, esbozado a medias entre el humo, un rostro amarillo fijaba sus ojos opacos sobre la Madre Rigby.

Finalmente, la vieja bruja cerró el puño y lo blandió en dirección al muñeco. —No es que estuviera verdaderamente enojada, sino que partía de la hipótesis quizá falsa, o sólo parcialmente veraz, pero de todos modos la más respetable que podía pretenderse que fuese comprendida por la Madre Rigby—, la hipótesis, repetimos, de que las naturalezas febles y aletargadas, puesto que son indiferentes a una mejor inspiración,

deben ser acuciadas mediante el miedo. Pero ése era el punto crítico. Si fracasaba en lo que se proponía, tenía la despiadada intención de desintegrar el miserable simulacro para reducirlo a sus elementos originarios.

—Tienes aspecto humano —dijo severamente—. También tienes el eco y el remedo de una voz. ¡Te ordeno que hables!

El espantapájaros jadeó, forcejó y, por fin, emitió un murmullo tan fusionado con su ahumado aliento que apenas se podía discernir si era en verdad una voz o sólo un hálito de tabaco. Algunos narradores de esta leyenda sustentan la opinión de que los conjuros de la Madre Rigby, y su enérgica voluntad, habían insuflado un espíritu familiar dentro del muñeco, y que esa voz era la suya.

—Madre —musitó la pobre voz ahogada—, no seáis tan mala conmigo. Podría fingir que hablo; pero, al carecer de inteligencia, ¿qué podría decir?

—¿Puedes hablar, querido, no es cierto? —exclamó la Madre Rigby, aflojando su adusta expresión en una sonrisa—. ¿Y preguntas qué debes decir? ¡Nada menos qué decir! ¿Pertenesces a la fraternidad del cráneo vacío, y me preguntas qué debes decir? ¡Dirás un millar de cosas, y luego de haberlas repetido un millar de veces, todavía no habrás dicho nada! ¡No tienes qué temer, te lo aseguro! ¡Cuando ingreses en el mundo, en el que tengo el propósito de introducirte, no te faltará de qué hablar! ¡Habla! Vaya, si quieres, podrás murmurar como los arroyos que mueven ruedas de molino. ¡Pienso que tienes seso suficiente para hacerlo!

—A vuestro servicio, madre —respondió la figura.

—Eso está bien dicho, mi encanto —contestó la Madre Rigby—. Habla como te plazca, sin decir nada. Tendrás un centenar de frases hechas de parecida índole, y quinientas más. Y ahora, querido, he volcado tantos afanes en ti y eres tan bonito que, te lo juro, te amo más que a cualquier otro muñeco de bruja en el mundo, a pesar de que los he hecho de toda clase... de arcilla, de cera, de ramas, de niebla nocturna, de bruma matutina, de espuma de mar y de humo de chimenea. Pero tú eres el mejor. De modo que presta atención a lo que te digo.

—Sí, tierna madre —asintió la figura—, con todo mi corazón.

—¡Con todo tu corazón! —exclamó la vieja bruja apretándose los flancos con las manos y riendo a carcajadas—. Tienes una forma tan buena de hablar. ¡Con todo tu corazón! ¡Y te tocaste el lado izquierdo del chaleco, como si en verdad tuvieras uno!

Así pues, entusiasmada con ese fantástico engendro, la Madre Rigby le dijo al espantapájaros que debía ir a desempeñar su papel en el gran mundo, donde —afirmó— ni un hombre de cada cien había sido forjado con una sustancia más real que la suya. Y para que pudiera mantener su cabeza erguida entre los mejores, lo dotó de una fortuna incalculable. Ésta consistía parcialmente en una mina de oro en Eldorado, en diez mil acciones sobre una burbuja reventada, en doscientas mil hectáreas de viñedos en el Polo Norte, y en un castillo en el aire, y el otro en España, junto con las rentas y beneficios de todas estas propiedades. Además le cedió la carga transportada por un cierto navío, que había embarcado sal en Cádiz y que ella misma había hecho naufragar con sus artes nigrománticas hacía diez años, en el abismo más profundo del océano. Si la sal no se había disuelto, y era posible ofrecerla en el mercado, los pescadores la pagarían muy bien. Para que no le faltara dinero suelto, le entregó un cuarto de penique

acuñado en Birmingham, que era la única moneda que tenía encima, y también una gran cantidad de bronce que aplicó contra su frente, poniéndola más amarilla y dura que antes.

—Sólo con esta cara dura —dijo la Madre Rigby— te podrás costear la vuelta al mundo. ¡Bésame, mi encanto! He hecho todo lo posible por ti.

Además, para que el aventurero pudiera iniciarse en la vida con todas las ventajas posibles, esta excelente anciana le entregó un salvoconducto mediante el cual debía presentarse ante un cierto magistrado, miembro del Ayuntamiento, comerciante y patriarca de la iglesia (cuatro funciones que se conjugaban en un mismo hombre) que encabezaba la sociedad de la metrópoli vecina. El salvoconducto consistía ni más ni menos que en una sola palabra, que la Madre Rigby le susurró al espantapájaros y que éste, a su vez, debería susurrar al comerciante.

—A pesar de que el viejo es gotoso, correrá para hacer lo que le ordenes después de que le hayas deslizado esta palabra en el oído —explicó la anciana bruja—. La Madre Rigby conoce al venerable juez Gookin, y el venerable juez Gookin conoce a la Madre Rigby.

Al decir esto la bruja acercó su cara arrugada a la del muñeco, sin poder contener la risa, y sacudiéndose por el deleite que le producía la idea que deseaba transmitir.

—La hija del venerable Gookin —susurró la hechicera— es una bonita doncella. ¡Y escucha con atención lo que te digo, mi pequeño! Tú tienes una linda facha y un buen ingenio propio. ¡Sí, bastante bueno! Te forjarás una mejor opinión de él cuando lo hayas cotejado con el ingenio de algunos otros. Ahora bien, con tu exterior y tu interior eres el hombre ideal para conquistar el corazón de una joven muchacha. ¡Jamás lo dudes! Te aseguro que será así. Asume una expresión audaz, suspira, sonríe, haz revolotear el sombrero, adelanta la pierna como un maestro de danza, llévate la mano derecha al costado izquierdo del chaleco... y la hermosa Polly Gookin te pertenecerá.

Durante todo este rato la nueva criatura no había cesado de chupar la pipa y de exhalar su vaporosa fragancia, y parecía consagrarse ahora a este pasatiempo tanto por el placer que le producía como porque era una condición esencial para su supervivencia. Era maravilloso ver hasta qué punto se comportaba como un ser humano. Sus ojos (porque parecía poseer un par) estaban fijos sobre la Madre Rigby, y en los momentos oportunos inclinaba o meneaba la cabeza. Tampoco le faltaban palabras apropiadas para la ocasión: «¡Vaya! ¡Por favor! ¡Le ruego que me lo cuente! ¿Es posible? ¡Quién lo habría dicho! ¡De ningún modo! ¡Oh! ¡Ah! ¡Ejem!», y otras ponderables exclamaciones que demuestran que el que escucha está atento, indaga, asiente o discrepa. Incluso si ustedes hubieran presenciado el proceso de fabricación del espantapájaros, difícilmente habrían resistido a la convicción de que entendía perfectamente los astutos consejos que la vieja bruja vertía en su remedo de oreja. Cuanto mayor era la seriedad con que se llevaba la pipa a los labios, tanto más nítido era su aspecto humano estampado entre las realidades visibles, tanto más sagaz se hacía su expresión, tanto más vivaces eran sus ademanes y movimientos, y tanto más inteligible era su voz. Sus prendas también refulgían intensamente con ilusoria magnificencia. La misma pipa, en la que ardía la causa de todo este hechizo, dejaba de

parecer un vulgar trozo de madera ennegrecido por el humo para transformarse en una pieza de espuma de mar, con una cazoleta pintada y boquilla de ámbar.

Sin embargo, era lógico pensar que, puesto que la vida de la ilusión parecía identificada con el humo de la pipa, se extinguiría también en el mismo momento en que el tabaco quedara reducido a cenizas. Pero la bruja previó esta posibilidad.

—No sueltes tu pipa, precioso mío —dijo ella—, mientras vuelvo a llenártela.

Fue penoso ver cómo el delicado caballero empezaba a disolverse de nuevo en un espantapájaros mientras la Madre Rigby sacudía las cenizas de la pipa y volvía a cargarla con el contenido de su tabaquera.

—¡Dickon! —gritó, con su voz enérgica y aguda—. ¡Otro tizón para esta pipa!

No había terminado de decirlo cuando el punto de fuego intensamente rojo volvió a brillar dentro de la cazoleta, y el espantapájaros, sin esperar la orden de la bruja, se llevó la boquilla a los labios y aspiró unas bocanadas breves y convulsivas, las cuales no tardaron, empero, en hacerse regulares y parejas.

—Ahora, amada criatura de mi corazón —dijo la Madre Rigby—, debes aferrarte a esta pipa sin preocuparte por lo que te suceda. Tu vida depende de ella y esto, por lo menos, lo sabes bien, aunque no sepas nada más. ¡Aférrate a tu pipa, te digo! Fuma, chupa, exhala tu nube de humo, y si alguien te pregunta algo, contesta que lo haces por tu salud, y que te lo ha ordenado el médico. Y, querido mío, cuando observes que se está agotando el contenido, vete a algún rincón y, después de haberte llenado de humo, grita con fuerza: «¡Dickon, una nueva ración de tabaco!», y «¡Dickon, otro tizón para mi pipa!», y vuelve a llevártela a los labios lo antes posible. De lo contrario, en lugar de ser un elegante caballero ataviado con una chaqueta recamada en oro, no serás más que un montón de estacas y harapos, y una bolsa de paja, y una calabaza mustia. Ahora puedes partir, tesoro mío, y que la suerte te acompañe.

—¡No temáis, madre! —dijo la figura, con voz profunda, exhalando una fuerte bocanada de humo—. ¡Triunfaré en la medida en que puede hacerlo un caballero honrado!

—¡Oh, terminarás por matarme! —chilló la vieja bruja, sacudida por la risa—. Eso estuvo bien dicho. ¡En la medida en que puede hacerlo un caballero honrado! Representas tu papel a la perfección. No hay nadie capaz de competir contigo en inteligencia, y si se tratara de elegir a un hombre sensato y prudente, con cerebro y eso que llaman corazón, y todo lo demás que debe tener un hombre, yo apostaría a tu favor contra cualquier otro bípedo. Gracias a ti me siento una bruja más hábil que ayer. ¿Acaso no te confeccioné yo? Y desafío a todas las brujas de Nueva Inglaterra a hacer otro como tú. ¡Toma, llévate mi báculo!

Aunque el báculo no era más que una simple vara de roble, asumió inmediatamente el aspecto de un bastón con empuñadura de oro.

—Esa cabeza de oro es tan inteligente como la tuya —dijo la Madre Rigby— y te guiará directamente hasta la puerta del venerable Maese Gookin. Vete ahora mismo, mi lindo cachorro, mi querido, mi precioso, mi tesoro; y si te preguntan cómo te llamas, di que tu nombre es Feathertop. Porque ostentas una pluma en tu sombrero y he introducido un puñado de plumas en el hueco de tu cabeza, y también tu peluca

pertenece al estilo que denominan «Feathertop», ¡de modo que Feathertop será tu nombre!

Así que Feathertop salió de la cabaña y se encaminó virilmente hacia la ciudad. La Madre Rigby permaneció en el umbral, muy satisfecha al ver cómo los rayos de sol refulgían sobre él, como si toda su pompa fuera auténtica, y con qué diligencia y cariño fumaba su pipa, y con qué elegancia marchaba, pese a la ligera rigidez de sus piernas. Lo siguió con la mirada hasta que se perdió de vista, y cuando desapareció en un recodo del camino lanzó en pos de él una bendición bruñida.

Poco antes de mediodía, cuando la calle principal de la ciudad vecina estaba en el apogeo de su vida y de su algazara, un forastero de muy distinguido porte apareció en la acera. Tanto su apostura como su indumentaria reflejaban sólo nobleza. Lucía una casaca de color ciruela ricamente bordada, un chaleco de fino terciopelo magníficamente ornamentado con hojas de oro, un par de espléndidas calzas escarlatas y las medias de seda blanca más tersas y resplandecientes. Su cabeza estaba tocada con una peluca, tan prolijamente empolvada y ajustada que habría sido un sacrilegio alborotarla con un sombrero; sombrero que, por lo tanto (recamado en oro y rematado por una nivea pluma), llevaba debajo del brazo. Sobre la pechera de su casaca brillaba una estrella. Balanceaba con gracia elegante su bastón con pomo de oro —típico de los exquisitos caballeros de la época—, y para dar el toque más refinado posible a su indumentaria lucía en las muñecas puños de encaje de una delicadeza casi etérea, como para testimoniar suficientemente cuán ociosas y aristocráticas debían ser las manos que ocultaban a medias.

Un detalle notable del equipo con que se acicalaba este brillante personaje era que en su mano izquierda llevaba una especie de pipa fantástica, con una cazoleta finamente pintada y una boquilla de ámbar. Cada cinco o seis pasos se llevaba esta pipa a los labios y aspiraba una profunda bocanada de humo que, después de permanecer un momento en sus pulmones, brotaba elegantemente de su boca y fosas nasales.

Como es fácil suponer, toda la calle bullía con los deseos de averiguar el nombre del forastero.

—Sin lugar a dudas es un noble poderoso —dijo uno de los vecinos—. ¿Veis la estrella que luce sobre el pecho?

—No; me encandila con su brillo —intervino otro—. Sí; tiene que ser necesariamente un noble, como decís vos. Pero ¿por qué medios creéis que su señoría ha viajado hasta aquí? Desde hace un mes no arriban barcos del viejo terruño; y si ha llegado por tierra desde el Sur, ¿dónde están, pregunto, sus sirvientes y su carruaje?

—No necesita carruaje para proclamar su rango —observó un tercero—. Si hubiera aparecido entre nosotros con harapos, su nobleza habría refulgido a través de un agujero del codo. Nunca vi un aspecto tan solemne. Doy fe de que por sus venas corre la vieja sangre normanda.

—A mi juicio, es holandés, o un habitante de la Alta Alemania —dijo otro vecino—. Los hombres de esos países llevan siempre la pipa en la boca.

—Y también la llevan los turcos —respondió su acompañante—. Pero desde mi punto de vista, este forastero se ha criado en la Corte francesa, y allí ha aprendido cortesía y buenos modales, que nadie practica como la nobleza de Francia. ¡Fijaos en su



marcha! Un espectador vulgar podría juzgarla rígida, podría definirla como un salto y una convulsión; pero para mis ojos tiene una inefable majestuosidad, y debe haber sido aprendida mediante la observación constante del porte del Gran Monarca. Es un embajador francés, que ha venido a discutir con nuestros gobernantes la cesión de Canadá. Su misión y carácter son bastante evidentes.

—Es más probable que sea español —dijo otro—, lo cual explicaría el color, amarillo de su tez; o es más fácil aún que sea un nativo de La Habana, o de algún puerto español del Caribe, y que venga a investigar los actos de piratería de los que se cree que nuestro Gobierno es cómplice. Los colonos de Perú y Méjico tienen; una piel tan amarilla como el oro que extraen de sus minas.

—¡Amarillo o no, es un hombre hermoso! —exclamó una dama—. ¡Tan alto, tan esbelto! Tiene facciones muy finas, muy nobles, con una nariz muy bien formada, y con una expresión tan delicada en los labios... ¡Y que Dios me bendiga, cómo brilla su estrella! ¡Verdaderamente, despidе fuego!

—Otro tanto le sucede a sus ojos, encantadora dama —dijo el forastero, con una reverencia y describiendo un arco en el aire con su pipa, pues pasaba por allí en ese instante—. Le juro por mi honor que me han fascinado.

—¿Es posible imaginar un cumplido más original y exquisito? —murmuró la dama, en el colmo del deleite.

En medio de la admiración general que despertó la presencia del forastero sólo se elevaron dos voces discordantes. Una fue la de un chucho impertinente que, después de olfatear los talones de la resplandeciente figura, metió la cola entre las patas y corrió a refugiarse en los fondos de la casa de su amo, emitiendo un aullido abominable. El otro disidente fue un chiquillo, que berreó a todo pulmón y balbuceó algún disparate ininteligible acerca de una calabaza.

Mientras tanto, Feathertop continuó su marcha calle arriba. Con excepción de las pocas palabras galantes que había dirigido a la dama, y de alguna ligera inclinación de cabeza de vez en cuando para retribuir las profundas reverencias de los transeúntes, parecía totalmente absorto en su pipa. Para atestiguar su abolengo y jerarquía no se necesitaba más prueba que la de la absoluta ecuanimidad con que se comportaba, en tanto que la curiosidad y la admiración de la ciudad crecían entorno a él hasta convertirse casi en un clamor. Con una multitud apiñada sobre sus huellas, llegó finalmente a la mansión del venerable juez Gookin, atravesó el portón, subió por la escalinata que conducía a la puerta de entrada y golpeó. Mientras tanto, antes de que contestaran su llamada, se observó que el forastero' sacudía las cenizas de su pipa.

—¿Qué fue lo que dijo con voz tan aguda? —preguntó uno de los espectadores.

—No lo sé —respondió su amigo—. Pero el sol me encandila de un modo extraño. ¡Qué borroso y desvaído veo de pronto a su señoría! ¡Ay de mis sentidos!, ¿qué me sucede?

—Lo maravilloso es —dijo el otro— que su pipa, que estaba apagada hace apenas un instante, se haya encendido de nuevo, y con la brasa más roja que he visto en mi vida. Este forastero tiene algo de extraño. ¡Qué bocanada de humo acaba de lanzar! ¿Lo encuentras borroso y desvaído? ¡Vaya, si cuando se vuelve, la estrella que luce sobre el pecho echa otra vez llamas!

—Es verdad —asintió su compañero—, y es probable que deslumbre a la bella Polly Gookin, a la que veo atisbar por la ventana de su cuarto.

Como en ese momento se abrió la puerta, Feathertop se volvió hacia la multitud, hizo una majestuosa reverencia, propia de un gran hombre que retribuye el homenaje de sus inferiores, y desapareció en el interior de la casa. Sobre sus facciones se dibujaba una sonrisa misteriosa, que quizá sería más correcto definir como una mueca sarcástica; pero entre todos los que le contemplaban nadie pareció tener la sensibilidad necesaria para descubrir la naturaleza fantástica del forastero, con excepción de un niño y un perro.

Aquí nuestra leyenda pierde un poco de continuidad y, pasando por alto la conversación preliminar entre Feathertop y el comerciante, partimos en busca de la bella Polly Gookin. Era una damisela de figura dulce y rozagante, con cabellos rubios y ojos azules, y una carita tersa y rosada que no parecía ni demasiado perspicaz ni demasiado tonta. Esta joven había divisado al fulgurante desconocido mientras él aguardaba en el umbral, y se había engalanado a continuación con una cofia de encaje, y con un collar de cuentas, y con su pañuelo más fino, y con su enagua de damasco más almidonada, preparándose para la entrevista. Luego corrió de su aposento a la sala, y desde ese momento se consagró a contemplarse en el amplio espejo de luna y a practicar actitudes seductoras: primero, una sonrisa; luego, un semblante de ceremoniosa dignidad; a continuación, una sonrisa más tierna que la primera, un beso de igual índole en su propia mano, y un movimiento de cabeza, agitando su abanico, en tanto que dentro del espejo una menuda e incorpórea doncella repetía todos los gestos e imitaba todas las bobadas que hacía Polly, pero sin avergonzarse por ello. En síntesis, si la bella Polly no se convirtió en un mecanismo tan perfecto como el ilustre Feathertop fue debido más a la insuficiencia de sus artes que a su falta de voluntad; y cuando jugaba así con su propia simpleza, el fantasma de la bruja bien podía concebir la ilusión de conquistarla.

No bien oyó Polly que las gotosas pisadas de su padre se aproximaban a la sala, seguidas por el duro repiqueteo de los zapatos de tacos altos de Feathertop, se sentó muy erguida y empezó a gorjear inocentemente una canción.

—¡Polly! ¡Polly, hija mía! —gritó el viejo comerciante—. Ven aquí, chiquilla.

Cuando Maese Gookin abrió la puerta tenía una expresión preocupada e inquieta.

—Este caballero —continuó, presentándole al forastero— es el caballero Feathertop, o mejor dicho, con su perdón, Milord Feathertop, quien me ha traído una prenda de recuerdo de una vieja amiga mía. Saluda a su señoría y trátalo con el respeto que merece.

Después de pronunciar estas breves palabras de presentación, el venerable magistrado abandonó inmediatamente el cuarto. Pero incluso en esa fugaz circunstancia, si la hermosa Polly hubiera mirado a su padre en lugar de consagrarse totalmente al deslumbrante huésped, quizás habría intuido que algo malo se cernía sobre ellos. El anciano estaba nervioso, sobresaltado y muy pálido. Con la intención de sonreír cortésmente, había crispado su rostro en una especie de mueca galvánica que, cuando Feathertop le volvió la espalda, se transformó en un gesto furibundo, al mismo

tiempo que blandía el puño y descargaba una patada con el pie gotoso, grosería que tuvo en sí su propio castigo.

En verdad parece ser que la palabra de presentación de la Madre Rigby, cualquiera que fuese, había influido mucho más sobre los temores del mercader que sobre su buena voluntad. Además, puesto que era un hombre dotado de un poder de observación extraordinariamente agudo, había notado que las figuras Pintadas en la cazoleta de la pipa de Feathertop se movían. Al observarla con mayor atención se convenció de que dichas figuras representaban un contingente de pequeños demonios, cada uno de ellos debidamente provisto de cuernos y cola. Los diablillos bailaban tomados de la mano, con morisquetas de satánica alegría en torno a la cazoleta de la pipa. Y como para confirmar sus sospechas, cuando Maese Gookin acompañó a su huésped a lo largo de un pasillo oscuro que conducía desde su habitación privada hacia la sala, la estrella que Feathertop ostentaba sobre el pecho despidió llamas de verdad y proyectó un resplandor fluctuante sobre la pared, el cielo raso y el piso.

Dado este cúmulo de síntomas siniestros que se manifestaban por todos lados, no es extraño que el mercader tuviera la impresión de estar comprometiendo a su; hija en una relación muy extraña. En lo recóndito de su ser maldijo la insinuante; elegancia de los modales de Feathertop, mientras el seductor personaje hacía reverencias, sonreía, se llevaba la mano al corazón, aspiraba una larga bocanada de su pipa y enriquecía la atmósfera con el ahumado vapor de un suspiro fragante y visible. El pobre Maese Gookin habría arrojado gustosamente a la calle a su peligroso huésped; pero se sentía constreñido y aterrorizado. Tememos que este respetable caballero hubiera concertado algún pacto con el principio del mal, en una etapa previa de su vida, y quizás ahora debía cumplir su parte, mediante el sacrificio de su hija.

Sucedía que la puerta de la sala estaba parcialmente formada por paneles de cristal, y protegidos por una cortina de seda, cuyos pliegues colgaban un poco al sesgo. El interés del mercader por presenciar lo que iba a suceder entre la bella Polly y el galante Feathertop era tan intenso que, después de salir del cuarto, no encontró fuerzas para abstenerse de espiar por los intersticios de la cortina.

Pero no había nada milagroso que ver, nada... a excepción de los detalles que había observado anteriormente y que confirmaban su idea de que un peligro sobrenatural amenazaba a la hermosa Polly.

Claro que el forastero era, evidentemente, un hombre de mundo, cabal y experimentado, sistemático y dueño de sí, por lo que pertenecía a esa categoría de personas a las que un padre no debe confiar la seguridad de una muchacha joven y sencilla sin considerar atentamente las consecuencias. El digno magistrado, que había tenido contacto con todos los niveles y caracteres humanos, no podía menos que notar que todos los movimientos y gestos del distinguido Feathertop eran los e adecuados, que nada quedaba en él de primitivo o espontáneo; que un convencionalismo bien digerido se había integrado plenamente a su sustancia y lo había transformado en una obra de arte. Quizá ésta era la cualidad que le impartía un cierto aire terrorífico y apabullante. Todo aquello que es completa y consumadamente artificial bajo una forma humana tiende a impresionarnos como irreal y desprovisto de sustancia suficiente para proyectar su sombra sobre el piso. En el caso de Feathertop, todos estos elementos

contribuían a dar una sensación absurda, extravagante y fantástica, como si su vida y su ser estuvieran emparentados con el humo que se levantaba en espiral desde su pipa.

Pero el sentir de Polly Gookin era otro. En ese momento la pareja se paseaba por el cuarto: Feathertop, con su paso exquisito y su no menos exquisita mueca; la joven, con una gracia virginal innata, apenas teñida, aunque no estropeada, por una actitud ligeramente melindrosa, que parecía reflejar la perfecta afectación de su compañero. Cuanto más se prolongaba esta entrevista tanto más fascinada se sentía la encantadora Polly, hasta que, en el transcurso del primer cuarto de hora (tal como el anciano magistrado controló con su reloj), empezó evidentemente a sentirse enamorada. No fue necesariamente la brujería la que la doblegó en un lapso tan breve. Es posible que el corazón de la pobre criatura estuviera tan inflamado que se derretió con su propio calor reflejado sobre la hueca imagen de un amante. Cualesquiera que fuesen las palabras que pronunciaba Feathertop, éstas penetraban y reverberaban profundamente en los oídos de Polly; e hiciera lo que hiciese, sus actos asumían una dimensión heroica ante sus ojos. Y hay que suponer que a todo esto las mejillas de Polly ya estaban arrebatadas, que había en su boca una sonrisa y en su mirada una líquida ternura, en tanto que la estrella continuaba brillando sobre el pecho de Feathertop y los diablillos triscaban con una alegría cada vez más frenética en torno a la cazoleta de su pipa. ¡Ay, bella Polly Gookin! ¿Por qué esos demonios se regocijaban tan locamente cuando un tonto corazón inmaculado estaba a punto de entregarse a una sombra? ¿Era un infortunio tan insólito, un triunfo tan singular?

De vez en cuando, Feathertop se detenía y, adoptando una postura imponente, parecía invitar a la hermosa joven a estudiar su figura y a continuar resistiendo, si ello era posible. Su estrella, sus encajes, sus hebillas, relumbraban en ese instante con inefable esplendor; los pintorescos colores de su indumentaria asumían tonos más vivos; su presencia íntegra irradiaba un fulgor y un lustre que atestiguaba el cabal estilo demoníaco de sus pulidos modales. La doncella levantó los ojos y los posó sobre su acompañante con una expresión tímida y admirada. Luego, como si quisiera juzgar qué valor podía tener su propia sencilla donosura junto a tanta magnificencia, echó una mirada en dirección al espejo que estaba frente a ellos. Sus reflejos eran de los más veraces e incapaces de cualquier adulación. Pero apenas las imágenes allí reflejadas impresionaron la vista de Polly, lanzó un grito, se apartó del forastero, lo miró fugazmente con la más tremenda consternación, y se desplomó sin conocimiento sobre el piso. Feathertop también había mirado en dirección al espejo y allí vio no la deslumbrante falsedad de su despliegue exterior, sino la imagen del sórdido pastiche de su composición auténtica, despojado de todo embrujo.

¡Infeliz simulacro! Casi lo compadecemos. Levantó los brazos con un gesto de desesperación que contribuyó más que cualquiera de sus esfuerzos anteriores a reivindicar su naturaleza humana; porque quizá por primera vez desde que empezó a transcurrir esta vida a menudo hueca y engañosa de los mortales, una quimera se había visto nítidamente a sí misma y se había reconocido como tal.

La Madre Rigby estaba sentada junto a la chimenea de su cocina en el crepúsculo de aquella memorable jornada, y acababa de sacudir las cenizas de su nueva pipa

cuando oyó que alguien corría por el camino. Sin embargo, no le pareció que se tratara de pisadas humanas, sino de un tabletear de maderas o un entrechocar de huesos secos.

«¡Ah! —pensó la vieja bruja—, ¿qué pasos son éstos? Me pregunto a quién pertenece el esqueleto que ha escapado ahora de su tumba.»

Una figura se lanzó de cabeza por la puerta de la cabaña. ¡Era Feathertop! Su pipa estaba todavía encendida; la estrella llameaba aún sobre su pecho; los alamares continuaban brillando sobre sus ropas; y no había perdido tampoco, en una medida o forma perceptible, el aspecto que lo equiparaba a nuestra fraternidad humana. Y, no obstante, por alguna razón inexplicable (tal como sucede siempre que desenmascaramos algo que nos ha engañado), era posible vislumbrar la pobre realidad, debajo del artero disfraz.

—¿Qué te ha sucedido? —preguntó la bruja—. ¿Acaso ese lloriqueante hipócrita arrojó a mi amorcito de su casa? ¡El villano! ¡Enviaré veinte demonios., para que le atormenten hasta que te ofrezca a su hija de rodillas!

—No, madre —respondió Feathertop, amargamente—. No fue eso lo que sucedió.

—¿Acaso la chica despreció a mi precioso? —inquirió la Madre Rigby, mientras sus ojos feroces brillaban como dos carbones de Tofet—. ¡Le cubriré la cara de pústulas! ¡Su nariz se pondrá tan roja como el tizón de tu pipa! ¡Se le caerán los dientes de delante! ¡Dentro de una semana no valdrá la pena que la consigas!

—Dejadme en paz, madre —contestó el pobre Feathertop—. La muchacha estaba casi conquistada. Y pienso que un beso de sus dulces labios me habría hecho totalmente humano. Pero —agregó después de una breve pausa, seguida por un bufido de desprecio por sí mismo—, ¡yo me he visto, madre! ¡He visto la cosa; infame, harapienta y vacía que soy! ¡No continuaré viviendo!

Arrancándose la pipa de la boca, la arrojó con toda su fuerza contra la chimenea, y en ese mismo instante cayó al suelo, convertido en un montón de paja' y ropas andrajosas, de donde asomaban algunas estacas con una calabaza arrugada en medio. Las órbitas oculares carecían ahora de brillo, pero el tajo groseramente tallado —que un momento antes había sido una boca— aún parecía crispase en una mueca desesperada, y por ello conservaba su carácter humano.

—¡Pobre criatura! —murmuró la Madre Rigby, echando una mirada pesarosa a los restos de su malhadado engendro—. ¡Mi pobre, amado y bello Feathertop! Hay miles y miles de petimetres y charlatanes en el mundo forjados como él con,' una misma sarta de desperdicios ruinosos, olvidados e inútiles. Y, sin embargo, viven plácidamente y nunca se contemplan tal como son en realidad. ¿Por qué mi pobre muñeco debió ser el único que se conoció a sí mismo y murió por ello?

Mientras mascullaba de este modo, la bruja volvió a cargar su pipa con tabaco y sostuvo la boquilla entre los dedos, como dudando si debía insertarla en su propia boca o en la de Feathertop.

—¡Pobre Feathertop! —continuó—. Podría darle fácilmente otra oportunidad y lanzarlo mañana al mundo de nuevo. Pero no; sus sentimientos son demasiado tiernos, y su sensibilidad demasiado profunda. Parece tener demasiado corazón para pelear por su propio bienestar en un mundo tan vacío y despiadado. Bien, bien; al fin y al cabo, lo utilizaré como espantapájaros. Esta es una vocación inocente Y útil, y muy apropiada

para mi tesoro; y si cada uno de sus hermanos de carne y hueso tuviera otra igualmente adecuada, la humanidad marcharía mejor. Y en cuanto a esta pipa, la necesito más que él.

Dicho lo cual, la Madre Rigby se acomodó la boquilla entre los labios:

—¡Dickon! —gritó, con voz aguda y destemplada—. ¡Otro tizón para mi pipa!

## LOS NUEVOS ADÁN Y EVA

Nosotros, que hemos nacido dentro del sistema artificial del mundo, nunca podremos saber adecuadamente lo poco que hay de natural en nuestro estado y circunstancias presentes, y cuánto se debe simplemente la interpolación de la mente y el corazón pervertidos del hombre. El arte se ha convertido en una segunda naturaleza, más potente; es una madrastra cuya ternura astuta nos ha enseñado a despreciar los servicios bondadosos y sanos de nuestros padres auténticos. Sólo mediante la imaginación podemos debilitar esos grilletes de hierro, a los que llamamos verdad y realidad, y darnos cuenta aunque sólo sea parcialmente de hasta qué punto somos prisioneros. Por ejemplo, supongamos que se ha demostrado cierta la interpretación que de las profecías hacía el buen padre Miller. El día del Juicio Final ha estallado sobre el globo barriendo por completo la raza de los hombres. En las ciudades y en los campos, en las costas y en las regiones montañosas del interior, en los vastos continentes y hasta en las islas más remotas de los océanos han desaparecido todos los seres vivos. Ningún aliento de un ser creado turba esta atmósfera terrenal. Pero las moradas del hombre y todo lo que éste ha logrado, las huellas de sus andaduras y los resultados de su trabajo, los símbolos visibles de su esfuerzo intelectual y su progreso moral —en resumen, todo lo físico que puede dar prueba de su posición actual— permanecerá sin ser tocado por la mano del destino. Entonces, para que hereden y vuelvan a poblar esta tierra desértica y vacía, supongamos que han sido creados un nuevo Adán y una nueva Eva con pleno desarrollo de la mente y el corazón, pero sin el conocimiento de sus predecesores ni de las circunstancias enfermas que se han incrustado a su alrededor. Esa pareja distinguiría enseguida entre arte y naturaleza. Su instinto e intuición reconocerían inmediatamente la sabiduría y simplicidad de la última; mientras que la primera, con sus perversidades elaboradas, les ofrecería una continua sucesión de enigmas.

Intentemos, mitad como diversión y mitad seriamente, seguir a esos herederos imaginarios de nuestra mortalidad a lo largo de su experiencia del primer día. Sólo ayer se extinguió la llama de la vida humana; una noche entera ha transcurrido sin aliento; y ahora se acerca otra mañana esperando encontrar la tierra tan desolada como en la tarde anterior.

Ha amanecido. El este adopta su rubor inmemorial aunque ningún ojo humano lo esté contemplando; pues todos los fenómenos del mundo natural se renuevan a pesar de la soledad que se extiende ahora por el globo. Todavía hay belleza en la tierra, el mar y el cielo, por la belleza misma. Pero pronto habrá espectadores. Exactamente cuando el primer rayo de sol cubre de oro las cumbres de las montañas de la tierra, cobran vida dos seres, pero no en un edén que ha florecido para dar la bienvenida a nuestros primeros padres, sino en el corazón de una ciudad moderna.

Descubren que existen y se miran a los ojos. Su emoción no es asombro; tampoco se sienten perplejos por el esfuerzo de descubrir qué son, de dónde vienen y por qué están ahí. Cada uno se satisface con el hecho de ser, porque el otro existe igualmente; y

su primera conciencia es de calma y gozo mutuo, que no les parece haber nacido en ese mismo momento, sino prolongarse desde una eternidad pasada. Así, contentos con una esfera interior que habitan conjuntamente, de inmediato el mundo exterior no les turba en esa observación.

Sin embargo, muy pronto sienten la necesidad invencible de esta vida terrenal y empiezan a reconocer los objetos y circunstancias que les rodean. Quizás el paso más decisivo que tengan que dar se produzca cuando por primera vez se apartan de la realidad de su mirada mutua para pasar a los sueños y sombras que les confunden en todos los otros lugares.

—Dulcísima Eva, ¿dónde estamos? —pregunta el nuevo Adán, pues el lenguaje, o algún modo de expresión equivalente, ha nacido con ellos y se produce tan naturalmente como la respiración—. Creo que no reconozco este lugar.

—Tampoco yo, querido Adán —contesta la nueva Eva—. ¡Y qué extraño es! ¡Permite que me acerque a tu lado para contemplarte sólo a ti; pues todo lo demás que veo turba y confunde mi espíritu!

—No, Eva —contesta Adán, que parece tener una tendencia más fuerte hacia el mundo material—. Será bueno que aprendamos un poco de estas cosas. Aquí nos encontramos en una situación extraña. Observemos lo que nos rodea.

Seguramente lo que ven es suficiente para colocar a los nuevos herederos de la tierra en un estado de perplejidad sin esperanza. ¡Las largas líneas de edificios, con las ventanas brillando en el amanecer amarillo, y la calle estrecha en medio, con su pavimento vacío que había sido recorrido y golpeado por ruedas que ahora traquetean en un pasado irrevocable! ¡Las señales, jeroglíficos ininteligibles! ¡La deformidad cuadrada y fea, regular o irregular, de todo lo que encuentra el ojo! ¡Las marcas de desgaste y de decadencia y falta de renovación que distinguen las obras del hombre del crecimiento de la Naturaleza! ¿Qué hay en todo esto que sea capaz de producir el más ligero significado en unas mentes que no saben nada del sistema artificial implicado en cada farol o en cada ladrillo de las casas? Además, la soledad y el silencio absolutos en un escenario que originalmente surgía del ruido y el ajetreo tiene que producir necesariamente un sentimiento de desolación incluso en Adán y Eva, que no pueden sospechar que pertenecen a la existencia humana recientemente extinta. En un bosque, la soledad sería vida; pero en una ciudad es muerte.

La nueva Eva mira a su alrededor con una sensación de duda y desconfianza, lo mismo que una dama de ciudad, hija de innumerables generaciones de ciudadanos, experimentaría si de pronto se viera transportada al jardín del Edén. Finalmente, bajando la mirada descubre una pequeña mata de hierba que empieza a brotar entre las piedras del pavimento; la coge ilusionada y se da cuenta de que esa pequeña mata de hierba despierta alguna respuesta dentro de su corazón. La Naturaleza no encuentra ninguna otra cosa que ofrecerle. Adán, tras mirar la calle arriba y abajo sin detectar un solo objeto que pueda entender, vuelve finalmente su frente hacia el cielo. Allí hay, ciertamente, algo que su alma interior reconoce.

—Mira allí, Eva mía —grita—. Seguramente deberíamos habitar entre esas nubes de tonos dorados o en el azul profundo que hay tras ellas. No sé cómo ni cuándo, pero



evidentemente nos hemos alejado de nuestra casa; pues aquí no veo nada que parezca pertenecemos.

—¿Y no podremos subir allí? —pregunta Eva.

—¿Por qué no? —contesta Adán con esperanza—. Pero no; hay algo que nos sujeta aquí abajo a pesar de nuestros esfuerzos. Quizás después podamos encontrar un camino.

Con la energía de la nueva vida la ascensión al cielo no parece una hazaña imposible. Pero ya han recibido una triste lección que puede acabar por reducirles al nivel de la raza desaparecida, cuando reconozcan la necesidad de seguir los caminos de tierra batida. Comienzan a pasear por la ciudad con la esperanza de encontrar la salida de esa esfera desagradable. A pesar de la elasticidad reciente de sus espíritus, han descubierto ya la idea del aburrimiento. Les observamos entrar en algunas tiendas y edificios públicos o privados; pues todas las puertas, ya sean de un concejal o de un mendigo, de una iglesia o de un edificio estatal, han quedado totalmente abiertas por el mismo agente que acabó con quienes en ellas vivían.

Sucede entonces que hacen la primera visita a unos almacenes de artículos de moda, lo que es afortunado pues Adán y Eva siguen llevando unos vestidos más convenientes para el Edén. No hay dependientes corteses pero inoportunos que se apresuren a recibir sus pedidos; no hay una multitud de damas revolviendo entre las elegantes telas parisinas. Todo está desértico; el comercio se ha detenido y ni siquiera un eco del santo y seña nacional, el «¡pasen ustedes!» perturba la tranquilidad de los nuevos clientes. Pero hay muestras de las últimas modas terrenales, sedas de todos los tonos, y lo que hay de más delicado o espléndido para la decoración de la forma humana esparcido por alrededor con la misma abundancia que las hojas brillantes del otoño en un bosque. Adán examina algunos artículos, pero los aparta descuidadamente con cualquier exclamación que en el nuevo vocabulario de la Naturaleza corresponda a un «¡puaf!» o un «¡bah!». Sin embargo Eva —y dicho sea esto sin ofender a su pudor original— examina estos tesoros de su sexo con un interés más pronunciado. Sobre el mostrador había un par de corsés; los examina con curiosidad, pero no sabe qué puede hacer con ellos. Coge luego una seda de moda mientras en la oscuridad se mueven a tientas anhelos oscuros, pensamientos que van de aquí para allá, instintos.

—En general no me gusta —comenta ella dejando sobre el mostrador la tela brillante—. Pero es muy extraño, Adán. ¿Qué pueden significar estas cosas? Seguramente debería saberlo; es como si me introdujeran en un laberinto.

—¡Bah! Mi querida Eva, ¿por qué inquietar tu cabecita con esas tonterías? —pregunta Adán en un ataque de impaciencia—. Vayámonos a otra parte. Pero un momento... ¡fíjate qué hermoso! ¡Mi queridísima Eva, qué encanto has dado a esa túnica sólo con ponértela por encima de los hombros!

Pues Eva, con el gusto que la Naturaleza había introducido en su composición, se ha envuelto en unos restos de esa exquisita gasa plateada, produciendo un efecto que da a Adán su primera idea acerca del embrujo del vestido. Contempla a su esposa bajo una luz nueva y con una admiración renovada; pero difícilmente se acomodaba con algo que no fuera los cabellos dorados de Eva. No obstante, emulando el ejemplo de ésta coge un manto de terciopelo azul y se lo pone tan pintorescamente que podría

parecer que le había caído desde el cielo sobre su imponente figura. Así vestidos, salieron en busca de nuevos descubrimientos.

Entraron después en una iglesia, pero no para exhibir sus hermosas ropas, sino atraídos por su aguja que señalaba hacia el cielo, al que deseaban ya ascender. Al cruzar la puerta un reloj, al que había dado cuerda el sacristán en su último acto terrenal, dio la hora con tono profundo y reverberante; pues el tiempo ha sobrevivido a su anterior progenie y con la lengua de hierro que le dio el hombre está hablando ahora a sus dos nietos. Ellos le escuchan, pero no le entienden. La Naturaleza mediría el tiempo por la sucesión de pensamiento y actos que constituyen la vida real, y no por las horas de vaciedad. Ascienden por la nave lateral de la iglesia y elevan la mirada al techo. Si nuestro Adán y Eva hubieran sido mortales de alguna ciudad europea y se hubieran perdido en la amplitud y en lo sublime de una catedral antigua, habrían reconocido el propósito con el que la levantaron sus fundadores de almas profundas. Lo mismo que el horror oscuro de un bosque antiguo, su misma atmósfera les habría incitado a rezar. Pero no podía darse esa influencia dentro de las pequeñas paredes de una iglesia metropolitana.

Sin embargo, alguna fragancia de la religión permanece todavía allí, el legado de las almas piadosas que recibieron la gracia de disfrutar de un anticipo de la vida inmortal. Quizás alentaron la profecía de un mundo mejor para sus sucesores, aunque les habrían resultado detestables todas las preocupaciones y calamidades del mundo presente.

Eva, hay algo que me impulsa a mirar hacia arriba; pero me inquieta ver ese techo entre nosotros y el cielo. Sigamos avanzando y quizás vislumbremos un Gran rostro mirándonos.

—Sí; un Gran rostro con un haz de amor brillante sobre él, como la luz de sol. — respondió Eva—. Seguramente hemos visto ese semblante en alguna parte.

Salieron de la iglesia y, arrodillándose en el umbral, dieron salida al natural instinto de adoración del espíritu hacia un Padre benefactor. Pero en realidad su vida había sido hasta entonces una oración continua. La pureza y la simplicidad mantienen una conversación constante con su Creador.

Les vemos entrar ahora en un Tribunal de Justicia. Pero ¿pueden tener la más remota concepción de los propósitos de tal edificio? ¿Cómo puede ocurrírseles la idea de que sus hermanos humanos, de naturaleza semejante a la de ellos, e incluidos originalmente en la misma ley del amor que es la única norma de su vida, hubieran necesitado alguna vez un refuerzo exterior de la verdadera voz interior de sus almas? ¿Y qué podrían enseñarles los tristes misterios del crimen salvo una experiencia triste, resultado oscuro de muchos siglos? ¡Ay, Sede del Juicio, no fuiste establecida para los puros de corazón, ni para la simplicidad de la Naturaleza, sino para los hombres duros y llenos de arrugas, y para el montón acumulado de los errores terrenales. Tú eres el símbolo mismo del estado pervertido del hombre.

En un paseo vano, nuestros caminantes visitan después una Cámara Legislativa, y Adán coloca a Eva en la silla del portavoz, sin darse cuenta de la moral que de ese modo ejemplifica. ¡El intelecto del hombre moderado por la ternura y el sentido moral de la mujer! Si de esa manera se legislara el mundo no habría necesidad de cámaras

legislativas, capitolios, parlamentos y ni siquiera de esas pequeñas asambleas de patriarcas que se celebraban bajo la sombra de los árboles y por medio de las cuales la libertad fue interpretada por primera vez a la humanidad en nuestras costas nativas.

¿Adónde fueron después? Un destino perverso parece confundirlos presentándoles uno tras otro los acertijos que la humanidad plantea al universo errante, y deja sin resolver tras su propia destrucción. Entran en un edificio de severa piedra gris que está aislado en medio de los otros, triste incluso bajo la luz del sol, a la que apenas deja penetrar a través de las ventanas enrejadas. Es una prisión. El carcelero ha abandonado el puesto al ser llamado por una autoridad superior a la del comisario. Pero ¿y los prisioneros? ¿Cuando el mensajero del destino abrió todas las otras puertas respetó la advertencia del magistrado y la sentencia del juez, y dejó que los internos de los calabozos fueran entregados para que siguiera su curso la ley terrenal? No; un juicio nuevo se había celebrado en un tribunal superior, que puede poner juntos al juez, al jurado y al prisionero, quizás encontrando que ninguno de ellos es menos culpable que los otros. La cárcel, como la tierra entera, es ahora soledad, y así ha perdido parte de su lóbrega tenebrosidad. Pero están allí las celdas estrechas como tumbas, aunque más resacas y mortales, porque en ellas el espíritu inmortal fue enterrado con el cuerpo. En las paredes aparecen inscripciones garabateadas con un lápiz o rascadas con una uña sucia; breves palabras de dolor, quizás, o el desafío desesperado del culpable contra el mundo, o simplemente el registro de una fecha con la que el autor se esforzaba por mantener la cuenta de la marcha de la vida. Ya no existe una mirada viva que pueda descifrar esos recuerdos.

Y salidos tan recientemente de la mano de su Creador, los nuevos habitantes de la tierra, y también sus descendientes durante mil años, no pueden descubrir que ese edificio fue un hospital para la peor enfermedad que podía afligir a sus predecesores. Sus pacientes llevaban las marcas externas de esa lepra con la que todos estaban infectados en mayor o menor medida. Estaban enfermos, y eran los más puros de sus hermanos, con la plaga del pecado. ¡Una enfermedad ciertamente mortal! Sintiendo sus síntomas dentro del pecho, los hombres los ocultaban con miedo y vergüenza, mostrándose más crueles con aquellos desgraciados cuyas llagas pestíferas eran evidentes para el ojo común. Nada, salvo un vestido rico, podía ocultar la plaga. En el curso de la vida del mundo, se intentaron todos los remedios para curarla y extirparla, salvo el único, la flor que crecía en el cielo y era soberana sobre todas las miserias de la tierra. ¡El hombre no había intentado nunca curar el pecado por medio del AMOR! Si sólo una vez hubiera hecho ese esfuerzo, quizás no habría habido necesidad de ese lazareto oscuro por el que deambulaban Adán y Eva. ¡Apresuraos en vuestra inocencia para que las manchas húmedas de estas paredes todavía conscientes no os infecten y se propague así otra raza caída!

Pasando del interior de la prisión al espacio existente dentro de su muro exterior, Adán se detiene bajo una estructura de lo más simple, pero que para él es totalmente inexplicable. Se compone sólo de dos postes erguidos que sirven de apoyo a una viga transversal de la que cuelga una cuerda.

—¡Eva, Eva! —grita Adán estremeciéndose con un horror inexpressable— ¿Qué puede ser esto?

—No lo sé —responde Eva—. ¡Pero Adán, mi corazón se siente enfermo! ¡Parece como si no existiera ya el cielo... no hubiera luz del sol!

Bien podía Adán estremecerse, y la pobre Eva sentirse enferma, pues ese objeto misterioso era el símbolo del sistema de la humanidad para enfrentarse a las grandes dificultades que Dios le había dado para que solucionara: un sistema miedo y venganza, que nunca tuvo éxito pero que fue seguido hasta el final. A en la mañana de la cita final, un criminal —un criminal, cuando no había nadie que careciera de culpa— había muerto en la horca. Si el mundo hubiera oído los pasos que se acercaban de su propio destino, no habría sido inapropiado cerrar así, registro de sus actos con uno tan característico.

Los dos peregrinos se alejaron entonces presurosamente de la cárcel. Si hubieran sabido que los antiguos habitantes de la tierra estaban encerrados en un error artificial, inmovilizados y encadenados por sus perversiones, habrían comparado todo el mundo moral con una prisión, y habrían considerado que la eliminación de la raza era una libertad general en las cárceles.

Entraron después sin anunciarse, aunque habrían podido tocar en vano en el timbre de la puerta, en una mansión privada, una de las más majestuosas de Beacon Street. Unos compases musicales salvajes y quejumbrosos tiemblan por la casa, elevándose a veces como un sonido solemne de órgano, y otras disminuyendo hasta, convertirse en el más débil murmullo, como si algún espíritu interesado por la familia desaparecida se quejara en la soledad del salón y la cámara. Quizás una virgen, la más pura de la raza mortal, ha quedado atrás para cantar un réquiem por toda la humanidad. No es así. Son los tonos de un arpa eólica a través de la cual la Naturaleza vierte la armonía que yace oculta en cada aliento, ya sea una brisa veraniega o una tempestad. Adán y Eva se pierden en un embeleso que no se mezcla con la sorpresa. El viento pasajero que agitó las cuerdas del arpa se ha callado antes de que puedan pensar en examinar los muebles espléndidos, las alfombras vistosas y la arquitectura de las habitaciones. Estas cosas distraen sus ojos carentes de práctica, pero no evocan nada en sus corazones. Ni siquiera los cuadros que hay sobre las paredes excitan apenas un interés más profundo; pues en la pintura hay algo radicalmente artificial y engañoso con lo que no pueden simpatizar las mentes de simplicidad primigenia. Los huéspedes sin invitación examinan una fila de retratos familiares, aunque demasiado sombríos para reconocerlos como hombres y mujeres bajo el disfraz de un ropaje absurdo, y con los rasgos y la expresión degradados que han heredado a través de generaciones de decadencia física y moral.

Sin embargo el azar les presenta cuadros de belleza humana recién salidos de la mano de la Naturaleza. Al entrar en un magnífico apartamento se sorprenden, sin asustarse, al ver dos figuras que avanzan hacia ellos. ¿No resulta horrible imaginar que en el ancho mundo quedara alguna vida que no fuera la de ellos?

—¿Cómo es esto? —exclama Adán—. Mi hermosa Eva, ¿estás en dos sitios al mismo tiempo?

—¡Y tú también, Adán! —responde Eva, con vacilación, pero encantada—. Seguramente esa forma noble y encantadora es la tuya. Y sin embargo, estás aquí a mi lado. Me contento con uno. Creo que no debería haber dos.

El milagro lo ha producido un espejo alto cuyo misterio enseguida descubren, pues la Naturaleza crea un espejo para el rostro humano en cada estanque de agua, y para sus propios y amplios rasgos en los lagos tranquilos. Complacidos y satisfechos de mirarse a sí mismos, descubren ahora en una esquina del salón la estatua de mármol de un niño tan exquisitamente idealizado que casi es digno de asemejarse proféticamente a su primer hijo. La escultura en su más alto grado de excelencia es más auténtica que la pintura y puede parecer que ha evolucionado de un germen natural, por la misma ley que una hoja o una flor. La estatua del niño impresiona a la pareja solitaria como si se tratara de un compañero; asimismo sugiere secretos del pasado y del futuro.

—¡Esposo mío! —susurra Eva.

—¿Qué dices, queridísima Eva? —pregunta Adán.

—Me pregunto si estaremos solos en el mundo —contesta ella con una sensación semejante al miedo al pensar en otros habitantes—. ¡Qué cuerpo tan pequeño y encantador! ¿Respiró alguna vez? ¿O es sólo la sombra de algo real, como nuestras imágenes en el espejo?

—¡Resulta extraño! —contesta Adán apretándose la frente con la mano—. Todo está lleno de misterios a nuestro alrededor. Hay una idea que pasa continuamente ante mí: ¡ojalá pudiera agarrarla! Eva, Eva ¿estamos pisando las huellas de seres que se asemejaban a nosotros? Si es así, ¿adónde han ido? ¿Y por qué su mundo es tan poco adecuado para que nosotros vivamos en él?

—Sólo nuestro gran Padre lo sabe —contesta Eva—. Pero algo me dice que no siempre estaremos solos. ¡Y qué dulce sería que otros seres nos visitaran en la forma de esa bella imagen!

Recorren después la casa y encuentran por todas partes señales de la vida humana, que ahora, con la idea que recientemente se les ha sugerido, provoca una curiosidad más profunda en sus pechos. La mujer ha dejado allí rastros de su delicadeza y refinamiento, y de sus amables trabajos. Eva registra una cesta de trabajo e instintivamente introduce en un dedal la punta rosácea de su dedo. Coge una pieza de encaje, en el que resplandecen flores de imitación, en una de las cuales ha dejado su aguja una hermosa dama de la raza desaparecida. ¡Qué pena que el Día del Juicio se hubiera anticipado a la finalización de una tarea tan útil! Eva se siente casi consciente de la habilidad para terminarla. Un piano ha quedado abierto. Pasa la mano descuidadamente sobre las teclas y toca repentinamente una melodía no menos natural que los compases del arpa eólica, pero gozosa con la danza de su vida todavía sin carga alguna. Cruzando una oscura entrada encuentran una escoba tras la puerta; y Eva, que comprende toda la naturaleza de la feminidad, tiene una idea oscura de que es un instrumento apropiado para su mano. En otra estancia ven una cama con dosel, y todos los instrumentos de un lujoso reposo. Un montón de hojas del bosque les serviría para ello más adecuadamente. Entran en el cuarto de los niños y se quedan perplejos al ver los pequeños batines y gorras, los zapatos diminutos y una cuna entre cuyos ropajes todavía puede verse la impresión de la forma de un bebé. Adán apenas si se da cuenta de esas menudencias, pero Eva entra en una especie de reflexión muda de la que apenas es posible sacarla.

Por una situación de lo más desafortunada iba a darse una gran fiesta en esa mansión el mismo día en el que toda la familia humana, incluyendo los invitados, fueron convocados a las desconocidas regiones del espacio ilimitado. En el momento fatal la mesa estaba ya puesta y el grupo a punto de sentarse. Sin que les hubieran invitado, Adán y Eva acuden al banquete; lleva ya algún tiempo frío, aunque les proporciona muestras espléndidas de la gastronomía de sus predecesores. Es difícil imaginar la perplejidad de esa pareja no pervertida al tratar de encontrar alimentos adecuados para su primera comida en una mesa en la que el apetito cultivado de un grupo selecto iba a ser gratificado. ¿Les enseñará la Naturaleza el misterio de un plato de sopa de tortuga? ¿Les dará la audacia de atacar una pata de carne de venado? ¿Les iniciará en los méritos de la pastelería parisina traída en el último vapor que cruzó el Atlántico? ¿O más bien no les hará apartarse con desagrado del pescado, las aves y la carne, que para su olfato puro exhalan un desagradable olor de muerte y corrupción? ¿Comida? El menú de ésta no contiene nada que ellos reconozcan como tal.

Afortunadamente, sin embargo, el postre está preparado en una mesa vecina. Adán, en quien el apetito y los instintos animales son más rápidos que los de Eva, descubre ese banquete apropiado.

—Aquí, querida Eva —exclama—. Aquí hay comida.

—Estupendo —responde ella con el germen de un ama de casa agitándose en su interior—. Hemos estado tan atareados hoy que cualquier cosa nos servirá para la cena.

Eva se acerca a la mesa y recibe de la mano de su esposo una manzana roja como compensación del regalo fatal de su predecesora a nuestro antepasado común. La come sin pecado, y esperemos que sin consecuencias desastrosas para sus descendientes futuros. Toman una comida abundante aunque moderada de frutas, que si bien no han sido recogidas en el Paraíso, derivan legítimamente de las semillas que allí se plantaron. Su apetito principal ha quedado satisfecho.

—¿Qué beberemos, Eva? —pregunta Adán.

Eva mira entre algunas botellas y frascos que, al contener líquidos, piensa que es natural que resulten adecuados para apagar la sed. Pero jamás antes el clarete, el vino del Rin y el de Madeira, de ricos y raros perfumes, provocaron tal desagrado como ahora.

—¡Puah! —exclama tras oler varios vinos—. ¿Qué es lo que contendrán? Los seres que estuvieron antes que nosotros no debían poseer la misma naturaleza que la nuestra: pues ni su hambre ni su sed eran como las nuestras.

—Por favor, pásame esa botella —dice Adán—. Si un mortal puede beberla, humedeceré con ella mi garganta.

Tras algunas protestas, ella coge una botella de champán, pero se asusta por la explosión repentina del corcho y la deja caer al suelo. Allí efervesce el licor que aún no han probado. De haberlo bebido habrían experimentado ese breve delirio con el que, excitado por causas morales o físicas, el hombre trataba de recompensarse por los placeres tranquilos y largos que había perdido al rebelarse contra la Naturaleza. Finalmente, en un refrigerador Eva encuentra una jarra de cristal de agua tan pura, fresca y brillante como la que salió nunca de una fuente entre las colinas. Los dos beben,

y tan refrescados se sienten que se preguntan el uno al otro si ese líquido precioso no será idéntico al de la corriente de la vida que hay dentro de ellos.

—Y ahora tenemos que intentar descubrir qué tipo de mundo es éste, y por qué hemos sido enviados aquí —comenta Adán.

—¿Por qué? Para amarnos el uno al otro —contesta Eva—. ¿No es ésa tarea suficiente?

—Cierto que lo es —responde Adán besándola—. Pero aun así... no sé... algo nos dice que hay un trabajo que hacer. Quizás la tarea que se nos ha asignado no sea otra que la de ascender al cielo, que es mucho más hermoso que la tierra.

—Entonces estaríamos ya allí —murmura Eva—. ¡Esa tarea o deber habremos de realizarlo entre nosotros!

Abandonan la hospitalaria mansión y les vemos bajar por State Street. El reloj de la Cámara Legislativa marca más del mediodía, cuando la Bolsa debería estar en su gloria y presentar el símbolo más vivo de lo que era la única empresa de la vida, tal como la consideraban una multitud de personas mundanas desaparecidas. Ya ha pasado. El Sabat de la eternidad ha cubierto la calle con su quietud. Ni siquiera un vendedor de prensa asalta a los dos viandantes solitarios con un periódico extra de un penique recién salido de las oficinas del Times o el Mail, que contiene un relato completo de la terrible catástrofe de ayer. De todos los tiempos oscuros que han conocido comerciantes y especuladores, éste es el peor; pues por lo que a ellos concierne la creación misma ha optado por el beneficio de la bancarrota. Al fin y al cabo, es una pena. ¡Todos esos poderosos capitalistas que acababan de alcanzar la riqueza ansiada! ¡Esos perspicaces hombres del comercio que habían dedicado tantos años a la más intrincada y artificial de las ciencias, y apenas la habían dominado cuando la bancarrota universal fue anunciada con toque de trompeta! ¿Pudieron ser tan poco precavidos como para no proporcionar moneda del país adonde habían ido, ni facturas de cambios ni cartas de crédito de los necesitados en la tierra a los cajeros del cielo?

Adán y Eva entran en un banco. ¡No os sobresaltéis, los que tenéis allí atesorados vuestros fondos! Ahora ya no los necesitaréis nunca. No llaméis a la policía. Las piedras de la calle y las monedas de la bóveda valen igual para esa simple pareja. ¡Qué visión tan extraña! Cogen el oro brillante a puñados y lo arrojan por diversión al aire sólo para ver eso que brilla y que carece de valor descender de nuevo como si fuera lluvia. No saben que cada uno de esos pequeños círculos amarillos fue en otro tiempo un hechizo mágico, potente para influir en los corazones de los hombres y engañar su sentido moral. Dejémosles detenerse aquí en la investigación del pasado. Han descubierto la fuente principal, la vida, la esencia misma del sistema que se había convertido en vital para la humanidad, sofocando con su apretón mortal la naturaleza original de aquella. ¡Y qué falta de poder sobre estos jóvenes herederos de las riquezas acaparadas en la tierra! Y allí hay también enormes paquetes de billetes de banco, esas hojas de papel como talismanes que en otro tiempo tenían la eficacia de construir palacios encantados como exhalaciones, y fabricar todo tipo de maravillas peligrosas, y sin embargo no eran más que fantasmas del dinero, las sombras de una sombra. ¡Cómo se asemeja esa bóveda a la cueva de un mago cuando la varita de poder se ha roto, el esplendor visionario ha desaparecido, y el suelo se ha cubierto con los fragmentos de

encantamientos despedazados y de formas sin vida que en otro tiempo estaban animadas por demonios!

—Por todas partes, mi querida Eva, encontramos montones de basura de un tipo u otro —comenta Adán—. Estoy convencido de que alguien se esforzó por coleccionarlas, ¿pero con qué propósito? Quizás más tarde nosotros hagamos lo mismo. ¿Es posible que sea ésa nuestra tarea en el mundo?

—¡Oh no, no, Adán! —responde Eva—. Sería mucho mejor sentarnos tranquilamente y mirar hacia el cielo.

Salen del banco, y a tiempo, pues si se hubieran retrasado más probablemente se habrían encontrado con algún duende viejo y gotoso de un capitalista cuya alma ya no podía estar en otra parte que no fuera la cámara acorazada en donde estaba su tesoro.

Entran después en el taller de un joyero. Les gusta el brillo de las gemas; Adán entrelaza una cuerda de hermosas perlas alrededor de la cabeza de Eva, y se cierra su manto con un magnífico broche de diamantes. Eva se lo agradece y se mira con placer en el espejo más cercano. Poco después, observando un ramo de rosas y de otras flores brillantes en un jarrón con agua, tira las valiosísimas perlas y se adorna con esas gemas de la Naturaleza, más atractivas. Éstas satisfacen su sentimiento tanto como su belleza.

—Seguramente son seres vivos —comenta a Adán.

—Así lo creo —responde éste—. Y parecen encontrarse tan poco a gusto en el mundo como nosotros.

No debemos intentar seguir cada paso de estos investigadores, a quien su Creador ha encargado, sin que lo sepan, que juzguen las obras y los modos de la raza desaparecida. Para entonces, como están dotados de percepciones rápidas y precisas, empiezan a entender el propósito de muchas cosas que les rodean. Por ejemplo, conjeturan que los edificios de la ciudad fueron levantados no por la mano inmediata que hizo el mundo, sino por seres similares a ellos que buscaban abrigo y comodidad. Pero ¿cómo explicarán la magnificencia de una morada en comparación con la miseria escuálida de otra? ¿Por qué medio podrá entrar en su mente la idea de la servidumbre? ¿Cuándo comprenderán el hecho importante y desgraciado —cuyas evidencias apelan a sus sentidos en todas partes— de que una parte de los habitantes perdidos de la tierra vivían en el lujo mientras la multitud se afanaba por conseguir una comida escasa? Ciertamente deberá producirse un desafortunado cambio en sus corazones antes de que puedan concebir que el mandato primordial del amor había sido eliminado de tal manera que un hermano podía necesitar lo que tenía otro. Cuando su inteligencia llegara tan lejos, la nueva prole de la tierra tendría pocas razones para haber triunfado sobre la rechazada.

El paseo les llevó ahora a los barrios exteriores de la ciudad. Están en el borde cubierto de hierba de una colina, al pie de un obelisco de granito que señala con su enorme dedo hacia arriba, como si la familia humana estuviera de acuerdo, por un símbolo visible que ha permanecido mucho tiempo, en ofrecer un gran sacrificio de acción de gracias o súplica. La altura solemne del monumento, su profunda simplicidad y la ausencia de ningún uso vulgar o práctico potencian su efecto sobre Adán y Eva, que les lleva a interpretarlo con un sentimiento más puro del que creyeron expresar los constructores.



—Eva, es una oración visible —comentó Adán.

—Y nosotros también rezaremos —contesta ella.

Perdonemos a estos pobres hijos que no tuvieron padre ni madre por tomar equivocada y absurdamente el propósito del monumento memorial que el hombre fundó y la mujer terminó en la famosísima Bunker Hill. La idea de la guerra no existe en sus almas. Tampoco sienten simpatía acerca de los valientes defensores de la libertad, puesto que la opresión es uno de los misterios que no han averiguado.

Si pudieran averiguar que la hierba verde sobre la que se encuentran tan pacíficamente en otro tiempo estuvo cubierta de cadáveres humanos y enrojecida por su sangre, les sorprendería igualmente que una generación de hombres perpetrara esa carnicería y que la generación siguiente la conmemorara triunfalmente.

Con un sentimiento de placer pasean ahora por los campos verdes y por la orilla de un río tranquilo. Dejamos de vigilarlos estrechamente y después los encontramos entrando en un edificio gótico de piedra gris en el que el mundo desaparecido dejó lo que consideraba digno de quedar registrado en la importante biblioteca de la Universidad de Harvard.

Ningún estudiante disfrutó nunca de tanta soledad y silencio como el que existe ahora en sus profundos nichos. Poco entienden los visitantes presentes las oportunidades que tienen ahora. Pero Adán examina ansioso las largas filas de volúmenes, esas alturas almacenadas del conocimiento humano, que suben una encima de otra desde el suelo hasta el techo. Coge un voluminoso infolio. Lo abre en sus manos como si espontáneamente se comunicara el espíritu de su autor con el intelecto todavía sin desgastar ni teñir del mortal recién creado. Permanece en pie absorto en las columnas regulares de caracteres místicos, aparentemente en un estado de ánimo estudioso; pues el pensamiento ininteligible de la página tiene una relación misteriosa con su mente y se hace sentir como si fuera una carga sobre él. Se siente incluso dolorosamente confundido, tratando vanamente de captar no sabe qué. ¡Ay, Adán, es demasiado pronto, será demasiado pronto al menos durante cinco mil años, para ponerte gafas y enterrarte en los huecos de una biblioteca!

—¿Qué podrá ser esto? —pregunta finalmente con un murmullo—. Eva, me parece que no hay nada tan deseable como descubrir el misterio de este objeto grande y pesado con sus mil delgadas divisiones. ¡Fíjate! ¡Me mira al rostro como si fuera a hablar!

Con instinto femenino Eva se sumerge en un volumen de poesía de moda, con seguridad la producción del más afortunado de los bardos terrenales, puesto que su trova sigue de moda cuando todos los grandes maestros de la lira han pasado al olvido. ¡Pero no dejemos que su fantasma se alegre demasiado! La única dama del mundo arroja el libro al suelo y se ríe con alegría del semblante abstraído de su esposo.

—Mi querido Adán, pareces pensativo y sombrío. Deja ese objeto estúpido; pues aunque te hablara no merecería la pena escucharle. Hablemos el uno con el otro, y con el cielo, con la tierra verde y sus árboles y flores. Nos enseñarán cosas mejores que las que podemos encontrar aquí.

—Sí, Eva, quizás tengas razón —contesta Adán con un suspiro—. Pero no puedo dejar de pensar que la interpretación de los enigmas entre los que hemos caminado todo el día podría descubrirse aquí.

—Puede que sea mejor no buscar la interpretación —insiste Eva—. Por lo que a mí respecta, el aire de este lugar no me place. ¡Si me amas, vámonos!

Ella prevalece y le rescata de los peligros misteriosos de la biblioteca. ¡Feliz influencia la de la mujer! Si se hubiera quedado él allí el tiempo suficiente para obtener una pista de sus tesoros —lo cual no era imposible, pues siendo su intelecto de estructura humana, aunque con una agudeza y un vigor sin transmitir—, allí mismo se habría convertido en un estudioso, y el analista de nuestro pobre mundo habría registrado pronto la caída de un segundo Adán. Habría comido la manzana fatal de otro Árbol del Conocimiento. Todas las perversiones, engaños y falsa sabiduría que tan perfectamente remedan la verdad; toda la verdad estrecha, tan!, parcial que se vuelve más engañosa que la falsedad; todos los principios y prácticas equivocados, los ejemplos perniciosos y las reglas falsas de la vida; todas las teorías., falaces que convierten la tierra en nubes, y a los hombres en sombras; toda la triste experiencia que acumuló durante tanto tiempo la humanidad, y de la que nunc extrajo una moral para su guía futura: todo el montón de conocimientos desastrosos habría caído al mismo tiempo sobre la cabeza de Adán. No le habría quedado otro remedio que el de aceptar el experimento ya abortado de la vida allí donde la habíamos dejado y hacerlo avanzar un poco más.

Pero, bendito en su ignorancia, podía todavía disfrutar de un mundo nuevo en el mismo que para nosotros se había gastado. Si no alcanzaba el bien, lo mismo que nos pasó a nosotros, al menos tiene la libertad, valiosísima, de cometer sus propios errores. Y su literatura, cuando la cree el progreso de los siglos, no será el eco interminablemente repetido de nuestra poesía y la reproducción de las imágenes que fueron moldeadas por nuestros antepasados de la canción y la ficción, sino una melodía que no se había oído todavía nunca sobre la tierra, y formas intelectuales que no estaban contaminadas por nuestras ideas. Dejemos por tanto que el polvo de los siglos se recoja sobre los volúmenes de la biblioteca, y que a su debido tiempo el techo del edificio se desmorone sobre el resto. Cuando los descendientes del segundo Adán hayan recogido suficiente basura propia, será el momento de excavar nuestras ruinas para comparar el progreso literario de dos razas independientes.

Pero estamos yendo demasiado lejos. Ése parece ser el vicio de los que tienen tras ellos un largo pasado. Regresemos junto a los nuevos Adán y Eva, que como no tienen recuerdos salvo visiones oscuras y pasajeras de una existencia previa, se sienten contentos de vivir y felices de hallarse en el presente.

El día está a punto de terminar cuando esos peregrinos que no deben su ser a unos progenitores muertos llegan al cementerio del Monte Auburn. Con el corazón ligero —pues la tierra y el cielo se alegran ahora el uno al otro con su belleza— recorren senderos serpenteantes entre columnas de mármol, réplicas de templos, urnas, obeliscos y sarcófagos, deteniéndose a veces a contemplar esas fantasías del crecimiento humano, y otras veces a admirar las flores con las que la Naturaleza ha convertido la decadencia en atractiva. ¿Puede la muerte, en medio de sus viejos triunfos, hacerles sentir que han

aceptado la pesada carga de la mortalidad que una especie entera había tirado? El polvo de los suyos no ha caído nunca en la tumba. ¿Reconocerán entonces ellos, tan pronto, que el Tiempo y los elementos tienen una reivindicación sobre sus cuerpos que no podrá quedar desatendida? No es improbable que lo hagan. Debe haber sombras suficientes, incluso en medio de la primera luz de su existencia, para sugerir el pensamiento de que el alma no es congruente con sus circunstancias. Han aprendido ya que algo hay que dejar a un lado. La idea de la muerte está en ellos, o no muy lejana. Pero si hubieran de buscarle un símbolo sería el de la mariposa ascendiendo, o el ángel brillante llamándoles desde lo alto, o el niño dormido, con amables sueños que resultan visibles a través de su pureza transparente.

Han encontrado a ese Niño, en el mármol más blanco, entre los monumentos del Monte Auburn.

—Dulcísima Eva, tu sol nos ha abandonado, y todo el mundo está desapareciendo de nuestra vista —observa Adán mientras cogido de la mano de ella contemplan ese hermoso objeto—. Vamos a dormir, como duerme esta hermosa figurita. Sólo nuestro Padre sabe cuáles de las cosas exteriores que hemos poseído hoy nos serán arrebatadas para siempre. Pero aunque nuestra vida terrenal nos abandonara con la luz que se va, no podemos dudar de que otra mañana nos encontrará en algún otro lugar bajo la sonrisa de Dios. Siento que ha decidido que no se reanude el beneficio de la existencia.

—Y no importará dónde existamos —contesta Eva—. Pues siempre estaremos juntos.

## EL EGOÍSMO; O LA SERPIENTE DEL PECHO (DEL TEXTO SIN PUBLICAR «ALEGORÍAS DEL CORAZÓN»)

—¡Ahí viene! —gritaron los chicos por la calle—. ¡Ahí viene el hombre con una serpiente en su pecho!

Herkimer se detuvo en el momento en que iba a cruzar la puerta de hierro de la mansión Elliston cuando ese grito llegó a sus oídos. No sin un estremecimiento se dio cuenta de que había estado a punto de encontrarse con su antiguo amigo, al que había conocido en la gloria de la juventud, y al que ahora, tras un intervalo de cinco años, encontraría víctima de una imaginación enferma o de un horrible infortunio físico.

—¡Una serpiente en su pecho! —repitió para sí el joven escultor—. Debe ser él. Ningún otro hombre en la tierra tendría tal amigo íntimo. ¡Y ahora, mi pobre Rosina, el cielo me concede sabiduría para abandonar correctamente mi misión! La fe de la mujer debe ser realmente fuerte, puesto que la tuya todavía no te ha fallado.

Musitando esas cosas, ocupó su posición a la entrada de la puerta y aguardó hasta que hiciera su aparición el personaje que tan singularmente había sido anunciado. Unos momentos después contempló la figura de un hombre delgado, de aspecto enfermizo, ojos brillantes y largos cabellos negros que parecían imitar el movimiento de una serpiente; pues en lugar de avanzar erguido con la parte frontal abierta, ondulaba por el pavimento en una línea curva. Puede resultar caprichoso decir que algo, en su aspecto material o moral, sugería la idea de que se había producido el milagro de transformar a una serpiente en un hombre, pero tan imperfectamente que la naturaleza de la serpiente se hallaba todavía oculta, apenas oculta, bajo el simple disfraz exterior de la humanidad. Herkimer observó que su tez tenía un tono verduzco sobre el blanco enfermizo, recordándole una especie de mármol con el que una vez había esculpido una cabeza de la Envidia, con sus bucles serpentinos.

El infortunado ser se aproximó a la puerta, pero en lugar de entrar se detuvo y fijó el resplandor de sus ojos sobre el semblante compasivo pero serio del escultor.

—¡Me roe! ¡Me roe! —exclamó.

Se escuchó entonces un silbido, pero podría discutirse si procedía de los labios del lunático o era el silbido real de una serpiente. En todo caso, hizo que el corazón de Herkimer se estremeciera.

—¿Me conoce, George Herkimer? —preguntó el poseído por la serpiente.

Herkimer le conocía; pero necesitó de todo el conocimiento íntimo y práctico del rostro humano que había adquirido modelando parecidos en arcilla para reconocer los rasgos de Roderick Elliston en el rostro que había ahora delante de la mirada del escultor. Y sin embargo era él. No aumentaba la sorpresa el hecho de pensar que ese joven en otro tiempo brillante había sufrido ese cambio odioso y temible sólo en los cinco años que hacía desde que Herkimer vivió en Florencia. Concedida la posibilidad de dicha transformación, era tan fácil pensar que se produjera en un momento como en un siglo. Aunque se vio sorprendido y sobresaltado más allá de lo que es posible

expresar, lo más doloroso para Herkimer fue recordar que el destino de su prima Rosina, el ideal de la feminidad amable, estaba indisolublemente entrelazado con ese ser al que la providencia parecía haber deshumanizado.

—¡Elliston! ¡Roderick! —gritó—. Había oído esto, pero mi idea se que daba muy lejos de la verdad. ¿Qué le ha sucedido? ¿Por qué le encuentro así?

—¡Oh, no es nada! ¡Una serpiente! ¡Una serpiente! La cosa más común del mundo. Una serpiente en el pecho... eso es todo —respondió Roderick Elliston—. ¿Pero cómo está su pecho? —siguió diciendo mientras miraba al escultor a los ojos con la mirada más aguda y penetrante que había encontrado—. ¿Puro y sano? ¿Sin reptiles? ¡Por mi fe y mi conciencia, y por el diablo que llevo dentro, eso sí que es una maravilla! ¡Un hombre sin una serpiente en su pecho!

—¡Cálmese, Elliston! —susurró George Herkimer poniendo una mano en el hombro del poseído por la serpiente—. He cruzado el océano para encontrarle. ¡Escuche! Hablemos en privado. Tengo un mensaje de Rosina... ¡De su esposa!

—¡Me roe! ¡Me roe! —murmuró Roderick.

Con esa exclamación, que era la que con mayor frecuencia salía de su boca, el desgraciado se aferró con ambas manos el pecho, como si una tortura o una picadura intolerable le impulsaran a abrirlo para dejar salir a ese ser malévolo y vivo, aunque saliera entrelazado con su propia vida. Se liberó entonces del apretón de Herkimer con un movimiento sutil, y deslizándose a través de la puerta se refugió en su antigua residencia familiar. El escultor no le persiguió. Vio que no era posible mantener una relación es ese momento, y antes de que se produjera otro encuentro deseaba investigar la naturaleza de la enfermedad de Roderick y las circunstancias que le habían reducido a tan lamentable condición. Logró obtener la información necesaria de un eminente caballero médico.

Poco después de que Elliston se separara de su esposa, de lo que hacía ya casi cuatro años, sus amigos habían observado que se extendía una singular tristeza sobre su vida diaria, como esas nieblas frías y grises que a veces tapan la luz del sol en una mañana de verano. Los síntomas les produjeron una enorme perplejidad. No sabían si la mala salud estaba privando la elasticidad de su espíritu, o si un cáncer de la mente se estaba comiendo gradualmente, tal como suelen hacer los cánceres, desde su sistema moral hasta la estructura física, que no es más que la sombra de aquél. Buscaron la raíz de este problema en los planes rotos de su vida doméstica —rotos voluntariamente por él mismo—, pero no creyeron que se encontrara allí. Pensaron algunos que su amigo, en otro tiempo brillante, se hallaba en una fase incipiente de locura, de la que quizás hubieran sido precursores sus impulsos apasionados; otros pronosticaron un desperfecto general con un declinar regular. Nada pudieron saber de los propios labios de Roderick. Es cierto que en más de una ocasión se le había oído decir, al tiempo que se agarraba convulsivamente el pecho con las manos: «¡Me roe! ¡Me roe!», pero los diferentes oyentes dieron una gran diversidad de explicaciones a esa siniestra expresión. ¿Qué podía ser lo que roía el pecho de Roderick Elliston? ¿Era la pena? ¿Eran simplemente los dientes de la enfermedad física? ¿O en su vida inquieta, a menudo al borde del libertinaje cuando no se fundía en sus profundidades, había sido culpable de algún hecho que había convertido su pecho en presa de los colmillos más mortales del

remordimiento? Había razones creíbles para cada una de estas conjeturas; pero no debía ocultarse que más de un caballero anciano, víctima de hábitos alegres y perezosos, afirmó magistralmente que el secreto de todo estaba en la dispepsia.

Entretanto, Roderick debió darse cuenta de que se había convertido en sujeto de la curiosidad y la conjetura, y reaccionando con una repugnancia mórbida a esa noticia, o cualquier otra, se apartó de toda compañía. No sólo la vista del hombre significaba un horror para él; no sólo la luz del semblante de un amigo; sino incluso la bendita luz del sol, que en su beneficencia universal tipifica la radiación de la faz del Creador, expresando su amor por todas sus criaturas. El oscuro crepúsculo era ya demasiado transparente para Roderick Elliston; la media noche más negra era su hora preferida para salir; y si alguna vez era visto, era cuando el farol del vigilante iluminaba su figura que se deslizaba por la calle, con las manos sobre el pecho, murmurando: «¡Me roe! ¡Me roe!» ¿Qué podía ser lo que le roía?

Al cabo de un tiempo se supo que Elliston habituaba a recurrir a todos los curanderos charlatanes famosos que infestaban la ciudad, o a quienes el dinero tentaba a acudir allí desde lejos. Una de estas personas, en la exultación de una supuesta cura, proclamó a lo largo y a lo ancho, mediante folletos y pequeños panfletos de papel deslucido, que un distinguido caballero, el señor Roderick Elliston, ¡había sido liberado de una SERPIENTE en el estómago! Así que ahí estaba el secreto monstruoso, sacado de su escondite a la vista pública, en toda su horrible deformidad. El misterio se había desvelado; pero no el de la serpiente en el pecho. Esta, si era algo más que un engaño, seguía todavía enroscada en su madriguera viva. La curación empírica había sido una impostura, consecuencia, se supuso, de alguna droga estupefaciente que estuvo más cerca de causar la muerte del paciente que la del odioso reptil que lo poseía. Cuando Roderick Elliston recuperó totalmente la sensibilidad fue para descubrir que su infortunio era la conversación de la ciudad entera —más de nueve días de maravillas y de horror—, mientras que en su pecho sentía el movimiento enfermizo de algo vivo, y el roer de esos colmillos infatigables que parecían satisfacer al mismo tiempo un apetito físico y un rencor diabólico.

Llamó a su viejo criado negro, que se había educado en la casa de su padre, y que era un hombre de mediana edad cuando Roderick estaba todavía en su cuna.

—¡Scipio! —gritó, y luego se detuvo con los brazos plegados sobre el corazón—. ¿Qué dice la gente de mí, Scipio?

—¡Señor! ¡Mi pobre amo! Que tiene una serpiente en el pecho —respondió con cierta vacilación el criado.

—¿Y qué más? —preguntó Roderick mirando fantasmalmente al hombre.

—Nada más, querido amo —contestó Scipio—. Sólo que el doctor le dio unos polvos y que la serpiente saltó al suelo.

—¡No, no! —murmuró Roderick para sí mismo agitando la cabeza y apretando las manos con fuerza más convulsa sobre el pecho—. La siento todavía. ¡Me roe! ¡Me roe!

Desde ese momento el miserable paciente dejó de evitar el mundo, y más bien solicitó y forzó la atención de conocidos y extraños. Fue en parte la consecuencia de la desesperación de descubrir que la caverna de su propio pecho no había resultado lo bastante profunda y oscura como para ocultar el secreto, aunque fuera una fortaleza tan

segura para el repugnante diablo que se había deslizado en ella. Pero aún había más, pues ese ansia de notoriedad era un síntoma de la morbidez intensa que invadía ahora su naturaleza. Todos los enfermos crónicos son egoístas, ya sea la enfermedad de la mente o del cuerpo; ya sea pecado, pena o simplemente la calamidad más tolerable de algún dolor sin fin, o del mal entre las cuerdas de la vida mortal. Esos individuos son agudamente conscientes de un ser por la tortura que en ellos habita. Y así el ser crece hasta ser un objeto tan primordial en ellos que no pueden hacer otra cosa que presentarlo ante todo aquel que pase por casualidad junto a ellos. Hay un placer — quizás el mayor del que es capaz el paciente— en exhibir el miembro gastado o ulcerado, o el cáncer del pecho; y cuanto más horrible sea el crimen, más difícil le es al perpetrador impedir que saque su cabeza de serpiente para asustar al mundo; pues es ese cáncer, o ese crimen, lo que constituye su respectiva individualidad. Roderick Elliston, que un poco antes se había considerado desdeñosamente por encima del destino común de los hombres, prestaba ahora plena lealtad a esa ley humillante. La serpiente de su pecho parecía el símbolo de un egoísmo monstruoso que estaba relacionado con todo, y al que cuidaba noche y día con el sacrificio continuo y exclusivo de una veneración diabólica.

Pronto dio lo que la mayoría de la gente consideró pruebas indudables de locura. Aunque resulte extraño decirlo, en algunos de sus estados de ánimo se enorgullecía y glorificaba de estar marcado por algo que le alejaba de la experiencia ordinaria de la humanidad, por la posesión de una naturaleza doble y de una vida dentro de la vida. Parecía imaginar que la serpiente era una divinidad —no celestial, es cierto, si no oscuramente infernal—, y que de ella derivaba una eminencia y santidad, ciertamente horrible, pero más deseable que cualquier cosa a la que apunte la ambición. Así llevaba su desgracia como un manto regio, y miraba triunfalmente a aquellos cuya vida no alimentaba un monstruo mortal. Sin embargo con más frecuencia su naturaleza humana le dominaba adoptando la forma de un deseo de compañía. Fue acostumbrándose a pasar el día entero vagando por las calles sin objetivo, a menos que se considerara un objetivo el establecer una especie de hermandad entre él y el mundo. En su corrompida ingenuidad buscaba su propia enfermedad en todos los pechos. Estuviera o no loco, percibía con tal facilidad la fragilidad, el error y el vicio que muchas personas decían que estaba poseído no sólo por una serpiente, sino por un diablo real que le daba la facultad de reconocer lo más horrible que hubiera en el corazón del hombre.

Por ejemplo, se encontraba con una persona que durante treinta años había sentido odio contra su propio hermano. Roderick, entre la multitud que ocupaba la calle, ponía su mano sobre el pecho de ese hombre y mirándole fijamente al rostro severo le decía:

—¿Cómo está hoy la serpiente? —preguntaba con burlona expresión de simpatía.

—¿La serpiente? —exclamaba el que odiaba a su hermano—. ¿A qué se refiere?

—¡La serpiente! ¡La serpiente! ¿Le está royendo? —insistía Roderick—. ¿Le pidió consejo esta mañana cuando decía sus oraciones? ¿Le mordía cuando pensaba en la salud, la riqueza y la buena fama de su hermano? ¿Daba saltos de alegría cuando se acordaba usted del libertinaje del hijo único de su hermano? ¿Y tanto si le mordía como si retozaba, sentía usted su veneno en todo el cuerpo y el alma, convirtiéndolo todo en

algo agrio y amargo? Así es como actúan esas serpientes. ¡En mí mismo he llegado a conocer toda su naturaleza!

—¿Dónde hay un policía? —gritaba el objeto de la persecución de Roderick agarrándose al mismo tiempo, instintivamente, el pecho—. ¿Por qué anda en libertad este lunático?

—¡Ja, ja! —se reía Roderick dejando de sujetar al hombre—. ¡Eso es que le ha mordido la serpiente del pecho!

El desafortunado joven se complacía a menudo en vejar a la gente con una sátira más ligera, aunque caracterizada también por una virulencia de serpiente. Un día se encontró con un estadista ambicioso y gravemente le preguntó por el bienestar de su boa constrictora; pues afirmaba Roderick que de esa especie tenía que ser la serpiente de caballero, pues su apetito era tan enorme como para devorar la constitución y el país entero. Otra vez detuvo a un viejo tacaño de gran riqueza, pero que acechaba por toda la ciudad disfrazado de espantapájaros, con su sobretodo azul cubierto de parches, sombrero marrón y botas miserables, arañando peniques y recogiendo clavos oxidados. Simulando mirar seriamente el estómago de esa respetable persona, Roderick le aseguró que su serpiente tenía la cabeza de cobre, y había sido generada por las cantidades inmensas de ese metal bajo con las que se manchaba diariamente los dedos. Otra vez abordó a un hombre de rostro rubicundo y le dijo que pocas serpientes del pecho tenían más del diablo en ellas que las que se crían en las tinajas de una destilería. Después Roderick honró con su atención a un distinguido clérigo que acertaba a estar implicado en ese momento en una controversia teológica, en la que la cólera humana era más perceptible que la inspiración divina.

—Se ha tragado una serpiente dentro de una copa de vino sacramental —dijo.

—¡Granuja profano! —exclamó el teólogo; pero deslizó su mano hacia el pecho.

Se encontró con una persona de sensibilidad enfermiza que tras una primera decepción se había retirado del mundo y a partir de entonces no había mantenido relación alguna con sus prójimos, quedándose solo a meditar triste o apasionadamente sobre el pasado irrevocable. Si creemos a Roderick, el corazón mismo de ese hombre se había transformado en una serpiente que acabaría atormentándole hasta la muerte. Observando a una pareja casada cuyos problemas domésticos eran notorios, se conmovió de ambos por haber convertido mutuamente sus pechos en la casa de una víbora. A un autor envidioso que despreciaba obras que él nunca podría igualar le dijo que su serpiente era la más viscosa e inmundicia de toda la tribu de reptiles, pero que por suerte no picaba. A un hombre de vida impura y rostro cínico que le preguntó a Roderick si llevaba una serpiente en su pecho, éste le dijo que estaba allí, y de la misma especie que había torturado a don Rodrigo el Godo. Tomó de la mano a una hermosa joven y mirándole tristemente a los ojos le advirtió que llevaba en su pecho una serpiente del tipo más mortal; el mundo descubrió la verdad de esas palabras siniestras cuando unos meses después la pobre joven murió de amor y vergüenza. Dos damas que eran rivales en los círculos de moda y se atormentaban la una a la otra con mil pequeñas picaduras de rencor femenino escucharon que el corazón de cada una de ellas era un nido de serpientes diminutas que causaban tanto mal como una grande.



Pero nada parecía complacer tanto a Roderick como enfrentarse a una persona infectada de envidia, que él representaba como un enorme reptil verde, con un cuerpo helado, y con la picadura más aguda de todas las serpientes salvo una.

—¿Y cuál es ésa? —preguntó uno que le estaba oyendo.

El que hizo la pregunta era un hombre de cejas oscuras; su mirada era evasiva y durante doce años no había mirado a ningún mortal directamente a los ojos. Había una ambigüedad en el carácter de esta persona —una mancha en su reputación—, pero nadie podía decir exactamente de qué naturaleza, aunque los murmuradores de la ciudad, tanto hombres como mujeres, susurraban las conjeturas más atroces. Hasta hacía muy poco tiempo había estado en el mar, y era el patrón al que en circunstancias singulares Georger Herkimer había encontrado en el archipiélago griego.

—¿Cuál es la serpiente que tiene la peor picadura? —repitió ese hombre; pero planteó la cuestión como por una desagradable necesidad, y palideció al pronunciarla.

—¿Por qué necesita preguntar? —contestó Roderick con una mirada de oscura inteligencia—. Mire en su propio pecho. ¡Ay! ¡Mi serpiente se agita! ¡Reconoce la presencia de un diablo superior!

Y entonces, tal como afirmaron más tarde quienes lo habían presenciado, se escuchó un silbido que parecía salir del pecho de Roderick Elliston. Se dijo también que un silbido de respuesta surgió del cuerpo del patrón marino, como si realmente se ocultara allí una serpiente que hubiera despertado por la llamada de su reptil hermano. Si existió realmente ese sonido, pudo ser causado por un malicioso ejercicio de ventrílocuo del propio Roderick.

Y así, convirtiendo su serpiente real —si es que realmente había una serpiente en su pecho— en el tipo de error fatal de cada hombre, o pecado acumulado, o conciencia intranquila, y golpeando tan implacablemente allí donde más dolía, podemos imaginar que Roderick se convirtió en la peste de la ciudad. Nadie podía eludirle, pero nadie podía soportarlo. Así la verdad más horrible que podía poner en su mano y obligaba a su adversario a hacer lo mismo. ¡Qué espectáculo tan extraño el de la vida humana, con el esfuerzo instintivo de todos y cada uno por ocultar esas tristes realidades y dejarlas inmóviles bajo un montón de temas superficiales que constituyen los materiales de la relación entre un hombre y otro! No iba a tolerarse que Roderick Elliston rompiera el pacto tácito por el que el mundo había hecho lo posible para asegurar su tranquilidad sin abandonar el mal. Las víctimas de sus maliciosas observaciones tenían ciertamente hermanos suficientes como para contener la risa; pues según la teoría de Roderick cada pecho mortal albergaba bien una camada de pequeñas serpientes o un monstruo ya crecido que había devorado a todas las demás. La ciudad no podía soportar a ese nuevo apóstol. Casi todos, pero particularmente los habitantes más respetables, exigieron que no se le permitiera ya a Roderick violar las normas del decoro poniendo a la vista del público la serpiente que llevaba en su pecho, y haciendo que salieran de donde se escondían las de las personas decentes.

En consecuencia, sus parientes intervinieron y lo metieron en un asilo privado para locos. Cuando la noticia fue conocida se observó que muchas personas caminaban por la calle con el semblante más liberado, y que ya no se cubrían tan cuidadosamente el pecho con las manos.

Pero, aunque su confinamiento contribuyó no poco a la paz de la ciudad, actuó desfavorablemente sobre el propio Roderick. En soledad, su melancolía se volvió más negra y triste. Pasaba días enteros, pues en realidad era su única ocupación, comunicándose con la serpiente. Mantenían una conversación en la que parece ser que el monstruo oculto jugaba su papel, aunque los que había allí no podían oírla salvo en un ligerísimo silbido. Aunque pueda parecer singular, el paciente había contraído una especie de afecto por quien le atormentaba, aunque se mezclara con el horror y el desagrado más intensos. Y no es que esas emociones discordantes fueran incompatibles. Por el contrario, cada una impartía fuerza e intensidad a su opuesta. El amor horrible, la antipatía horrible, se abrazaban el uno al otro en su pecho, y ambos se concentraban en un ser que se había deslizado en sus órganos vitales, o había engendrado allí, y que se alimentaba de su comida, y vivía de su vida, y era para él tan íntimo como su propio corazón, aunque fuera el más odioso de los seres creados. Era la suya una auténtica naturaleza mórbida.

Algunas veces, en sus momentos de rabia y amargo odio contra la serpiente y contra sí mismo, Roderick decidía matarla aunque fuera a costa de su propia vida. En una ocasión intentó hacerla morir de hambre; pero cuando el infeliz estaba a punto de perecer, el monstruo pareció alimentarse de su corazón, prosperaba y se volvía juguetón, como si fuera aquella la dieta mejor y que más le convenía. Después tomó sin que nadie lo supiera una dosis de un veneno activo imaginando que no dejaría de matarle a él o al diablo que le poseía, o a ambos juntos. Nuevo error, pues si Roderick todavía no había sido destruido por su propio corazón envenenado ni por la serpiente que lo roía, poco tenía que temer del arsénico ni de un sublimado corrosivo. En realidad ese venenoso animal parecía actuar como un antídoto contra todos los demás venenos. Los médicos trataron de ahogar al diablo con humo de tabaco. Lo respiraba tan a gusto como si se tratara de su atmósfera nativa. Drogaron al paciente con opio y le hicieron beber licores embriagadores, esperando que así la serpiente quedara reducida a un estado de estupor y quizás fuera lanzada al exterior desde el estómago. Consiguieron que Roderick quedara insensible; pero al colocar las manos sobre el pecho de éste, se sobrecogieron de horror al notar que la serpiente se movía, se entrelazaba y se lanzaba de aquí para allá dentro de sus estrechos límites, animada evidentemente por el opio o el alcohol, e incitada a una actividad inusual. Abandonaron por ello todo intento de cura o paliativo. El paciente condenado se sometió a su destino, recobró su antiguo y desagradable afecto por el diablo de su pecho y se dedicó a pasar sus desgraciados días delante de un espejo, con la boca bien abierta, tratando, mitad con esperanza y mitad horrorizado, de vislumbrar la cabeza de la serpiente garganta abajo. Se supone que lo consiguió, pues en una ocasión los ayudantes escucharon un grito frenético y cuando entraron corriendo en la habitación encontraron a Roderick inmóvil en el suelo.

Sólo un poco más de tiempo lo mantuvieron confinado. Tras una investigación detallada los directores médicos del asilo decidieron que su enfermedad mental no llegaba a ser locura, y no exigía su confinamiento, sobre todo porque la influencia que tenía sobre el espíritu de ellos era desfavorable y podía producir el mal que se trataba de remediar. Sus excentricidades eran sin duda grandes; habitualmente había violado muchas de las costumbres y prejuicios de la sociedad; pero el mundo no tenía derecho a

tratarlo como un loco sin bases más seguras. Con esta decisión de la autoridad competente, Roderick fue liberado y regresó a su ciudad natal el día antes de su encuentro con Georger Herkimer.

Nada más enterarse de estos particulares, el escultor, junto con un compañero triste y tembloroso, buscó a Elliston en su propia casa. Era un edificio de madera grande y sombrío, con pilastras y un balcón, y estaba separado de una de las calles principales por una terraza con tres elevaciones que se subían mediante sucesivos tramos de escalones de piedra. Unos olmos de inmensa antigüedad ocultaban casi la fachada de la mansión. Esta residencia familiar, espaciosa y en otro tiempo magnífica, fue construida por un antepasado a principios del siglo anterior, en cuya época, como la tierra tenía un valor comparativamente pequeño, el jardín y otros terrenos habían formado un extenso dominio. Aunque se había perdido una parte de la herencia ancestral, seguía quedando un recinto sombrío en la parte posterior de la mansión, en el que un estudiante, o un soñador, o un hombre con el corazón roto podían pasar el día entero sobre la hierba, entre la soledad del murmullo de las ramas, olvidando que una ciudad había crecido a su alrededor.

Hasta ese retiro fueron conducidos el escultor y su compañero por Scipio, el viejo criado negro, cuyo rostro arrugado casi se llenó de gozo e inteligencia cuando presentó sus humildes respetos a uno de los dos visitantes.

—Permanezca junto al árbol —susurró el escultor a la figura que se apoyaba en su brazo—. Ya sabrá si ha de hacer su aparición, y cuándo.

—Que el señor me lo enseñe —respondió—. ¡Y que me sirva también de apoyo!

Roderick estaba apoyado en los bordes de una fuente que manaba bajo la moteada luz del sol con el mismo chorro claro y la misma voz de aérea quietud con que los árboles de crecimiento primigenio lanzan sus sombras sobre su fondo. ¡Qué extraña es la vida de una fuente! Nace a cada momento, pero es de una edad igual a la de las rocas, y que sobrepasa con mucho la antigüedad venerable de un bosque.

—¡Ha venido! Le esperaba —dijo Elliston cuando se dio cuenta de la presencia del escultor.

Sus maneras eran muy distintas de las del día anterior: tranquilas, corteses, y Herkimer pensó que le vigilaba a él y a su acompañante. Ese freno tan poco natural era casi el único rasgo que presagiaba que algo andaba mal. Acababa de dejar un libro sobre la hierba, donde quedó abierto y revelaba que era una historia natural de la tribu de las serpientes, ilustrada con placas que parecían vivas. Cerca había un enorme volumen, el *Ductor dubitantium* de Jeremy Taylor, lleno de casos de conciencia, en el que la mayoría de los hombres que poseyeran una conciencia podrían encontrar algo aplicable a sus fines.

—Ya ve —dijo Elliston señalando el libro de las serpientes con una sonrisa en los labios—. Estoy esforzándome por conocer mejor a mi amigo del pecho; pero no encuentro nada satisfactorio en este volumen. Si no me equivoco, demostrará ser sui generis, sin tener semejanza con ningún otro reptil de la creación.

—¿De dónde procede esta extraña calamidad? —preguntó el escultor.

—Mi negro amigo Scipio conoce la historia de una serpiente que habitaba en esta fuente, de aspecto puro e inocente, desde que fue conocida por los primeros pobladores

—contestó Roderick—. Ese insinuante personaje se deslizó alguna vez en los órganos vitales de mi tatarabuelo y habitó allí muchos años, atormentando al anciano más allá de lo que puede soportar cualquier mortal. En resumen, es una peculiaridad familiar. Pero si quiere que diga la verdad, no creo en esta idea de que la serpiente es una herencia. Es mi propia serpiente, y la de nadie más.

—Pero ¿cuál fue su origen? —preguntó Herkimer.

—Hay suficiente veneno en el corazón de cualquier hombre como para generar una nidada de serpientes —contestó Elliston con una carcajada hueca—. Debería haber escuchado mis homilías a las buenas gentes de la ciudad. Realmente me considero afortunado de no haber criado más que una sola. En cambio usted no tiene ninguna en su pecho, y por tanto no puede simpatizar con el resto del mundo. ¡Me roe! ¡Me roe!

Tras esta exclamación Roderick perdió el control de sí mismo y se dejó caer sobre la hierba, dando a entender su dolor por las intrincadas sacudidas, en las que Herkimer no podía dejar de imaginar un parecido con los movimientos de una serpiente. Después escuchó también ese temible silbido que a menudo se introducía en la conversación del paciente, deslizándose entre las palabras y las sílabas sin interrumpir su sucesión.

—¡Qué terrible es todo esto! —exclamó el escultor—. Un castigo horrible, ya sea real o imaginario. Pero, dígame, Roderick Elliston, ¿existe algún remedio para este repugnante mal?

—Sí, pero imposible —murmuró Roderick, que se hallaba con la cara metida entre la hierba—. Si por un solo instante me olvidara de mí mismo, la serpiente ya no habitaría en mi interior. La enfermedad de pensar en mí mismo es la que la ha engendrado y alimentado.

—Olvídate entonces de ti mismo, esposo mío —dijo una suave voz por encima de él—. ¡Olvídate de ti mismo pensando en otra!

Rosina había aparecido desde detrás del árbol y se hallaba inclinada sobre él con la sombra de la angustia de éste reflejada en su semblante, aunque tan mezclada con esperanza y amor desinteresado que toda la angustia parecía que no era otra cosa que la sombra terrenal de un sueño. Tocó a Roderick con su mano. Un temblor recorrió el cuerpo de éste. En ese momento, si el informe es fidedigno, el escultor contempló un movimiento ondulante a través de la hierba, y escuchó un pequeño sonido, como si algo se hubiera sumergido en la fuente. Sea como sea, lo cierto es que Roderick Elliston se irguió y se sentó como un hombre renovado, habiendo recuperado su mente y rescatado del demonio que tan miserablemente se había apoderado de él en el campo de batalla de su propio pecho.

—¡Rosina! —gritó con tonos entrecortados y apasionados, pero sin ese gemido salvaje que durante tanto tiempo se había apoderado de su voz—. ¡Perdón! ¡Perdón!

Las lágrimas de felicidad humedecieron el rostro de Rosina.

—El castigo ha sido severo —observó el escultor—. Incluso la justicia puede perdonar. ¡Cuánto más lo hará la ternura de una mujer! Roderick Elliston, tanto si la serpiente fue un reptil físico, como si fue la morbidez de su naturaleza la que sugirió a su capricho ese símbolo, la consecuencia de la historia sigue siendo auténtica y poderosa. Un egoísmo tremendo, manifestado en su caso en la forma de celos, es un

demonio tan temible como cualquier otro que se haya introducido en el corazón humano. Pero ¿puede estar purificado un pecho en el que ha habitado tanto tiempo?

—Oh, sí —contestó Rosina con una sonrisa celestial—. La serpiente sólo era una fantasía oscura, y lo que ejemplificaba era tan sombrío como ella misma. El pasado, por sombrío que pareciera, no causará tristeza en el futuro. Dándole su debida importancia, sólo debemos pensar en él como en una anécdota de nuestra Eternidad.

## EL BANQUETE DE NAVIDAD (DEL TEXTO SIN PUBLICAR «ALEGORÍAS DEL CORAZÓN»)

—He intentado aquí captar un personaje que en el pasado se deslizó junto a mí ocasionalmente en mi camino por la vida —dijo Roderick abriendo unas hojas del manuscrito cuando estaba sentado con Rosina y el escultor en el cenador—. Como sabéis, mi anterior y triste experiencia me ha dado un cierto grado de percepción de los misterios oscuros del corazón humano, por los que he deambulado como un ser descarriado en una caverna oscura, con la antorcha parpadeando rápidamente hacia su extinción. Pero este hombre, esta clase de hombres, es un enigma sin esperanza.

—Bien, pero háganos —dijo el escultor—. Para empezar, déjanos tener una idea de él.

—Bueno —contestó Roderick—. Es un ser que se puede concebir que lo esculpas en mármol, y que alguna perfección todavía no lograda de la ciencia humana le dote de un exquisito remedo de intelecto; pero todavía le seguirá faltando ese último e inestimable toque de un creador divino. Parece un hombre; y quizás un ejemplar de hombre mejor que los que vemos ordinariamente. Puedes estimar su sabiduría; puede ser cultivado y refinado, y al menos tiene una conciencia externa, pero precisamente no puede responder a las demandas que el espíritu hace al espíritu. Cuando consigues acercarte a él, lo encuentras frío e insustancial: un simple vapor.

—Creo tener una tenue idea de lo que quieres decir —intervino Rosina.

—Alégrate de ello —respondió el esposo sonriendo—. Pero no anticipes más lo que voy a leer. He imaginado aquí que ese hombre sea consciente de la insuficiencia de su organización espiritual, aunque probablemente nunca lo sería. Creo que la consecuencia sería una sensación de fría irrealdad que le haría recorrer el mundo estremeciéndose y deseando cambiar su carga de hielo por cualquier carga de pena auténtica que el destino pueda arrojar a un ser humano.

Contentándose con ese prefacio, Roderick empezó a leer.

En el testamento y últimas voluntades de un cierto caballero anciano aparecía un legado que, como último pensamiento y acto, estaba singularmente de acuerdo con su larga vida de excentricidad melancólica. Dispuso una suma considerable para establecer un fondo cuyos intereses se gastarían, anualmente y para siempre, en la preparación de un banquete de Navidad para diez de las personas más miserables que pudieran encontrarse. No parece que el propósito del testador fuera alegrar a esa decena de corazones tristes, sino procurar que la expresión severa o cruel del descontento humano no se olvidara, ni siquiera en ese día santo y gozoso, en medio de las aclamaciones de gratitud festiva que produce la cristiandad entera.

Deseaba también perpetuar su protesta contra el curso terrenal de la providencia, y su disentiimiento triste y amargo contra esos sistemas religiosos o filosóficos que o bien encuentran la luz del sol en el mundo o la hacen bajar del cielo.

La tarea de convocar a los invitados, o de seleccionarlos entre quienes presentarían sus pretensiones a compartir esa triste hospitalidad, quedaba confiada a los dos fideicomisarios o administradores del fondo. Esos caballeros eran, como su amigo fallecido, humoristas sombríos que habían convertido en su ocupación principal numerar los hilos negros de la red de la vida humana, dejando sin contar todos los dorados. Ejecutaron su misión con integridad y juicio. Es cierto que el aspecto del grupo reunido en el día de la primera fiesta no convencería a todo testigo de que aquellos eran especialmente los individuos elegidos de todo el mundo cuyas penas merecían sobresalir como indicativas de la masa del sufrimiento humano. Sin embargo, y tras la debida consideración, era indiscutible que se hallaba allí una variedad de incomodidades sin esperanza que, aunque surgen a veces de causas aparentemente inadecuadas, son la principal acusación contra la naturaleza y el mecanismo de la vida.

La disposición y decoración del banquete trataba probablemente de simbolizar esa muerte en vida que había sido la definición de la existencia del testador. El salón, iluminado con antorchas, estaba decorado con cortinas de color morado oscuro y adornado con ramas de ciprés y guirnalda de flores artificiales, imitando a las que suelen arrojar sobre los muertos. Junto a cada plato había una ramita de perejil. La reserva principal de vino era una urna sepulcral de plata, desde la que se distribuía el licor por la mesa en pequeños vasos copiados exactamente de los que contenían las lágrimas de las antiguas plañideras. Tampoco olvidaron los administradores, si fue de ellos la idea de disponer esos detalles, la fantasía de los antiguos egipcios, que sentaban un esqueleto en cada mesa festiva, burlándose de su propia alegría con la sonrisa imperturbable de un cráneo. Ese temible invitado, envuelto en un manto negro, se hallaba sentado a la cabeza de la mesa. Se contaba, aunque no sé si será verdad, que el propio testador había caminado por el mundo visible con la maquinaria de ese mismo esqueleto, y que era una de las estipulaciones de su testamento que se le permitiera sentarse así, de año en año, en el banquete que él había instituido. Si es así quizás significara ocultamente que no abrigaba esperanza de bendición, más allá de la tumba, que compensara los males que había sentido o imaginado en este mundo. Y si en sus conjeturas confusas respecto al propósito de la existencia terrenal, los invitados al banquete apartaran el velo y lanzaran una mirada inquisitiva a esa figura de la muerte, como buscando allí la solución que no alcanzaban de otro modo, la única respuesta sería la mirada de las vacías cavernas de los ojos y la sonrisa de las mandíbulas de un esqueleto. Tal fue la respuesta que el fallecido había creído recibir cuando pidió a la muerte que solucionara el enigma de su vida; y era su deseo repetirla cuando los invitados de su triste hospitalidad se sintieran perplejos con la misma cuestión.

—¿Qué significa esa guirnalda? —preguntaron varios miembros del grupo al ver la decoración de la mesa.

Aludían a una guirnalda de ciprés situada en la parte superior de un brazo del esqueleto, que sobresalía desde el manto negro.

—Es una corona —contestó uno de los administradores—. Pero no para el más digno, sino para el más desconsolado, cuando haya demostrado tener derecho a ella.

El primer invitado a la fiesta era un hombre de carácter amable que no tenía energía para luchar contra el abatimiento al que le inclinaba su temperamento; y por

ello, aunque en el exterior nada le excusaba de la felicidad, había llevado una vida de tranquila miseria que hacía que su sangre circulara torpemente, que pesara sobre su aliento, y que se sentaba, como un pesado diablo nocturno, sobre cada latido de su sumiso corazón. Su desdicha parecía tan profunda como su naturaleza original, si es que no era idéntica a ella. La mala fortuna de un segundo invitado consistía en abrigar dentro de su pecho un corazón enfermo que había llegado a estar tan desdichadamente ulcerado que los roces continuos e inevitables del mundo, el golpe de un enemigo, la sacudida descuidada de un desconocido o incluso el contacto fiel y amoroso de un amigo formaban úlceras en él. Como acostumbran a hacer las personas así afligidas, encontró su principal tarea en mostrar esas llagas miserables a cualquiera que aceptara el dolor de verlas. Un tercer invitado era un hipocondríaco cuya imaginación creaba necromancia en su mundo exterior e interior, le hacía ver rostros monstruosos en el fuego de la chimenea, dragones en las nubes del atardecer, diablos bajo el disfraz de mujeres hermosas, y algo feo o perverso bajo todas las superficies agradables de la naturaleza. Su vecino de mesa había confiado demasiado en la humanidad durante su juventud, había esperado demasiado de ella, y al encontrarse decepcionado se había sentido desesperadamente amargado. Durante varios años este misántropo se había dedicado a acumular motivos para odiar y despreciar a su raza —como el asesinato, la lascivia, traición, ingratitud, infidelidad de los amigos en quienes confiaba, los vicios instintivos de los niños, la impureza de las mujeres, la culpa oculta en hombres de aspecto santo—, en resumen todo tipo de realidades negras que intentaban adornarse con la gloria o la gracia exterior. Pero con cada hecho atroz que se añadía a su catálogo, con cada aumento del conocimiento triste que empleaba la vida en coleccionar, los impulsos originales del corazón amoroso y confiado del pobre hombre le hacían gemir de angustia. Después entró en el salón, con su pesada frente inclinada hacia abajo, un hombre serio y exaltado que desde su primera infancia había tenido la conciencia de llevar un elevado mensaje al mundo; pero cuando intentaba transmitirlo no había encontrado ni voz ni forma de habla, ni tampoco oídos que le escucharan. Por tanto se había pasado toda la vida preguntándose con amargura a sí mismo: «¿Por qué los hombres no reconocen mi misión? ¿No seré un loco que se engaña a sí mismo? ¿Qué tarea tengo en la tierra? ¿Dónde está mi tumba?» Durante la fiesta bebió con frecuencia del vino de la urna sepulcral, esperando apagar así el fuego celestial que torturaba su pecho sin que beneficiara a su raza.

Después entró allí, rechazando un billete para un baile, un alegre galante de ayer que había encontrado cuatro o cinco arrugas en su frente y más cabellos grises de los que podía contar en la cabeza. Dotado de sentimiento y sensibilidad, había empleado sin embargo la juventud en la locura, pero había llegado finalmente a ese punto temible de la vida en el que la locura nos abandona por sí sola, dejándonos como única amiga la sabiduría, si podemos conseguirla. Así, frío y desolado, había venido a buscar la sabiduría en el banquete, y se preguntaba si no sería ésta el esqueleto. Para redondear el grupo, los administradores habían invitado a un afligido poeta que tenía el hospicio como hogar, y a un melancólico idiota de la calle. Este último tenía el sentido suficiente para ser consciente de un vacío que el pobre, a lo largo de toda su vida, había tratado neblinosamente de llenar con inteligencia, recorriendo las calles arriba y abajo, y



quejándose lamentablemente porque sus intentos no eran eficaces. La única dama del salón no había logrado la belleza absoluta y perfecta simplemente por el insignificante defecto de un ligero estrabismo en el ojo izquierdo. Pero esa mancha, aunque era tan diminuta, resultaba tan inoportuna, no para su vanidad, sino para el ideal puro de su alma, que se pasó la vida sola, ocultando su rostro incluso de su propia mirada. Así que el esqueleto permaneció sentado y envuelto en un extremo de la mesa, y esta pobre dama en el otro.

Nos queda por describir un invitado. Era un joven de frente despejada, hermosas mejillas y porte a la moda. Por lo que concernía a su aspecto exterior, habría encontrado un lugar mucho más conveniente en una alegre mesa de Navidad en lugar de contarse entre los invitados desafortunados, golpeados por el destino, torturados por el capricho o malhadados. Los murmullos aumentaron entre los invitados cuando observaron éstos la mirada de examen general que hizo el intruso a sus compañeros. ¿Qué tenía que ver él entre ellos? ¿Por qué el esqueleto del muerto fundador de la fiesta no doblaba sus ruidosas articulaciones, se levantaba y arrojaba de la mesa al desconocido?

—¡Vergonzoso! —exclamó el hombre morbosos al tiempo que una nueva úlcera se abría en su corazón—. Viene a burlarse de nosotros: ¡seremos la burla de sus amigos de taberna! ¡Convertirá en farsa nuestras miserias y las subirá al escenario!

—¡Oh, no te preocupes por él! —intervino el hipocondríaco sonriendo con amargura—. Festejará de esa sopera con sopa de víbora, y si hay sobre la mesa un fricassé de escorpiones, le rogaremos que tome su parte. En cuanto al postre, probará las manzanas de Sodoma. ¡Luego, si le gusta nuestra comida de Navidad, que vuelva el año próximo!

—No le inquietéis —murmuró con amabilidad el hombre melancólico—. ¿Qué importa si la conciencia de la miseria viene unos años antes o después? Si ese joven se considera feliz ahora, que se siente con nosotros por la desdicha que le acaecerá.

El pobre idiota se acercó al joven con ese aspecto triste de interrogación vacía que llevaba continuamente en el rostro, y que hacía que la gente dijera que estaba siempre buscando su inteligencia perdida. Tras un examen no pequeño, tocó la mano del desconocido, pero inmediatamente la retiró, sacudió la cabeza y se estremeció.

—¡Frío, frío, frío! —murmuró el idiota.

El joven también se estremeció, y sonrió.

—Caballeros, y usted, señora —dijo uno de los administradores de la fiesta no piensen tan mal de nuestras precauciones o juicio imaginando que hemos admitido a este joven desconocido, llamado Gervayse Hastings, sin una completa investigación y un examen total de sus pretensiones. Confíen en mí, ningún invitado a esta mesa tiene más derecho a su asiento.

La garantía del administrador tuvo por fuerza que resultar satisfactoria. Por tanto los miembros del grupo tomaron asiento y se dedicaron al serio asunto del banquete, aunque enseguida fueron inquietados por el hipocondríaco, quien echó hacia atrás la silla quejándose de que tenía ante él una fuente de sapos y víboras guisados, y que había agua verde de arroyo en su copa de vino. Enmendado ese error, volvió a ocupar su asiento. El vino, que fluía libremente de la urna sepulcral, parecía esta imbuido de todas las inspiraciones tristes; por eso su influencia no fue la de alegrar, sino más bien

hundir a los soñadores en una melancolía más profunda o elevar su espíritu hasta un entusiasmo de desdicha. La conversación era variada. Contaron historias tristes acerca de personas que podrían haber merecido ser invitadas a una fiesta como aquella. Hablaron de incidentes horripilantes de la historia humana; de crímenes extraños que, si se consideraban verdaderamente, no eran sino convulsiones agónicas; de algunas vidas que habían sido totalmente desdichadas, y de otras que, aunque en general presentaban una semejanza de felicidad, sin embargo se habían visto deformadas antes o después por el infortunio, como la aparición de un rostro macabro en un banquete; o de escenas en el lecho de muerte, y de las oscuras sugerencias que podían extraerse de las palabras de los moribundos; del suicidio, y de si la manera mejor sería con soga, cuchillo, veneno, ahogándose, muriendo de hambre poco a poco o con el humo del carbón. Casi todos los invitados, como suele suceder con las personas cuyo corazón está profundamente enfermo, deseaban aportar sus propios infortunios como tema de discusión, y mostrar su alto grado de angustia. El misántropo profundizó en la filosofía del mal y deambuló por la oscuridad mostrando de vez en cuando un brillo de luz descolorida suspendida sobre formas fantasmales y un escenario horrible. Sacó a relucir muchos temas miserables de esos que encuentran los hombres de tiempo en tiempo, y se recreaba en ellos considerándolos una gema inestimable, un diamante, un tesoro muy preferible a la revelación brillante y espiritual de un mundo mejor, que son como las piedras preciosas del pavimento del cielo. Y luego, en mitad de explayarse sobre el infortunio, ocultó el rostro y lloró.

Fue una fiesta en la que el calamitoso hombre de Uz hubiera podido ser un invitado adecuado, junto con todos aquellos que, en las épocas sucesivas, han probado las más amargas profundidades de la vida. Y debe decirse también que todo hijo o hija de mujer, por muy favorecido que haya sido por la feliz fortuna, podría reclamar en un momento u otro de tristeza el privilegio de un corazón roto a sentarse en esta mesa. Pero se observó que durante toda la fiesta el joven extranjero, Gervayse Hastings, fracasaba en sus intentos de captar el espíritu que lo envolvía todo. Ante cualquier pensamiento potente y profundo que era expresado, y que por así decirlo era arrancado de los escondrijos más tristes de la conciencia humana, él parecía perplejo y confuso; todavía más que el pobre idiota, que parecía captar esas cosas con su corazón ansioso, y así, ocasionalmente, las entendía. La conversación del joven era de un tipo más frío y ligero, a menudo brillante, pero carente de las poderosas características de una naturaleza que se había desarrollado mediante el sufrimiento.

—Señor, le ruego que no vuelva a dirigirse de nuevo a mí —dijo el misántropo audazmente como respuesta a una observación de Gervayse Hastings—. Nuestras mentes no tienen nada en común. No puedo imaginar el derecho que tenga usted a presentarse en este banquete; pero creo que para un hombre capaz de decir lo que momento a los ojos y sacudieron la cabeza, negándole esa simpatía tácita, ese santo y seña que nunca puede falsificarse, de aquellos cuyos corazones son bocas de caverna por las que descienden a una región de dolor ilimitado y reconocen a quienes deambulan también por allí.

—¿Quién es este joven? —preguntó el hombre que llevaba una mancha de sangre en su conciencia—. ¡Seguramente no ha descendido nunca a las profundidades!

Conozco todas las apariencias de aquellos que han cruzado el valle oscuro. ¿Con qué derecho se encuentra entre nosotros?

—Ay, es un pecado muy grande venir aquí sin una pena —murmuró la anciana con un acento que compartía el temblor eterno que invadía su ser entero ¡Márchese, joven! Su alma no se ha visto nunca conmovida, y eso hace que tiemble mucho más sólo de verle a usted.

—¿Conmovida su alma? No, puedo dar fe de ello —dijo el rubicundo señor Smith presionando su corazón con una mano y comportándose tan melancólicamente como era capaz, por miedo a una explosión fatal de risa—. Conozco bien al muchacho; tiene tan buenas perspectivas como cualquier joven de la ciudad, y no tiene más derecho a estar entre nosotros, criaturas miserables, que el hijo que no ha nacido. ¡Nunca ha sido desgraciado, y probablemente nunca lo será!

—Rogamos a nuestros honrados invitados que tengan paciencia y crean, al menos, que nuestra veneración profunda hacia lo sagrado de esta solemnidad impediría que la violáramos con conciencia de ello. Reciban a este joven en su mesa. No sería excesivo decir que ninguno de los invitados que hay aquí cambiaría su corazón por el que late dentro de ese pecho juvenil.

—Diría que es un mal pacto —murmuró el señor Smith con una confusa mezcla de tristeza y de alegría oculta—. ¡Un absurdo disparate! Mi propio corazón es el único realmente desgraciado que hay en el grupo. ¡Seguro que acabará provocándome la muerte!

Sin embargo, como en la ocasión anterior, el juicio de los administradores no tenía apelación, por lo que el grupo se sentó. El invitado detestado no hizo ningún nuevo intento de entrometerse con su conversación en la de los demás, pero parecía escuchar la conversación de la mesa con peculiar asiduidad, como si algún secreto inestimable que no pudiera alcanzar de otro modo tuviera posibilidad de que se transmitiera en una palabra casual. Y en verdad, para aquellos que eran capaces de entenderla y valorarla había una rica materia en las expresiones de esas almas iniciadas, para quienes la pena había sido un talismán que les había dado acceso a una profundidad espiritual que no podía abrirse con ningún otro encantamiento. A veces, en medio de la tenebrosidad más densa destellaba una irradiación momentánea, pura como el cristal, brillante como la llama de las estrellas, iluminando de tal manera los misterios de la vida que los invitados exclamaban: «¡Seguramente el enigma está a punto de ser solucionado!» En esos intervalos de iluminación los más tristes sentían que se había revelado que las penas mortales no son sino sombras externas; no más que las ropas negras que voluminosamente envuelven una verdadera realidad divina, indicando así lo que de otra manera sería totalmente invisible para el ojo mortal.

—Precisamente ahora me pareció ver más allá del exterior —observó la anciana temblorosa—. ¡Y en ese momento desapareció mi temblor eterno!

—¡Ojalá pudiera habitar siempre en esos destellos momentáneos de la luz! —dijo el hombre de la conciencia sobrecogida—. Entonces se limpiaría la mancha de sangre de mi corazón.

Esa conversación le parecía tan ininteligiblemente absurda al bueno del señor Smith que inició precisamente ese ataque de risa contra el que le habían advertido sus

médicos, pues probablemente sería fatal al instante. Y en efecto, cayó hacia atrás sobre su silla como un cadáver, con una amplia sonrisa en el rostro, mientras quizás su fantasma permanecía a su lado asombrado por esa salida sin premeditación. Esa catástrofe acabó, lógicamente, con la fiesta.

—¿Cómo es esto? ¿No tiembla usted? —preguntó la trémula anciana a Gervayse Hastings, que miraba al muerto con singular intensidad—. ¿No es horrible verle desaparecer tan repentinamente en medio de la vida, a este hombre de carne y sangre, cuya naturaleza terrenal era tan cálida y poderosa? ¡En mi alma hay un temblor que nunca cesa, pero que se fortalece con esto! ¡Y usted está tan tranquilo!

—¡Ojalá eso pudiera enseñarme algo! —dijo Gervayse Hastings lanzando un largo suspiro—. Los hombres pasan ante mí como sombras en la pared; sus actos, pasiones y sentimientos son parpadeos de la luz, y luego desaparecen. Ni el cadáver, ni ese esqueleto, ni el temblor permanente de esta anciana pueden darme lo que busco.

Y entonces el grupo se deshizo.

No podemos detenernos a narrar con detalle más circunstancias de estas singulares fiestas, que de acuerdo con la voluntad de su fundador siguieron celebrándose con la regularidad de una institución establecida. Con el tiempo los administradores adoptaron la costumbre de invitar de vez en cuando a aquellos individuos cuyo infortunio era superior al de los otros hombres, y cuyo desarrollo mental y moral podría suponerse por tanto que poseía un interés correspondiente. El noble exilado de la Revolución Francesa y el soldado roto del Imperio estuvieron representados en la mesa. Monarcas caídos que vagaban por la tierra encontraron su puesto en esa fiesta miserable y triste. Los políticos, cuando su partido les abandonaba, podían, si querían, ser de nuevo grandes durante un banquete. El nombre de Aaron Burr apareció en los registros en un período en el que su ruina —la más profunda y sorprendente, con más circunstancias morales que en la de casi cualquier otro hombre— era completa en su vejez. Stephen Girard, cuando su riqueza pesaba sobre él como una montaña, solicitó ser admitido por su propia voluntad. Sin embargo no es probable que estos hombres tuvieran ninguna lección que enseñar en cuanto al descontento y la miseria que no hubiera podido ser igual de bien estudiada en las posiciones más comunes de la vida. Los desafortunados, ilustres atraen una mayor simpatía no porque sus penas sean más intensas, sino porque, al encontrarse sobre pedestales elevados, sirven mejor a la humanidad como ejemplo por antonomasia de la calamidad.

Concierne nuestro propósito actual decir que en cada fiesta sucesiva estuvo presente Gervayse Hastings, y que gradualmente la belleza suave de su juventud fue convirtiéndose en la gentileza de la madurez y en la impresionante dignidad desgastada de la vejez. Fue el único que invariablemente estuvo presente. Pero en todas las ocasiones hubo murmullos, tanto de los que conocían su carácter y posición como de aquellos cuyo corazón se apartaba negando la camaradería de su fraternidad mística.

—¿Quién es ese hombre imperturbable? —preguntaron cien veces—. ¿Ha sufrido? ¿Ha pecado? No hay en él rastro de ninguna de esas cosas. Entonces, ¿por qué está aquí?

—Preguntadle a los administradores, o a él mismo —era siempre la respuesta—. Aquí en nuestra ciudad le conocemos bien y no sabemos de él otra cosa sino que es

afortunado y estimable. Y sin embargo aquí viene año tras año, a este triste banquete, y se sienta entre los invitados como una estatua de mármol. Preguntad a ese esqueleto; quizás él pueda solucionar el enigma.

En realidad era sorprendente. La vida de Gervayse Hastings no era simplemente próspera, sino brillante. Todo le había ido bien. Era rico, mucho más que los gastos que necesitaban la costumbre de la magnificencia: un gusto de rara prudencia y cultivo, el amor por los viajes, el instinto del estudioso por coleccionar una biblioteca espléndida, y además lo que parecía una gran liberalidad para los afligidos. Había buscado la felicidad y no en vano, si es que pueden asegurarla una esposa atractiva y tierna y unos hijos prometedores. Había ascendido además por encima del límite que separa lo oscuro de lo distinguido, y se había ganado una reputación inmaculada en asuntos de la mayor importancia pública. No es que fuera un personaje popular o tuviera en su interior los atributos misteriosos que son esenciales para ese éxito. Para el público era una abstracción fría, desprovista totalmente de esos ricos matices de la personalidad, esa calidez viva y la facultad peculiar de estampar la impresión del propio corazón en una multitud de corazones que permite a la gente reconocer a sus favoritos. Y hay que reconocer que cuando sus amigos más cercanos habían hecho todo lo posible para conocerle bien y amarle, se sorprendían al descubrir en qué poco tenía él ese afecto. Le aprobaban y le admiraban, pero en esos momentos en los que el espíritu humano más ansía la realidad, se apartaban de Gervayse Hastings porque era incapaz de darles lo que buscaban. Era ese sentimiento de pesar receloso con el que retiramos la mano tras haberla extendido, en un crepúsculo engañoso, para coger la mano de una sombra en la pared.

Cuando decayó el ardor superficial de la juventud se volvió más perceptible ese peculiar efecto del carácter de Gervayse Hastings. Cuando extendía los brazos hacia sus hijos, éstos acudían fríamente a sus rodillas, y nunca se subían a ellas por propia voluntad. Su esposa lloraba en secreto y se consideraba casi una criminal porque se estremecía ante la frialdad de su pecho. Incluso él a veces parecía no ser inconsciente de la frialdad de su atmósfera moral, y deseaba, si hubiera sido posible, calentarse en un fuego amigable. Pero la edad siguió avanzando y entumeciéndole más y más. Cuando empezó a reunirse la escarcha a su alrededor, su esposa se fue a la tumba, donde sin duda encontró más calor; sus hijos o murieron o se esparcieron por distintos hogares de su propiedad; y el anciano Gervayse Hastings, sin ser atacado por la pena, solitario pero sin necesitar compañía, prosiguió su andadura por la vida y siguió asistiendo todas las Navidades al triste banquete. Su privilegio como invitado estaba sancionado ya por la costumbre. Si hubiera reivindicado la cabecera de la mesa, hasta el esqueleto se habría levantado de su asiento.

Finalmente, en el apogeo de la alegre Navidad, cuando había completado ya ochenta años, este anciano pálido, de frente alta y rasgos de mármol volvió a entrar en el salón que tanto tiempo había frecuentado con el mismo aspecto imperturbable que tantas observaciones desagradables había provocado la primera vez que acudió. Salvo en asuntos meramente externos, el tiempo no había hecho nada por él, ni para bien ni para mal. Al ocupar su sitio lanzó una mirada tranquila e inquisitiva alrededor de la mesa, como para averiguar si había aparecido ya, tras tantos banquetes fracasados, un

invitado que pudiera enseñarle el misterio, el secreto cálido y profundo, la vida dentro de la vida que, tanto si se manifiesta en la alegría como en la pena, es lo que da sustancia a un mundo de sombras.

—¡Amigos míos, sed bienvenidos! —dijo Gervayse Hastings asumiendo una posición que dado su largo conocimiento de la fiesta parecía natural—. Bebo por todos vosotros en esta copa de vino sepulcral.

Los invitados contestaron con cortesía, aunque de una manera que seguía demostrando que no eran capaces de recibir al anciano como miembro de su triste fraternidad. Quizás sea conveniente dar al lector una idea del grupo presente en ese banquete.

Uno había sido un clérigo que abordó con entusiasmo su profesión, aparentemente de la dinastía auténtica de esos viejos teólogos puritanos cuya fe en su vocación, que ejercían rígidamente, les había situado entre los más poderosos de la tierra. Pero cediendo a la tendencia especulativa de la edad se había apartado de los fundamentos firmes de una fe antigua y deambulaba en una región nublada en la que todo era neblinoso y engañoso, se burlaba de él con una semejanza de realidad, pero se disolvía cuando trataba de encontrar un punto de apoyo y descanso. Su instinto y su formación temprana exigían algo firme; pero al mirar hacia adelante contemplaba vapores apilados sobre vapores, y tras él un vacío impenetrable entre el hombre de ayer y el de hoy, vacío sobre cuyas fronteras iba de aquí para allá, a veces retorciéndose las manos por la agonía, y a menudo convirtiendo su propia desdicha en tema de una alegría burlona. Con seguridad se trataba de un hombre desgraciado. Venía después un teórico —un miembro de una tribu numerosa, aunque él se considerara único desde el inicio de la creación—; un teórico que había concebido un plan que permitiría hacer desaparecer toda la desdicha de la tierra, tanto moral como física, obteniéndose de inmediato la bendición del milenio. Pero, apartado de la acción por la incredulidad de la humanidad, fue atacado por tanta pena como si toda esa aflicción cuya oportunidad de remediar le habían negado se hubiera amontonado en su propio pecho. Un anciano vestido de negro atrajo la atención del grupo porque suponían que no era otro que el Padre Miller, quien por lo visto había cedido a la desesperación ante el tedioso retraso de la conflagración final. Había también un hombre que se distinguía por su obstinación y orgullo, que poco tiempo antes poseía inmensas riquezas y poseía el control de vastos intereses económicos que manejaba con el mismo espíritu con el que un monarca despótico manejaría el poder de su imperios, emprendiendo una tremenda guerra moral cuyo estruendo y temblor se dejó sentir en todos los hogares de la tierra. Sufrió al final una ruina aplastante —una pérdida total de la fortuna, el poder y el carácter—, cuyo efecto sobre su naturaleza imperiosa, y en muchos aspectos noble y elevada, le daba derecho a un lugar no sólo en nuestra fiesta, sino incluso entre sus iguales del Pandemónium.

Había un filántropo moderno que había llegado a ser tan sensible a las calamidades de miles y millones de prójimos, y a la impracticabilidad de cualquier medida general de alivio, que no tenía corazón para hacer la pequeña parte de bien que estaba en su mano, y se contentaba con sentirse desgraciado por simpatía. Cerca de él se sentaba un caballero que se hallaba en una difícil situación que hasta ese momento

carecía de precedentes, pero que en la época presente proporcionaría probablemente numerosos ejemplos. Desde que tuvo capacidad para leer un periódico esa persona se enorgullecía de haberse adherido coherentemente a un partido político, pero en la confusión de esos últimos tiempos se había sentido perplejo y no sabía cuál era su partido. Esa infeliz condición, tan moralmente desoladora y descorazonadora para un hombre que llevaba mucho tiempo habituado a fundir su individualidad con la masa de un gran cuerpo, sólo podía ser concebida por quienes la habían experimentado. El compañero de al lado era un popular orador que había perdido la voz, y era tan grande la pérdida que ello conllevaba que había caído en un estado de melancolía sin esperanza. La mesa estaba adornada por dos miembros del sexo débil: una costurera física y medio muerta de hambre, que representaba a otras miles de infelices iguales; y la otra una mujer de energías sin utilizar que se encontraba en el mundo sin nada que lograr, nada que disfrutar y ni siquiera nada que sufrir. Ello le había conducido al borde de la locura por sus pensamientos oscuros acerca de los errores de su propio sexo, con la exclusión de un campo de acción adecuado. Completada así la lista de huéspedes, se había dispuesto una mesa auxiliar para tres o cuatro buscadores de trabajo decepcionados, con el corazón mortalmente enfermo, a quienes los administradores habían admitido en parte porque sus calamidades les daban realmente derecho a entrar allí, y en parte porque tenían una necesidad especial de una buena cena. Había también un perro sin dueño con la cola entre las patas, lamiendo las migajas y royendo los fragmentos del festín: un melancólico perro callejero de éstos que vemos a veces por las calles sin un dueño, deseando seguir al primero que acepte sus servicios.

A su manera, era un grupo de personas tan infeliz como nunca se había reunido en la fiesta. Se sentaron con el esqueleto tapado del fundador elevando la corona de ciprés en un extremo de la mesa, y en la otra, envuelta en pieles, la figura marchita de Gervayse Hastings, majestuoso, tranquilo y frío, produciendo en el grupo respeto, pero tan poca simpatía en los demás que podría haberse desvanecido en el aire sin que ninguno de ellos exclamara: «¿Adónde ha ido?»

—Señor —dijo el filántropo dirigiéndose al anciano—. Ha sido durante mucho tiempo invitado de esta fiesta anual, y por ello está versado en tantas variedades de la aflicción humana que no es improbable que haya extraído de ellas grandes e importantes lecciones. ¡Su destino quedaría bendecido si revelara un secreto mediante el cual pudiera eliminarse esta masa de aflicción!

—Sólo conozco un infortunio, y es el mío —contestó tranquilamente Gervayse Hastings.

—¡El suyo! —intervino el filántropo—. Y examinando su vida serena y próspera, ¿cómo puede pretender ser el único infortunado de la raza humana?

—No lo entendería —contestó Gervayse Hastings débilmente, con una singular ineficacia en la pronunciación, y confundiendo a veces una palabra por otra— Nadie lo ha entendido, ni siquiera los que han experimentado lo mismo. Es una frialdad, una ausencia de fervor, la sensación de que mi corazón fuera algo vaporoso... ¡una asoladora percepción de la irre realidad! Por ello, aunque parece que poseo lo que todos los demás hombres tienen, o lo que todos los demás hombres pretenden, en realidad no he poseído nada, ni alegrías ni penas. Todas las cosas y todas las personas —tal como se ha

dicho realmente de mí en esta mesa desde hace muchísimo tiempo— han sido como sombras que parpadean en la pared. Así sucedió con mi esposa y mis hijos, con aquellos que parecían mis amigos: así sucede ahora con ustedes, a quienes veo delante de mí. Tampoco tengo yo una existencia real, sino que soy una sombra como los demás.

—¿Y qué sucede con su visión de una vida futura? —inquirió el curioso clérigo.

—Es peor que para usted —dijo el anciano con un tono débil y hueco—. Pues no puedo concebirla con la suficiente seriedad como para sentir esperanza o miedo. ¡Mía, mía es la desdicha! ¡Este corazón frío, esta vida irreal! ¡Ay, y se está volviendo más fría todavía!

Sucedió que en ese momento cedieron los ligamentos corrompidos del esqueleto, y los huesos secos cayeron juntos en un montón haciendo que cayera sobre la mesa la polvorienta guirnalda de ciprés. Al apartarse por un solo instante la atención del grupo de Gervayse Hastings, al volverse hacia él vieron que el anciano había sufrido un cambio. Su sombra había dejado de parpadear en la pared.

—Y bien, Rosina, ¿cuál es tu opinión? —preguntó Roderick mientras enrollaba el manuscrito.

—Sinceramente tu éxito no es en absoluto completo —contestó ella—. Es cierto que me he hecho una idea del personaje que pretendes describir; pero ha sido más por mi propio pensamiento que por tu manera de expresarlo.

—Eso es inevitable —comentó el escultor—, porque las características son todas negativas. Si Gervayse Hastings hubiera sentido una pena humana en el triste banquete, la tarea de describirlo habría resultado infinitamente más sencilla. Con respecto a esas personas —y de vez en cuando nos encontramos con esos monstruos morales— es difícil concebir cómo pueden existir aquí, o qué hay en ellos que sea capaz de una existencia posterior. Parecen estar fuera de todo; y nada fatiga más el alma que el intento de comprenderlas.



## EL ENTIERRO DE ROGER MALVIN

Uno de los escasos incidentes de la guerra india que puede ser visto bajo una romántica luz lunar fue el de la expedición llevada a cabo en defensa de las fronteras en el año 1725, que dio lugar al bien conocido «Combate de Lovell». La imaginación, dejando judicialmente en la sombra determinadas circunstancias, puede encontrar mucho que admirar en el heroísmo de un pequeño grupo que combatió contra un número dos veces superior en el corazón del territorio enemigo. La valentía mostrada por ambas partes estuvo de acuerdo con las ideas civilizadas del valor; y la caballería no debería sonrojarse al registrar los hechos de uno o dos individuos. La batalla, aunque de consecuencias tan fatales para aquellos que combatieron, no tuvo consecuencias desafortunadas para el país, pues rompió la fuerza de una tribu y llevó a la paz que perduró en los siguientes años. La historia y la tradición son inusualmente minuciosas en su recuerdo de este asunto; y el capitán de un grupo de exploradores de hombres de la frontera ha adquirido una fama militar tan real como muchos victoriosos líderes de miles de soldados. Algunos de los incidentes incluidos en las siguientes páginas serán reconocidos, a pesar de la sustitución de los nombres reales por ficticios, por aquéllos que hayan oído de labios de un anciano el destino de los pocos combatientes que pudieron retirarse tras el «Combate de Lovell».

Los primeros rayos de sol se hallaban alegremente suspendidos sobre las copas de los árboles bajo los que dos hombres fatigados y heridos se habían tumbado la noche anterior. Habían extendido su lecho de hojas marchitas de roble sobre el pequeño espacio llano situado al pie de una roca próxima a la cumbre de una de las suaves prominencias que servían para diversificar la faz del país. La masa de granito elevaba su superficie lisa y plana unos cinco o seis metros por encima de sus cabezas, y no dejaba de asemejarse a una lápida gigantesca en la que las vetas parecían formar una inscripción en caracteres olvidados. En una zona de varios acres alrededor de esta roca, los robles y otros árboles de madera dura habían ocupado el lugar de los pinos, que eran los que habitualmente crecían en aquella tierra; y justo al lado de los viajeros se levantaba un arbolito joven y vigoroso.

La herida grave del hombre de más edad probablemente le había impedido dormir; por eso, en cuanto el primer rayo de sol se posó sobre la copa del árbol más alto, se levantó dolorosamente de la postura en que se hallaba reclinado y se quedó sentado. Los surcos profundos de su semblante y las canas esparcidas por sus cabellos señalaban que había pasado ya de la mediana edad; pero de no haber sido por los efectos de su herida, su cuerpo musculoso habría sido capaz de soportar la fatiga como cuando tenía el vigor de la primera parte de su vida. El desánimo y el agotamiento se aposentaban ahora sobre sus rasgos ojerosos; y la mirada de desesperación que envió hacia las profundidades del bosque demostraba la convicción de que su peregrinaje había llegado al final. Volvió después la mirada hacia el compañero reclinado a su lado. El joven —pues apenas había alcanzado los años de la madurez— se hallaba con la cabeza sobre el brazo en un sueño inquieto, que un estremecimiento del dolor de sus

heridas parecía a punto de romper a cada momento. Con la mano derecha aferraba un mosquete; y a juzgar por la acción violenta de sus rasgos, su sueño le estaba devolviendo una visión del conflicto del que era uno de los escasos supervivientes. Un grito, que en la imaginación de su sueño era profundo y fuerte, se abrió camino en sus labios como un murmullo imperfecto; y sobresaltándose incluso del ligero sonido de su propia voz, despertó repentinamente. Lo primero que hizo al recuperar la memoria de dónde estaba fue preguntar ansiosamente por la condición de su compañero de viaje herido. Este último sacudió la cabeza.

—Reuben, muchacho —dijo éste—. Esta roca bajo la que estamos sentados servirá de lápida para un viejo cazador. Ante nosotros hay todavía muchos largos kilómetros de espesura; pero aunque el humo de mi propia chimenea estuviera al otro lado de ese promontorio, no me serviría de nada. La bala india fue más mortal de lo que yo pensaba.

—Estás fatigado por los tres días de viaje —contestó el joven—. Con un poco más de descanso te recuperarás. Quédate aquí sentado mientras busco en el bosque hierbas y raíces para que comamos; y cuando hayamos comido te apoyarás en mí y volveremos nuestro rostro hacia el hogar. No dudo de que con mi ayuda podrás llegar a alguna de las guarniciones de frontera.

—No quedan en mí ni dos días de vida, Reuben —contestó el otro con calma—. Y no permitiré que cargues con mi cuerpo inútil cuando apenas si puedes sostener el tuyo. Tus heridas son profundas y tu fuerza desaparece rápidamente; pero si te apresuraras solo, podrías salvarte. Para mí no hay esperanza y aguardaré la muerte aquí.

—Si eso es lo que ha de ser, me quedaré y vigilaré a tu lado —contestó Reuben con resolución.

—No, hijo mío, no —contestó su compañero—. Acata el deseo de un moribundo; dame un apretón de manos y vete de aquí. ¿Piensas que mis últimos momentos serían mejores si pensara que te iba a dejar morir lentamente? Te he querido como un padre, Reuben; y en un momento como éste debo tener la autoridad de un padre. Te ordeno que te vayas para que pueda morir en paz.

—¿Y porque has sido un padre para mí voy a dejar que perezcas y yazcas sin enterrar en el bosque? —preguntó el joven—. No, si verdaderamente tu fin se aproxima, vigilaré junto a ti y recibiré tus últimas palabras. Cavaré una tumba aquí, junto a la roca, y si mi debilidad me vence descansaremos en ella juntos; y si el cielo me da fuerzas, buscaré el camino de regreso.

—En las ciudades y donde habitan los hombres entierran a sus muertos —contestó el otro—. Los ocultan de la vista de los vivos, pero aquí, por donde quizás no pase nadie en cien años, ¿no podría descansar bajo el cielo abierto, cubierto sólo por las hojas de roble cuando el viento otoñal las esparza? Y en cuanto a monumento, aquí está esta roca gris sobre la que mi mano moribunda tallará el nombre de Roger Malvin; y el viajero de los tiempos futuros sabrá que aquí duerme un cazador y un guerrero. No te retrases por una locura como ésta; apresúrate, sino por ti mismo, por aquélla que quedaría desolada.

Malvin pronunció estas últimas palabras con voz titubeante y el efecto que produjeron en su compañero fue visible. Le recordaron que había otros deberes menos cuestionables que el de compartir el destino de un hombre a quien su propia muerte no serviría. Tampoco puede afirmarse que ningún sentimiento egoísta tratara de entrar en el corazón de Reuben, aunque su conciencia le hacía resistirse fuertemente a las órdenes de su compañero.

—¡Qué terrible es aguardar el lento acercamiento de la muerte en esta soledad! —exclamó—. Un valiente no retrocede en la batalla, y cuando los amigos se encuentran alrededor del lecho, hasta las mujeres pueden morir con compostura; pero aquí...

—Tampoco aquí retrocederé, Reuben Bourne —le interrumpió Malvin—. No soy hombre de corazón débil, y si lo fuera, hay un apoyo más seguro que el de los amigos terrenales. Tú eres joven, y la vida te es querida. En tus últimos momentos necesitarás más consuelo que yo; y cuando me hayas dejado en la tierra, y esté solo, y la noche caiga sobre el bosque, sentirás toda la amargura de la muerte que ahora se te escapa. Pero no apelo a tu naturaleza generosa con ningún motivo egoísta. Déjame por mi propio bien, para que tras haber dicho una oración por tu seguridad tenga tiempo para arreglar mis cuentas sin que se vean turbadas por las penas terrenales.

—¿Y tu hija, cómo me atrevería a mirarla a los ojos? —exclamó Reuben—. Me preguntará por el destino de su padre, cuya vida juré defender con la mía propia. ¿Debo decirle que viajó tres días conmigo desde el campo de batalla y que luego le dejé perecer en el bosque? ¿No sería mejor tumbarme y morir a tu lado que volver a salvo y decirle eso a Dorcas?

—Dile a mi hija que aunque estabas gravemente herido, débil y fatigado, dirigiste mis pasos tambaleantes durante muchos kilómetros, y sólo me abandonaste cuando te lo ordené fervientemente porque no quería llevar tu sangre sobre mi alma. Dile que en el dolor y el peligro me fuiste fiel, y que si tu sangre hubiera podido salvarme, la habrías derramado hasta la última gota; y dile que serás alguien más querido que un padre, y que os doy a ambos mi bendición, y que mis ojos moribundos pueden ver un largo y agradable camino que recorreréis juntos.

Malvin casi se levantó del suelo al hablar, y la energía de sus últimas palabras pareció llenar el bosque salvaje y solitario con una visión de felicidad; pero cuando se dejó caer agotado sobre su lecho de hojas de roble, la luz que se había encendido en la mirada de Reuben se apagó. Sintió como si fuera al mismo tiempo locura y pecado pensar en la felicidad en tal momento. Su compañero observaba su semblante cambiante, y con generosa astucia trataba de engañarle por su propio bien.

—Quizás me engañe con respecto al tiempo que me queda por vivir —siguió diciendo—. Puede ser que si recibo ayuda rápidamente me recupere de mi herida. Los primeros fugitivos deben haber llevado ya hasta la frontera la noticia de nuestra batalla fatal, y habrán partido grupos para socorrer a los que se hallan en una condición como la nuestra. Si te encontraras con uno de esos grupos y lo guiaras hasta aquí, quién sabe si no podré volver a sentarme junto al fuego de mi chimenea.

Una sonrisa triste cruzó los rasgos del moribundo cuando insinuó esa esperanza infundada, aunque no dejó de producir su efecto en Reuben. Ni los motivos egoístas ni la desolación de Dorcas podrían haberle inducido a abandonar a su compañero en esos

momentos; pero sus deseos se aferraron a la idea de que la vida de Malvin podría preservarse mientras su naturaleza sanguínea convertía casi en certidumbre la posibilidad remota de obtener ayuda humana.

—Seguramente hay razones, razones poderosas, para esperar que los amigos no estén muy distantes —dijo con voz bastante alta—. Un cobarde huyó, sin haber sido herido, al principio de la batalla, y probablemente lo hizo a buena velocidad. Todo verdadero hombre de la frontera se echaría el mosquete a los hombros ante la noticia; y aunque ningún grupo podría recorrer los bosques hasta un punto tan distante como éste, quizás los encuentre aun día de marcha. Aconséjame fielmente —añadió dirigiéndose a Malvin, pues desconfiaba de sus propios motivos—. Si tu situación fuera la mía, ¿me abandonarías mientras me quedara vida?

—Hace ya veinte años desde que escapé con un querido amigo de la cautividad india cerca de Montreal —contestó Roger Malvin, con un suspiro, pues secretamente se daba cuenta de la gran diferencia que había entre los dos casos—. Viajamos muchos días por los bosques hasta que al final nos venció el hambre y la debilidad. Mi amigo se echó al suelo y me pidió que le abandonara, pues sabía que si yo me quedaba los dos pereceríamos; y con escasas esperanzas de obtener ayuda, puse una almohada de hojas secas bajo su cabeza y me apresuré.

—¿Y regresaste a tiempo para salvarle? —preguntó Reuben aferrándose a las palabras de Malvin como si fueran a resultar proféticas de su propio éxito.

—Lo hice —respondió el otro—. Llegué a un campamento de cazadores antes de que anoheciera. Les guíé hasta donde mi camarada estaba aguardando la muerte; y ahora es un hombre sano y fuerte que se encuentra en su granja, mucho más allá de la frontera, mientras yo estoy aquí herido en las profundidades de los bosques.

Este ejemplo, que afectó profundamente a la decisión de Reuben, se vio ayudado, aunque éste no lo comprendiera, por la fuerza oculta de muchos otros motivos. Roger Malvin se dio cuenta de que la victoria estaba casi ganada.

—¡Y ahora vete, hijo mío, y que el cielo te favorezca! —dijo—. No regreses con tus amigos cuando los encuentres, no vaya a ser que te venzan tus heridas y tu debilidad; que vengan aquí a buscarme dos o tres que estén libres de servicio; y créeme, Reuben, que mi corazón se hará más ligero con cada paso que des hacia la seguridad.

Sin embargo, mientras así hablaba se produjo quizás un cambio en su semblante y en su voz; pues al fin y al cabo era un destino horrible el de quedarse a morir en el bosque.

Reuben Bourne, medio convencido de que actuaba correctamente, se levantó por fin del suelo y se dispuso a marcharse. Primero, en contra de los deseos de Malvin, recogió raíces y hierbas que habían sido su único alimento durante los últimos días. Colocó ese inútil suministro al alcance del moribundo, para el que preparó también un lecho de hojas secas de roble. Después, subiéndose encima de la roca, que por un lado era desigual, se inclinó sobre el retoño de roble y ató su pañuelo a la rama más alta. Esta precaución era necesaria para dirigir a cualquiera que acudiera en busca de Malvin; por todas partes la roca, salvo por su parte delantera ancha y lisa, quedaba oculta a poca distancia por los densos matorrales del bosque. El pañuelo había sido el vendaje de una herida del brazo de Reuben, y al atarlo al árbol juró por la sangre que lo manchaba que

regresaría para salvar la vida de su compañero o poner su cuerpo en la tumba. Descendió después y se quedó con la mirada baja para escuchar la despedida de Roger Malvin.

La experiencia de este último le sugirió muchos y minuciosos consejos respecto al viaje del joven a través del bosque sin caminos. Sobre este tema habló con seriedad tranquila, como si estuviera enviando a Reuben a la batalla o a cazar mientras él se quedaba a salvo en casa, y no como si el semblante humano que iba a irse fuera el último que iba a contemplar en su vida. Pero su firmeza se conmovió antes de concluir.

—Dale mi bendición a Dorcas y dile que mi última oración será para ella y para ti. Dile que no piense duramente de ti por haberme dejado aquí —a Reuben le dolió el corazón—, porque no habrías valorado tu vida si su sacrificio me hubiera podido hacer algún bien. Ella se casará contigo después de guardar un tiempo de luto por su padre. ¡Y el cielo os concederá muchos y felices días, y quiera que los hijos de vuestros hijos estén alrededor de vuestro lecho mortuario! Y Reuben —añadió conforme se abría paso la debilidad de la muerte—, vuelve cuando tus heridas estén curadas y te hayas recuperado de la fatiga... vuelve junto a esta roca y pon mis huesos en la tumba, y di una oración sobre ella.

Los habitantes de la frontera tenían respecto a los ritos de la sepultura un respeto casi supersticioso, debido quizás a las costumbres de los indios, quienes libraban la guerra tanto con los vivos como con los muertos; y hay muchos ejemplos de vidas sacrificadas en el intento de enterrar a aquellos que habían caído por la «espada del bosque». Por tanto Reuben era plenamente consciente de la promesa que solemnemente hizo de regresar y llevar a cabo las exequias de Roger Malvin. Era notable que este último, hablando con todo su corazón en sus palabras de despedida, ya no intentara persuadir al joven de que un veloz socorro podría ayudarle a mantener la vida. Reuben estaba interiormente convencido de que no volvería a ver vivo a Malvin. Su naturaleza generosa de buena gana le habría retrasado a cualquier precio hasta que la muerte se hubiera producido; pero el deseo de existir y la esperanza de felicidad se habían fortalecido en su corazón y era incapaz de resistirse.

—Es suficiente —dijo Roger Malvin tras escuchar la promesa de Reuben—. ¡Vete, y que Dios te dé alas!

El joven le apretó la mano en silencio, se dio la vuelta y se dispuso a marchar. Sin embargo, apenas sus pasos lentos y vacilantes le habían alejado un poco cuando le detuvo la voz de Malvin.

—Reuben, Reuben —dijo aquél débilmente; y éste se dio la vuelta y se arrodilló junto al moribundo.

—Levántame y déjame apoyado contra la roca —le pidió—. Así mi rostro estará vuelto hacia el hogar, y te veré un momento más mientras te vas entre los árboles.

Reuben, tras cambiar la postura de su compañero tal como éste deseaba, inició de nuevo su solitario peregrinaje. Al principio caminó con mayor velocidad de la adecuada para sus fuerzas; por una especie de sentimiento de culpa, que atormenta a veces a los hombres en sus actos más justificados, trataba de ocultarse de los ojos de Malvin; pero tras haber recorrido un gran trecho sobre las crujientes hojas del bosque, retrocedió, impulsado por una curiosidad potente y dolorosa, y al abrigo de las raíces cubiertas de

tierra de un árbol caído, contempló al hombre desolado. Era una mañana soleada y sin nubes y los árboles y los matorrales embebían el aire fragante del mes de mayo; sin embargo parecía haber una tristeza en la faz de la naturaleza, como si ésta sintiera simpatía por la pena y el dolor mortales. Roger Malvin tenía las manos elevadas en una plegaria ferviente, algunas de cuyas palabras se deslizaron a través de la quietud de los bosques y entraron en el corazón de Reuben, torturándolo con una punzada que no es posible expresar. Era el acento roto de una petición por la felicidad de Reuben y la de Dorcas; y mientras el joven le escuchaba se introdujo poderosamente en él la conciencia, o algo similar, de que debía regresar y volver a tumbarse junto a la roca. Comprendió lo duro que era el destino del ser amable y generoso al que había abandonado en una situación de necesidad extrema. La muerte se presentaría como la aproximación lenta de un cadáver a través del bosque, mostrándole sus rasgos fantasmales y horribles tras un árbol más y más cercano. Pero ése sería también el destino del propio Reuben si se retrasaba un día más; ¿y quién podría culparle si se apartaba de un sacrificio tan inútil? Cuando lanzó una mirada de despedida una brisa hizo ondear la pequeña bandera colocada sobre el retoño de roble, recordándole a Reuben su promesa.

Muchas circunstancias se combinaron en retrasar al viajero herido en su camino hacia la frontera. En el segundo día las nubes, volviéndose densas en el cielo, impedían la posibilidad de orientarse por la posición del sol; y él sabía que cada vez que agotara sus fuerzas casi exhaustas se estaría alejando más del hogar que buscaba. Su escaso alimento consistía en bayas y otros productos naturales del bosque. Es cierto que a veces oía a su espalda rebaños de ciervos, y que las perdices se levantaban aleteando a menudo delante de él; pero había gastado la munición en el combate y no tenía medios para matarlas. Sus heridas, irritadas por el esfuerzo constante que era su única esperanza de vida, le agotaban las fuerzas y a veces confundían su razón. Pero incluso con su intelecto extraviado, el corazón joven de Reuben se aferraba fuertemente a la existencia; y sólo por la absoluta incapacidad de moverse finalmente se dejó caer bajo un árbol, obligado a aguardar allí la muerte.

En esa situación fue descubierto por un grupo que nada más enterarse de la lucha había acudido en ayuda de los supervivientes. Le condujeron al asentamiento más cercano, que resultó ser su propia residencia.

Dorcas, con la simplicidad de los viejos tiempos, vigiló a su amante herido junto al lecho, administrándole todos los consuelos que sólo la mano y el corazón de una mujer conoce. Durante varios días la memoria de Reuben se perdió en sus sueños entre los peligros y las duras situaciones por las que había pasado, y fue incapaz de responder de manera coherente a las preguntas con que muchos le acosaban. No se conocían todavía los hechos auténticos de la batalla; y las madres, esposas e hijos no podían saber si sus seres queridos estaban detenidos por la cautividad o por la cadena, más potente, de la muerte. Dorcas alimentó sus aprensiones en silencio hasta que una tarde, cuando Reuben despertó de un sueño intranquilo, pareció reconocerla mejor que en cualquier momento anterior. Ella vio que su intelecto se había recuperado y ya no pudo resistir su ansiedad filial.

—¿Y mi padre, Reuben? —empezó a preguntar, pero el cambio que se produjo en el semblante de su amado la hizo detenerse.

El joven se encogió como atacado por un amargo dolor, y la sangre afloró velozmente a sus mejillas huecas y pálidas. Su primer impulso fue el de cubrirse el rostro; pero haciendo un esfuerzo que parecía desesperado, se enderezó a medias y habló con vehemencia, defendiéndose de una acusación imaginaria.

—Tu padre fue gravemente herido en la batalla, Dorcas; y me ordenó que no cargara con él, y que me limitara a conducirlo hasta el lago para que pudiera apagar la sed y morir. Pero no abandoné al anciano en su extrema necesidad, y aunque yo mismo sangraba, lo llevé; le di la mitad de mi fuerza y lo saqué de allí conmigo. Durante tres días viajamos juntos, y tu padre aguantaba más de lo que yo esperaba, pero al despertar, en el amanecer del cuarto día, le encontré débil y agotado; era incapaz de seguir; su vida se le estaba escapando con rapidez; y...

—¡Murió! —exclamó Dorcas débilmente.

A Reuben le fue imposible reconocer que su amor egoísta hacia la vida le había llevado a alejarse antes de que el destino del padre de ella estuviera decidido. No dijo nada; sólo inclinó la cabeza; y entre la vergüenza y el agotamiento, se dejó caer hacia atrás y ocultó el rostro en la almohada. Cuando sus miedos se vieron así confirmados, Dorcas lloró; pero el dolor, como desde hacía tiempo lo estaba anticipando, fue por ello menos violento.

—Reuben, ¿cavaste una tumba para mi pobre padre en el bosque? —fue la pregunta con la que manifestó su piedad filial.

—Mis manos estaban débiles; pero hice lo que pude —contestó el joven con un tono apagado—. Allí se levanta una noble lápida encima de su cabeza; ¡y ojalá el cielo me conceda dormir tan profundamente como él!

Al darse cuenta Dorcas de la extravagancia que había en esas últimas palabras, no quiso preguntar más por el momento, pero su corazón encontró alivio en el pensamiento de que a Roger Malvin no le habían faltado los ritos funerarios que la ocasión permitía. No se perdió nada de la fidelidad y el valor de Reuben en el relato que hizo ella a sus amigos; y el pobre joven, al salir tambaleándose de su cámara de enfermo para respirar el aire soleado, experimentó en todas las lenguas la tortura miserable y humillante del valor no merecido. Todos reconocían que podía solicitar dignamente la mano de la hermosa doncella a cuyo padre había sido «fiel hasta la muerte»; y como mi relato no es de amor, baste con decir que en el espacio de unos meses Reuben se convirtió en esposo de Dorcas Malvin. Durante la ceremonia matrimonial, la novia se hallaba sonrojada, pero el rostro del novio estaba pálido.

Había en el pecho de Reuben Bourne un pensamiento que no podía comunicar, algo que iba a tener que ocultar especialmente a aquélla a quien amaba y en quien confiaba. Lamentaba profunda y amargamente la cobardía moral que había impedido que brotaran sus palabras cuando iba a revelar la verdad a Dorcas; pero el orgullo, el miedo a perder su afecto, el temor al desprecio de todos, le impidieron rectificar esa falsedad. Sentía que no merecía ser censurado por haber abandonado a Roger Malvin. Su presencia, el sacrificio gratuito de su propia vida, sólo habría añadido otro dolor innecesario a los últimos momentos del moribundo; pero el ocultamiento había impartido a un acto justificable gran parte del efecto secreto de la culpa, y Reuben, aunque la razón le decía que había hecho lo correcto, experimentaba en grado nada

pequeño los horrores mentales que castigan a quien ha cometido un crimen que ha quedado sin descubrir. Por una cierta asociación de ideas, a veces casi se imaginaba a sí mismo como un asesino. Durante años, además, ocasionalmente le venía un pensamiento que, aunque se daba cuenta de que era una locura y extravagancia, no tenía capacidad para desterrarlo de su mente. Era la fantasía torturadora de que su suegro se encontraba todavía sentado al pie de la roca, sobre las hojas marchitas del bosque, vivo y aguardando la ayuda que le había prometido. Sin embargo esos engaños mentales aparecían y desaparecían y nunca llegó a tomarlos erróneamente como realidades; no obstante, con su estado de ánimo más tranquilo y claro, era consciente de que tenía una promesa profunda sin cumplir, y un cadáver sin enterrar estaba llamándole desde el bosque. Pero la naturaleza de su tergiversación era tal que no podía acudir a esa llamada. Era ya demasiado tarde para pedir ayuda a los amigos de Roger Malvin para darle por fin sepultura; y miedos supersticiosos, a los que tan proclive eran las personas de los asentamientos exteriores, impedían a Reuben ir solo. Tampoco sabía dónde, en ese bosque ilimitado y sin caminos, buscar esa roca lisa en la base de la cual yacía el cuerpo: su recuerdo de las distintas partes del viaje se había vuelto confuso, y la última parte no dejó impresión alguna en su mente. Sin embargo había un impulso continuo, una voz que sólo él podía oír, que le exigía ir a cumplir la promesa; y tenía la impresión extraña de que si se sometía a la prueba sería conducido directamente hasta los huesos de Malvin. Pero un año tras otro esas llamadas, que no oía pero sí sentía, eran desobedecidas. Su único pensamiento secreto se convirtió en una cadena que ataba su espíritu y en una serpiente que le roía el corazón; y se transformó en un hombre triste y abatido, pero irritable.

En el curso de unos años a partir de su matrimonio empezaron a hacerse visibles varios cambios en la prosperidad exterior de Reuben y Dorcas. La única riqueza del primero había sido su corazón valiente y su brazo fuerte, y ella, heredera universal de su padre, había convertido a su marido en dueño de una granja cultivada desde antiguo, más grande y mejor provista que la mayoría de las haciendas de la frontera. Pero Reuben Bourne era un esposo negligente; y mientras las tierras de los otros colonos se iban haciendo cada año más fructíferas, las suyas se deterioraron en la misma proporción. Los inconvenientes de la agricultura se redujeron mucho cuando acabó la guerra india, durante la cual los hombres sostenían el arado en una mano y el mosquete en la otra, y eran afortunados si el producto de su peligroso trabajo no era destruido en el campo o en el granero por el enemigo salvaje. Pero Reuben no se benefició de que cambiara la condición del país; tampoco puede negarse que sus intervalos de atención laboriosa a sus asuntos fueron recompensados, aunque escasamente, con el éxito. La irritabilidad por la que se había distinguido recientemente fue otra causa de que menguara su prosperidad, pues ocasionaba frecuentes disputas en su trato inevitable con los colonos vecinos. La consecuencia de tales disputas fueron pleitos innumerables, pues las gentes de Nueva Inglaterra, en las primeras fases y en las circunstancias más salvajes del país, adoptaban siempre que era posible la manera legal de decidir sus diferencias. En resumen, las cosas no le iban bien a Reuben Bourne; y aunque eso no sucedió hasta muchos años después de su matrimonio, llegó a ser un hombre arruinado que sólo podía hacer una cosa contra el terrible destino que le había



perseguido: tenía que abrir un claro en algún profundo lugar del bosque y buscar la subsistencia en el fondo virginal de éste.

El único hijo de Reuben y Dorcas era un varón que había llegado ahora a la edad de quince años, de muy buen aspecto en su juventud, y prometedor de una gloriosa vida de adulto. Estaba peculiarmente cualificado para las hazañas de la vida fronteriza y salvaje, en las que empezaba ya a sobresalir. Sus pies eran ágiles, su puntería exacta, su juicio rápido, su corazón alegre y animoso. Y todos los que pensaban que iba a volver la guerra india hablaban de Cyrus Bourne como un futuro líder de la zona. El padre amaba al muchacho con una fuerza profunda y silenciosa, como si todo lo bueno y feliz de su propia naturaleza se hubiera transferido al niño, llevando sus afectos con él. Ni siquiera a Dorcas, aunque la quería, la amaba tanto como a él; pues los pensamientos secretos y las emociones aisladas de Reuben le habían convertido gradualmente en un hombre egoísta, y ya sólo podía amar en profundidad aquello en lo que veía o imaginaba un reflejo o semejanza con su propia mente. En Cyrus reconocía lo que él mismo había sido en otro tiempo; y a veces parecía compartir el espíritu del muchacho, y revivir en una vida nueva y feliz. A Reuben le acompañó su hijo en la expedición destinada a seleccionar un trozo de tierra y talar y quemar los árboles, operación que necesariamente precedía al cambio de los penates o dioses domésticos. Ocuparon en ello dos meses del otoño tras los cuales Reuben Bourne y su hijo regresaron para pasar su último invierno en los asentamientos.

A principios del mes de mayo la pequeña familia rompió los pequeños hilos de afecto que les sujetaban a los objetos inanimados y se despidió de las pocas personas que, en la mala fortuna, siguieron llamándose sus amigos. La tristeza del momento de la partida significó un alivio peculiar para cada uno de los peregrinos. Reuben, un hombre melancólico y misántropo por su infelicidad, avanzó con su habitual ceño fruncido y la mirada abatida, sintiendo pocas lamentaciones, y negándose a reconocer ninguna. Dorcas, aunque lloró en abundancia la ruptura de los vínculos que su naturaleza simple y afectiva había creado con todo, sintió que los habitantes de lo más interno de su corazón se mudaban con ella, y que todo lo demás lo obtendría donde quiera que fuera. Y el muchacho reprimió unas lágrimas y pensó en las aventuras y placeres del bosque virginal.

¿Quién no ha deseado en el entusiasmo de una ensoñación ser un vagabundo en un mundo selvático y veraniego con una persona hermosa y amable cogida del brazo? En la juventud su paso libre y alegre no conocía otra barrera que el océano ondulante o la montaña de cumbres nevadas; con la vida adulta, más tranquila, prefirió una casa en la que la naturaleza hubiera esparcido una riqueza doble en el valle de alguna corriente transparente; y cuando la vejez canosa le encontrara allí tras muchísimos años de vida pura, sería el padre de una raza, el patriarca de un pueblo, el fundador de una nación poderosa todavía por hacer. Y cuando la muerte, como ese sueño dulce al que damos la bienvenida tras un día de felicidad, llegara sobre él, sus lejanos descendientes llorarían sobre su polvo venerado. Envuelto por la tradición en atributos misteriosos, los hombres de las generaciones futuras le considerarían divino; y la remota posteridad le vería erguido, oscuramente glorioso, en el valle de cien siglos.

El bosque enmarañado y tenebroso que recorrían los personajes de mi historia era muy diferente de la tierra fantástica del soñador; pero había algo en su modo de vida que la naturaleza afirmaba como propio, y los recuerdos atenazadores que llevaban con ellos desde el mundo era lo único que impedía ahora su felicidad. Un corcel robusto y peludo, el portador de toda su riqueza, no se negó a aceptar también el peso de Dorcas; aunque su educación para la resistencia la mantenía en la última parte del viaje, cada día, al lado de su esposo. Reuben y su hijo, con los mosquetes al hombro y las hachas colgadas detrás, mantenían un paso constante, vigilando cada uno de ellos con mirada de cazador las piezas que eran su alimento. Cuando el hambre lo exigía, se detenían y preparaban la comida a orillas de algún torrente limpio del bosque que, cuando se arrodillaban junto a él para beber con sus labios sedientos, murmuraba una dulce desgana, como una doncella ante el primer beso de amor. Dormían bajo una choza de ramas, y al despertar encontraban la luz renovada para los trabajos de otro día. Dorcas y el muchacho avanzaban gozosamente, e incluso a veces brillaba el espíritu de Reuben con una alegría exterior; pero interiormente sentía una pena fría que comparaba con la nieve amontonada en las oquedades y zonas estrechas de los riachuelos mientras arriba las hojas tenían un color verde brillante.

El conocimiento de Cyrus Boume de los viajes por el bosque era suficiente como para darse cuenta de que su padre no estaba siguiendo la misma dirección que en la expedición del otoño anterior. Se desviaban ahora hacia el norte, alejándose más directamente de los asentamientos, hacia una región en la que los únicos dueños seguían siendo los animales y los hombres salvajes. A veces el muchacho sugería su opinión sobre el tema, y Reuben le escuchaba atentamente, cambiando la dirección de la marcha en una o dos ocasiones de acuerdo con el consejo de su hijo; pero en cuanto lo había hecho así, parecía sentirse inquieto. Sus miradas rápidas y errantes cubrían el frente, aparentemente buscando enemigos que se ocultaran tras los troncos de los árboles; y al ver que no había nada allí, volvía los ojos hacia atrás, como si temiera la existencia de algún perseguidor. Cyrus, dándose cuenta de que su padre volvía a tomar gradualmente la dirección antigua, se abstenía de interferir; pues, además, aunque había algo que empezaba a pesar en su corazón, su naturaleza aventurera no le permitía lamentar que aumentara la duración y el misterio del viaje.

En la tarde del quinto día se detuvieron y prepararon su sencillo campamento una hora antes del atardecer. En los últimos kilómetros la faz del país había cambiado por promontorios de tierra semejantes a enormes olas de un mar petrificado; y en una de las oquedades, un lugar salvaje y romántico, la familia había levantado su choza y encendido el fuego. Había algo que resultaba al mismo tiempo escalofriante y cálido al pensar en ellos tres, unidos por los fuertes vínculos del amor y aislados de todos los demás seres. Los pinos oscuros y tristes les contemplaban, y cuando el viento agitaba sus copas se oía en el bosque un sonido semejante a una lamentación; ¿o es que aquellos viejos árboles gemían por miedo a que los hombres acabaran atacando con el hacha sus raíces? Mientras Dorcas preparaba la comida, Reuben y su hijo decidieron salir a buscar caza, de la que no se habían provisto en el último día de marcha. El muchacho, prometiendo no abandonar la proximidad del campamento, partió con un paso tan ligero y elástico como el del ciervo que esperaba matar; y el padre, sintiendo una

felicidad pasajera al contemplarle, iba a coger la dirección opuesta. Entretanto Dorcas se había sentado junto al fuego de ramas caídas sobre el tronco cubierto de musgo y moho de un árbol desenraizado años antes. Además de lanzar una mirada ocasional a la cazuela, que empezaba a hervir ahora sobre el fuego, se dedicaba a leer detenidamente el Almanaque de Massachusetts de ese año, que junto con una vieja Biblia impresa en letras góticas era toda la riqueza literaria de la familia. Ninguno prestaba una gran importancia a las divisiones arbitrarias del tiempo, como hacen aquéllos que están excluidos de la sociedad; pero Dorcas mencionó, como si la información tuviera importancia, que estaban a doce de mayo. Su esposo se sobresaltó.

—¡Doce de mayo! Debería recordarlo bien —murmuró mientras una multiplicidad de pensamientos producía una confusión momentánea en su mente—. ¿Dónde estoy? ¿Adónde me dirijo? ¿Dónde le dejé?

Dorcas, demasiado acostumbrada a los variables estados de ánimo de su marido como para observar alguna peculiaridad en esa conducta, dejó a su lado el almanaque y se dirigió a él en ese tono triste al que se amolda un corazón tierno cuando la pena se ha enfriado y muerto.

—Fue cerca de esta época del mes, hace dieciocho años, cuando mi pobre padre abandonó este mundo para irse a otro mejor. En sus últimos momentos Reuben le prestó su amable brazo para sostenerle la cabeza y le alegró con su agradable voz; y el pensamiento de lo fielmente que te ocupaste de él me ha consolado muchas veces desde entonces. ¡Ay, la muerte habría sido horrible para un hombre solitario en un lugar salvaje como éste!

—¡Dorcas, ruego al cielo para que ninguno de nosotros tres muera solo y quede sin enterrar en este lugar salvaje! —exclamó Reuben con voz entrecortada. Después se marchó presurosamente, dejándola a ella para que cuidara del fuego bajo los oscuros pinos.

Reuben Boume aflojó gradualmente su paso rápido conforme se fue haciendo menos agudo el dolor que, sin intención alguna, le habían provocado las palabras de Dorcas. Le acosaban sin embargo numerosas y extrañas reflexiones; y avanzando más como un sonámbulo que como un cazador, no prestó ninguna atención a que su curso no le desviara de la vecindad del campamento. Imperceptiblemente sus pasos le conducían casi en círculo; tampoco se dio cuenta de que estaba en la linde de una extensión de tierra muy arbolada, pero no por pinos. En lugar de éstos abundaban los robles y otros árboles de madera dura; y alrededor de sus raíces se arracimaba un denso matorral bajo que dejaba sin embargo espacios vacíos entre los árboles recubiertos de hojas marchitas. Siempre que el crujido de las ramas o de los troncos producía un sonido, como si el bosque fuera a despertar de su sueño, instintivamente Reuben levantaba el mosquete que llevaba en el brazo y miraba rápida y fijamente a todos los lados; pero convencido por una observación parcial de que no había cerca ningún animal, se abandonaba de nuevo a sus pensamientos. Estaba meditando sobre la influencia extraña que le había alejado de la dirección que previamente había pensado y le había hecho profundizar tanto en el bosque. Incapaz de entrar en el lugar secreto de su alma, en el que estaban ocultos sus motivos, creía que una voz sobrenatural le pedía que avanzara, y que un poder sobrenatural había impedido su retirada. Confiaba en

que el cielo intentara darle una oportunidad de expiar su pecado; deseaba poder encontrar los huesos tanto tiempo desenterrados; y que tras haber puesto tierras sobre ellos la paz volviera a iluminar con su luz el sepulcro de su corazón. De esos pensamientos le despertó un crujido en el bosque a cierta distancia de donde se encontraba entonces. Percibiendo el movimiento de algún objeto tras unos matorrales espesos, disparó con el instinto de un cazador y la puntería de un tirador experimentado. Reuben-Bourne no prestó atención a un gemido bajo, que indicaba su éxito, con el que incluso los animales expresan el dolor por su muerte. ¿Cuáles eran los recuerdos que ahora le asaltaban?

La espesura contra la que Reuben había disparado estaba cerca de la cumbre de un promontorio y se arracimaba alrededor de la base de una roca que, por la forma y la lisura de una de sus superficies, no dejaba de parecerse a una lápida gigantesca. Era como si reflejara en un espejo algo semejante a lo que había en la memoria de Reuben. Incluso reconoció las vetas que parecían formar una inscripción en caracteres olvidados: todo permanecía igual, salvo que unos matorrales espesos envolvían la parte inferior de la roca y habrían ocultado a Roger Malvin de seguir sentado allí todavía. Pero al momento siguiente la mirada de Reuben captó otro cambio que había producido el tiempo desde la última vez que había estado donde se encontraba ahora, tras la raíces cubiertas de tierra del árbol desenraizado. El arbolito al que había atado el símbolo teñido en sangre de su promesa había crecido convirtiéndose en un fuerte roble, plenamente maduro, pero que no extendía ramas que dieran sombra. En ese árbol había una singularidad que hizo temblar a Reuben. Las ramas medias e inferiores tenían una vida abundante y una vegetación excesiva rodeaba el tronco casi hasta el suelo; pero una enfermedad parecía haber afectado la parte superior del roble, por lo que las ramas más altas estaban marchitas, sin savia, totalmente muertas. Reuben recordó la pequeña bandera que aleteaba en la rama más alta cuando era verde y atractiva, dieciocho años antes. ¿Por culpa de quién se había agostado?

Dorcas, tras la partida de los dos cazadores, continuó preparando la comida de la noche. Su mesa rústica era el tronco cubierto de musgo de un árbol grande caído, en cuya parte más ancha había extendido un paño blanco como la nieve, disponiendo encima lo que quedaba de los cacharros de peltre brillante que habían sido su orgullo en el asentamiento. Producía un aspecto extraño ese único punto de comodidad hogareña en el corazón desolado de la naturaleza. La luz del sol seguía posándose sobre las ramas superiores de los árboles que crecían en la parte elevada; pero las sombras de la noche habían aumentado en la oscuridad en la que habían instalado el campamento, y la luz del fuego empezó a enrojecer mientras iluminaba los altos troncos de los pinos o quedaba suspendida sobre la masa densa y oscura del follaje que rodeaba el lugar. El corazón de Dorcas no estaba triste; pues sentía que era mejor viajar por el bosque con las dos personas a las que amaba que ser una mujer solitaria entre una multitud que no se ocupara de ella. Mientras se disponía a arreglar los asientos de madera mohosa cubiertos de hojas, para Reuben y su hijo, su voz bailó por el bosque sombrío en la forma de una canción que había aprendido de joven. La tosca melodía, la producción de un bardo que no había conseguido hacerse un nombre, describía una tarde invernal en una casa de la frontera, cuando a salvo de las incursiones de salvajes por los altos

montones de nieve, la familia disfrutaba junto al fuego de la chimenea. La canción entera poseía ese encanto inexpresable del pensamiento inapropiado, pero cuatro versos que se repetían continuamente se separaban del resto como las llamas del hogar cuyas alegrías celebraban. Haciendo magia con unas simples palabras, el poeta había instilado en esos versos la esencia misma del amor y la felicidad familiar, uniendo en una sola cosa poesía e imagen. Mientras Dorcas cantaba las paredes de su hogar abandonado parecían rodearla; ya no veía los tristes pinos, ni escuchaba el viento que, cuando iniciaba cada verso, seguía soplando con fuerza entre las ramas, y desaparecía en un quejido hueco de la carga de la canción. Le sobresaltó un escopetazo cerca del campamento; y, ya fuera por lo repentino del sonido, o por su soledad junto al fuego ardiente, tembló de forma violenta. Un momento después se reía con el orgullo de su corazón materno.

—¡Mi hermoso hijo el cazador! ¡Mi hijo ha matado un ciervo! —exclamó recordando que Cyrus había ido a cazar en la dirección desde la que oyó el disparo.

Aguardó un tiempo razonable para oír los pasos ligeros de su hijo sobre las hojas crujientes, deseoso de contarle su éxito. Pero no apareció inmediatamente; y ella envió su voz alegre entre los árboles para buscarle.

—¡Cyrus! ¡Cyrus!

Su llegada seguía retrasándose; y como le parecía haber oído el disparo muy cerca, decidió ir a buscarlo personalmente. Su ayuda podía ser necesaria para traer el venado, que suponía que su hijo habría ya cobrado. Se puso en marcha, dirigiendo sus pasos hacia el lugar desde el que oyó el sonido, y avanzó cantando para que el muchacho se enterara de que se aproximaba y corriera a su encuentro. Detrás del tronco de cada árbol, y en cada escondite en el espeso follaje de los matorrales, esperaba encontrar el semblante de su hijo, riendo con esa malicia que nace del afecto. El sol estaba ahora por debajo del horizonte, y la luz que bajaba entre las hojas era tan oscura que creaba muchas ilusiones en su imaginación expectante. En varias ocasiones le pareció ver vagamente el rostro de su hijo mirándola desde las hojas; y una vez imaginó que la estaba llamando desde la base de una roca mellada. Pero al fijar los ojos en el objeto resultó que no era más que el tronco de un roble rodeado hasta el suelo de pequeñas ramas, una de las cuales, muy apartada de las demás, era sacudida por la brisa. Abriéndose camino alrededor del pie de la roca, se encontró de pronto con su esposo, que había llegado hasta allí desde el otro lado. Apoyado en la culata de la escopeta, cuya boquilla descansaba sobre las hojas marchitas, parecía estar absorto en la contemplación de un objeto que había a sus pies.

—¿Qué pasa, Reuben? ¿Has matado al ciervo y te has quedado dormido encima? —preguntó Dorcas echándose a reír alegremente al darse cuenta de la postura y apariencia de su marido.

Éste no se movió, ni dirigió su mirada hacia ella; y un miedo frío y estremecedor, indefinido en su origen, empezó a deslizarse por la sangre de Dorcas. Se dio cuenta ahora de que el rostro de su esposo estaba mortalmente pálido, y de que sus rasgos eran rígidos, como si fuera incapaz de asumir cualquier otra expresión que la de la poderosa desesperación que los había endurecido. No dio la menor prueba de que se hubiera dado cuenta de la proximidad de ella.

—¡Por amor al cielo, Reuben, háblame! —gritó Dorcas; y el extraño sonido de su propia voz la asustó todavía más que el silencio mortal.

Su esposo la miró, la miró al rostro, la condujo hasta la parte frontal de la roca y señaló con el dedo.

¡Ay, allí yacía el muchacho, dormido pero sin soñar, sobre las hojas caídas del bosque! La mejilla reposaba sobre el brazo —sus bucles apartados de la frente—, los miembros ligeramente relajados. ¿Una fatiga repentina había vencido al joven cazador? ¿Le despertaría la voz de la madre? Ella supo que estaba muerto.

—Esta roca ancha es la tumba de tus parientes más próximos, Dorcas —dijo el marido—. Tus lágrimas caerán al mismo tiempo sobre tu padre y tu hijo.

Ella no le escuchó. Lazando un grito salvaje que pareció abrirse camino desde lo más interior de su alma sufriente, cayó sin sentido al lado de su hijo muerto. En ese momento la rama marchita, la más alta del roble, se soltó en el aire quieto y cayó en fragmentos suaves y ligeros sobre la roca, sobre las hojas, sobre Reuben, sobre su esposa y su hijo, y sobre los huesos de Roger Malvin. Entonces quedó sobrecogido el corazón de Reuben y las lágrimas brotaron de él como el agua de una roca. La promesa que el joven herido había hecho al moribundo había sido redimida. Su pecado estaba expiado: la maldición había desaparecido; y en la hora en que había derramado una sangre que para él era más querida que la propia, una oración, la primera en años, subió al cielo desde los labios de Reuben Bourne.

## LA CORRESPONDENCIA DE P.

Mi infortunado amigo P. ha perdido el hilo de su vida por la interposición de largos intervalos en los que tenía la razón parcialmente desordenada. El pasado y el presente se mezclan en su mente de una manera que suele producir resultados curiosos, y que con la lectura detallada de la carta siguiente se entenderá mejor que con cualquier descripción que pudiera yo hacer. El pobre hombre, sin salir nunca de la pequeña habitación encalada y enrejada a la que alude en el primer párrafo, es sin embargo un gran viajero que conoce en sus andanzas a una variedad de personajes que hace tiempo dejaron de ser visibles para cualquier mirada salvo la suya. En mi opinión, todo ello no es tanto una ilusión como un capricho de la imaginación, en parte voluntario y en parte involuntario, a la que su enfermedad ha dado tal energía mórbida que contempla esos escenarios y personajes espectrales con tanta claridad como si se tratara de una obra en el escenario, y con algo más de ilusa credibilidad. Muchas de sus cartas están en mi posesión, algunas basadas en extravagancias iguales a la presente, y otras en hipótesis no carentes del elemento absurdo. El conjunto constituye una correspondencia que, si el destino aparta oportunamente a mi pobre amigo de lo que es para él un mundo de luz lunar, me prometo el placer piadoso de editarlas para el público. P. suspiró siempre por la fama literaria, y ha hecho más de un intento inútil por lograrla. No sería extraño si, tras no conseguir su objetivo mientras lo buscaba con la luz de la razón, diera con él en sus neblinosas excursiones más allá de los límites de la cordura.

LONDRES, 29 febrero de 1845

Mi querido amigo, las viejas asociaciones se aferran a la mente con sorprendente tenacidad. La costumbre diaria crece en nosotros como un muro de piedra, y se consolida en una entidad casi tan material como la obra arquitectónica más poderosa de la humanidad. A veces me cuestiono seriamente si las ideas no serán realmente visibles y tangibles, estando dotadas de todas las demás cualidades de la materia. Sentado como estoy en este momento en mi apartamento alquilado, escribiendo junto al hogar, sobre el que hay colgado un grabado de la Reina Victoria, escuchando el estruendo apagado de la metrópolis del mundo, y con una ventana a cinco pasos de distancia, por la que siempre que deseo puedo contemplar el Londres real, con toda esa certidumbre positiva acerca de mi situación, ¿qué tipo de idea cree que está confundiendo ahora mi cerebro? Vaya, ¿lo creería usted? Todo este tiempo sigo habitando esta aburrida y pequeña habitación, esta pequeña habitación encalada, esta pequeña habitación de una sola ventana en la cual, por un inescrutable motivo del gusto o la conveniencia, mi casero ha colocado una reja de barrotes de hierro... ¡Esa pequeña habitación, en suma, en la que usted amablemente tantas veces me ha visitado! ¿Ninguna longitud de tiempo o anchura del espacio me liberará de esta repulsiva morada? Viajo; pero me parece hacerlo como el caracol, con la casa sobre mi cabeza. ¡Muy bien! Supongo que estoy

llegando a ese período de la vida en el que los acontecimientos y escenarios presentes sólo dejan impresiones débiles en comparación con los de antaño; por tanto deberé reconciliarme con el hecho de ser, cada vez más, el prisionero de la memoria, que solamente me deja dar unos pequeños saltitos, pero con sus cadenas alrededor de mi pierna.

Mis cartas de presentación me han sido de la máxima utilidad, permitiéndome conocer a varios personajes distinguidos que hasta ahora me habían parecido tan alejados de mi esfera de relación personal como los ingeniosos de la época de la Reina Anne o los compañeros de juerga de Ben Jonson en el Mermaid. Una de las primeras de que dispuse fue la carta a Lord Byron. Su señoría me pareció mucho más viejo de lo que yo había supuesto, aunque si pensamos en las primeras irregularidades de su vida y los diversos desgastes de su constitución, no me resultó más viejo de lo que podría parecer razonable en un hombre cercano a los sesenta. Pero en mi imaginación había revestido su cuerpo terrenal con la inmortalidad espiritual del poeta. Lleva una peluca castaña, de rizos muy abundantes, que le cae sobre la frente. Las gafas ocultan la expresión de sus ojos. Como ha aumentado su tendencia a la obesidad, Lord Byron está ahora enormemente gordo; tan gordo que da la impresión de una persona sobrecargada por su propia carne, y sin vigor suficiente para difundir su vida personal en toda esa enorme masa de sustancia corpórea que tan cruelmente pesa sobre él. Uno mira ese montón de carne mortal y mientras se llena la vista con lo que pretende pasar por Byron murmura para sí mismo: «Cielos, ¿dónde está él?» De haber estado dispuesto a ser cáustico habría podido considerar esa masa de sustancia terrenal como el símbolo, en forma material, de esos hábitos perversos y vicios carnales que desespirtualizan la naturaleza del hombre y obstruyen sus avenidas de comunicación con una vida mejor. Pero eso sería demasiado duro; y además, la moral de Lord Byron había mejorado mientras su hombre exterior se había hinchado hasta esa circunferencia de la que no se daba cuenta. Ojalá hubiera sido más del gado, pues aunque me hizo el honor de extenderme su mano, sin embargo ésta se hallaba tan hinchada de sustancia ajena que no pude sentir que estuviera tocando la mano que escribió Childe Harold.

Al entrar yo, su señoría se excusó por no levantarse para recibirme, con el motivo suficiente de que en los últimos años la gota había adoptado como residencia permanente su pie derecho, que en consecuencia se encontraba envuelto en muchas capas de franela y depositado sobre un cojín. El otro pie estaba oculto en los ropajes de su silla. ¿Se acuerda si era el pie derecho o el izquierdo de Byron el que estaba deforme?

Como sabe usted, hace ya diez años que se produjo la reconciliación del noble poeta con Lady Byron; y estoy seguro de que no muestra ningún síntoma de ruptura o fractura. Se dice que son, si no felices, al menos una pareja contenta o en todo caso tranquila, que desciende la pendiente de la vida con ese grado tolerable de apoyo mutuo que les permite llegar fácil y cómodamente hasta el fondo. Resulta agradable reflexionar acerca de la manera total en que el poeta ha redimido, a este respecto, sus errores juveniles. Me alegra añadir que la influencia de ella ha producido desde un punto de vista religioso los más felices resultados sobre Lord Byron. Combina él ahora los dogmas más rígidos del metodismo con las doctrinas extremadas de los puseyitas; los primeros se deben quizás a las convicciones forjadas en su mente por su noble



consorte, mientras las últimas son la iluminación pintoresca y recamada que exigía su carácter imaginativo. Una gran parte de los gastos, que le permiten su hábito cada vez mayor a una frugalidad continua, se emplean en la reparación o embellecimiento de lugares de veneración; y este noble, cuyo nombre fue considerado en otro tiempo sinónimo del vil diablo, es ahora, aunque no esté canonizado, tan santo como los hay en muchos púlpitos de la metrópolis y otros lugares. En política Lord Byron es un conservador intransigente que no pierde oportunidad, ni en la Cámara de los Lores ni en círculos privados, de denunciar y repudiar las ideas malévolas y anárquicas de sus primeros tiempos. Tampoco deja de visitar pecados similares en otras personas con la más sincera venganza que puede infligir su pluma algo desafilada. Southey y él mantienen una amistad de lo más íntima. Se dará usted cuenta de que poco antes de la muerte de Moore, Byron hizo que ese hombre, brillante pero censurable, fuera arrojado de su casa. Moore se tomó el insulto tan a pecho que se dice que fue una de las grandes causas de la enfermedad que le llevó a la tumba. Otros pretenden que el lírico murió en un feliz estado mental, cantando una de sus melodías sagradas y expresando su creencia de que sería escuchado dentro de las puertas del paraíso, siendo admitido de manera instantánea y honorable. Deseo que así haya sido.

Como podrá suponer, en el curso de la conversación con Lord Byron no dejé de prestar el tributo del homenaje debido a un elevado poeta, con alusiones a pasajes de Childe Harold, de Manfred y de Don Juan, que han significado una parte tan grande de la música de mi vida. Mis palabras, fueran o no adecuadas, al menos fueron cálidas por el entusiasmo de alguien digno de discutir sobre poesía inmortal. Sin embargo era evidente que no daban con exactitud en el punto adecuado. Pude darme cuenta de que había algún error, y no quedé poco enfadado conmigo mismo, avergonzado de mi intento fallido de hacer sonar, desde mi propio corazón hasta los oídos del dotado autor, el eco de esas melodías que han resonado en todo el mundo. Pero más tarde el secreto fue asomando tranquilamente. Byron, y tengo la información de sus propios labios, por lo que no tiene que dudar si desea repetirlo en los círculos literarios, está preparando una nueva edición de sus obras completas, cuidadosamente corregida, expurgada y enmendada, de acuerdo con su actual credo del gusto, la moral, la política y la religión. Sucedió así que los mismos pasajes de elevada inspiración a los que yo había aludido se encontraban entre la basura condenada y rechazada, que es su propósito arrojar al golfo del olvido. Si quiere que le susurre la verdad, me parece que sus pasiones han ardido, que la extinción de su llama viva y alborotada ha privado a Lord Byron de la iluminación con la que no sólo escribía, sino que permitía que lo que había escrito fuera sentido y comprendido. Con absoluta seguridad, él ya no entiende su propia poesía.

Eso me resultó evidente cuando me hizo el favor de leerme algunas muestras del Don Juan en la versión moralizada. Todo lo que tiene de licencioso, de poco respetuoso con los misterios sagrados de nuestra fe, todo lo que es mórbidamente melancólico o coléricamente juguetón, todo lo que ataca a las constituciones establecidas del gobierno o los sistemas de la sociedad, todo lo que pudiera herir la sensibilidad de cualquier mortal que no sea un pagano, un republicano o un disidente, ha sido implacablemente borrado, y su lugar ha sido ocupado por versos nada excepcionales en el estilo posterior

de su señoría. Puede juzgar cuánto queda del poema tal como había sido publicado. El resultado no es tan bueno como cabría desear; dicho sencillamente, es un asunto verdaderamente triste, pues aunque las antorchas encendidas en Tófet se hayan apagado, dejan un olor abominable y no son sustituidas por vislumbres del fuego sagrado. Es de esperar, sin embargo, que este intento de Lord Byron de expiar sus errores juveniles inducirá finalmente al Dean de Westminster, o a cualquier eclesiástico que concierna, a permitir que a la estatua del poeta que hizo Thorwaldsen se le conceda un nicho adecuado en la importante y vieja Abadía. Ya sabe que cuando trajeron sus huesos de Grecia se les negó darles sepultura entre los de sus melodiosos hermanos.

¡Qué ridículo error de pluma acabo de cometer! ¡Qué absurdo es que hable del entierro de los huesos de Byron, a quien acabo de ver vivo, y encajado en una masa grande y redonda de carne! Pero, para ser sincero, un hombre prodigiosamente gordo me produjo siempre la impresión de ser una especie de duende; en la extravagancia misma de su sistema mortal encuentro algo semejante a la inmaterialidad de un fantasma. Y luego esa ridícula y vieja historia que entró en mi mente acerca de que Byron murió de fiebre en Missolonghi hace unos veinte años. Reconozco cada vez más que habitamos en un mundo de sombras; y por mi parte sostengo que no merece la pena intentar trazar una distinción entre las sombras de la mente y las que son exteriores a ella. Y si hubiera alguna diferencia, las primeras tendrían bastante más importancia.

¡Piense sólo en mi buena fortuna! El venerable Robert Burns —que, si no me equivoco, tiene ochenta y siete años— visita ahora Londres, como si tuviera el propósito de darme la oportunidad de conducirle de la mano. Pues hace ya más de veinte años que apenas ha abandonado una sola noche su tranquila casa de campo de Ayrshire, y sólo se ha visto ahora atraído hasta aquí por la irresistible persuasión de todos los hombres distinguidos de Inglaterra. Desean celebrar con una fiesta el cumpleaños del patriarca. Será el mayor triunfo literario que se haya conocido. ¡Ruego al cielo que el escaso espíritu de vida que queda dentro del pecho del viejo bardo no se apague con el brillo de esa hora! He tenido ya el honor de que me lo presentaran en el Museo Británico, donde estaba examinando una colección de sus cartas sin publicar junto con canciones que escaparon de la noticia de todos sus biógrafos.

¡Vaya! ¡Absurdo! ¿En qué estoy pensando? ¿Cómo va a estar Burns embalsamado en una biografía cuando sigue siendo un anciano enérgico?

La figura del bardo es alta y reverenda en el grado máximo, a pesar de hallarse muy inclinada por la carga del tiempo. Sus cabellos blancos flotan como una ventisca de nieve por su rostro, en el que se ven las arrugas del intelecto y la pasión, como canales de torrentes precipitados que han espumado hacia afuera. El anciano se conserva excelentemente considerando su edad. Tiene esa vida de grillo —me refiero a la capacidad del grillo de cantar por cualquier causa, o por ninguna— que es quizás el estado de ánimo más favorable para la vejez extrema. Nuestro orgullo nos impide desearlo para nosotros, aunque nos damos cuenta de que en el caso de los demás es de naturaleza beneficiosa. Me sorprendió encontrarlo en Burns. Es como si su corazón ardiente y su imaginación brillante se hubieran quemado hasta las últimas ascuas, dejando sólo una pequeña y parpadeante llama en una esquina, que sigue bailando

hacia arriba y riendo con todo. Ya no es capaz de la emoción. A petición de Allan Cunningham, intentó cantar su propia canción a María en el Cielo; pero era evidente que el sentimiento de esos versos, de verdad tan profunda y expresión tan simple, estaba más allá de la posibilidad de su sensibilidad presente; y cuando una pizca de ésta le despertaba parcialmente, las lágrimas fluían inmediatamente a sus ojos y su voz se rompía en un cacareo tembloroso. Y sin embargo, aunque vagamente, sabía el motivo de que estuviera llorando. Ay, no deberá pensar de nuevo en María en el Cielo hasta que se sacuda el sombrío impedimento del tiempo y ascienda allí para encontrarse con ella.

Burns empezó a repetir entonces Tam O' Shanter; pero le divertían tanto su ingenio y humor —del que sin embargo sospecho que sólo tenía un sentido tradicional — que pronto estalló en risas seguidas de una tos que acabó con esa no muy agradable exhibición. En general, preferiría no haberlo presenciado. Sin embargo me resulta una idea satisfactoria el que los últimos cuarenta años de vida del poeta campesino los haya pasado con plena aptitud y comodidad. Habiéndose curado de su imprevisión poética de tiempos pasados, prestando tanta atención a lo principal como puede hacerlo un escocés astuto, ahora se le considera absolutamente acomodado en cuanto a las circunstancias pecuniarias. Supongo que eso hace que merezca la pena que haya vivido tanto tiempo.

Aproveché la ocasión para preguntar a algunos compatriotas de Bums sobre la salud de Sir Walter Scott. Lamento decir que su condición sigue siendo la misma que durante los diez últimos años; es un parálítico sin esperanza, inmovilizado no más en el cuerpo que en los atributos más nobles de los que el cuerpo es el instrumento. Y así vegeta de día en día y de año en año en esa espléndida fantasía de Abbotsford, que salió de su cerebro y se convirtió en un símbolo de los gustos del romántico y de los sentimientos, estudios, prejuicios y modos del intelecto. Ya fuera en verso, prosa o arquitectura, sólo podía lograr una cosa, aunque fuera de variedad infinita. Allí se encuentra reclinado en un diván de su biblioteca, y se dice que todos los días pasa muchas horas dictando relatos a un escribiente... a un escribiente imaginario; pues no se considera que nadie se tome el trabajo de anotar ahora lo que fluye de esa fantasía en otro tiempo brillante, cuyas imágenes fueron en otro tiempo de oro que podía ser acuñado. Sin embargo, Cunningham, que lo ha visto recientemente, me asegura que de vez en cuando tiene un toque de genio, una sorprendente combinación de incidentes, o un rasgo pintoresco del carácter que no podría haber tenido ningún otro hombre vivo, un brillo de esa mente arruinada; como si de pronto el sol destellara en un casco medio oxidado en la oscuridad de un salón antiguo. Pero las tramas de esos romances son inexplicablemente confusas; los personajes se confunden unos con otros; y el relato se pierde como el curso de un torrente que fluye a través de un terreno pantanoso y embarrado.

Por lo que a mí respecta, difícilmente puedo lamentar que Sir Walter Scott hubiera perdido la conciencia de las cosas exteriores antes de que sus obras dejaran de estar de moda. Fue bueno que se olvidara de su fama antes de que la fama se olvidara de él. Pues aunque siguiera siendo un escritor, y tan brillante como siempre, no podría mantener ya una posición semejante en la literatura. Hoy en día el mundo exige un

propósito más serio, una moral más profunda, una verdad más cercana y doméstica que la que él podía proporcionar. Pero ¿quién puede ser para la generación presente lo que Scott fue para la pasada? Tenía esperanzas en un hombre joven, un tal Dickens, que publicó en revistas algunos artículos de humor muy rico, y no carentes de síntomas de una emoción auténtica, pero el pobre hombre murió tras comenzar una extraña serie de esbozos titulados, creo, los Papeles de Pickwick. Posiblemente el mundo ha perdido más de lo que piensa con la inoportuna muerte de este señor Dickens.

¿Y a quién cree que encontré en Pall Mall el otro día? No acertarían ni aunque hiciera diez conjeturas. Bueno, pues nada menos que a Napoleón Bonaparte, o a lo que queda de él: es decir, la piel, huesos y sustancia corpórea, un pequeño sombrero de picos, capote verde, calzones y una espada pequeña que todavía se conoce por su famoso nombre. Sólo le acompañaban dos policías que caminaban tranquilamente tras el fantasma del viejo ex emperador, y parecían no tener otra misión respecto a él que la de procurar que ningún caballero de dedos ligeros tomara posesión de la estrella de la Legión de Honor. Nadie, salvo yo mismo, se tomaba siquiera la molestia de darse la vuelta para mirarle; y tampoco, y eso me duele confesarlo, pude reunir yo un interés tolerable y adecuado a todo lo que ese espíritu bélico, anteriormente manifestado dentro de esa forma ahora decrepita, había hecho en nuestro mundo. No hay método más seguro de aniquilar la influencia mágica de un gran renombre que mostrando a quien lo posee en su declinar, ya derrocado, en la degradación absoluta de sus poderes, enterrado bajo su propia mortalidad, y carente incluso de las cualidades de sentido que permiten al más ordinario de los hombres comportarse decentemente ante el mundo. A este estado había reducido a Bonaparte la enfermedad, agravada por la larga residencia en un clima tropical y ayudada por una vejez, pues ahora pasa de los setenta años. El gobierno británico ha actuado astutamente al llevarlo desde Santa Elena a Inglaterra. Deberían restaurarlo ahora en París, y dejar que pasara revista de nuevo a los restos de sus ejércitos. Sus ojos están apagados y legañosos; su labio inferior le cuelga hasta la barbilla. Mientras yo le veía allí se produjo en la calle una agitación especial; y él, el hermano de César y de Aníbal, el gran capitán que había cubierto el mundo con el humo de la batalla y lo había recorrido con pasos sangrientos, empezó a temblar nerviosamente y solicitó la protección de los dos policías con un grito doloroso y cacareante. Éstos se miraron el uno al otro, se rieron sin que les viera, palmearon a Napoleón en la espalda, le cogieron cada uno de un brazo y se lo llevaron.

¡Muerte y furia! Villano, ¿cómo llegaste aquí? ¡Fuera o te lanzaré el tintero a la cabeza! Bah, todo es un error. Le ruego, mi querido amigo, que perdone esta interrupción. El hecho es que la mención de esos dos policías, y su custodia de Bonaparte, ha provocado la idea de ese odioso pícaro —usted lo recuerda bien— que disfrutaba cuidando de manera tan gratuita e impertinente de mi persona antes de que abandonara Nueva Inglaterra. Sin dilación se levanta ante la mirada de mi mente esa misma pequeña habitación encalada, con la ventana enrejada —¡qué extraño que estuviera enrejada!—, en la que cumpliendo los absurdos deseos de mis parientes he desperdiciado muchos y buenos años de mi vida. Me ha parecido como si siguiera sentado allí, y como si el guardián —y no es que haya sido nunca mi guardián, sino sólo una especie de diablo intruso en un cuerpo de criado— acaba de mirar desde la puerta.

¡Pícaro! Le tengo un viejo rencor y encontraré tiempo para pagárselo. ¡Uf! El simple hecho de pensar en él me ha descompuesto sobremanera. Incluso ahora esa odiosa habitación —la ventana enrejada que era la causa de que la bendita luz del sol pareciera cruzar unos cristales polvorientos y envenenara mi alma— parece más clara ante mi vista que este cómodo apartamento del corazón de Londres. La realidad, lo que sé que es tal, cuelga como los restos de un escenario deshecho sobre esta intolerablemente clara ilusión. No pensemos más en ella.

Estará deseoso de saber algo de Shelley. No necesito decir, pues lo sabe todo el mundo, que este famoso poeta se ha reconciliado desde hace muchos años con la Iglesia de Inglaterra. En sus obras más recientes ha aplicado sus hermosos poderes a reivindicar la fe cristiana con una visión especial de esa rama particular. Lo que puede que no sepa es que últimamente ha sido ordenado, y se ha instalado en una pequeña casa de campo viviendo de los dones del señor canciller. Pero ahora, por fortuna para mí, ha venido a la metrópolis para revisar la publicación de un volumen de discursos que tratan de las pruebas poético-filosóficas del cristianismo sobre la base de los Treinta y Nueve Artículos. En mi presentación no me sentí en absoluto embarazado en cuanto a la manera de combinar lo que tenía que decirle al autor de *La Reina Mab*, *la Revuelta del Islam* y *Prometeo Liberado*, con los conocimientos que podrían ser aceptables para un ministro cristiano y un celoso defensor de la iglesia establecida. Shelley me tranquilizó enseguida. Desde la posición que ahora ocupa y revisando todas sus producciones sucesivas desde un punto de vista superior, me asegura que hay una armonía, un orden, una procesión regular que le permite poner la mano sobre cualquiera de los poemas anteriores y decir «Esta es mi obra» exactamente con la misma complacencia de la conciencia por la que contempla el volumen de los discursos antes mencionados. Son como los escalones sucesivos de una escalera, los más bajos de los cuales, en la profundidad del caos, son tan esenciales para el apoyo de la totalidad como el más elevado y último, que descansa en el umbral de los cielos. Me sentí casi inclinado a preguntarle cuál habría sido su destino de haber perecido en los escalones inferiores de su escalera, en lugar de seguir ascendiendo hacia el brillo celestial.

No pretendo entender cómo puede ser todo esto, ni me importa demasiado, con tal de que Shelley realmente haya ascendido, tal como parece haber hecho, desde una región inferior hasta otra más elevada. Sin tocar sus méritos religiosos, considero que las producciones de su madurez son superiores, como poemas, a las de su juventud. Tienen más el calor del amor humano, que ha servido de intérprete entre su mente y la multitud. El autor ha aprendido a humedecer la pluma con mayor frecuencia en su corazón, y así ha evitado las faltas a las que podría haberle conducido una utilización demasiado exclusiva de su imaginación y su intelecto. Anteriormente sus páginas no eran a menudo más que una disposición concreta de cristalizaciones, o incluso de carámbanos, igual de fríos que brillantes. Ahora te las llevas al corazón y te das cuenta de que hay un corazón cálido que responde al tuyo. En cuanto al carácter privado, difícilmente Shelley podría haberse vuelto más amable y afectivo si, tal como dicen siempre sus amigos, se hubiera ahogado en el Mediterráneo aquella desastrosa noche. ¡Tonterías, nada más que tonterías! ¿Qué estoy diciendo? Estaba pensando en esa vieja quimera según la cual su cuerpo se perdió en la Bahía de Spezzia y fue llevado por el

mar hasta cerca de Vía Reggio, y quemado hasta convertirse en cenizas en una pira funeraria con vino, especias e incienso, mientras Byron estaba en la playa y contemplaba una llama de maravillosa belleza elevarse hasta el cielo desde el corazón del poeta muerto, y sus reliquias purificadas por el fuego fueron enterradas finalmente junto a su hijo en tierra romana. Si todo esto sucedió hace veintitrés años, ¿cómo es que ayer mismo conocí aquí en Londres a ese hombre ahogado, quemado y enterrado?

Antes de abandonar el tema, debo mencionar que el doctor Reginald Heber, hasta hoy obispo de Calcuta, aunque recientemente trasladado a una sede de Inglaterra, llamó a Shelley mientras yo estaba con él. Parecían encontrarse en términos de intimidad muy cordial, y se dice que juntos y en contemplación hicieron un poema. ¡Qué sueño tan extraño e incongruente es la vida del hombre!

Coleridge ha terminado por fin su poema de Christabel. Será publicado completo por el viejo John Murray durante la presente temporada editorial. He oído que el poeta tiene una preocupante afección de la lengua que ha detenido por un tiempo el prolongado discurso que hasta ahora había fluido de sus labios. No sobrevivirá más de un mes a menos que la acumulación de sus ideas pueda encontrar alguna otra salida. Wordsworth murió hace solo una o dos semanas. ¡El cielo dé reposo a su alma y conceda que no haya terminado La Excursión! Creo que me enferma todo lo que escribió, salvo su Laodamia. Es muy triste la inconstancia de la mente ante poetas a los que en otro tiempo veneré. Southey está tan sano como siempre, y escribe con su diligencia habitual. El viejo Gifford sigue vivo a pesar de lo extremo de su edad, y con la más lamentable decadencia de ese intelecto agudo del que le había dotado el diablo. Es odioso conceder a un hombre semejante el privilegio de la vejez y la enfermedad. Nos quita el permiso de patearlo especulativamente.

¿Keats? No, sólo lo he visto en una calle atestada de gente, con coches, carros, jinetes, coches de punto, omnibuses, peatones y otras obstrucciones que se interponían entre su figura pequeña y esbelta y mi mirada ansiosa. Me habría gustado conocerle a la orilla del mar, o bajo un arco natural de un bosque, o bajo el arco gótico de una catedral antigua, o entre las ruinas griegas, o en un chispeante fuego al atardecer, o en el crepúsculo a la entrada de una cueva, a cuyas temibles profundidades me habría conducido de la mano; en cualquier lugar, en suma, salvo en el Tribunal de Temple, donde su presencia quedaba borrada por las masas hinchadas de cerveza negra de esos gruesos ingleses. Me quedé en pie viéndole desaparecer, marchándose por la acera, y apenas supe si se trataba de un hombre real o de un pensamiento que se había deslizado fuera de mi mente y se había envuelto en forma y vestuario humanos simplemente para engañarme. En un momento se llevó el pañuelo a los labios y lo apartó, de eso estoy casi seguro, manchado de sangre. Jamás habrá visto una persona tan frágil. La verdad es que Keats sintió toda su vida los efectos de esa terrible hemorragia en los pulmones producida por su artículo sobre su Endymion en la Quarterly Review, y que casi le llevó a la tumba. Desde entonces se ha deslizado por el mundo como un fantasma, suspirando en tono melancólico en los oídos de un amigo, pero no enviando nunca su voz para saludar a la multitud. Difícilmente puedo pensar en él como un gran poeta. La carga de un genio tan poderoso nunca se habría dejado

caer sobre unos hombros tan físicamente frágiles y sobre un espíritu tan enfermizamente sensible. Los grandes poetas deberían tener nervios de acero.

Y sin embargo Keats, aunque durante muchos años no había dado nada al mundo, se entiende que se entregó a la composición de un poema épico. Algunos pasajes de él han sido comunicados al círculo interno de admiradores, impresionando a éstos por ser las melodías más elevadas que se han oído en la tierra desde la época de Milton. Si puedo obtener copias de esos ejemplares, le pediré que se los enseñe a James Russell Lowell, que parece ser uno de los poetas más fervientes y uno de sus veneradores más dignos. Esa información me sorprendió. Había supuesto que todo el incienso poético de Keats, sin estar encarnado en lenguaje humano, flotaba hasta el cielo y se mezclaba con las canciones de los cantantes inmortales, quienes quizás fueran conscientes de que había una voz desconocida entre ellos y consideraban su melodía más dulce por ello. Pero no es así; ha escrito positivamente un poema sobre el tema del Paraíso Recuperado, aunque en un sentido distinto al que salió de la mente de Milton. Puede imaginarse que de acuerdo con el dogma de aquellos que pretenden que todas las posibilidades épicas de la historia pasada del mundo se han agotado, Keats ha lanzado su poema hacia un futuro indefinidamente remoto. Representa a la humanidad entre las circunstancias finales de la prolongada guerra entre el bien y el mal. Nuestra raza está al borde de su triunfo final. El hombre se encuentra a un paso de la perfección; la mujer, redimida de la esclavitud contra la que nuestra Sibila xxx levanta una queja tan poderosa y triste, se encuentra a su lado como igual, o se comunica por sí misma con los ángeles; la tierra, simpatizando con el estado más feliz de sus hijos, se ha envuelto en una belleza tan atractiva y abundante como la que no ha presenciado mirada alguna desde que nuestros primeros padres vieron levantarse el sol sobre el húmedo Edén. Y ni siquiera entonces; pues éste es el cumplimiento de lo que entonces era sólo una promesa dorada. Pero la imagen tiene sus sombras. Otro peligro le resta a la humanidad: un último encuentro con el principio maligno. Si la batalla fuera en nuestra contra, volveríamos a hundirnos en el barro y la miseria de las eras. Si triunfamos... pero se necesita la mirada de un poeta para contemplar el esplendor de tal consumación y no quedar cegado.

Se dice que Keats puso en esta gran obra un espíritu humano tan profundo y tierno que el poema tiene todo el interés dulce y cálido de un relato de aldea, al mismo tiempo que la grandeza que corresponde a un tema tan elevado. Tal es, al menos, la descripción, quizás parcial, de sus amigos, pues yo no he leído ni oído una sola línea de aquél. Me han dicho que Keats lo quitó de la prensa con la idea de que los tiempos no tenían todavía suficiente percepción espiritual para recibirlo con dignidad. No me gusta esa desconfianza, que me lleva a desconfiar a mí del poeta. El universo está aguardando a responder a la palabra más elevada que pueda pronunciar el mejor hijo de los tiempos y de la inmortalidad. Si éste se niega a escuchar es porque murmura y balbucea, o discurre sobre cosas inoportunas y ajenas al propósito.

El otro día visité la Cámara de los Lores para escuchar a Canning, que como ya sabe es ahora un noble, aunque me he olvidado del título. Me decepcionó. El tiempo hace perder punta y filo, y hace un gran daño a los hombres con su intelecto. Después pasé a la Cámara Baja y escuché algunas palabras de Cobbett, quien parecía tan terrenal

como un verdadero patán, o más bien como si se hubiera pasado una docena de años bajo terrones. El hombre a quien hoy he conocido me impresionó de ese modo; probablemente porque mi espíritu no se encuentra muy bien, y me hace pensar demasiado en tumbas, con una hierba muy crecida encima, y epitafios desgastados por el tiempo, y los huesos secos de personas que hicieron suficiente ruido en su tiempo, pero que ahora sólo pueden resonar y resonar cuando el azadón del enterrador los perturba. Si sólo fuera posible descubrir quién está vivo y quién muerto, ello contribuiría infinitamente a la paz de mi mente. Todos los días de mi vida se presenta y me mira al rostro alguien a quien yo había borrado de la tabla de los hombres vivos, y confiaba no ser molestado nunca más viéndole u oyéndole. Por ejemplo, cuando hace unos días fui al Teatro de Drury Lane, se levantó ante mí, en la forma del fantasma del padre de Hamlet, la presencia corporal del anciano Kean, que murió, o debería haber muerto, en una u otra borrachera y hace ya tanto tiempo que su fama apenas es ya tradicional. Ha perdido totalmente su capacidad; fue más bien el fantasma de sí mismo que el del rey de Dinamarca.

En el escenario estaban sentadas varias personas ancianas y decrepitas, y entre ellas la ruina imponente de una mujer a gran escala, con un perfil —pues no le vi la cara de frente— que se acuñó en mi cerebro de la misma manera que un sello se imprime sobre la cera caliente. Por el gesto trágico con el que tomó un pellizco de rapé, estoy seguro de que debía tratarse de la señora Siddons. Su hermano, John Kemble, se sentaba atrás, una figura hundida, pero todavía con una majestad regia. En lugar de todos los logros anteriores, la naturaleza le permite representar el papel de Lear mucho mejor que en el meridiano de su genio. También estaba allí Charles Matthews; pero una afección de parálisis había distorsionado su semblante, en otro tiempo móvil, dándole una unilateralidad desagradable, que no podía colocar en forma apropiada, como tampoco podía reordenar la faz del mundo. Era como si por broma el pobre hombre hubiera contorsionado sus rasgos en una expresión que era al mismo tiempo la más ridícula y horrible que podía conseguir, y que en ese mismo momento, por haberse vuelto tan horrible, una providencia vengadora hubiera considerado apropiado petrificarle. Desde entonces ha perdido su poder. De buena gana le ayudaría a cambiar el semblante, pues su rostro horrible me acosa tanto al mediodía como por la noche. Algunos otros actores de la generación pasada estaban también allí, pero ninguno me interesó demasiado. A los actores, más que a cualquier otro hombre público, les incumbe desaparecer pronto de la escena. Siendo en el mejor de los casos tan sólo sombras pintadas que titubean sobre la pared, y sonidos vacíos que se convierten en un eco del pensamiento de otro, es un desencanto triste cuando los colores empiezan a desvanecerse y la voz a graznar con la edad.

¿Hay algo nuevo en el mundo literario a su lado del mar? Nada de ese tipo he visto yo, salvo un volumen de poemas publicado hace un año por el doctor Charming. No conocía a este eminente escritor como poeta; y el volumen aludido no muestra ninguna de las características de la mente del autor que se escriben en sus obras en prosa; aunque alguno de los poemas tiene una riqueza que no es simplemente superficial, pues brilla todavía más cuando los examinas con mayor profundidad y fidelidad. Sin embargo parecen trabajados descuidadamente, como esos anillos y



ornamentos del oro más puro, pero de manufactura tosca y nativa, que se encuentran entre el polvo de oro de Africa. Dudo que los acepte el público americano; pues mira menos los quilates del metal que la manufactura limpia y sabia. ¡Con qué lentitud crece nuestra literatura! Casi todos nuestros escritores prometedores han tenido un final prematuro. Estaba ese tipo salvaje, John Neal, que casi hacía girar mi cerebro de adolescente con sus novelas; seguramente habrá muerto hace tiempo, pues en vida nunca consiguió estar tan callado. Bryant ha iniciado su último sueño, y Thanatopsis brilla sobre él como un sepulcro de mármol esculpido bajo la luz de la luna. Halleck, que solía escribir extraños versos en los periódicos y publicó un poema donjuánico llamado Fanny, está difunto como poeta, aunque afirmaba estar ejemplificando la metempsicosis como un hombre de negocios. Algo más tarde hubo un Whittier, un violento cuáquero en su juventud, a quien la musa asignó perversamente una corneta de batalla, y que fue linchado, hace diez años, en Carolina del Sur. Recuerdo también a un muchacho recién salido del colegio, llamado Longfellow, que esparció a los vientos algunos versos delicados, fue a Alemania y pereció, creo que por su aplicación intensa, en la Universidad de Gottingen. Willis —¡qué pena!— se perdió, si mi recuerdo es exacto, en 1833 en su viaje a Europa, donde fue para hacernos unos bocetos del lado soleado del mundo. Si estos hombres hubieran sobrevivido, aunque hubiera sido tan sólo uno de ellos, habrían acabado convirtiéndose en hombres famosos.

Pero nunca se sabe; puede ser que hayan muerto. Yo mismo era un joven prometedor. Ay, cerebro sacudido, ay, espíritu roto, ¿dónde está el cumplimiento de esa promesa? La triste verdad es que cuando el destino decepciona amablemente al mundo, se lleva en su juventud a los mortales que son su mayor esperanza; cuando se ríe con burla de las esperanzas del mundo, les deja vivir. Permítaseme morir con este apotegma, pues nunca escribiré uno más cierto.

¡Qué sustancia tan extraña es el cerebro humano! ¡O más bien qué cerebro tan extraño es el mío, pues no es necesario generalizar la observación! ¿Me creería usted? Día y noche fragmentos de poesía zumban en mi oído intelectual —algunos tan aiosos como notas de pájaros, y algunos delicadamente pulcros, como música de salón, y unos pocos tan grandiosos como la música de órgano—, que parecen versos como los que habrían escrito los poetas fallecidos si un destino inexorable no les hubiera apartado de sus tinteros. Me visitan en espíritu, deseando quizás contratar mi servicio como escribiente de sus producciones póstumas, y asegurando así la fama ilimitada que han perdido por marcharse demasiado pronto. Pero yo tengo que atender a mis propios asuntos; y además, un caballero médico que se interesa por algunas pequeñas dolencias mías, me aconseja que no haga un uso demasiado liberal de la pluma y la tinta. Hay suficientes escribanos desempleados que se alegrarían de hacer tal trabajo.

¡Adiós! ¿Está usted vivo o muerto? ¿Y qué está haciendo? ¿Garabateando cosas todavía en favor de los democráticos? ¿Y esos componedores y lectores de pruebas siguen imprimiendo mal sus desafortunadas producciones tan vilmente como siempre? Malo es eso. Que cada hombre fabrique sus propios absurdos, eso es lo que yo digo. Espéreme pronto en casa, y —se lo susurro como un secreto— en compañía del poeta Campbell, que se propone visitar Wyoming y disfrutar la sombra de los laureles que plantó allí. Campbell es ahora un anciano. Dice que está bien, mejor que nunca en su

vida, pero parece extrañamente pálido, y tan semejante a una sombra que uno casi podría introducir un dedo a través de su materia más densa. A modo de broma le digo que está tan oscuro y desamparado como la memoria, aunque es tan insustancial como la esperanza.

Su auténtico amigo, P.

P. S.: Le ruego presente mis mayores respetos a nuestro venerable y reverendo amigo señor Brockden Brown. Me satisface saber que una edición completa de sus obras, en un volumen de octavo a doble columna, va a editarse pronto en Filadelfia. Dígale que ningún autor americano goza de una fama más clásica a este lado del mar. ¿Está vivo todavía el viejo Joel Barloes? ¡Qué hombre tan inconsciente! Debe haber cumplido casi su siglo. ¿Y medita una épica sobre la guerra entre Méjico y Texas con las maquinarias ideadas a partir del principio del motor de vapor como la influencia más próxima a lo celestial que puede producir nuestra época? ¿Cómo espera volver a levantarse si cuando se está hundiendo en su tumba, persiste en cargarse con tan pesados y plumizos versos?

## EL HOLOCAUSTO DE LA TIERRA

Érase una vez —poca o ninguna importancia tiene que lo fuera en un tiempo pasado o en uno que ha de venir—, este ancho mundo se vio tan sobrecargado por una acumulación de cachivaches gastados que los habitantes decidieron librarse de ellos por medio de una hoguera general. La sede elegida por los representantes de las compañías de seguros fue una de las praderas más amplias del oeste, pues era un lugar tan centrado como cualquier otro punto del globo, ninguna morada humana se venía en peligro por las llamas y una gran asamblea de espectadores podría admirar cómodamente la exhibición. Como me gustaban este tipo de espectáculos, e imaginaba además que la iluminación de la hoguera podría revelar alguna profunda verdad moral oculta hasta entonces en la niebla o la oscuridad, me pareció conveniente viajar hasta allí y estar presente. Cuando llegué habían aplicado ya la antorcha, aunque el montón de trastos condenados era todavía relativamente pequeño. En medio de la llanura ilimitada, bajo la luz crepuscular y como una estrella lejana y sola en el firmamento, resultaba apenas visible un resplandor trémulo, del que nadie hubiera pensado que iba a brotar después una llama tan ardiente. A cada momento, sin embargo, llegaban viajeros a pie, mujeres sujetándose los delantales, hombres a caballo, carretillas, vagonetas de equipajes que avanzaban pesadamente y otros vehículos, lo mismo grandes que pequeños, que venían tanto de lejos como de cerca, pero cargados con objetos a los que no se les consideraba dignos para otra cosa que no fuera quemarlos.

—¿Qué materiales han utilizado para prender la llama? —pregunté a uno de los espectadores, pues deseaba conocer el proceso entero, de principio a fin.

La persona a la que me había dirigido era un hombre serio, de aproximadamente cincuenta años, que evidentemente había llegado allí como espectador. Me pareció de inmediato que era alguien que por sí mismo había sopesado el valor auténtico de la vida y sus circunstancias, y que por ello tenía personalmente muy poco interés por el juicio que el mundo pudiera hacerse de aquéllas. Antes de responder mi pregunta me miró a la cara, iluminada por la luz del fuego.

—Ah, algunos combustibles muy secos, y extremadamente convenientes para este fin —contestó—; en realidad no otra cosa que periódicos de ayer, revistas del mes pasado y hojas marchitas del año anterior. Aquí traen unos trastos viejos que prenderán como un puñado de virutas.

Mientras hablaba, unos hombres de aspecto tosco avanzaron hasta el límite de la hoguera y arrojaron en ella todas las basuras del departamento de heráldica: blasones de escudos de armas, penachos y divisas de familias ilustres, linajes que se retrotraían en el tiempo, como líneas de luz, hasta la niebla de la Edad Media, junto con estrellas, ataderas y cuellos bordados, objetos todos ellos que, aunque a un ojo no instruido pudieran parecerle cosas inútiles, habían tenido en otro tiempo un significado enorme, y en verdad seguían reconociéndose entre los hechos más preciosos, tanto en lo moral como en lo material, por quienes veneraban el pasado brillante. Mezclados con este montón confuso, que inmediatamente fue arrojado a las llamas a brazadas, había

innumerables insignias de caballería, incluyendo las de todas las soberanías europeas, la condecoración de la Legión de Honor de Napoleón, cuyas cintas se habían enredado con las de la antigua orden de San Luis. Allí estaban también las medallas de nuestra propia sociedad de Cincinnati, mediante la cual, según nos cuenta la historia, estuvo a punto de constituirse una orden de caballeros hereditarios con los represores realistas de la Revolución. Estaban además las patentes de nobleza de condes y barones alemanes, grandes de España, pares ingleses, desde los documentos carcomidos que había firmado Guillermo el Conquistador hasta el pergamino más nuevo del último lord que había recibido su honor de la hermosa mano de Victoria.

Al contemplar la densa humareda, mezclada con fuertes llamaradas, que formando remolinos brotaba de esa pila inmensa de distinciones terrenales, la multitud de espectadores plebeyos lanzó un grito de alegría y aplaudió con tal entusiasmo que los cielos lo devolvieron en un eco. Ése fue su momento de triunfo, logrado tras muchísimo tiempo sobre seres hechos con la misma arcilla y con las mismas enfermedades espirituales, pero que habían osado asumir los privilegios debidos sólo al mejor arte de los cielos. En ese momento se precipitó hacia el montón ardiente un hombre de cabellos grises y presencia majestuosa que llevaba una capa de cuya pechera parecían haber arrancado por la fuerza una estrella o cualquier otra insignia de rango. No tenía en su rostro las señales de la capacidad intelectual; pero sí había allí el porte, la dignidad habitual, casi de nacimiento, de quien se había hecho a la idea de su superioridad social y nunca, hasta ese momento, la había visto cuestionada.

—Pueblo —gritó con pena y sorpresa, contemplando las ruinas de lo que había sido más querido para sus ojos, aunque con majestuosidad—. Pueblo, ¿qué has hecho? Este fuego está consumiendo todo aquello que señaló lo que habías avanzado desde la barbarie, o lo que podría haber prevenido que recayeras en ella. Nosotros, los hombres de las órdenes privilegiadas, éramos quienes manteníamos vivo, de generación en generación, el antiguo espíritu caballeresco, el pensamiento noble y generoso, la vida más elevada, más pura, más refinada y delicada. Con los nobles desechas también al poeta, el pintor, el escultor... todas las bellas artes; pues nosotros éramos sus mecenas, y creamos la atmósfera en la que ellos florecieron. Al abolir las distinciones majestuosas del rango, la sociedad pierde no sólo su gracia, sino también su firmeza...

Sin duda habría dicho más cosas, pero en ese momento se elevó un grito burlón, despreciativo e indignado que sofocó totalmente la apelación del noble caído, por lo que éste, tras mirar con desesperación su árbol genealógico quemado a medias, regresó junto a la multitud, contento de refugiarse en su insignificancia recién encontrada.

—¡Que agradezca a su suerte que no le hayamos arrojado a ese mismo fuego! —gritó una figura tosca apartando las ascuas con los pies—. Y que a partir de ahora ningún hombre se atreva a mostrar un trozo de pergamino mohoso como garantía para dominar a sus semejantes. Si tiene el brazo fuerte, muy bien; eso es una especie de superioridad. Si tiene ingenio, sabiduría, valor, fuerza de carácter, que esos atributos hagan por él lo que merecen; pero a partir de este día ningún mortal podrá esperar posición y consideración haciendo la cuenta de los huesos enmohecidos de sus antepasados. Esa tontería se acabó.

—Y en buena hora —comentó el serio observador que estaba a mi lado, aunque en voz baja—. Si no es que una tontería peor ocupa su puesto; pero en todo caso, este tipo de tontería ya ha vivido de sobra lo suyo.

Poco tiempo hubo para meditar o moralizar acerca de las ascuas de esos desechos honrados por el tiempo, pues antes de que se hubieran medio quemado llegó otra multitud de más allá del mar trayendo las vestimentas purpúreas de la realeza, junto con las coronas, globos terráqueos y cetros de los emperadores y los reyes. Todos ellos habían sido condenados como inútiles fruslerías, como juguetes en el mejor de los casos, que sólo valían para la infancia del mundo, o como varas con las que gobernarlo y castigarlo en su minoría de edad, pero que ahora, que toda la humanidad había alcanzado su estatura adulta, no podía permitir ya que se la insultara. En tal desprecio habían caído estas insignias regias que las coronas doradas y las túnicas de oropel del actor que hacía de rey en el teatro Drury Lane se arrojaron con las demás, sin duda como una burla de sus monarcas hermanos del gran escenario del mundo. Resultaba extraño ver las joyas de la corona de Inglaterra brillando y destellando en mitad del fuego. Algunas de ellas habían ido transmitiéndose desde la época de los príncipes sajones; otras fueron compradas con vastas sumas, o quizás robadas de las frentes muertas de los potentados nativos del Indostán; y todas ardían ahora con gran brillo, como si allí hubiera caído una estrella esparciéndose en fragmentos. El esplendor de la monarquía arruinada no tenía otro reflejo que el que producía en aquellas inestimables piedras preciosas. Pero basta de hablar de este tema. Resultaría tedioso describir cómo el manto del emperador de Austria se convirtió en yesca, o cómo los puntales y columnas del trono francés se volvieron un montón de carbones que era imposible distinguir de los procedentes de cualquier otra madera. Sin embargo, permítaseme añadir que uno de los polacos exilados removía la hoguera con el cetro del Zar de Rusia, que después arrojó a la llamas.

—El olor de las prendas chamuscadas resulta aquí intolerable —comentó mi nuevo amigo cuando la brisa nos envolvió en el humo de un guardarropas regio—. Situémonos a barlovento para ver lo que están haciendo al otro lado de la hoguera.

Dimos por tanto la vuelta y llegamos a tiempo de presenciar la llegada de una enorme procesión de washingtonianos —tal como se autodenominan hoy los partidarios de la templanza— acompañados de miles de discípulos irlandeses del padre Mathew, con ese gran apóstol a la cabeza. Trajeron a la hoguera una rica contribución: nada menos que todas las cubas y barricas de licor del mundo, que hacían rodar delante de ellos a través de la pradera.

—Hijos míos, un empujón más y el trabajo estará hecho —gritó el padre Mathew cuando llegaron al borde del fuego—. Y ahora alejémonos y veamos cómo Satán se ocupa de su propio licor.

De acuerdo con ello, tras haber colocado sus recipientes de madera al alcance de las llamas, la procesión se apartó hasta una distancia segura y enseguida los vieron explotar en llamas que alcanzaban las nubes y amenazaban con encender el propio cielo. Y bien que pudieron hacerlo, pues allí estaban todas las existencias mundiales de licores espirituosos, que en lugar de encender una llama de frenesí en los ojos de los borrachines, como antaño, se elevaba con un brillo desconcertante que sorprendió a

toda la humanidad. Fue la suma de ese fuego furioso que, de otra manera, habría chamuscado el corazón de millones de personas. Entretanto se estaban arrojando apreciados vinos alas llamas, que los absorbían contentas como si les gustara, y que como los borrachos se volvían más alegres y violentas al beberlos. Jamás la sed insaciable del fuego diabólico volvería a verse tan atendida. Allí estaban los tesoros de famosos vividores: licores que se habían mecido sobre el océano, habían madurado al sol, se habían amontonado durante mucho tiempo en las entrañas de la tierra: los jugos pálidos, dorados y rojizos de las viñas más delicadas, la cosecha entera de Tokay, mezclado todo en una sola corriente con los líquidos viles de las tabernas comunes, y contribuyendo todo a elevar las mismas llamas. Y mientras se elevaban en una espiral gigantesca que parecía ondear contra el arco del firmamento y combinarse con la luz de las estrellas, la multitud lanzó un grito, como si la tierra entera se alegrara al liberarse de la maldición de los tiempos.

Pero la alegría no era universal. Muchos pensaron que la vida humana sería más triste que nunca cuando esta breve luminosidad se apagara. Mientras los reformistas actuaban, oí murmurar reconvenciones a varios caballeros respetables de nariz rojiza que calzaban zapatos de gotoso; y un noble enfurecido, cuyo rostro se asemejaba a un hogar en el que se ha apagado el fuego, expresó entonces su descontento de manera más abierta y audaz.

—¿Y qué tiene de bueno este mundo, ahora que ya nunca podremos estar alegres? —preguntó el último borrachín—. ¿Qué consuelo encontrará el pobre ser humano en la pena y perplejidad? ¿Cómo va a mantener cálido el corazón frente a los vientos fríos de esta tierra sin alegría? ¿Y qué os proponéis darle a cambio del solaz que le quitáis? ¿Cómo van a sentarse juntos frente al fuego los viejos amigos, sin una alegre copa entre ellos? ¡Vuestra reforma es una peste! ¡Ahora que la buena camaradería ha desaparecido para siempre, es éste un mundo triste, un mundo frío, un mundo egoísta, un mundo bajo, que no merece que viva en él un hombre honesto!

Esa arenga provocó gran regocijo entre los espectadores; pero, aunque el sentimiento fuera ridículo, no pude dejar de observar conmisericordia por la situación de desamparo del último borrachín, cuyos compañeros inseparables habían desaparecido de su lado dejándole al pobre sin un alma que aprobara el que él bebiera su licor, y ciertamente sin licor que beber. Y no es que fuera verdaderamente ése el caso; pues en un momento crítico le vi ratear una botella de brandy de un veinticinco por ciento de graduación que cayó junto a la hoguera y él ocultó en su bolsillo.

Habiéndose deshecho así de los licores espirituosos y fermentados, el celo de los reformistas les indujo entonces a repostar el fuego con todas las cajas de té y bolsas de café del mundo. Y llegaron entonces los plantadores de Virginia, con sus cultivos y el tabaco. Arrojados éstos al montón de cosas inútiles, llegaron a alcanzar el tamaño de una montaña e insuflaron en la atmósfera una fragancia tan potente que temo que nunca volvamos a respirar aire puro. Ese sacrificio pareció alarmar a los amantes de esa hierba más que todo lo que habían presenciado hasta entonces.

—Bueno, pues han conseguido que mi pipa ya no sirva —dijo un anciano lanzándola a las llamas de muy mal humor—. ¿Adónde va este mundo? Todo lo que es rico y picante, todas las especias de la vida, se condena como algo inútil. ¡Ahora que

ellos han encendido la hoguera, todo iría mucho mejor si esos absurdos reformistas se lanzaran ellos mismos al fuego!

—Tenga paciencia —le respondió un conservador firme—. Al final llegaremos a eso. Primero nos lanzarán a nosotros, y después a ellos mismos.

Desde las medidas generales y sistemáticas de la reforma, pasé a considerar entonces las contribuciones individuales a esa hoguera memorable. En muchos casos eran de un carácter verdaderamente divertido. Un pobre hombre arrojó su bolsa vacía, y otro un fajo de billetes de banco falsos o insolventes. Las damas elegantes arrojaron los sombreros de la temporada anterior, junto con montones de cintas, encajes amarillos y otras muchas mercancías de modista casi gastadas, todo lo cual demostró ser todavía más evanescente en el fuego de lo que lo había sido en la moda. Una multitud de amantes de ambos sexos —dejando aun lado doncellas o solteros y parejas cuyos miembros estaban mutuamente cansados el uno del otro— arrojaron manojos de cartas perfumadas y sonetos de amor. Un político corrupto, al verse privado del pan por perder el despacho, arrojó sus dientes, que resultaron ser falsos. El reverendo Sydney Smith, tras haber cruzado el Atlántico con ese único propósito, llegó junto a la hoguera con una sonrisa amarga y arrojó allí determinados bonos repudiados, aunque estaban confirmados con el sello de un estado soberano. Un niño de cinco años, dada la prematura mayoría de la época presente, arrojó sus juguetes; un graduado universitario, su diploma; un boticario, arruinado por la extensión de la homeopatía, todas sus existencias de drogas y medicinas; un médico, su biblioteca; un párroco, su sermones antiguos; y un fino caballero de la vieja escuela, su código de costumbres, que anteriormente había escrito para beneficio de la siguiente generación. Una viuda que había decidido casarse por segunda vez arrojó furtivamente una miniatura de su esposo fallecido. Un joven al que su amada le había dado calabazas, de buena gana habría tirado su corazón desesperado a las llamas, pero no encontró ningún medio de arrancárselo del pecho. Un autor americano de cuyas obras el público no hacía caso, arrojó a la hoguera pluma y papel, acudiendo a una ocupación menos descorazonadora. Me sorprendió algo escuchar a varias damas, de apariencia muy respetable, que se proponían arrojar a las llamas sus vestidos y enaguas, asumiendo la vestimenta, maneras, deberes, ocupaciones y responsabilidades del otro sexo.

No soy capaz de decir con qué favor se acogió ese plan, pues repentinamente llamó mi atención una joven pobre, engañada y casi delirante, que exclamaba que era el ser vivo o muerto más indigno e intentó lanzarse al fuego en medio de todos los trastos rotos y naufragados del mundo. Sin embargo, un buen hombre corrió a rescatarla.

—¡Tenga paciencia, mi pobre muchacha! —gritó mientras la apartaba del cruel abrazo del ángel destructor—. Tenga paciencia y acepte la voluntad del cielo. Mientras posea un alma viva, todo podrá recuperar su primera frescura. Estas cosas materiales y las creaciones de la fantasía humana no valen para otra cosa que para ser quemadas una vez que han tenido su tiempo. ¡Pero el suyo es la eternidad!

—Sí —contestó la infortunada joven, cuyo frenesí parecía haber menguado convirtiéndose ahora en un abatimiento profundo—. ¡Sí, pero de él ha desaparecido la luz del sol!

Se rumoreó entre los espectadores que todas las armas y municiones bélicas iban a ser arrojadas a la hoguera, con excepción de las existencias universales de pólvora, que ya habían sido arrojadas al mar por considerarse que era el modo más seguro de disponer de ellas. Esa noticia despertó una gran diversidad de opiniones. El filántropo optimista lo consideró una señal de que ya había llegado el milenio; mientras que personas de otro temple que opinaban que la humanidad era una raza de bulldogs, profetizaron que desaparecerían la vieja corpulencia, fervor, nobleza, generosidad y magnanimidad de la raza: afirmaban que esas cualidades necesitaban nutrirse de sangre. Sin embargo se consolaron creyendo que la propuesta abolición de la guerra no podía llevarse a la práctica durante mucho tiempo.

En cualquier caso, innumerables grandes cañones cuyo estruendo había sido durante mucho tiempo la voz de la batalla —la artillería de la Armada Invencible, las baterías de Marlborough y los cañones enfrentados de Napoleón y Wellington— fueron arrastrados en medio del fuego. Por la adición continua de combustibles secos, se había vuelto éste tan intenso que ni el bronce ni el hierro podían resistirlo. Era maravilloso ver cómo esos instrumentos terribles de la carnicería se fundían como si fueran juguetes de cera. Entonces los ejércitos de la tierra dieron vueltas alrededor del poderoso horno, con las bandas militares tocando marchas triunfales, y arrojaron los mosquetes y espadas. También los portaestandartes, mirando hacia arriba sus banderas, todas marcadas con agujeros de balas y con los nombres de campos victoriosos escritos, tras hacerlas ondear por última vez al aire, las bajaron hacia la llama, que se las llevaron hacia las nubes en su corriente de aire ascendente. Terminada esa ceremonia, el mundo quedó sin una sola arma en sus manos, salvo, posiblemente, algunas armas regias, espadas oxidadas y otros trofeos de la Revolución en algunas de nuestras armerías estatales. Entonces batieron los tambores y sonaron las trompetas como preludio a la proclamación de la paz universal y eterna, y como anuncio de que la gloria no se ganaría ya por la sangre, sino que a partir de ahora la raza humana pretendería trabajar para el mayor bien mutuo, y que esa beneficencia, en los anales futuros de la tierra, permitiría reivindicar la alabanza del valor. En consecuencia, se promulgaron esas benditas noticias, que produjeron un regocijo infinito entre aquellos que se habían espantado ante el horror y despropósito de la guerra.

Pero vi una sonrisa macabra en el rostro endurecido de un majestuoso viejo comandante —por su figura gastada por la guerra y rica vestimenta militar, podía tratarse de uno de los famosos mariscales de Napoleón—, que con el resto de los soldados del mundo había arrojado la espada que desde hacía medio siglo tan familiar había sido a su mano derecha.

—¡Ay! ¡Ay! —se quejaba—. Que proclamen lo que quieran, porque al final veremos que toda esta tontería sólo significa más trabajo para los armeros y fundidores de cañones.

—¡Pero señor! —exclamé yo asombrado—. ¿Acaso imagina que la raza humana volverá sobre los pasos de su antigua locura como para forjar otra espada o fundir otro cañón?



—No habrá necesidad de ello —comentó con burla un espectador que ni sentía benevolencia ni tenía fe en ella—. Cuando Caín deseó matar a su hermano, no se quedó confuso por falta de un arma.

—Ya veremos —contestó el veterano comandante—. Si soy yo el que me equivoco, tanto mejor; pero en mi opinión, y sin pretender filosofar sobre la materia, la necesidad de la guerra es mucho más profunda de lo que suponen estos honestos caballeros. ¡Pero bueno! ¿Es que hay un campo para todas las pequeñas disputas de los individuos? ¿Y no existirá un gran tribunal para dirimir las dificultades nacionales? El campo de batalla es el único tribunal en el que pueden solucionarse tales pleitos.

—Olvida usted, general —intervine yo—, que en esta fase avanzada de la civilización la razón y la filantropía combinadas constituirán ese tribunal si se requiere.

—¡Ah, me había olvidado de eso, ciertamente! —contestó el viejo guerrero mientras se alejaba cojeando.

El fuego se estaba alimentando ahora con materiales que hasta entonces se habían considerado de mayor importancia todavía para el bienestar de la sociedad que las municiones bélicas que ya habíamos visto consumir. Un cuerpo de reformistas había recorrido la tierra entera buscando las máquinas con las que las diferentes naciones acostumbraban a ejecutar la pena de muerte. Un estremecimiento recorrió la multitud cuando esos emblemas fantasmales fueron empujados hacia delante. Incluso las llamas parecieron retroceder al principio, mostrando la forma y el dispositivo asesino de cada una con una elevada llamarada, que por sí sola bastaba para convencer a la humanidad del largo y fatal error de la ley humana. Esos viejos instrumentos de la crueldad; esos horribles monstruos mecánicos; esos inventos que parecían exigir algo peor que lo que podía lograr el corazón natural del hombre, y que habían acechado en los escondrijos oscuros de las antiguas prisiones, como tema de leyenda aterrador, se encontraban ahora a la vista de todos. Las hachas de los verdugos, con la mancha rojiza de la sangre noble y real en ellas, y una gran colección de sogas que habían cortado la respiración de víctimas plebeyas, fueron arrojadas juntas a las llamas. Un grito saludó la llegada de la guillotina, que fue empujada sobre las mismas ruedas que la habían conducido de una a otra de las calles manchadas de sangre de París. Pero los aplausos más fuertes, que indicaron al cielo distinto el triunfo de la redención terrenal, se produjeron cuando apareció la horca. Sin embargo, un hombre de mal aspecto se adelantó, y poniéndose en el camino de los reformistas gritó roncamente y luchó con furia salvaje para detener su avance.

Quizás no cabía sorprenderse mucho de que el ejecutor hiciera todo lo posible para defender y conservar la máquina con la que se había ganado la vida, y personas más dignas la muerte; pero merecía atención especial el que hombres de una esfera muy diferente —incluso de las órdenes consagradas, en cuya protección puede confiar el mundo su benevolencia— adoptaran sobre la cuestión el punto de vista del verdugo.

—¡Deteneos, hermanos míos! —gritó uno de ellos—. Una falsa filantropía os hace equivocaron; no sabéis lo que hacéis. La horca es un instrumento ordenado por el cielo. ¡Hacedla retroceder por tanto con reverencia, y colocadla en su antiguo lugar, para que el mundo no caiga velozmente en la ruina y la desolación!

—¡Adelante, adelante! —gritó un cabecilla de la Reforma—. ¡A las llames con ese maldito instrumento de la sangrienta política del hombre! ¿Cómo puede la ley humana inculcar benevolencia y amor si persiste en colocar la horca como su símbolo principal? Un empujón más, buenos amigos, y el mundo se verá redimido de su mayor error.

Mil manos prestaron ahora su ayuda, aunque les repugnaba tocarla, y lanzaron la siniestra carga lejos, en el centro del enfurecido horno. Su imagen fatal y aborrecida se vio primero ennegrecida, convirtiéndose luego en carbón al rojo, y finalmente en cenizas.

—¡Eso ha estado bien! —exclamé yo.

—Sí, estuvo bien —respondió, aunque con menor entusiasmo del que yo esperaba, el pensativo observador que seguía todavía a mi lado—. Estuvo bien si el mundo es lo suficientemente bueno para esa medida. Sin embargo, la muerte es una idea de la que no es posible eximirse fácilmente en ninguna condición, entre la inocencia del principio y esa otra pureza y perfección que quizás estemos destinados a alcanzar tras recorrer el círculo completo; pero en todo caso es bueno que se pruebe ahora el experimento.

—¡Demasiado frío! ¡Demasiado frío! —exclamó con impaciencia el joven y ardiente cabecilla en su triunfo—. Que tenga aquí su voz el corazón lo mismo que el intelecto. Y para la madurez y el progreso que la humanidad haga siempre lo más elevado, lo más amable, lo más noble que en cualquier momento pueda entender; y con seguridad eso no podrá ser erróneo, ni inoportuno.

No sé si fue por la excitación de la escena, o si es que las buenas gentes que rodeaban la hoguera se estaban iluminando más a cada instante, pero el caso es que tomaron medidas extremas a las que yo difícilmente estaba dispuesto a acompañarles. Por ejemplo, algunos arrojaron a las llamas sus certificados de matrimonio, y se afirmaron candidatos para una unión superior, más santa y general que la que había subsistido desde el nacimiento de los tiempos bajo la forma de vínculo conyugal. Otros se precipitaron a las cámaras acorazadas de los bancos y a los cofres de los ricos —todos ellos abiertos para el primero que llegara en esa fatal ocasión—, y animaron las llamas con balas enteras de papel moneda, y hasta toneladas de monedas se fundieron con su intensidad. Dijeron que a partir de entonces la benevolencia universal, que no podía ni acuñarse ni agotarse, sería la moneda dorada del mundo. Ante esa noticia los banqueros y especuladores palidecieron, y un carterista que había recogido una rica cosecha entre la multitud cayó en un mortal desmayo. Algunos hombres de negocios quemaron sus libros de cuentas, los billetes y obligaciones de sus acreedores, y cualquier otra prueba de deudas que ellos debían cobrar; aunque quizás fue un número mayor el de los que satisficieron su celo de reforma sacrificando cualquier recuerdo incómodo de lo que ellos mismos debían. Se gritó entonces que había llegado el momento de entregar a las llamas los títulos de propiedad de la tierra, y que el suelo entero revirtiera a la totalidad de los hombres, a la que erróneamente se le había quitado para distribuirlo desigualmente entre los individuos. Otro grupo exigió que todas las constituciones escritas, formas fijas de gobierno, decretos legislativos, libros de estatutos y todo aquello sobre lo que la invención humana se había esforzado para estampar sus leyes arbitrarias fuera destruido de inmediato, dejando el mundo consumado tan libre como el primer hombre creado.

Desconozco si se llevó a cabo alguna acción con respecto a estas proposiciones; pues precisamente entonces se estaban atendiendo unos asuntos que concernían más a mi simpatías.

—¡Mirad, mirad! ¡Qué montones de libros y panfletos! —gritó un tipo que no parecía ser amante de la literatura—. ¡Ahora tendremos un fuego glorioso!

—¡Eso es, precisamente! —exclamó un filósofo moderno—. Nos liberaremos ahora del peso del pensamiento de los hombres muertos, que hasta ahora ha presionado con tanta fuerza el intelecto vivo que éste se ha vuelto incompetente para cualquier esfuerzo eficaz. ¡Bien hecho, muchachos! ¡Al fuego con ellos! ¡Ahora sí que de verdad estáis iluminando el mundo!

—¿Pero qué va a suceder con la profesión? —gritó un librero furioso.

—Ah, naturalmente, que acompañen a su mercancía —comentó fríamente un autor—. ¡Será una noble pira funeraria!

Lo cierto era que la raza humana había alcanzado una fase de progreso que estaba mucho más allá de lo que los hombres más sabios de épocas anteriores habían soñado, por lo que sería un verdadero absurdo permitir que la tierra siguiera por más tiempo gravada con sus escasos logros literarios. De acuerdo con ello, una investigación completa e inquisitiva había barrido las librerías, los puestos callejeros, las bibliotecas públicas y privadas, e incluso las pequeñas repisas junto a las chimeneas de las casas de campo, y habían traído toda la masa universal de papel impreso, encuadernado o en hojas, para que aumentaran el volumen ya montañoso de nuestra ilustre hoguera. Arrojaron gruesos y pesados infolios que contenían los trabajos de lexicógrafos, comentaristas y enciclopedistas, y cayeron entre las ascuas con un golpetazo pesado, deshaciéndose en cenizas como si fueran madera podrida. Los pequeños y ricamente dorados tomos franceses de la última época, con los cien volúmenes de Voltaire entre ellos, produjeron una brillante lluvia de chispas y pequeñas llamas; mientras que la literatura corriente de la misma nación se quemaba en colores rojos y azules, produciendo una iluminación infernal en los rostros de los espectadores, convirtiéndolos a todos por el aspecto en diablos agrupados por colores. Una colección de historias alemanas emitió un olor a azufre. Los autores ingleses habituales resultaron ser un combustible excelente, mostrando en general las propiedades de buenos leños de roble. En particular las obras de Milton producían una llama poderosa, y gradualmente se fueron enrojando hasta convertirse en un carbón que prometía durar más que casi cualquier otro material de la pira. De Shakespeare salió una llama de esplendor tan maravilloso que los hombres se ocultaban los ojos como si estuvieran ante la gloria del sol del mediodía; ni siquiera cuando lanzaron encima las obras de sus comentaristas dejó de emitir una radiación deslumbrante desde abajo del pesado montón. Y creo que sigue ardiendo tan apasionadamente como siempre.

—Si un poeta pudiera encender una lámpara en esa llama gloriosa, podría consumir después aceite hasta la medianoche con un buen propósito —comenté yo.

—Eso es precisamente lo que los poetas modernos han sido demasiado propensos a hacer, o al menos a intentarlo —respondió un crítico—. El principal beneficio que cabe esperar de este incendio de la literatura del pasado es, indudablemente, que a partir de ahora los autores se verán obligados a encender sus lámparas en el sol o las estrellas.

—Si es que pueden llegar tan alto —añadí yo—. Pero para esa tarea se necesita un gigante que pueda distribuir después la luz entre los hombres inferiores. No todo el mundo puede robar el fuego de los cielos, como Prometen; pero cuando alguien lo haya conseguido, mil hogares se encenderán con él.

Me sorprendió mucho observar lo imprecisa que era la proporción entre la masa física de cualquier autor y la propiedad de una combustión brillante y prolongada. Por ejemplo, no había ningún volumen en cuarto del último siglo, ni ya que vamos a eso del actual, que a ese respecto pudiera competir con un librito infantil de cubierta dorada que contenía las Melodías de Mamá Oca. La Vida y Muerte de Pulgarcito duró más que la biografía de Marlborough. Un poema épico, en realidad una docena de ellos, se convirtió en cenizas blancas antes de que se hubiera consumido a medias la única hoja de una vieja balada. Y también en más de un caso cuando los volúmenes de versos aplaudidos se mostraban incapaces de nada mejor que un humo sofocante, una ignorada cancioncilla de algún bardo anónimo, que quizás se encontraba en la esquina de un periódico, ascendía hasta las estrellas con una llama tan brillante como la de éstas. Hablando de las propiedades de la llama, creo que la poesía de Shelley emitía una luz más pura que cualquier otra producción de su tiempo, contrastando hermosamente con los espasmódicos y cárdenos destellos y borbotones de vapor negro que emitían los volúmenes de Lord Byron. En cuanto a Tom Moore, algunas de sus canciones difundían un olor parecido al de un pastel quemado.

Sentía un interés particular por observar la combustión de los autores americanos, y anoté escrupulosamente mirando el reloj los momentos precisos que tardaban casi todos ellos en transformarse de libros pobremente impresos en cenizas indistinguibles. Pecaría de envidioso, sin embargo, y hasta sería peligroso, dar a conocer esos secretos terribles; por lo que me contentaré con observar que el escritor que con mayor frecuencia está en boca del público no era invariablemente el que producía una exhibición más espléndida en la hoguera. Recuerdo especialmente que un delgado volumen de poemas de Ellery Channing demostró una inflamabilidad excelente; aunque para ser fieles a la verdad hay que decir que algunas de sus partes siseaban y chisporroteaban de una manera muy desagradable. En relación con varios autores, tanto nativos como extranjeros, sucedió un fenómeno curioso. Sus libros, aunque de figura muy respetable, en lugar de romper a arder, o incluso convertir su sustancia en humo, de pronto se fundían de tal manera que demostraban ser de hielo.

Si no fuera falta de modestia mencionar mis propias obras, debo confesar aquí que las busqué con interés paternal, aunque en vano. Muy probablemente se transformaron en vapor ante la primera acción del calor; en el mejor de los casos sólo puedo esperar que, a su modo tranquilo, contribuyeran con una o dos chispas relucientes al esplendor de la noche.

—¡Ay! ¡Pobre de mí! —se quejaba un caballero de aspecto trágico que llevaba unas gafas verdes—. El mundo está totalmente arruinado y ya no hay nada para seguir viviendo. Me han arrebatado la vocación de mi vida. ¡Por nada del mundo puede conseguirse un volumen!

—Éste es un ratón de biblioteca —comentó el tranquilo observador que había a mi lado—. Uno de esos hombres que han nacido para roer pensamientos muertos. Ya ve

que su ropa está cubierta con el polvo de las bibliotecas. No tiene una fuente interior de ideas; y sinceramente, ahora que las provisiones antiguas han sido abolidas, no veo lo que va a ser del pobre hombre. ¿No tendrá una palabra de consuelo para él?

—Mi querido señor —le dije al desesperado ratón de biblioteca—. ¿No es la naturaleza mejor que un libro? ¿No es el corazón humano más profundo que cualquier sistema filosófico? ¿No está la vida repleta de más instrucción que la que a los observadores del pasado les fue posible escribir en máximas? Alégrese. El gran libro del Tiempo está todavía abierto delante de nosotros; y si lo leemos correctamente, se nos convertirá en un volumen de verdad eterna.

—¡Ay, mis libros, mis libros, mis preciosos libros impresos! —repetía el desamparado ratón de biblioteca—. ¡Mi única realidad era un volumen encuadernado, y ahora no me dejan ni siquiera un oscuro panfleto!

En realidad los últimos restos de la literatura de todos los tiempos caían ahora sobre el montón ardiente en forma de una nube de panfletos desde las prensas del Nuevo Mundo. Éstos se consumieron a sí mismos en un abrir y cerrar de ojos, dejando la tierra, por primera vez desde los tiempos de Cadmo, libre de la plaga de las letras... un campo envidiable para los autores de la generación siguiente.

—Bueno, ¿queda algo por hacer? —pregunté yo con cierta ansiedad—. A menos que prendamos fuego a la propia tierra, y luego saltemos audazmente al espacio infinito, no veo que podamos llevar más lejos la Reforma.

—Está usted muy equivocado, mi buen amigo —contestó el observador—. Créame que no permitirán que el fuego se apague sin añadir un combustible que sobresaltará a muchas personas que hasta ahora habían echado una mano voluntariamente.

No obstante, durante un breve tiempo pareció que el esfuerzo se relajaba; probablemente los cabecillas del movimiento lo aprovecharon para pensar qué podía hacerse. En el intervalo, un filósofo arrojó alas llamas su teoría, un sacrificio que aquellos que sabían cómo la estimaba consideraron el más notable que se había hecho. Sin embargo, la combustión no resultó en absoluto brillante. Algunas personas infatigables, desdeñando tomarse un momento de descanso, se dedicaron a recoger todas las hojas y ramas caídas en el bosque, y consiguieron así que las llamas de la hoguera fueran más altas que nunca. Pero aquello fue un mero aparte teatral.

—Aquí viene el nuevo combustible del que le hablaba —dijo mi compañero.

Para mi asombro, las personas que avanzaban ahora hacia el espacio vacío que rodeaba el fuego montañoso llevaban sobrepellices y otras prendas sacerdotales, mitras, báculos y una confusión de símbolos papales y protestantes, con los que parecían proponerse consumir el gran acto de fe. Las cruces de las agujas de las viejas catedrales fueron lanzadas al montón con tan escaso remordimiento como si la reverencia de los siglos, pasando en una larga formación bajo las elevadas torres, no las hubiera considerado como el más sagrado de los símbolos. La pila bautismal en la que los niños eran consagrados a Dios, los recipientes sacramentales en los que la piedad recibía la bebida sagrada, fueron entregados a la misma destrucción. Quizás conmovió más mi corazón ver entre aquellas reliquias devotas fragmentos de los humildes altares y de los púlpitos sin decorar que me di cuenta habían sido arrancados de los templos de Nueva Inglaterra. Aunque se hubieran enviado al fuego de este sacrificio terrible los despojos

de la poderosa estructura de San Pedro, debería haberse permitido que esos edificios simples conservaran el embellecimiento sagrado con que les habían dotado sus fundadores puritanos. Sentí, sin embargo, que aquello sólo eran los objetos externos de la religión, y que el espíritu, que conocía mejor su significado profundo, podía renunciar a ello.

—Todo está bien —dije yo alegremente—. Los senderos de los bosques serán las naves de nuestra catedral, y el firmamento mismo será su techo. ¿Qué necesidad hay de un techo terrenal entre la Deidad y sus adoradores? Nuestra fe puede permitirse perder ese ropaje con el que hasta los hombres más santos la han rodeado, y ser más sublime en su simplicidad.

—Cierto —replicó mi compañero—. ¿Pero se detendrán aquí?

La duda que transmitía la pregunta estaba bien fundamentada. En la destrucción general de los libros que ya he descrito, se había salvado un volumen santo que se apartaba del catálogo de la literatura humana, aunque en un sentido estuviera a su cabeza. Pero el Titán de la innovación —ángel o diablo, doble en su naturaleza, y capaz de hechos adecuados a ambos caracteres—, que al principio sólo había derribado las formas viejas y podridas de las cosas, parecía que ahora hubiera puesto su mano terrible sobre los pilares principales que soportaban el edificio entero de nuestro estado moral y espiritual. Los habitantes de la tierra habían llegado a tener demasiado conocimiento como para definir su fe dentro de una forma de palabras, o para limitar lo espiritual por medio de cualquier analogía con nuestra existencia material. Verdades ante las que los cielos temblaban no eran ahora más que una fábula de la infancia del mundo. Por tanto, como sacrificio final del error humano, ¿qué más quedaba por arrojar a las ascuas de esa terrible pira salvo el libro que, aunque fuera una revelación celestial a los tiempos pasados, no era sino una voz de una esfera inferior en comparación con la raza actual del hombre? ¡Lo hicieron! Sobre el montón ardiente de la falsedad y de la verdad desgastada —cosas que la tierra nunca había necesitado, o que había dejado de necesitar, o que infantilmente se había cansado de ellas— cayó la grave Biblia de la iglesia, el gran y viejo volumen que durante tanto tiempo había descansado sobre el cojín del púlpito, y mediante el que la voz solemne del pastor había hablado de lo sagrado tantos y tantos sábados. También fue a parar allí la Biblia de familia, que el patriarca que tanto tiempo llevaba enterrado había leído a sus hijos, en la prosperidad o en la pena, junto a la chimenea o bajo la sombra de los árboles durante el verano, y que había sido legada como herencia a través de generaciones. Cayó después la Biblia íntima, el pequeño volumen que había sido el amigo del alma de algún hijo del polvo amargamente puesto a prueba, quien de ella había sacado el valor, tanto si su prueba era para la vida como para la muerte, enfrentándose con firmeza a ambas con la poderosa seguridad de su inmortalidad.

Todas ellas fueron ya lanzadas a las llamas violentas; y entonces cruzó la llanura un viento poderoso que aullaba con desolación, como si fuera el lamento colérico de la tierra por la pérdida de la luz solar del cielo; y agitó la pirámide gigantesca de llamas y esparció por encima de los espectadores las cenizas de las abominaciones consumidas a medias.

—¡Esto es terrible! —exclamé sintiendo que mis mejillas palidecían, y viendo un cambio semejante en los rostros que me rodeaban.

—No pierda todavía el valor —respondió el hombre con el que había hablado tan a menudo. Él seguía contemplando el espectáculo con una calma singular, como si le concerniera simplemente como observador—. Tenga valor y no se alegre demasiado; pues en el efecto de esta hoguera hay mucho menos de bueno y de malo que lo que el mundo querría creer.

—¿Cómo puede ser eso? —exclamé yo impaciente—. ¿Es que no se ha consumido todo? ¿No se ha tragado o fundido todo apéndice humano o divino de nuestro estado mortal que tuviera suficiente materia como para que el fuego le afectara? ¿Mañana por la mañana quedará algo mejor o peor que un montón de ascuas y cenizas?

—Claro que lo habrá —contestó mi serio amigo—. Venga aquí mañana por la mañana, o cuando la porción combustible de la pira se haya quemado totalmente, y entre las cenizas encontrará todo lo realmente valioso que había visto arrojar a las llamas. Confíe en mí, el mundo del mañana volverá a enriquecerse con el oro y los diamantes que han sido desechados por el mundo de hoy. Ni una sola verdad es destruida o enterrada profundamente entre las cenizas, sin que al final salga a relucir.

Era aquella una extraña seguridad. Y sin embargo me sentí inclinado a creerla, más especialmente cuando vi entre las llamas un ejemplar de las Santas Escrituras, cuyas páginas, en lugar de ennegrecerse como yesca, simplemente asumían una blancura más sorprendente conforme desaparecían, purificándola, las marcas de los dedos de la imperfección humana. Es cierto que determinadas notas marginales y comentarios cedían a la intensidad de la prueba, pero ello no iba en detrimento de la más pequeña sílaba que hubiera surgido de la pluma de la inspiración.

—Sí, ahí está la prueba de la que usted hablaba —respondí yo dirigiéndome al observador—. Pero si sólo lo que es malo puede sentir la acción del fuego, entonces con seguridad el incendio ha sido de una utilidad inestimable. Sin embargo, si le entendí bien, expresó la duda de si el mundo podría beneficiarse con ello.

—Escuche lo que dicen esos personajes —me dijo señalando un grupo que había delante de la pira ardiente—. Posiblemente, sin saberlo, puedan enseñarle algo útil.

Las personas que señaló formaban un grupo compuesto por la figura más brutal y terrenal que tan furiosamente había salido en defensa de la horca, es decir el verdugo, junto con el último ladrón y el último asesino, los cuales rodeaban al último borracho. Este último estaba pasando generosamente la botella de brandy que había rescatado de la destrucción general de vinos y alcoholes. Este pequeño y festivo grupo parecía hallarse en el más bajo nivel del abatimiento, al considerar que el mundo purificado necesariamente sería totalmente distinto al que hasta entonces habían conocido, y no sería sino una morada extraña y desolada para caballeros como ellos.

—El mejor consejo para todos nosotros —comentó el verdugo— es que en cuanto hayamos terminado la última gota de licor me permitan que les ayude, mis tres amigos, a tener un cómodo fin en el árbol más cercano, y luego yo mismo me ahorcaré en la misma rama. Éste no es ya un mundo para nosotros.

—¡Bah, bah, mis buenos amigos! —dijo un personaje de tez oscura que se unió en ese momento al grupo; su tez era terriblemente oscura, y sus ojos brillaban con una luz

más rojiza que la de la hoguera—. No se depriman tanto, mis queridos amigos; todavía verán días buenos. Hay una cosa que estos sabihondos se han olvidado de arrojar al fuego, y sin la cual todo lo que se ha quemado no es nada; sí, aunque hubieran convertido en cenizas la misma tierra.

—¿Y qué puede ser eso? —preguntó ansiosamente el último asesino.

—¿Qué otra cosa puede ser sino el corazón humano? —contestó el desconocido de rostro oscuro con una sonrisa portentosa—. Y a menos que encuentren un método de purificar esa pestilente caverna, volverán a salir de ella todas las formas del error y la desgracia, las mismas viejas formas u otras peores, que tanto trabajo se han tomado para consumir y convertir en cenizas. He estado aquí toda la noche y me he reído para mí de todo lo que ha pasado. ¡Créanme, el viejo mundo volverá a existir!

Esa breve conversación me proporcionó un tema para una prolongada meditación. ¡Qué triste verdad, si una verdad era, que el antiquísimo esfuerzo del hombre por la perfección sólo hubiera servido para convertirle en motivo de burla del principio maligno, por la circunstancia fatal de que existiera un error en la raíz misma de la materia! El corazón, el corazón: ahí estaba esa esfera pequeña pero ilimitada dentro de la cual existía el error original del que el crimen y la desgracia de este mundo exterior eran simplemente tipos. Purificad esa esfera interior, y las múltiples formas del mal que asolan lo exterior, y que ahora parecen casi nuestra única realidad, se convertirán en fantasmas oscuros y desaparecerán por sí solas; pero si no profundizamos más allá del intelecto, y simplemente con ese débil instrumento nos esforzamos por descubrir y rectificar lo que está mal, todos nuestros logros serán tan solo un sueño, tan insustancial que poco importa si la hoguera que con tanta fidelidad hemos descrito fuera lo que nosotros llamamos un hecho real y una llama que podría chamuscarnos los dedos, o sólo una radiación fosfórica y una parábola de mi propio cerebro.



## LA COLECCIÓN DE UN VIRTUOSO

El otro día, como disponía de una hora de ocio, entré en un museo nuevo que atrajo mi atención casualmente por un cartel pequeño y discreto: «VEA AQUÍ LA COLECCIÓN DE UN VIRTUOSO». Ése era el anuncio simple, aunque en absoluto poco prometedor, que durante un rato apartó mis pasos de la acera soleada de nuestra calle principal. Subí una escalera oscura, al llegar arriba abrí una puerta y me encontré frente a una persona que mencionó la moderada suma que me daría derecho a entrar.

—Tres chelines, en moneda de Massachusetts —me dijo—. Bueno, no, quería decir medio dólar, tal como lo llaman hoy.

Mientras buscaba la moneda en el bolsillo fijé la mirada en el portero, cuyo marcado carácter y aspecto individualizado me estimularon a esperar algo totalmente alejado de lo ordinario. Llevaba puesto un anticuado gabán, muy desteñido, que envolvía de manera tan completa su delgada figura que no podía verse el resto de su atuendo. Pero su rostro estaba notablemente enrojecido por el viento, quemado por el sol y gastado por la intemperie, y tenía una expresión de lo más inquieta, nerviosa y aprensiva. Era como si ese hombre estuviera viendo un objeto de importancia suprema, o tuviera que decidir alguna cuestión del más profundo interés, que planteara alguna pregunta trascendental, y no podía hacer otra cosa que esperar una respuesta. Sin embargo, como resultaba evidente que yo no tenía relación alguna con sus asuntos privados, pasé por la puerta abierta que me daba paso al amplio salón del museo.

Delante justo de la puerta se encontraba la estatua de bronce de un joven de pies alados. Estaba representado en el acto de despegar volando del suelo, pero su mirada expresaba una invitación tan poderosa que me impresionó como si me estuviera llamando para que entrara en el salón.

—Es la estatua original de la Oportunidad, del antiguo escultor Lisipo —dijo un caballero que se acercó a mí en ese momento—. La he colocado a la entrada de mi museo porque no siempre puede ser uno admitido a ver esta colección.

Quien hablaba era una persona de mediana edad, y no resultaba sencillo determinar si había empleado su vida como estudioso o como hombre de acción; en realidad todas las peculiaridades exteriores y obvias se hallaban desgastadas por una relación extensa y promiscua con el mundo. No había en él señal alguna de una profesión, de hábitos individuales, apenas de nacionalidad. Aunque su tez oscura y rasgos elevados me hicieron conjeturar que era originario de algún país europeo de clima meridional. En todo caso, resultaba evidente que era el virtuoso en persona.

—Con su permiso, como no tenemos catálogo descriptivo le acompañaré por el museo señalándole lo que puede ser más digno de su atención —me dijo En primer lugar, aquí hay un grupo selecto de animales disecados.

Junto a la puerta aparecía la cabeza de un lobo, cierto que exquisitamente preparada, que mostraba una fiereza muy lobuna en los grandes ojos de cristal insertados en la cabeza salvaje y astuta. Y sin embargo se trataba simplemente de la piel de un lobo, sin que nada la distinguiera de otros ejemplares de esa poco atractiva raza.

—¿Cómo es que ese animal merece un lugar en su colección? —pregunté.

—Es el lobo que devoró a Caperucita Roja —respondió el virtuoso— y al lado, con una mirada más suave y maternal, como usted se dará cuenta, está la loba que dio de mamar a Rómulo y Remo.

—¡Ah, ciertamente! —exclamé—. ¿Y cuál es ese encantador cordero de vellón tan blanco como la nieve que parece de una textura tan delicada como la propia inocencia?

—Me temo que ha leído usted descuidadamente a Spenser —contestó mi guía—. Pues si no habría reconocido enseguida al «cordero blanco como la leche» que conducía Una. Pero ese cordero no me parece muy valioso. El ejemplar siguiente merece más nuestra atención.

—¿Cómo? —exclamé yo—. ¿Ese animal extraño con la cabeza negra de un buey sobre el cuerpo de un caballo blanco? Si fuera posible suponerlo diga que es el corcel de Alejandro, Bucéfalo.

—El mismo —contestó el virtuoso—. ¿Puede reconocer también al famoso caballo de guerra que está a su lado?

Junto al famoso Bucéfalo estaba el esqueleto puro de un caballo con los huesos blancos que sobresalían de su pellejo en malas condiciones; pero si mi corazón no hubiera sentido simpatía hacia esa lamentable anatomía, podría haber abandonado el museo enseguida. Sus rarezas no habían sido coleccionadas con dolor y arrancadas de las cuatro esquinas de la tierra, de las profundidades del mar y de los palacios y de los sepulcros de los tiempos para aquellos que no reconocieran a ese ilustre corcel.

—¡Es Rocinante! —exclamé entusiasmado.

Y así era. Mi admiración por ese caballo valeroso y noble hizo que contemplara con menos interés los otros animales, aunque muchos de ellos habrían merecido la atención del propio Cuvier. Allí estaba el burro al que Pedro Campan dio tan soberana paliza, y un hermano de la misma especie que sufrió un castigo similar del antiguo profeta Balaam. Sin embargo tuve algunas dudas respecto a la autenticidad de este último animal. Mi guía me señaló al venerable Argo, el fiel perro de Ulises, y también a otro perro (así lo parecía por la piel) que, aunque imperfectamente conservado, de inmediato daba la sensación de que había tenido tres cabezas. Era Cerbero. Me divertí considerablemente detectar en una esquina oscura al zorro que tan famoso se hizo por perder la cola. Había varios gatos disecados que, como amaba yo tanto a esos agradables animales, atrajeron mi mirada afectuosa. Uno era el gato Hodge del doctor Johnson; y en la misma fila estaban los gatos favoritos de Mahoma, Gray y Walter Scott, junto con el Gato con Botas, y un gato de aspecto muy noble que en otro tiempo había sido una deidad del Antiguo Egipto. Venía después el oso domesticado de Byron. No debo olvidar mencionar el cerdo de Erimantea, la piel del dragón de San Jorge y la de la serpiente Pitón; y otra piel, de tonos hermosamente jaspeados, se supone que fue la prenda de la «astuta serpiente del espíritu» que tentó a Eva. De la pared colgaban los cuernos del ciervo que mató Shakespeare; y en el suelo estaba la pesada concha de la tortuga que cayó sobre la cabeza de Esquilo. En una fila, y tan natural como si estuviera vivo, se encontraba el toro sagrado Apis, «la vaca con el cuerno arrugado» y una novilla de aspecto muy salvaje que sospecho fue la vaca que saltó hasta la luna. Probablemente

la mató la rapidez de su descenso. Al darme la vuelta, mi mirada se posó en un monstruo indescriptible que resultó ser un grifo.

—Estoy buscando en vano la piel de un animal que merecería el estudio más atento de un naturalista —comenté yo—: el caballo alado, Pegaso.

—Todavía no ha muerto —contestó el virtuoso—. Pero va tan duramente cargado con tantos caballeros jóvenes de estos tiempos que espero añadir pronto su piel y su esqueleto a mi colección.

Pasamos entonces al siguiente apartado de la sala, en el que había una multitud de aves disecadas. Estaban colocadas de manera muy hermosa, algunas sobre la rama de un árbol, otras empollando sobre el nido, y otras suspendidas con alambres tan artificialmente que parecían estar volando. Había entre ellas una paloma blanca con una rama marchita de hojas de olivo en la boca.

—¿No será ésta la paloma que llevó el mensaje de paz y esperanza a los pasajeros del Arca atrapados por la tormenta? —pregunté.

—Ciertamente —contestó mi compañero.

—Y supongo que ese cuervo es el mismo que alimentó a Elías en el desierto —volví a preguntar.

—¿El cuervo? No —contestó el virtuoso—. Es de una época moderna. Perteneció a un tal Barnaby Rudge; y muchas personas creían que el propio diablo se había disfrazado con su plumaje negro. Pero el pobre Grip había tirado su último corcho y al final se vio obligado a «decir muere». Este otro cuervo, no menos curioso, es aquél en el que el alma del rey Jorge I volvió a visitar a su amada la duquesa de Kendall.

Mi guía me señaló después el búho de Minerva y el buitre que se lanzó sobre el hígado de Prometen. Allí estaba también el Ibis sagrado de Egipto, y uno de los pájaros de Estinfalia que Hércules mató en su sexto trabajo. En la misma percha se hallaban colocadas la alondra de Shelley, la polla de agua de Bryant y una paloma del campanario de la Old South Church, conservada por N. P. Willis. No pude evitar un estremecimiento al contemplar el albatros de Coleridge, traspasado por una flecha de la ballesta del Antiguo Marinero. Junto a este ave de gran poesía había un ganso gris de aspecto muy ordinario.

—Un ganso disecado no es una rareza —comenté yo—. ¿Por qué conserva este ejemplar en su museo?

—Es uno de los que con sus cacareos salvaron el Capitolio Romano —respondió el virtuoso—. Muchos gansos han cacareado y siseado antes y después de aquello; pero ninguno, salvo éstos, se elevaron en su clamor hasta la inmortalidad.

En ese departamento del museo no parecía haber mucho más que mereciera mi atención, salvo quizás el loro de Robinson Crusoe, un fénix vivo, un ave del paraíso sin patas, y un espléndido pavo real, supongo que el mismo que contuvo en otro tiempo el alma de Pitágoras. Pasamos por tanto al departamento siguiente, cuyas repisas estaban cubiertas de una variada colección de curiosidades semejantes a las que suelen encontrarse en establecimientos similares. Una de las primeras cosas que llamó mi atención fue una gorra de extraño aspecto tejida con una sustancia que no parecía ser lana, algodón ni lino.

—¿Es un gorro mágico? —pregunté.

—No —contestó el virtuoso—. Es sólo la gorra de amianto del doctor Franklin. Pero aquí hay una que quizás le interese más. Es la gorra de los deseos de Fortunato. ¿Quiere probársela?

—De ningún modo —contesté apartándola con la mano—. El tiempo de los deseos desbocados ha pasado para mí. No deseo nada que no pueda encontrar en el curso ordinario de la providencia.

—Entonces probablemente no se sentirá tentado a frotar esta lámpara —respondió el virtuoso.

Mientras me decía eso cogió de la repisa una antigua lámpara de bronce trabajada curiosamente con figuras en relieve, pero tan cubierta de cardenillo que la parte esculpida casi había desaparecido.

—Han pasado ya mil años desde que el genio de esta lámpara construyó en una sola noche el palacio de Aladino —me dijo—. Pero todavía conserva su poder; y el hombre que frote la lámpara de Aladino sólo tiene que desear un palacio o una casa de campo.

—Preferiría una casa de campo —contesté—. Pero me gustaría que tuviera sus cimientos en la verdad segura y estable, no en los sueños y fantasías. He aprendido a buscar lo real y lo verdadero.

Mi guía me mostró entonces la varita mágica de Próspero, rota en tres fragmentos por la mano de su poderoso maestro. En la misma repisa estaba el anillo de oro del antiguo Giges, que concedía la invisibilidad a quien se lo ponía. Al otro lado había un espejo alto en un marco de ébano, pero tapado con una cortina de seda morada, por cuyas aberturas podía vislumbrarse el brillo del espejo.

—Es el espejo mágico de Cornelio Agripa —comentó el virtuoso—. Aparte la cortina, imagínese mentalmente cualquier forma humana y se verá reflejada en el espejo.

—Me basta con poder representármela dentro de mi mente —respondí yo—. ¿Para qué iba a desear verla repetida en el espejo? La verdad es que esos actos mágicos han llegado a aburrirme. Hay tantas y grandiosas maravillas en el mundo para los que mantienen los ojos abiertos y no permiten que la costumbre reduzca su visión, que todos los engaños de los viejos brujos parecen planos y rancios. A menos que pueda mostrarme algo realmente curioso, no creo que me interese seguir visitando su museo.

—Ah, muy bien —contestó sosegadamente el virtuoso—. Quizás considere que algunas de mis rarezas de anticuario merecen una mirada.

Señaló una máscara de hierro corroída ahora por el óxido, y mi corazón enfermó al ver esa terrible reliquia que había separado a un ser humano de la simpatía de los de su raza. No había nada ni la mitad de terrible en el hacha que decapitó al rey Carlos, ni en la daga que mató a Enrique de Navarra, ni en la flecha que traspasó el corazón de William Rufus, que me enseñó. Muchos de los artículos debían su interés a haber sido poseídos anteriormente por la realeza. Por ejemplo, allí estaba el manto de piel de oveja de Carlomagno, la peluca suelta de Luis XIV, el torno de hilar de Sardanápalo, y los famosos pantalones del rey Esteban, que le costaron una corona. El corazón de Bloody Mary, con la palabra «Calais» sobre su sustancia enferma, se conservaba en un frasco de alcohol; y cerca estaba la caja dorada en la que la reina de Gustavo Adolfo atesoraba ese

corazón de héroe. Entre esas reliquias y herencias de reyes no debo olvidar las orejas largas y velludas de Midas, y un trozo de pan que se transformó en oro por el contacto con ese infortunado monarca. Y como la griega Elena era reina, debe mencionarse aquí que se me permitió tocar un rizo de sus cabellos dorados, y el cuenco que modeló un escultor con la curva de su pecho perfecto. Allí estaba también la túnica que envolvió a Agamenón, el arpa de Nerón, la botella de brandy del zar Pedro, la corona de Semiramis y el cetro de Canuto, que él extendió sobre el mar. Para que mi propio país no pueda considerarse olvidado, déjenme añadir que me permitió ver el cráneo del rey Felipe, el famoso jefe indio cuya cabeza los puritanos cortaron y exhibieron sobre un palo.

—Enséñeme algo más —le dije al virtuoso—. Los reyes se encuentran en una posición tan artificial que las gentes de la vida ordinaria no pueden interesarse por sus reliquias. Si pudiera enseñarme el sombrero de paja del pequeño Nell, lo preferiría a la corona de oro de un rey.

—Pues aquí está —contestó mi guía señalando descuidadamente con el bastón el sombrero de paja en cuestión—. Pero la verdad es que es usted difícil de complacer. Aquí están las botas de siete leguas. ¿Desea probárselas?

—Nuestro moderno ferrocarril ha dejado anticuado su uso —respondí—. Y en cuanto a botas de cuero de vaca, yo mismo podría enseñarle un par muy curioso en la comunidad trascendentalista de Roxbury.

Examinamos después una colección de espadas y otras armas pertenecientes a épocas distintas, pero reunidas sin que se hubiera esforzado mucho en ordenarlas. Estaba la espada de Arturo, Excalibur, y la del Cid Campeador, y la que Bruto manchó con la sangre de César, y la del propio César, y la espada de Juana de Arco, y la de Horacio, y aquella con la que Virginio mató a su hija, y la que Dionisio suspendió sobre la cabeza de Damocles. Allí estaba asimismo la espada de Arria, que hundió en su propio pecho para probar la muerte antes que su marido. Atrajo después mi atención la hoja curva de la cimitarra de Saladino. No sé por qué azar, pero sucedió que la espada de uno de nuestros propios generales se hallaba colgada entre la lanza de Don Quijote y la hoja marrón de Hudibras. Mi corazón latió con fuerza al ver el casco de Miltiades y la lanza que rompió el pecho de Epaminondas. Reconocí el escudo de Aquiles por su semejanza con la admirable copia que poseía el profesor Felton. Nada de aquel departamento me interesó más que la pistola del comandante Pitcairn, con cuya descarga se inició en Lexington la Guerra de la Revolución, que reverberó atronadora por toda la tierra durante siete largos años. El arco de Ulises, aunque sin montar desde hacía muchísimo tiempo, estaba apoyado en la pared, junto con un haz de flechas de Robin Hood y el rifle de Daniel Boone.

—Basta de armas —dije finalmente—. Aunque me habría gustado ver el escudo sagrado que cayó de los cielos en la época de Numa. Y seguramente habrá conseguido usted la espada que desenvainó Washington en Cambridge. Pero la colección le da ya suficiente fama. Sigamos adelante.

En el siguiente departamento vimos el muslo dorado de Pitágoras, que tenía un significado divino; y por una de esas analogías extrañas a las que tan proclive parecía el virtuoso, ese antiguo emblema estaba en la misma repisa con la pata de madera de

Peter Stuyvesant, que decía la fábula que era de plata. Había allí un resto del Vellochino de Oro, y una rama de hojas amarillas que parecía el follaje del olmo mordido por la helada, pero que estaba debidamente autenticado como parte de la rama dorada con la que Eneas logró ser admitido en el reino de Pluto. La manzana dorada de Atlanta y una de las manzanas de la discordia estaban envueltas en la servilleta de oro que Rampsinitus trajo del Hades; y todo estaba depositado en el jarrón dorado de Bias, con su inscripción: «AL MÁS SABIO».

—¿Y cómo obtuvo usted este jarrón? —pregunté al virtuoso.

—Me lo dieron hace mucho tiempo —contestó con una expresión de burla en la mirada—, porque había aprendido a despreciar todas las cosas.

No se me escapó que aunque el virtuoso era evidentemente un hombre muy cultivado, sin embargo parecía no tener simpatía por lo espiritual, lo sublime y lo sensible. Aparte del capricho que le había hecho dedicar tanto tiempo, esfuerzo y dinero a la colección de ese museo, me pareció uno de los hombres más duros y fríos que había encontrado en el mundo.

—¡Por despreciar todas las cosas! —repetí—. Ésa es, en el mejor de los casos, la sabiduría del entendimiento. Es el credo de un hombre cuya alma, la parte mejor y más divina, no ha despertado nunca, o ha muerto ya en él.

—No pensé que fuera usted todavía tan joven —contestó el virtuoso—. Si hubiera vivido tanto como yo, reconocería que el jarrón de Bias no fue mal concedido.

Sin analizar más esa cuestión, dirigió mi atención hacia otras curiosidades. Examiné el zapato de cristal de Cenicienta, y lo comparé con una de las sandalias de Diana, y con el zapato de Fanny Elssler, que testimoniaba el carácter musculoso de su pie ilustre. En la misma repisa estaban los zapatos de terciopelo verde de Thomas el Rimador, y el zapato soldado de Empédocles, que fue arrojado desde el Monte Etna.

La copa de Anacreonte estaba situada en adecuada yuxtaposición con la copa de vino de Tom Moore y el cuenco mágico de Circe. Eran símbolos del lujo y el tumulto, pero junto a ellos estaba la copa con la que Sócrates bebió su cicuta, y la que Sir Philip Sidney apartó de sus labios mortalmente secos para que bebiera un soldado moribundo. Había luego un grupo de pipas, entre las que estaban la de Sir Walter Raleigh, la más antigua de todas ellas, la del doctor Parr, Charles Lamb, y el primer calumet de la paz que se fumó entre un europeo y un indio.

Entre otros instrumentos musicales vi la lira de Orfeo, y las de Homero y Safo, el famoso silbato del doctor Franklin, la trompeta de Anthony Van Corlear, y la flauta que tocaba Goldsmith en sus paseos por las provincias francesas. El cayado de Pedro el Eremita estaba en una esquina con el del buen obispo Jewel, y con uno de marfil que había pertenecido a Papirio, el senador romano. También estaba cerca la pesada clava de Hércules. El virtuoso me mostró el cincel de Fidias, la paleta de Claude y el pincel de Apelles, comentando que pensaba regalar el primero a Greenough, Crawford o Powers, y los dos últimos a Washington Allston. Había un pequeño jarro de gas oracular de Delfos, que confío será enviado para su análisis científico al profesor Silliman. Me conmovió profundamente contemplar un frasquito con las lágrimas en las que se disolvió Niobe; y lo mismo al saber que un fragmento informe de sal era una reliquia de esa víctima del abatimiento y las lamentaciones pecaminosas: la esposa de Lot. Mi

compañero parecía dar un gran valor a una oscuridad egipcia en un jugo negro. Varias de las repisas estaban llenas con una colección de monedas, de las que sin embargo no recuerdo más que el Chelín Espléndido, celebrado por Phillips, y una moneda de hierro de Licurgo del valor de un dólar, que pesaba unas cincuenta libras. Avanzando despreocupadamente, casi tropecé con un enorme atado, parecido a un paquete de buhonero, envuelto en paño de saco y sujeto con mucha firmeza con cuerdas y correas.

—Es la carga del pecado cristiano —comentó el virtuoso.

—¡Oh, le ruego que lo abramos! —exclamé—. Durante muchos años he deseado conocer su contenido.

—Busque en su propia conciencia y recuerdo —contestó el virtuoso—. Encontrará allí una lista de todo lo que contiene.

Como era una verdad innegable, lancé una mirada melancólica a esa carga, y seguí adelante. Merecía cierta atención una colección de vestidos antiguos colgados de clavos, especialmente la camisa de Neso, el manto de César, la capa de muchos colores de José, la sotana de vicario de Bray, el traje flor de pomelo de Goldsmith, un par de pantalones escarlata del presidente Jefferson, la camisa de caza de bayeta roja de John Randolph, los calzones cortos grises del Caballero Stout, y los andrajos del «hombre totalmente raídos y desgarrados». El sombrero de George Fox me impresionó por ser quizás un recuerdo del apóstol más auténtico que ha aparecido en la tierra durante estos mil ochocientos años. Atrajeron después mi mirada un par de viejas tijeras que debí tomar como el recuerdo de algún sastre famoso, pero que el virtuoso afirmó que eran las auténticas tijeras de Atropos. Me mostró también un reloj de arena roto que había sido arrojado por el Padre Tiempo, junto con una guedeja gris del anciano caballero, hermosamente trenzada en forma de broche. En el reloj había un puñado de arena cuyos granos habían numerado los años de la sibila de Cumas. Creo que fue en ese departamento donde vi el tintero que arrojó Lutero al diablo, y el anillo que Essex, estando sentenciado a muerte, envió a la Reina Isabel. Y allí estaba la pluma de acero manchada de sangre con la que Fausto firmó la cesión de su salvación.

El virtuoso abrió entonces una puerta de un armario y me enseñó una lámpara encendida, mientras otras tres estaban apagadas a su lado. Una de las tres era la lámpara de Diógenes, otra la de Guy Fawkes, y la tercera la que Hero envió con la brisa de la medianoche a la alta torre de Abidos.

—¡Fíjese! —exclamó el virtuoso soplando con toda su fuerza sobre la lámpara encendida.

La llama se estremeció y se apartó del aire, pero se aferró a la mecha y recuperó el brillo en cuanto la corriente de aire se agotó.

—Es la lámpara inmortal de la tumba de Carlomagno —comentó mi guía—. Esa llama fue encendida hace mil años.

—¡Que ridículo encender una luz no natural en las tumbas! —exclamé—. Deberíamos tratar de contemplar la muerte bajo la luz del cielo. ¿Y cuál es el significado de esa chofeta de carbones ardientes?

—Es el fuego original que robó Prometen del cielo —contestó el virtuoso—. Mírelo fijamente y contemplará otra curiosidad.

Fijé la vista en ese fuego —que simbólicamente era el origen de todo lo que hay de brillante y de glorioso en el alma del hombre— y en medio de él contemplé un pequeño reptil que disfrutaba evidentemente del fuerte calor. Era una salamandra.

—¡Qué sacrilegio! —grité con inexpresable desagrado—. ¿No pudo encontrar un uso mejor a este fuego etéreo que el de abrigar en él a un desagradable reptil? Aunque hay hombres que abusan del fuego sagrado de su propia alma con un propósito inmundo y culpable.

El virtuoso respondió con una risa seca y asegurándome que la salamandra era la misma que había visto Benvenuto Cellini en el fuego de la casa de su padre. Procedió entonces a enseñarme otras rarezas; pues ese reservado parecía el receptáculo de lo que él consideraba más valioso en su colección.

—Allí —dijo— está el Gran Carbunclo de la Montañas Blancas.

Miré con no poco interés esa poderosa gema, cuyo descubrimiento había sido uno de los fantasiosos proyectos de mi juventud. Probablemente en aquellos días debió parecerme más brillante que ahora; en todo caso, no brillaba tanto como para apartarme demasiado tiempo de los otros objetos del museo. El virtuoso me enseñó una piedra cristalina, pegada a la pared, que colgaba de una cadena de oro.

—La piedra filosofal —dijo.

—¿Y tiene usted el elixir de la vida que suele acompañarla? —pregunté.

—Por supuesto; esa urna está llena de él —contestó—. Un trago le refrescará. Aquí tiene la copa de Hebe. ¿Quiere beber de ella un poco de salud?

Mi corazón se conmovió ante la idea de esa bebida recuperadora; pues temo que tuviera gran necesidad de ella tras haber viajado tanto por el camino polvoriento de la vida. Pero no sé si fue por una mirada peculiar en los ojos del virtuoso, o por la circunstancia de que ese preciosísimo líquido estuviera contenido en una antigua urna sepulcral, el caso es que me detuve. Después cruzaron mi mente muchos pensamientos con los que en las horas más tranquilas y mejores de la vida me había fortalecido para pensar que la muerte es el verdadero amigo al que, a su debido tiempo, hasta el mortal más feliz debería desear abrazar.

—No; no deseo una inmortalidad terrenal —dijo—. Si el hombre viviera demasiado sobre la tierra, lo espiritual moriría en él. La chispa del fuego etéreo se ahogaría con lo material y lo sensual. Hay algo celestial dentro de nosotros que al cabo de un cierto tiempo necesita la atmósfera del cielo para evitar la decadencia y la ruina. No tomaré nada de ese líquido. Hace bien en guardarlo en una urna sepulcral; pues produciría la muerte en el momento de conceder la sombra de la vida.

—Todo eso que dice no puedo entenderlo —contestó mi guía con indiferencia—. La vida, la vida terrenal, es el único bien. ¿Pero se niega usted a beber? Muy bien, no es probable que se ofrezca dos veces en la experiencia de un hombre. Probablemente tenga usted penas que trate de olvidar con la muerte. Yo puedo permitirle que las olvide en vida. ¿Desea un trago de Leto?

Mientras hablaba, el virtuoso sacó de la repisa un jarro de cristal que contenía un licor negro que no reflejaba ninguna imagen de los objetos de alrededor.



—¡Por nada del mundo! —exclamé retrocediendo—. No quiero perder ninguno de mis recuerdos, ni siquiera los del error o la pena. Todos son conjuntamente el alimento de mi espíritu. Si los perdiera ahora sería como si nunca hubiera vivido.

Sin más parlamentos pasamos a la siguiente sala, cuyas repisas estaban cargadas de volúmenes antiguos y con los rollos de papiros en los que se atesoraba la sabiduría más antigua de la tierra. Quizás la obra más valiosa de la colección, para un bibliomaniaco, fuera el Libro de Hermes. Sin embargo yo habría dado un precio superior a los seis libros de la Sibila que Tarquín se negó a comprar, y que el virtuoso me dijo que había encontrado personalmente en la cueva de Trofonio. Sin duda, esos viejos volúmenes contenían profecías sobre el destino de Roma, tanto respecto al declinar y la caída de su imperio temporal como al surgimiento de su imperio espiritual. Tampoco carecía de valor la obra de Anaxágoras sobre la Naturaleza, que se consideraba irrecuperablemente perdida, y los tratados perdidos de Longino, de los que podría aprovecharse la crítica moderna, y los libros de Livio que el estudioso clásico había lamentado durante tanto tiempo sin esperanza. Entre esos preciosos tomos vi el manuscrito original del Corán, y también el de la Biblia mormona con el autógrafo auténtico de Joe Smith. Estaba también allí el ejemplar de la *Ilíada* de Alejandro, guardado en el cofrecillo enjovado de Darío, que olía todavía a los perfumes que guardaba en él el persa.

Al abrir un volumen con broche de hierro, encuadernado en cuero negro, descubrí que era el libro de magia de Cornelio Agripa; y todavía lo hacía más interesante el hecho de que entre sus páginas se hallaran apretadas muchas flores antiguas y modernas. Había una rosa del ramo de novia de Eva, y todas las rosas rojas y blancas recogidas en el jardín del Templo por los partidarios de York y Lancaster. Allí estaba la Rosa Silvestre de Alloway, perteneciente a Halleck. Cowper había contribuido con una Mimosa, y Wordsworth con una Eglantina, Burns con una Margarita de Montaña, y Kirke White con una Leche de Gallina, Longfellow con una Ramita de Hinojo, con sus flores amarillas. James Russell Lowell había dado una flor presionada, aunque todavía fragante, que había recogido a la sombra junto al Rin. Había también una ramita de Acebo perteneciente a Southey. Uno de los ejemplares más hermosos era una Genciana cairelada que había sido cogida y conservada para la inmortalidad por Bryant. De Jones Very, un poeta cuya voz apenas se oye entre nosotros por causa de su profundidad, había una Anémona y una Aguileña.

Cuando cerré el volumen de magia de Cornelio Agripa, cayó al suelo una carta vieja y enmohecida. Resultó ser autógrafa del Holandés Errante a su esposa. No pude quedarme más tiempo entre los libros, pues la tarde estaba terminando y quedaba todavía mucho por ver. Bastará simplemente con mencionar algunas curiosidades más. El cráneo inmenso de Polifemo era reconocible por el agujero cavernoso del centro de la frente, donde el gigante había tenido su único ojo. El tonel de Diógenes, el caldero de Medea y el jarrón de la belleza de Psique estaban colocados cada uno dentro del otro. A su lado estaba la caja de Pandora, sin la tapa, que contenía tan sólo el ceñidor de Venus, que había caído allí por descuido. Un manojo de varas de abedul que habían sido utilizadas por la maestra de Shenstone estaba atado con el ceñidor de la condesa de Salisbury. No sabía qué era más valioso, si un huevo de rocho tan grande como un tonel

o la cáscara del huevo que Colón puso en su extremo. Posiblemente el artículo más delicado de todo el museo fuera el carro de la reina Mab, que estaba colocado bajo un vaso de cristal para protegerlo del contacto de los dedos entrometidos.

Había varias repisas ocupadas por ejemplares entomológicos. Como tenía muy poco interés por la ciencia, nada más observé el saltamontes de Anacreonte y un humilde abejorro que había dado el virtuoso Ralph Waldo Emerson.

En la parte del salón a la que llegamos en ese momento vi una cortina que descendía desde el techo hasta el suelo en voluminosos pliegues, de una profundidad, riqueza y magnificencia como nunca había visto igual. No podía dudarse que ese velo espléndido, aunque oscuro y solemne, ocultaba una parte del museo todavía más rica en maravillas que la que ya había recorrido; pero cuando intenté coger el borde de la cortina para hacerla a un lado, resultó ser una imagen ilusoria.

—No se sonroje —comentó el virtuoso—, pues esa misma cortina engañó a Zeuxis. Es la famosa pintura de Parrasio.

En línea con la cortina había otros cuadros selectos de artistas de la antigüedad. Estaba allí el famoso racimo de uvas de Zeuxis, tan admirablemente representado que parecía que estuviera brotando de ellas el jugo maduro. En cuanto a la pintura de la anciana que había hecho el mismo ilustre pintor, y que era tan ridícula que él mismo murió de risa al contemplarla, no puedo decir que me moviera particularmente a risa. Parece ser que el humor antiguo tiene poco poder sobre los músculos modernos. Allí estaba también el caballo pintado por Apeles, ante el que relinchan los caballos de verdad; su primer retrato de Alejandro el Magno, y su última pintura, sin terminar, de Venus dormida. Cada una de esas obras de arte, junto con otras de Parrasio, Timantes, Polignoto, Apolodoro, Pausias y Pánfilo exigían más tiempo y estudio del que yo puedo conceder a la percepción adecuada de sus méritos. Los dejaré por tanto sin describir ni criticar, y no intentaré establecer la cuestión de la superioridad del arte antiguo o el moderno.

Por el mismo motivo pasaré ligeramente sobre las muestras de escultura antigua que ese infatigable y afortunado virtuoso había sacado de entre el polvo de los imperios caídos. Allí estaba la estatua de cedro de Esculapio que había hecho Aetion, en gran decadencia, y también la estatua de hierro de Hércules esculpida por Alcon, lamentablemente oxidada. Allí se encontraba la estatua de la Victoria, de casi dos metros de altura, que el Júpiter Olimpo de Fidias había tenido en su mano. Estaba también un dedo índice del Coloso de Rodas, de más de dos metros de longitud. Allí encontré la escultura de Venus Urania de Fidias, y otras imágenes masculinas y femeninas de belleza o grandeza, trabajadas por escultores que daba la impresión de que nunca hubieran rebajado su alma viendo formas inferiores a las de los dioses o los mortales divinos. Pero la simplicidad profunda de esas grandes obras no podía ser entendida por una mente excitada y turbada, como estaba la mía, por los diversos objetos que había contemplado recientemente.

Me alejé por tanto tras una simple mirada pasajera decidiendo que en una ocasión futura meditaría sobre cada una de las estatuas y pinturas hasta que lo más interior de mi espíritu percibiera su excelencia. También en ese departamento observé la tendencia a las combinaciones caprichosas y las analogías ridículas que parecían influir en gran

parte de la ordenación del museo. La estatua de madera conocida como el Paladio de Troya estaba situada en yuxtaposición con la cabeza de madera del General Jackson, que unos años antes había sido robada de la proa de la fragata Constitución.

Habíamos completado el circuito del espacioso salón y volvíamos a encontrarnos junto a la puerta. Sintiéndome algo fatigado tras haber visto tantas novedades y antigüedades, me senté en el sofá de Cowper mientras el virtuoso se dejaba caer descuidadamente en el sillón de Rabelais. Fijando los ojos en la pared de enfrente me sorprendió ver la sombra de un hombre que temblaba inestablemente sobre el friso, y parecía como si lo agitara una brisa de aire que entraba por la puerta o las ventanas. No se veía ninguna figura que pudiera provocar esa sombra; y aunque hubiera existido, no había luz del sol que pudiera provocar el oscurecimiento en la pared.

—Es la sombra de Peter Schlemihl —comentó el virtuoso—. Y uno de los artículos más valiosos de mi colección.

—Una sombra me parece un conserje adecuado para este museo —dije—. Aunque lo cierto es que esa figura tiene algo de extraño y fantástico que resulta conveniente para muchas de las impresiones que aquí he recibido. ¿Quién es?

Mientras hablaba examiné más atentamente que antes la presencia anticuada de la persona que me había introducido, y que seguía sentada en su banco con el mismo aspecto intranquilo y una ansiedad oscura, confusa e inquisitiva que ya había observado al entrar. En ese momento miró hacia nosotros y levantándose a medias de su asiento se dirigió a mí.

—Amable señor, le suplico que tenga piedad del hombre más desgraciado del mundo —dijo con un tono melancólico y voz cascada—. ¡En nombre del cielo, respóndame a una sola pregunta! ¿Es ésta la ciudad de Boston?

—Ya lo habrá reconocido —intervino el virtuoso—. Es Peter Rugg, el hombre perdido. Acerté a encontrarme con él el otro día, cuando seguía buscando Boston, y le traje aquí; y como no consiguió encontrar a sus amigos, lo he tomado a mi servicio como conserje. Es muy dado a irse a pasear, pero en otros aspectos es un hombre íntegro y de confianza.

—Y me atrevería a preguntar —proseguí yo— con quién estoy en deuda por la gratificación de esta tarde.

Antes de contestar, el virtuoso posó la mano sobre un antiguo dardo o jabalina cuya cabeza de acero oxidado parecía haber perdido la punta, como si hubiera encontrado la resistencia de un escudo o peto templado.

—No le ha faltado distinción a mi nombre en el mundo durante un período más prolongado que la vida de cualquier hombre —respondió—. Y sin embargo, muchos dudan de mi existencia; quizás lo haga usted mañana. Este dardo que sostengo en la mano fue en otro tiempo el arma de la severa muerte. Le sirvió bien por espacio de cuatro mil años; pero perdió la punta, tal como ve, cuando la lanzó contra mi pecho.

Esas palabras fueron pronunciadas con la cortesía tranquila y fría que había caracterizado a este personaje singular durante toda nuestra entrevista. Es cierto que sospeché que había una amargura indefiniblemente mezclada con su tono, como la de alguien separado de las simpatías naturales y condenado a un destino que ningún otro ser humano ha sufrido, y como consecuencia del cual había dejado de ser humano. Pero

además, sin embargo, parecía una de las consecuencias más terribles de ese destino el que la víctima no lo considerara ya como una calamidad, sino que hubiera acabado por aceptarlo como el mayor bien que le pudiera haber acaecido.

—¡Usted es el judío errante! —exclamé.

El virtuoso hizo una reverencia sin ningún tipo de emoción; pues por la costumbre de siglos casi había perdido la sensación de extrañeza de su destino, y sólo imperfectamente era consciente del asombro y el respeto que producía en los que son capaces de morir.

—¡Su destino es ciertamente temible! —exclamé, no pudiendo reprimir mis sentimientos con una franqueza que después me sorprendió—. Pero quizás el espíritu etéreo no se haya agotado totalmente bajo esa masa corrupta o congelada de vida terrenal. Quizás la chispa inmortal pueda ser reavivada todavía con un soplo celestial. Quizás se le permita morir antes de que sea demasiado tarde para vivir eternamente. Puede contar con mis oraciones para esa consumación. Adiós.

—Rezará usted en vano —replicó con una sonrisa fría de triunfo—. Mi destino está vinculado a las realidades de la tierra. Tiene usted derecho a sus visiones y sombras de un estado futuro; pero deme a mí lo que pueda ver, tocar y entender, y no pido nada más.

«Ciertamente es demasiado tarde», pensé. «En su interior el alma ha muerto.»

Luchando entre la piedad y el horror, extendí mi mano, que el virtuoso tomó entre las suyas, todavía con la cortesía habitual de un hombre de mundo, pero sin un corazón que latiera por la hermandad humana. Su tacto parecía como de hielo, aunque no sabía si moral o físico. Al despedirme me rogó que observara que la puerta interior del salón estaba construida con las hojas de marfil de la puerta a través de la cual Eneas y la Sibila habían sido expulsados del Hades.

## EL ARTISTA DE LO BELLO

Un anciano, con su bella hija cogida del brazo, paseaba por la calle, y pasó de la oscuridad de la tarde nublada a la luz que caía sobre el pavimento desde el escaparate de una pequeña tienda. Era un escaparate proyectado hacia el exterior, y en el interior había colgados una variedad de relojes, de similar, de plata y uno o dos de oro, todos con la faz de espaldas a la calle, como si no deseara informar a los paseantes de la hora que era. Sentado dentro de la tienda, oblicuamente al escaparate, con su rostro pálido inclinado seriamente sobre un delicado mecanismo sobre el que caía el brillo concentrado de una pantalla, se veía a un hombre joven.

—¿Qué podrá estar haciendo Owen Warland? —murmuró el viejo Peter Hovenden, también él relojero, aunque jubilado, y antiguo maestro de ese joven cuya ocupación ahora le intrigaba—. ¿Qué estará haciendo ese hombre? Estos últimos seis meses siempre que he pasado junto a su tienda lo he visto igual de atareado que ahora. Con sus tonterías habituales, le quedaría un poco lejano el buscar el movimiento perpetuo; y sin embargo conozco lo suficiente la profesión como para estar seguro de que eso en lo que trabaja no forma parte de la maquinaria de un reloj.

—Padre —dijo Annie sin mostrar mucho interés en la cuestión—. Quizás Owen esté inventando un nuevo tipo de cronómetro. Estoy segura de que tiene suficiente ingenio para ello.

—¡Bah, niña! No tiene ingenio para inventar nada mejor que un muñeco articulado —respondió el padre, quien en anteriores ocasiones se había sentido muy vejado por el genio irregular de Owen Warland—. ¡Vaya peste de ingenio! Lo único que he sabido que ha hecho fue estropear la precisión de algunos de los mejores relojes de mi tienda. ¡El sol se saldría de su órbita y desarreglaría todo el curso del tiempo antes de que su ingenio, como dije antes, fuera capaz de captar algo más importante que un juguete!

—¡Calle, padre! ¡Le está oyendo! —susurró Annie presionando el brazo del anciano—. Sus oídos son tan delicados como sus sentimientos; y ya sabe usted lo fácilmente que se turban. Sigamos andando.

Peter Hovenden y su hija Annie siguieron caminando sin hablar más, hasta que se metieron en una calle secundaria de la ciudad y cruzaron la puerta abierta del taller de un herrero. Dentro se veía la forja, que ahora ardía e iluminaba el techo alto y oscuro, para luego limitar su brillo a una estrecha franja del suelo cubierto de carbón, según que el fuelle expulsara o inspirara el aire desde sus grandes pulmones de cuero. En los intervalos de brillantez era fácil distinguir los objetos de las esquinas más lejanas del taller, y las herraduras que colgaban en la pared; en la oscuridad momentánea, el fuego parecía brillar en medio de la vaguedad de un espacio abierto. Moviéndose entre esa alternancia de brillo rojo y oscuridad apareció la figura del herrero, que merecía la pena ser visto bajo ese aspecto pintoresco de la luz y la sombra, cuando las llamas brillantes luchaban con la noche negra, como si cada una extrajera su fuerza de la otra. Inmediatamente sacó de entre los carbones una barra candente de hierro, la colocó

sobre el yunque, elevó su poderoso brazo y enseguida se vio envuelto en miríadas de chispas que los golpes de su martillo esparcían por la oscuridad circundante.

—Esto sí que da gusto verlo —dijo el viejo relojero—. Sé bien lo que es trabajar con el oro; pero después de decirlo y hacerlo todo, a mí dame el que trabaja con hierro. Éste sí que trabaja sobre la realidad. ¿Qué te parece, Annie, hija?

—Por favor, padre, no hable tan fuerte —susurró Annie—. Robert Danforth va a oírle.

—¿Y qué si me oye? —contestó Peter Hovenden—. Te repito que es algo bueno y saludable depender de la fuerza y la realidad, y ganarse el pan con el brazo desnudo y fornido de un herrero. Un relojero confunde su cerebro con sus ruedas dentro de una rueda, o pierde la salud o la bendición de la vista, como me sucedió a mí, y se encuentra a una edad mediana, o un poco después, que ya no puede trabajar en su profesión y no vale para ninguna otra cosa, y sin embargo es demasiado pobre para vivir con comodidad. Por eso te lo repito, a mí dame el ganar el dinero principalmente con la fuerza. Y además, ¿cómo le quita el buen sentido a un hombre! ¿Has oído alguna vez que un herrero esté tan loco como ese Owen Warland?

—¡Bien dicho, tío Hovenden! —gritó Robert Danforth desde la forja, con una voz plena, profunda y alegre que produjo un eco en el techo—. ¿Y qué opina la señorita Annie de esa doctrina? Supongo que pensará que es un oficio mucho más de caballero remendar el reloj de una dama que forjar una herradura o hacer una parrilla.

Annie tiró de su padre hacia delante sin darle tiempo a responder.

Pero volvamos al taller de Owen Warland y meditemos más en su historia y carácter de lo que estarían dispuestos a hacerlo Peter Hovenden, o probablemente su hija Annie, o el antiguo compañero de escuela de Owen, Robert Danforth. Desde que sus pequeños dedos pudieron coger una navaja, Owen había sobresalido por su delicado ingenio, que a veces le permitía hacer hermosas formas en madera, sobre todo figuras de flores y pájaros, y otras veces parecía apuntar a los misterios ocultos de los mecanismos. Pero lo hacía siempre buscando la armonía, jamás un mal remedo de lo útil. Nunca, como solía hacer la masa de artesanos escolares, construía pequeños molinos de viento en la esquina de un granero, o molinos de agua sobre el torrente más cercano. Quienes descubrieron en el muchacho una peculiaridad que les hiciera pensar que merecía la pena observarle atentamente, a veces tenían motivos para suponer que estaba intentando imitar los bellos movimientos de la naturaleza tal como se ejemplifica en el vuelo de los pájaros o la actividad de los pequeños animales. De hecho parecía una nueva explotación del amor a lo hermoso, que podría haberle convertido en poeta, pintor o escultor, y que había refinado completamente toda tosquedad utilitaria, tal como le habría podido suceder en cualquiera de las bellas artes. Contemplaba con singular desagrado los procesos rígidos y regulares de la maquinaria ordinaria. En una ocasión en la que le llevaron a contemplar una máquina de vapor, creyendo que su comprensión intuitiva de los principios mecánicos se vería gratificada, se puso pálido y se mareó, como si le hubieran enseñado algo monstruoso y que no era natural. Ese horror se debió en parte al tamaño y la energía terrible del trabajador de hierro; pues el carácter de la mente de Owen era microscópico, y tendía por naturaleza a lo diminuto de acuerdo con su estructura pequeña y con la maravillosa pequeñez y el delicado

poder de sus dedos. Y no es que su sentido de la belleza disminuyera con ello hasta convertirse en un sentir de lo bonito. La idea de belleza no tenía relación con el tamaño, y podía desarrollarse igualmente en un espacio demasiado pequeño para que no fuera posible otra investigación que la microscópica, tanto como por el amplio margen que se mide por la distancia del arco iris. Pero en todo caso, esta minuciosidad característica de sus objetos y logros fue la causa de que la gente fuera más incapaz de apreciar el genio de Owen Warland. Los parientes del muchacho no vieron que se pudiera hacer nada mejor que contratarlo como aprendiz de un relojero, quizás no existiera nada mejor, esperando que su extraño ingenio pudiera ser así regulado y sirviera para fines útiles.

La opinión que tenía Peter Hovenden de su aprendiz ha sido ya expresada. No podía sacar nada del muchacho. Es cierto que la captación de los misterios profesionales por parte de Owen fue inconcebiblemente rápida; pero olvidaba totalmente, o despreciaba, el principal objetivo de la profesión de relojero, y se interesaba por la medición del tiempo tanto como si éste se hubiera fusionado con la eternidad. Sin embargo, mientras permaneció bajo la atención de su maestro, gracias a la falta de fuerza de Owen fue posible, mediante órdenes estrictas y una vigilancia estrecha, restringir dentro de unos límites su excentricidad creativa; pero cuando terminó el aprendizaje y se hizo cargo del pequeño taller que Peter Hovenden se vio obligado a abandonar por dificultades de la vista, la gente se dio cuenta de que Owen Warland no era una persona adecuada para conseguir que el ciego Padre Tiempo recorriera su curso diario. Uno de sus proyectos más racionales fue el de conectar un funcionamiento musical con la maquinaria de sus relojes, de manera que todas las duras disonancias de la vida pudieran volverse armónicas, y cada momento pasajero cayera en el abismo del pasado dentro de doradas gotas armónicas. Si le confiaban para su reparación un reloj de familia —uno de esos relojes altos y antiguos que casi han llegado a convertirse en aliados de la naturaleza humana al haber medido la vida de muchas generaciones—, se disponía a arreglar una danza o profesión funeraria de figuras por delante de su faz venerable, representando doce horas alegres o melancólicas. Varias rarezas de este tipo destruyeron totalmente la fama del joven relojero para esa clase de personas serias y amantes de los hechos que sostienen la opinión de que el tiempo no es algo con lo que deba jugarse, puesto que lo consideran como el medio de avanzar y prosperar en este mundo o de prepararse para el siguiente. Su clientela disminuyó rápidamente; un infortunio, sin embargo, que probablemente Owen Warland consideró uno de sus mejores accidentes, pues cada vez estaba más y más absorbido por una ocupación secreta que exigía de toda su ciencia y destreza manual, dando asimismo pleno empleo a las tendencias características de su genio. En esa búsqueda había consumido ya muchos meses.

Después de que el viejo relojero y su hermosa hija le vieran desde la oscuridad de la calle, Owen Warland sintió una palpitación nerviosa que hizo que sus manos temblaran demasiado violentamente como para seguir con la delicada labor que estaba realizando entonces.

—¡Era la propia Annie! —murmuró—. Debería haberlo sabido por esta palpitación de mi corazón antes de escuchar la voz de su padre. ¡Ay, cómo palpita! Hoy apenas seré capaz de volver a trabajar en este mecanismo exquisito. ¡Annie! ¡Mi queridísima Annie!

Deberías dar firmeza a mi corazón y mi mano, en lugar de agitarlos así; pues mi esfuerzo por dar forma al espíritu mismo de la belleza, y darle movimiento, es solamente por ti. ¡Ay, corazón palpitante, tranquilízate! Si mi trabajo se ve así reducido, tendré sueños vagos e insatisfechos que harán que mañana me levante sin espíritu.

Mientras se esforzaba por regresar a su tarea, se abrió la puerta del taller y entró por ella no otra que la figura fornida que Peter Hovenden se había detenido a admirar en mitad de la luz y la sombra de la herrería. Robert Danforth llevaba con él un pequeño yunque que él mismo había fabricado y construido de manera peculiar, y que el joven artista le había pedido recientemente. Owen examinó el artículo y dijo que estaba de acuerdo con lo que deseaba.

—Hombre, claro —contestó Robert Danforth con su potente voz, que llenaba el taller como lo haría el sonido de un violonchelo—. En mi profesión me considero igual que cualquiera; aunque mal me habría ido en la tuya con un puño como éste —añadió riendo mientras estrechaba con su enorme mano la mano delicada de Owen—. ¿Pero qué importa eso? Pongo más fuerza en un golpe de mi martillo que toda la que tú hayas gastado desde que eras aprendiz, ¿no te parece?

—Muy probablemente —respondió la tenue y baja voz de Owen—. La fuerza es un monstruo terrenal. Yo no la pretendo. Mi fuerza, sea la que sea, es totalmente espiritual.

—Muy bien, Owen, ¿pero en qué estás trabajando? —preguntó su viejo amigo del colegio, todavía en un tono tan potente que hizo que el artista se encogiera, sobre todo porque la cuestión se relacionaba con un tema tan sagrado como el absorbente sueño de su imaginación—. Dice la gente que estás intentando descubrir el movimiento continuo.

—¿El movimiento continuo? ¡Tonterías! —contestó Owen Warland con un gesto de desagrado, pues en él los pequeños malos humores eran frecuentes—. Nunca podrá descubrirse. Es un sueño que puede engañar al hombre cuyo cerebro esté preocupado por la materia, pero no a mí. Además, aunque ese descubrimiento fuera posible, no merecería la pena para mí lograrlo sólo para que el secreto se utilizara para los propósitos a los que sirven ahora el vapor y el poder hidráulico. No tengo ambiciones de que me honren considerándome padre de un nuevo tipo de máquina de desmotar algodón.

—¡Eso sí que sería divertido! —gritó el herrero rompiendo en tal carcajada que el propio Owen y las campanas de cristal de su expositor se estremecieron al unísono—. ¡No, no, Owen! Ningún hijo tuyo tendrá nervios y tendones de hierro. Bueno, no te molestaré más. Buenas noches, Owen, y éxito, y si necesitas alguna ayuda, como un buen golpe de martillo en el yunque, soy tu hombre.

Y con otra risotada, el forzado salió del taller.

«Qué extraño es que todas mis meditaciones, mis propósitos, mi pasión por lo bello, mi conciencia de la capacidad para crearlo —un poder más delicado y etéreo, del que este gigante terrenal no puede tener ni idea—, que todo, todo parezca tan vano e inútil cuando se cruza Robert Danforth en mi camino», susurró Owen Warland para sí mismo apoyando la cabeza en su mano. «Si me lo encontrara a menudo, me volvería loco. Su fuerza bruta y dura oscurece y confunde el elemento espiritual que hay en mí; pero también yo seré fuerte a mi manera. No cederé ante él.»



Sacó de debajo de una campana de cristal una maquinaria diminuta que puso bajo la luz concentrada de su lámpara, y mirándola fijamente a través de una lupa procedió a operar con un delicado instrumento de acero. Sin embargo, un instante después volvía a apoyar la espalda en la silla y entrelazaba las manos, y había en su rostro tal mirada de horror que sus pequeños rasgos resultaron tan impresionantes como lo hubieran sido los de un gigante.

—¡Cielos! ¿Qué he hecho? —exclamó—. El vapor, la influencia de esa fuerza bruta: me ha confundido y oscurecido mi percepción. He dado ese golpe, el golpe fatal que temí desde el principio. Todo ha terminado, el trabajo de meses, el objetivo de mi vida. ¡Estoy arruinado!

Y se quedó allí sentado, presa de una extraña desesperación, hasta que su lámpara parpadeó y dejó en la oscuridad al artista de lo bello.

Sucede que las ideas que crecen dentro de la imaginación, y que en ella parecen tan atractivas y de un valor que está más lejos de lo que cualquier hombre puede llamar valioso, están expuestas a ser sacudidas y aniquiladas por el contacto con lo práctico. Es requisito del artista ideal poseer una fuerza de carácter que apenas parece compatible con su delicadeza; debe mantener la fe en sí mismo mientras el mundo incrédulo le ataca con su total escepticismo; debe erguirse frente a la humanidad y ser él su único discípulo, tanto con respecto a su genio como a los objetivos a los que se dirige.

Durante un tiempo Owen Warland sucumbió a su prueba severa pero inevitable. Fue perezoso durante unas semanas, en las que su cabeza estaba siempre apoyada en las manos, hasta tal punto que las gentes de la ciudad apenas si tenían la oportunidad de verle la cara. Cuando por fin la levantó a la luz del día, era perceptible en ella un cambio frío, sombrío, inexpresable. Pero en la opinión de Peter Hovenden, y de esa orden de seres sagaces e inteligentes que piensan que la vida debería estar regulada, como un reloj, con pesos de plomo, el cambio le había mejorado totalmente. De hecho Owen se aplicó ahora a su profesión con una laboriosidad tenaz. Era maravilloso contemplar la obtusa gravedad con la que inspeccionaba las ruedas de un reloj de plata grande y viejo; de esa manera complacía al propietario, en cuya faltriquera se había ido desgastando hasta que llegó a considerar que el reloj formaba parte de su propia vida, y en consecuencia se preocupaba mucho por la manera en que lo trataran. Como consecuencia de la buena fama así adquirida, las propias autoridades invitaron a Owen Warland a que arreglara el reloj de la torre de la iglesia. Tuvo un éxito tan admirable en este asunto de interés público que los comerciantes reconocieron bruscamente sus méritos en la Bolsa; la enfermera susurraba sus alabanzas mientras daba la poción al enfermo; el amante le bendecía al llegar la hora de la cita; y en general la ciudad dio gracias a Owen por la puntualidad de la hora de la cena. En resumen, el fuerte peso que sentía sobre su espíritu permitió mantenerlo todo en orden, no sólo dentro de su propio sistema, sino en cualquier parte en la que fuera audible el acento de hierro del reloj de la iglesia. Fue una circunstancia pequeña, aunque característica de su estado actual, el que cuando fue empleado para grabar nombres o iniciales en cucharas de plata escribiera las letras con el estilo más sencillez posible, omitiendo una variedad de floreos caprichosos que habían distinguido hasta entonces su trabajo.

Un día, durante la época de esta feliz transformación, Peter Hovenden acudió a visitar a su antiguo aprendiz.

—Owen, me alegra escuchar tan buenos informes de ti en todas partes, y especialmente desde lo de ese reloj de la ciudad, que hablaba en tu favor cada hora de las veinticuatro que tiene el día. Sólo con liberarte totalmente de tus tonterías absurdas sobre lo bello, que ni yo ni nadie más, ni tú mismo por añadidura, ha podido entender nunca, sólo con liberarte de eso tu éxito en la vida es tan seguro como la luz del día. Vaya, si sigues por este camino incluso me aventuraría a dejar que revisaras este precioso y viejo reloj, pues, salvo mi hija Annie, no tengo ninguna otra cosa en el mundo que sea tan valiosa.

—Casi no me atrevería a tocarlo, señor —contestó Owen en tono abatido, pues se sentía sobrecogido por la presencia de su viejo maestro.

—Con el tiempo —dijo este último—... con el tiempo serás capaz de hacerlo.

El viejo relojero, con la libertad que se derivaba de forma natural de su anterior autoridad, inspeccionó el trabajo que tenía Owen en la mano en ese momento, junto con otros que estaba realizando. Entretanto el artista apenas si podía levantar la cabeza. No había nada que fuera tan contrario a su naturaleza como la sagacidad fría y poco imaginativa de ese hombre, a cuyo contacto todo se convertía en un sueño salvo la materia más densa del mundo físico. Owen gimió en su espíritu y rogó fervientemente para verse liberado de él.

—Pero ¿qué es esto? —gritó Peter Hovenden abruptamente levantando una polvorienta campana de cristal bajo la que apareció algo mecánico tan delicado y diminuto como el sistema anatómico de una mariposa—. ¿Qué tenemos aquí? ¡Owen! ¡Owen! En estas pequeñas cadenas, ruedas y paletas hay brujería. ¡Fíjate! Con un pellizco de mi índice y pulgar voy a liberarte de todos los peligros futuros.

—Por el cielo —gritó Owen Warland saltando con maravillosa energía—. ¡Si no quiere volverme loco, no lo toque! La más ligera presión de su dedo me arruinaría para siempre.

—¡Ajá, joven! ¿Así que es esto? —preguntó el viejo relojero mirándole con tanta penetración que torturaba el alma de Owen con la amargura de las críticas mundanas—. Bien, sigue tu propio rumbo; pero te advierto que en este pequeño mecanismo vive tu espíritu maligno. ¿Quieres que lo exorcice?

—Usted es mi espíritu maligno —contestó Owen muy excitado—. ¡Usted es el mundo duro y burdo! Los pensamientos cargados y el abatimiento que deja en mí es lo que me atasca, de otro modo hace tiempo que habría logrado la tarea para la que fui creado.

Peter Hovenden sacudió la cabeza con esa mezcla de desprecio e indignación que la humanidad, de la que él era en parte un representante, se consideraba con derecho a sentir hacia todos los simples que buscan otro premio distinto a lo que van encontrando a lo largo del camino. Se despidió entonces, con un dedo levantado y una mueca en el rostro que acosó los sueños del artista durante muchas noches. En el momento de la visita de su viejo maestro, Owen estaba probablemente a punto de retomar la tarea abandonada; pero con ese acontecimiento siniestro regresó al estado del que estaba saliendo lentamente.

Mas la tendencia innata de su alma sólo había estado acumulando nuevo vigor durante su aparente pereza. Conforme avanzaba el verano abandonó casi totalmente su negocio y dejó que el Padre Tiempo, tal como era representado por los relojes de muñeca y pared que tenía bajo su control, deambulara al azar por la vida humana, produciendo infinita confusión a lo largo de las desconcertadas horas. Tal como decía la gente, malgastaba el tiempo de luz solar paseando por los bosques y campos y las orillas de los ríos. Allí, como un niño, se divertía persiguiendo mariposas u observando el movimiento de los insectos acuáticos. Había algo verdaderamente misterioso en la fijeza con la que contemplaba esos juguetes cuando retozaban en la brisa, o examinaba la estructura de un insecto imperial al que había apresado. La caza de mariposas era un buen símbolo de la persecución ideal a la que había dedicado tantas horas doradas; pero ¿tendría alguna vez en su mano la idea de lo bello, lo mismo que tenía ahora la mariposa que la simbolizaba? Fueron dulces, sin duda, aquellos días, concordantes con el alma del artista. Estuvieron repletos de concepciones magníficas que brillaban a través de su mundo intelectual como brillan las mariposas en la atmósfera exterior, y que por el momento eran reales para él, sin el trabajo, la perplejidad y las numerosas decepciones implicadas en el intento de hacerlos visibles para el ojo de nuestros sentidos. Pero desgraciadamente el artista, ya sea en la poesía o en cualquier otro material, no puede contentarse con el gozo interior de lo hermoso, sino que debe perseguir el misterio aleteante más allá de este dominio etéreo, y aplastar su frágil ser al captarlo materialmente. Owen Warland sintió el impulso de dar realidad exterior a sus ideas tan irresistiblemente como cualquier poeta o pintor que hayan adornado el mundo de una belleza más oscura y ligera copiada imperfectamente de la riqueza de sus visiones.

La noche era ahora su momento para avanzar lentamente en la recreación de la única idea a la que dedicaba toda su actividad intelectual.

Siempre, al acercarse el atardecer, entraba en la ciudad, se encerraba en su taller y trabajaba con paciente delicadeza del tacto durante muchas horas. Le sobresaltaba a veces la llamada del vigilante, que cuando todo el mundo debía estar dormido pasaba el haz de su lámpara a través de las grietas de las persianas de Owen Warland. Para la sensibilidad mórbida de su mente, la luz del día parecía entrometerse interfiriendo su búsqueda. Por eso en los días nublados e inclementes permanecía sentado con la cabeza apoyada en las manos, como si estuviera envolviendo su sensible cerebro en una niebla de meditaciones indefinidas; pues era un alivio escapar de la claridad aguda con la que se veía obligado a dar forma a sus pensamientos durante el trabajo nocturno.

De uno de esos ataques de languidez despertó por la entrada de Annie Hovenden, quien acudió a la tienda con la libertad de una cliente, pero también con algo de la familiaridad de una amiga de la infancia. Se le había hecho un agujero en el dedal de plata y quería que Owen lo reparara.

—Aunque no sé si condescenderás a esa tarea —le dijo ella, riendo— ahora que estás tan embebido en la idea de dar espíritu a la maquinaria.

—¿De dónde sacaste esa idea, Annie? —preguntó Owen con sorpresa.

—Ah, de mi cabeza —respondió ella—. Y también de algo que te oí decir, hace mucho, cuando sólo eras un muchacho, y yo una niña pequeña. Pero bueno, ¿me arreglarás mi pobre dedal?

—Por ti haría cualquier cosa, Annie —replicó Owen Warland—. Cualquier cosa, aunque para ello tuviera que trabajar en la forja de Robert Danforth.

—¡Sí que sería bonito ver eso! —replicó Annie mirando con imperceptible fragilidad el cuerpo pequeño y esbelto del artista—. Bueno, aquí está el dedal.

—Pero qué extraña es esa idea tuya sobre la espiritualización de la máquina —añadió Owen.

Y entonces se introdujo en su mente el pensamiento de que la joven poseía el don de comprenderle mejor que el resto del mundo. Qué ayuda y fuerza sería para él, en su trabajo solitario, si pudiera obtener la simpatía del único ser al que amaba. A las personas cuya búsqueda les aísla de los asuntos comunes de la vida —que van por delante de la humanidad, o están separados de ésta—, a veces les sobreviene la sensación de un frío moral que hace que el espíritu se estremezca como si hubiera alcanzado las soledades congeladas que rodean el Polo. Lo que sea capaz de sentir el profeta, el poeta, el reformista, el criminal o cualquier otro hombre con anhelos humanos, aunque separado de la multitud por un destino peculiar, el pobre Owen lo sentía.

—¡Annie, cómo me alegraría poder contarte el secreto de mi trabajo! —exclamó volviéndose tan pálido como la muerte ante ese simple pensamiento—. Creo que tú lo estimarías correctamente. Sé que lo oirías con una reverencia que no puedo esperar del mundo duro y material.

—¿Que podría hacerlo? ¡Seguro que lo haría! —contestó Annie Hovenden con una risa ligera—. Venga, explícame enseguida qué significa este pequeño tiovivo, trabajado con tanta delicadeza que podría ser un juguete para la reina Mab. ¡Vamos! Yo lo pondré en movimiento.

—¡Un momento! —exclamó Owen—. ¡Un momento!

Annie había tocado de la manera más ligera posible, con la punta de una aguja, la misma parte diminuta de la complicada maquinaria que ya hemos mencionado más de una vez, en el momento en que el artista la cogió por la muñeca con una fuerza que la hizo lanzar un grito. Ella se asustó por la convulsión de rabia intensa y angustia que cruzó por los rasgos de Owen. Al instante siguiente, él dejaba hundir la cabeza entre las manos.

—Vete, Annie —murmuró—. Me he engañado a mí mismo y debo sufrir por ello. Ansiaba simpatía, y pensé, imaginé y soñé que podías dármela; pero careces del talismán que permitiría admitirte entre mis secretos, Annie. Ese roce ha deshecho el trabajo de meses y el pensamiento de una vida. ¡No ha sido tu culpa, Annie, pero me has arruinado!

¡Pobre Owen Warland! Se había equivocado, ciertamente, pero se le podía perdonar; pues si algún espíritu humano hubiera podido reverenciar suficientemente los procesos tan sagrados a sus ojos, tenía que haber sido una mujer. Posiblemente Annie Hovenden no le habría decepcionado de haber estado ella iluminada por la inteligencia profunda del amor.

El artista pasó el invierno siguiente de una manera que satisfizo a todos los que todavía depositaban alguna esperanza en él, cuando en verdad estaba irrevocablemente destinado a la inutilidad por lo que respectaba al mundo, y a un destino personal nocivo. La muerte de un pariente le había hecho tomar posesión de una pequeña herencia. Liberado así de la necesidad del trabajo, y habiendo perdido la influencia resuelta de un gran propósito —grande, al menos, para él—, se abandonó a unos hábitos contra los que debería haberse asegurado por la delicadeza de sus sistemas. Pero cuando se oscurece la parte etérea de un hombre de genio, la parte terrenal asume una influencia más incontrolable, pues ha perdido ahora el equilibrio que la providencia había ajustado tan delicadamente, y que en una naturaleza más tosca se ajusta mediante algún otro método. Owen Warland probó los estados benditos que puede proporcionar la turbulencia. Contempló el mundo a través del medio dorado del vino, y tuvo las visiones que suben alegres y burbujeantes por el borde de la copa, pueblan el aire con formas de agradable locura y pronto se vuelven fantasmales y tristes. Incluso cuando se había producido ya este cambio fatal e inevitable, el joven siguió bebiendo la copa de los encantamientos, aunque su vapor sólo sirviera para envolver la vida de tristeza, y llenar la tristeza de espectros que se burlaban de él. Había una cierta pesadez del espíritu que, siendo real, y la sensación más profunda de la que era consciente ahora el artista, resultaba más intolerable que cualquier horror y desgracia fantástica que invocara el abuso del vino. En este último caso podía recordar, incluso en la neblina de su problema, que no era más que un engaño; pero en el primer caso, la pesada angustia era su vida real.

De ese estado peligroso fue redimido por un incidente que presencié más de una persona, aunque ni el más sagaz fue capaz de explicar o conjeturar cómo actuó sobre la mente de Owen Warland. Fue muy simple. Una cálida tarde de primavera, cuando el artista estaba sentado entre sus compañeros de juerga con un vaso de vino ante él, una mariposa espléndida entró por la ventana abierta y aleteó junto a su cabeza.

—¡Ah! —exclamó Owen, que había bebido mucho—. ¿Vuelves a estar viva, hija del sol y compañera de juego de la brisa de verano, tras tu siesta del fatal invierno? ¡Entonces es la hora de que vuelva al trabajo!

Y dejando sobre la mesa la copa sin vaciar, se despidió y no volvió a beber otra gota de vino.

Reanudó sus paseos por bosques y campos. Podría imaginarse que la brillante mariposa, que había entrado como un espíritu por la ventana mientras Owen estaba sentado con los toscos borrachos, era ciertamente un espíritu encargado de recordarle la vida pura e ideal que le había convertido en alguien etéreo en medio de los hombres. Podría imaginarse que fue a buscar este espíritu en sus territorios soleados; pues como en el verano anterior, le vieron deslizarse siempre que había aparecido una mariposa, perdiéndose en su contemplación. Cuando ésta emprendía el vuelo sus ojos seguían la visión alada, como si su camino aéreo le mostrara el sendero hasta el cielo. ¿Pero cuál podía ser el propósito de ese trabajo fuera de estación, que volvió a reanudar tal como sabía el vigilante por las franjas de luz que se filtraban a través de las grietas de las persianas de Owen Warland? La gente de la ciudad tenía una explicación general de todas esas singularidades. ¡Owen Warland se había vuelto loco! Qué universalmente

eficaz, qué satisfactorio también, y tranquilizante para la sensibilidad herida de los estrechos y torpes, es este sencillo método de explicar todo lo que queda más allá del alcance de las personas más ordinarias del mundo. Desde los tiempos de San Pablo hasta los de nuestro pobre pequeño artista de lo bello, el mismo talismán se había aplicado a la solución de todos los misterios de palabra o hecho de los hombres que hablaban o actuaban demasiado sabiamente o demasiado bien. En el caso de Owen Warland el juicio de sus conciudadanos pudo haber sido correcto. Quizás estaba loco. La falta de simpatía, ese contraste entre él mismo y sus vecinos, que eliminaba la restricción del ejemplo, pudo bastar para enloquecerlo. O posiblemente había captado tanta radiación etérea como para confundirle, en un sentido terrenal, al mezclarse con la luz común del día.

Una tarde, cuando el artista había regresado de su habitual paseo y acababa de lanzar el brillo de su lámpara sobre la delicada obra tan frecuentemente interrumpida, pero siempre reanudada, como si su destino estuviera encarnado en su mecanismo, le sorprendió la entrada del viejo Peter Hovenden. Owen no podía encontrarse nunca con ese hombre sin que se le encogiera el corazón. De todo el mundo, era el más terrible, a causa de una comprensión afilada que le permitía ver con tanta claridad lo que veía, y no creer, con tan poco compromiso, lo que no podía ver. En esta ocasión, el viejo relojero simplemente tenía una o dos palabras afables que decirle.

—Owen, muchacho, queremos que vengas a casa mañana por la noche. El artista empezó a murmurar alguna excusa.

—No, no, tienes que venir en recuerdo de los tiempos en que eras uno de la casa —dijo Peter Hovenden—. ¿Es que no sabes que mi hija Annie se ha comprometido con Robert Danforth? Estamos preparando una fiesta, a nuestra manera humilde, para celebrar el acontecimiento.

—¡Ah! —dijo Owen.

Ese pequeño monosílabo fue lo único que dijo; su tono pareció frío y despreocupado para un oído como el de Peter Hovenden; y sin embargo en él iba el grito ahogado del corazón del pobre artista, que se comprimió en su interior como un hombre que sujetara un espíritu maligno. Sin embargo se permitió un estallido ligero que fue imperceptible para el viejo relojero. Levantando el instrumento con el que iba a iniciar el trabajo, lo dejó caer sobre el pequeño sistema de la maquinaria que, de nuevo, le había costado meses de pensamiento y trabajo. ¡Quedó destrozada por el golpe!

La historia de Owen Warland no habría sido una representación aceptable de la vida inquieta de quienes se esfuerzan por crear lo hermoso si, en medio de todas las demás influencias frustrantes, no se hubiera interpuesto el amor quitándole la habilidad de la mano. Exteriormente no había sido un amante ardiente ni emprendedor; la vida de su pasión había confinado sus tumultos y vicisitudes totalmente dentro de la imaginación del artista, por lo que la propia Annie apenas había tenido de ésta algo más que la percepción intuitiva de una mujer; pero en opinión de Owen cubría todo el campo de su vida. Olvidándose de la época en que ella se había mostrado incapaz de ninguna respuesta profunda, él había persistido en relacionar todos sus sueños de éxito artístico con la imagen de Annie; ella era la forma visible en que se le manifestaba a él el poder espiritual que veneraba, y sobre cuyo altar esperaba poner una ofrenda digna.

Desde luego, Owen se había engañado; no había en Annie Hovenden esos atributos con los que su imaginación la había dotado. Ella, en la apariencia que tomaba ante la visión interior de él, era suya tanto como lo sería el mecanismo misterioso si llegara alguna vez a realizarlo. Si el éxito en el amor le hubiera convencido de su error, si hubiera atraído a Annie hacia su pecho viendo allí cómo se convertía de ángel en mujer ordinaria, la decepción por haberle hecho regresar, con concentrada energía, al único objetivo que le quedaba

pero si hubiera encontrado a Annie tal como él la imaginaba, su destino habría sido tan rico en belleza que por mera redundancia habría podido trabajar lo hermoso de una manera más digna de aquella por la que se había esforzado; pero la forma en que su pena llegó hasta él, la sensación de que el ángel de su vida le había sido arrebatado y se había entregado a un hombre tosco de la tierra y el hierro, que no necesitaba ni apreciaba sus servicios... eso era la perversidad misma del destino que hace que la existencia humana parezca demasiado absurda y contradictoria como para ser el escenario de cualquier otra esperanza o cualquier otro miedo. A Owen Warland no le quedaba otra cosa que sentarse como un hombre aturdido.

Estuvo enfermo. Tras recuperarse, su cuerpo pequeño y delgado asumió un adorno de carne más obtuso que el que había llevado nunca. Sus mejillas delgadas se redondearon; su pequeña y delicada mano, conformada tan espiritualmente para realizar tareas mágicas, se volvió más rolliza que la mano de un próspero bebé. Su aspecto era tan infantil que podría haber inducido a un desconocido a palmearle la cabeza, aunque se habría detenido en el acto preguntándose qué tipo de niño era aquél. Era como si el espíritu se hubiera marchado de él, dejando que el cuerpo floreciera en una especie de existencia vegetal. No es que Owen Warland fuera idiota. Podía hablar, y no irracionalmente. La verdad es que la gente empezó a pensar en él como en un charlatán, pues podía lanzar discursos de una duración fatigosa acerca de las maravillas de la mecánica que había leído en los libros y que había aprendido a considerar como absolutamente fabulosas. Enumeraba entre ellas al hombre de bronce, construido por Alberto Magno, y la cabeza de bronce de Fray Bacon; y llegando a épocas posteriores, el autómatas de un pequeño coche con caballos, que se decía que había sido fabricado por el Delfín de Francia; junto con un insecto que zumbaba junto al oído como una mosca viva, y que sólo era un ingenio de diminutos resortes de acero. Se contaba también la historia de un pato que nadaba, graznaba y comía; aunque si cualquier ciudadano honesto lo hubiera comprado por dinero, se habría sentido engañado con la aparición mecánica de un pato.

—Pero estoy convencido de que todos esos relatos son simples embustes — terminaba diciendo Owen Warland.

Después, con cierto aire de misterio, confesaba que en otro tiempo había pensado de manera diferente. En sus tiempos de ocio y ensoñación había creído posible, en un cierto sentido, espiritualizar la maquinaria, combinando, con la nueva especie de vida y movimiento así producida, una belleza que alcanzaría el ideal que la naturaleza se había propuesto en todas sus criaturas, pero que nunca se había tomado el esfuerzo de realizar. Sin embargo no parecía recordar con percepción muy clara el proceso para lograr ese objeto y ni siquiera el propio diseño.

—Ahora me he apartado de todo eso —decía—. Era uno de esos sueños con los que los jóvenes siempre se están engañando. Ahora que he adquirido un poco de sentido común, me hace reír pensar en ello.

¡Pobre, pobre caído Owen Warland! Éstos eran los síntomas de que había dejado de ser un habitante de la esfera superior que está, invisible, a nuestro alrededor. Había perdido la fe en lo invisible y se enorgullecía ahora, como invariablemente hacen tantos infortunados, de la sabiduría de rechazar gran parte de lo que incluso había visto, y no confiar en nada de lo que su mano tocara. Esta es la calamidad de los hombres cuya parte espiritual muere en ellos y dejan que el entendimiento más grosero les asimile más y más a las cosas que puede conocer; pero en Owen Warland el espíritu no había muerto; sólo dormía.

Se desconoce cómo despertó de nuevo. Quizás el sueño lánguido fue roto por un dolor convulso. Quizás, como en un caso anterior, entró la mariposa y quedó suspendida sobre su cabeza, volviendo a darle la inspiración —pues esta criatura del sol había tenido siempre una misión misteriosa para el artista—, el propósito anterior de su vida. Pero tanto si fue el dolor o la felicidad lo que volvió a conmocionar sus venas, su primer impulso fue el de agradecer al cielo por haberle vuelto de nuevo la persona de pensamiento, imaginación y agudísima sensibilidad que hacía tiempo había dejado de ser.

—Y ahora a la tarea —dijo—. Jamás sentí tanta fuerza como ahora.

Sin embargo, aunque se sentía fuerte, se vio incitado a trabajar con más diligencia temiendo que la muerte le sorprendiera en medio de su esfuerzo. Esa ansiedad es común, quizás, a todos los hombres que ponen el corazón en algo tan elevado, en su propia visión de la tarea, hasta el punto de que la vida sólo tiene importancia como una condición para ese logro. Mientras amamos la vida por sí misma, raras veces tememos perderla. Cuando deseamos la vida para el logro de un objetivo, reconocemos la fragilidad de su textura. Pero, junto con esta sensación de inseguridad, hay una fe vital en nuestra invulnerabilidad ante la flecha de la muerte mientras estemos comprometidos en una tarea que parece nos haya asignado la providencia como lo adecuado que tenemos que hacer, y que el mundo tendría motivos para quejarse si la dejáramos inacabada. ¿Puede creer el filósofo, engrandecido con la inspiración de una idea que va a reformar a la humanidad, que va a ser llamado para que abandone esta existencia sensible en el instante mismo en que está cobrando aliento para pronunciar la palabra de luz? Si así pereciera, las fatigadas eras podrían pasar —y la arena de la vida del mundo podría caer gota a gota— antes de que otro intelecto estuviera preparado para desarrollar la verdad que él podría haber pronunciado. Pero la historia nos da muchos ejemplos en los que el espíritu más precioso, manifestado en una época particular en forma humana, ha desaparecido inoportunamente sin que se le concediera espacio, por lo que puede saber el juicio mortal, para realizar su misión en la tierra. El profeta muere, y el hombre de corazón lánguido y cerebro torpe sigue viviendo. El poeta deja su canción a medio cantar, o la termina, más allá del alcance de los oídos mortales, en un coro celestial. El pintor, como hizo Allston, deja la mitad de su concepción en el lienzo para entristecernos con su belleza imperfecta, y va a pintar la totalidad, si no es irreverencia decir esto, con los tonos del cielo. Pero más bien es



posible que los diseños incompletos de esta vida no se perfeccionen en parte alguna. Así, la frecuente desaparición de los proyectos más queridos del hombre debe tomarse como una prueba de que los hechos de la tierra, aunque se hayan vuelto etéreos por la piedad o el genio, carecen de valor, salvo como ejercicios y manifestaciones del espíritu. En el cielo, todo pensamiento ordinario es superior y más melodioso que la canción de Milton. Entonces, ¿añadiría él otro verso a cualquier melodía que hubiera dejado aquí sin terminar? Mas volvamos a Owen Warland. Tuvo la fortuna, sea ésta buena o mala, de conseguir el propósito de su vida. Pasemos por un largo espacio de pensamiento intenso, esfuerzo anhelante, trabajo minucioso y ansiedad, seguido por un instante de triunfo solitario: dejemos que todo esto sea imaginado y contemplemos después al artista, una tarde de invierno, pidiendo ser admitido junto a la chimenea de Robert Danforth. Allí encontró al hombre de hierro, con su enorme sustancia bien calentada y atemperada por las influencias domésticas. Y allí estaba también Annie, transformada ahora en una matrona, habiendo acaparado una gran parte de la naturaleza sencilla y robusta de su esposo, pero imbuida también, como Owen Warland seguía creyendo, de una gracia más delicada que podría permitirle servir de intérprete entre la fuerza y la belleza. Sucedió asimismo que aquella tarde el viejo Peter Hovenden estaba invitado junto a la chimenea de su hija; y fue su recordada expresión de aguda y fría crítica lo primero que encontró la mirada del artista.

—¡Mi viejo amigo Owen! —gritó Robert Danforth, levantándose y comprimiendo los delicados dedos del artista con una mano habituada a sujetar barras de hierro—. Qué amable que hayas venido a vernos por fin. Tenía miedo de que tu movimiento continuo te hubiera embrujado haciéndote olvidar los recuerdos de los viejos tiempos.

—Nos alegramos de verte —dijo Annie mientras un rubor enrojecía su mejilla de matrona—. No es de buen amigo estar alejado tanto tiempo.

—Y bien, Owen —preguntó el viejo relojero como primer saludo—. ¿Cómo va lo bello? ¿Lo has creado por fin?

El artista no respondió de inmediato, pues le sorprendió la aparición de un niño pequeño y fuerte que avanzó dando traspiés sobre la alfombra; un pequeño personaje que había surgido misteriosamente del infinito, pero con algo tan fuerte y real en su composición que parecía moldeado a partir de la sustancia más densa que pudiera proporcionar la tierra. El ilusionado niño se arrastró hacia el recién llegado, y poniéndose sobre las extremidades, tal como lo decía Robert Danforth, miró a Owen con una apariencia de observación tan sagaz que la madre no pudo evitar intercambiar una mirada de orgullo con su esposo. Pero el artista se sentía inquieto por la mirada del niño, pues creía ver un parecido entre ésta y la expresión habitual de Peter Hovenden. Debió imaginar que el viejo relojero se hallaba comprimido en esa forma de bebé, y mirándole desde los ojos del niño repetía, como en realidad estaba haciendo ahora el anciano, la maliciosa pregunta:

—¡Lo bello, Owen! ¿Cómo vas con lo bello? ¿Has conseguido crearlo?

—Lo he conseguido —contestó el artista con una momentánea luz de triunfo en los ojos y una sonrisa iluminada, aunque impregnada de tal profundidad de pensamiento que casi era tristeza—. Sí, amigos míos, es la verdad. Lo he logrado.

—¿De verdad? —preguntó Annie con una mirada de jovencita alegre que brotaba de nuevo de su rostro—. ¿Y se puede preguntar ahora cuál es el secreto?

—Por supuesto, he venido para revelarlo —respondió Owen Warland—. ¡Conoceréis, veréis, tocaréis y poseeréis el secreto! Pues Annie, si puedo seguir dirigiéndome por ese nombre a la amiga de mis años infantiles, Annie, ha sido como regalo de bodas que he trabajado ese mecanismo espiritualizado, esa armonía del movimiento, ese misterio de la belleza. Llega tarde, cierto; pero así es como vamos avanzando en la vida. Cuando los objetos empiezan a perder esa frescura del tono, y nuestra alma la delicadeza de su percepción, es cuando más se necesita el espíritu de la belleza. Pero, perdóname, Annie, si sabes valorar este regalo, no llegará demasiado tarde.

Mientras hablaba sacó algo parecido a un joyero. De su propia mano lo había tallado ricamente en ébano, e incrustado con una imaginativa tracería de perlas que representaba a un muchacho persiguiendo una mariposa, que en otra parte se había convertido en un espíritu alado que volaba hacia el cielo; mientras que el muchacho, o joven, había encontrado tal eficacia en su poderoso deseo que ascendía desde la tierra hasta la nube, y desde la nube a la atmósfera celestial, para obtener lo bello. El artista abrió la caja de ébano y pidió a Annie que colocara un dedo en su borde. Así lo hizo ella, y casi lanzó un grito cuando una mariposa salió aleteando, y posándose en la punta de su dedo, se quedó allí ondeando la amplia magnificencia de sus alas púrpuras moteadas de dorado, como en el preludio de un vuelo. Es imposible expresar en palabras la gloria, el esplendor, la vistosidad delicada que se templaban en la belleza de ese objeto. La mariposa ideal de la naturaleza estaba aquí realizada en toda su perfección; no con el modelo de esos insectos descoloridos que vuelan entre las flores terrenales, sino de aquellos que están suspendidos sobre los prados del paraíso para que los ángeles niños y el espíritu de los niños fallecidos se diviertan con ellos. La riqueza era visible en sus alas, el brillo de sus ojos parecía imbuido de espíritu. La luz de la chimenea brillaba alrededor de esa maravilla, pero parecía relucir por su propia radiación, e iluminaba el dedo y la mano extendida sobre la que se posaba con un resplandor blanco semejante al de las piedras preciosas. En su belleza perfecta se perdía totalmente la consideración del tamaño. Si sus alas hubieran llegado al firmamento, la mente no podría haber estado más repleta o satisfecha.

—¡Hermoso! ¡Hermoso! —exclamó Annie—. ¿Está viva?

—¿Viva? Claro que sí—contestó su marido—. ¿Te crees que cualquier mortal tiene la suficiente habilidad como para hacer una mariposa, o tomarse el trabajo de fabricarla, cuando cualquier niño puede coger una docena de ellas en una tarde de verano? ¿Viva? ¡Por supuesto! Pero esa bonita caja ha sido fabricada sin duda por nuestro amigo Owen; y realmente le da fama.

En ese momento la mariposa movió de nuevo las alas con un movimiento tan absolutamente parecido a la vida que Annie se sobresaltó, incluso se asustó; pues, a pesar de la opinión de su esposo, no estaba segura de si era ciertamente un ser vivo una pieza de mecanismo maravilloso.

—¿Está viva? —preguntó con más seriedad que antes.

—Juzga por ti misma —dijo Owen Warland, mirándola al rostro con absoluta atención.

La mariposa voló por el aire, aleteó alrededor de la cabeza de Annie y se remontó hasta una zona alejada del salón, aunque era todavía perceptible a la vista por el brillo estrellado en que la envolvía el movimiento de las alas. El niño siguió su curso desde el suelo con sus ojillos sagaces. Tras volar por la habitación, regresó en una curva espiral y volvió a posarse sobre el dedo de Annie.

—Pero ¿está viva? —volvió a exclamar ella; y el dedo en el que el brillante misterio se había posado estaba tan tembloroso que la mariposa tuvo que equilibrarse con sus alas—. Dime si está viva o si tú la has creado.

—¿Por qué preguntas quién la creó, si es tan hermosa? —contestó Owen Warland—. ¿Viva? Claro, Annie; bien puede decirse que posee vida, pues ha absorbido en ella mi propio ser; y en el secreto de esa mariposa, y en su belleza, que no es simplemente exterior, sino profunda como todo su sistema, está representado el intelecto, la imaginación, la sensibilidad y el alma de un artista de lo bello. Sí, yo la creé. Pero... —y aquí su semblante cambió algo—. Esta mariposa no es ya para mí lo que era cuando la contemplé lejos, en las ensoñaciones de mi juventud.

—Sea como sea, es un hermoso juguete —dijo el herrero sonriendo con placer infantil—. Me pregunto si condescenderá a posarse sobre un dedo grande y torpe como el mío. Sostenla ahí, Annie.

Haciendo lo que le pedía el artista, Annie tocó con la punta de su dedo el de su marido; y tras un retraso momentáneo, la mariposa aleteó de uno a otro. Fue el prelude de un segundo vuelo, con un movimiento de las alas similar, aunque no exactamente igual, al del primer experimento. Luego, ascendiendo desde el dedo fornido del herrero, se elevó hasta el techo en una curva cada vez más amplia, recorrió el ancho de la habitación y regresó, con un movimiento ondulante, a la punta del dedo desde la que había partido.

—¡Vaya, esto vence a toda naturaleza! —gritó Robert Danforth concediendo la mayor alabanza que sabía expresar; y ciertamente, si se hubiera detenido ahí, un hombre de palabras más hermosas y percepción más aguda no habría podido decir más—. Confieso que esto me sobrepasa. Pero ¿y qué? Hay un uso más real en un buen golpe de mi martillo que en el trabajo de cinco años que nuestro amigo Owen ha malgastado en esa mariposa.

En ese momento el niño aplaudió y empezó a emitir sonidos ininteligibles, pidiendo evidentemente que le dieran la mariposa como juguete.

Owen Warland miró de soslayo a Annie para descubrir si estaba de acuerdo con lo que había dicho su marido acerca del valor comparativo de lo bello y lo práctico. En medio de toda su amabilidad hacia él, de toda la admiración y sorpresa con la que contemplaba el trabajo maravilloso de sus manos y la encarnación de su idea, había un secreto desdén... quizás secreto hasta para la propia conciencia de Annie, y perceptible sólo para un discernimiento intuitivo como el del artista. Pero Owen, en las últimas fases de su búsqueda, había salido de la región en la que un descubrimiento semejante podría haber representado una tortura. Sabía que el mundo, y Annie como representante del mundo, con independencia de las alabanzas que pudiera otorgar

nunca sería capaz de decirle la palabra adecuada ni de tener el sentimiento adecuado que podría ser la recompensa perfecta para un artista que, al simbolizar una elevada moral en una bagatela material, al convertir lo que era terrenal en espiritual, había obtenido lo bello con el trabajo de sus manos. Hasta ese último momento no aprendería Owen que la recompensa de toda alta ejecución sólo puede buscarse dentro de uno mismo, o buscarse en vano. Había sin embargo una visión del asunto que Annie y su marido, incluso Peter Hovenden, podían entender plenamente, y que podría haberles convencido de que ese trabajo de años había merecido la pena. Owen Warland podría haberles dicho que esa mariposa, ese juguete, ese regalo de bodas de un relojero pobre a la esposa de un herrero, era en realidad una gema artística que un monarca habría comprado con honores y abundantes riquezas, y habría atesorado entre las joyas de su reino como la más maravillosa y excepcional de todas. Pero el artista sonrió y guardó el secreto para sí.

—Padre —dijo Annie pensando que una palabra de alabanza del viejo relojero podría satisfacer a su antiguo aprendiz—. Ven a admirar esta hermosa mariposa.

—Déjame ver —contestó Peter Hovenden levantándose de su asiento con una sonrisa sarcástica en el rostro que provocaba siempre dudas en los demás, puesto que él mismo dudaba de todo salvo de una existencia material—. Aquí está mi dedo para que se pose encima. La entenderé mejor cuando la haya tocado.

Pero con gran asombro de Annie, cuando la punta del dedo del padre tocó la del marido, en la que estaba quieta la mariposa, el insecto inclinó las alas y estuvo a punto de caer al suelo. Hasta los puntos dorados brillantes de las alas y el cuerpo, si es que los ojos de Annie no la engañaban, se oscurecieron, y el color púrpura brillante adoptó un tono oscuro, y el brillo estelar que relucía alrededor de la mano del herrero se debilitó hasta desaparecer.

—¡Se está muriendo! ¡Se está muriendo! —gritó Annie alarmada.

—Ha sido delicadamente trabajada —contestó tranquilamente el artista—. Tal como te dije, ha embebido una esencia espiritual... llámalo magnetismo, o lo que prefieras. En una atmósfera de duda y burla, su exquisita susceptibilidad se siente torturada, como el alma de aquel que le ha instilado su propia vida. Ya ha perdido su belleza; en unos momentos más su mecanismo quedará irreparablemente herido.

—¡Aparta la mano, padre! —ordenó Annie palideciendo—. Aquí está mi hijo; déjala sobre su mano inocente. Quizás ahí su vida se reanime y sus colores se vuelvan más brillantes que nunca.

El padre retiró el dedo con una sonrisa áspera. La mariposa pareció recuperar entonces el poder del movimiento voluntario, y sus tonos asumieron una gran parte del brillo original, y la radiación estelar, que era su atributo más etéreo, volvió a formar un halo a su alrededor. Al principio, al ser traspasada desde la mano de Robert Danforth al pequeño dedo del niño, esa radiación se hizo tan poderosa que llegó a producir la sombra del niño en la pared. Entretanto él extendió su mano rolliza como había visto hacer a su padre y su madre, y contempló con placer infantil el movimiento de las alas del insecto. Sin embargo había allí una cierta expresión extraña de sagacidad que hizo que Owen Warland sintiera como si estuviera allí parcialmente el viejo Peter Hovenden, y parcialmente se redimiera de su duro escepticismo con la fe infantil.

—¡Qué sabio parece el pequeño mono! —susurró Robert Danforth a su esposa.

—Jamás vi esa mirada en el rostro de un niño —respondió Annie admirando a su propio hijo, y con buenas razones, mucho más que a la artística mariposa—. El sabe del misterio más que nosotros.

Como si la mariposa, igual que el artista, fuera consciente de algo que no congeniaba totalmente con la naturaleza infantil, alternativamente centelleaba y se oscurecía. Finalmente se levantó de la pequeña mano del niño con un movimiento aéreo que parecía impulsarla hacia arriba sin esfuerzo, como si los instintos etéreos con los que la había dotado el espíritu de su creador impulsaran involuntariamente esa hermosa visión hacia una esfera superior. De no haber encontrado una obstrucción, podría haberse encumbrado al cielo y volverse inmortal. Pero su brillo irradió sobre el techo; la textura exquisita de sus alas se rozó contra ese medio terrenal; Y una o dos chispas, como si fueran polvo de estrellas, cayeron flotando y quedaron brillantes sobre la alfombra. Entonces la mariposa bajó aleteando y, en lugar de regresar al niño, pareció verse atraída hacia la mano del artista.

—¡No, no! —murmuró Owen Warland como si su obra de arte pudiera entenderle—. Ya has salido del corazón de tu amo. No hay regreso para ti.

Con un movimiento ondulante, y emitiendo una radiación temblorosa, la mariposa, por así decirlo, luchó moviéndose hacia el niño, y estuvo a punto de posarse en su dedo; pero cuando se hallaba todavía suspendida en el aire, el pequeño hijo de la fuerza, con la expresión aguda y astuta de su abuelo en el rostro, cogió el insecto maravilloso y lo comprimió en la mano. Annie lanzó un grito. El viejo Peter Hovenden lanzó una carcajada fría y burlona. El herrero, haciendo fuerza, abrió la mano del niño y encontró en la palma un pequeño montón de fragmentos brillantes, de los que había desaparecido para siempre el misterio de la belleza. Y en cuanto a Owen Warland, contempló plácidamente lo que parecía la ruina del trabajo de su vida, y que sin embargo no era tal. Había captado otra mariposa muy distinta a ésta. Cuando el artista se eleva lo suficiente para conseguir lo bello, el símbolo con que lo hizo perceptible para los sentidos mortales deviene poco valioso para sus ojos, mientras que su espíritu toma posesión del gozo de la realidad.